





PRINCIPIOS Y VALORES  
LA ÉTICA



PRINCIPIOS Y VALORES  
LA ÉTICA  
Academia de las Ciencias y las Artes Militares

---

Luis Feliu (ed.)  
VV.AA.





© LUIS FELIU (ED.), 2020  
© DE LOS AUTORES, 2020

EDITOR: RAMIRO DOMÍNGUEZ HERNANZ

© Imagen de cubierta: *La rueda de la ética*

C/ San Gregorio, 8, 2, 2ª Madrid  
España  
[www.silixediciones.com](http://www.silixediciones.com)

ISBN: 978-84-7737-550-0  
Depósito Legal: M- -2020  
Colección: ACAMI

Impreso y encuadernado en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 372 04 97)



CONTENIDO

PRÓLOGO DEL PRESIDENTE DE IBERDROLA

*Ignacio S. Galán*

9

PRÓLOGO DEL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

*Jaime Domínguez Buj*

II

INTRODUCCIÓN

*Luis Feliu Bernárdez*

15

MISIÓN, VISIÓN, PRINCIPIOS Y VALORES  
ELEMENTOS FUNDAMENTALES EN LAS FUERZAS ARMADAS

*Juan Escrigas Rodríguez*

21

VALORES Y CULTURA MILITAR EN LAS FUERZAS ARMADAS

LA DISCIPLINA

*Federico Aznar Fernández-Montesinos*

*Luis Feliu Bernárdez*

35

LOS VALORES MILITARES Y LA FIGURA DEL CIUDADANO SOLDADO

ALTIBAJOS DE UNA RELACIÓN HISTÓRICA

*José Luis Calvo Albero*

53

DE SÓLIDO A LÍQUIDO Y DE LÍQUIDO A GASEOSO

*Jesús Ignacio Martínez Paricio*

81



ÉTICA Y VALORES EN LAS FUERZAS ARMADAS

DE LA ERA DIGITAL

*Ángel Gómez de Ágreda*

105

MANDO, LIDERAZGO Y ÉTICA MILITAR

*Juan A. Moliner González*

131

LA INSTITUCIÓN MÁS FIRME PARA DISCIPLINAR LA GUERRA:

LAS FUERZAS ARMADAS

*Andrés González Martín*

171

LOS VALORES MILITARES Y EL “BUSHIDO” JAPONES

*Federico Aznar Fernandez-Montesinos*

195

APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA A LAS FUERZAS ARMADAS

*Jesús Ignacio Martínez Paricio*

237





PRÓLOGO DEL PRESIDENTE  
DE IBERDROLA

Dice Fernando Savater, uno de nuestros grandes filósofos contemporáneos, que, tras muchos años de estudio, llegó a la conclusión de que la ética puede resumirse en tres virtudes: “coraje para vivir, generosidad para convivir y prudencia para sobrevivir”. Sin duda, todas ellas forman parte del acervo de las Fuerzas Armadas.

La obra que aquí presentamos aborda, precisamente, el análisis del código ético y la cultura de esta institución que, gracias a su firme vocación de servicio a los demás y el afán que demuestra por contribuir a la seguridad y al bienestar de las personas, viene siendo, de forma sostenida, una de las mejor valoradas por los españoles.

Así pues, en su calidad de servidores públicos en el marco que nuestra Carta Magna les ha asignado, los militares dedican su vida a los valores y principios cuyas bondades nos alcanzan y benefician a todos, ya para defender las libertades individuales, ya para auxiliar en catástrofes sobrevenidas, contribuyendo con tesón al progreso y haciendo que las relaciones del ser humano con su entorno sean cada vez más equilibradas y sostenibles.

En Iberdrola compartimos plenamente este sistema de valores y, por eso, venimos colaborando con las Fuerzas Armadas en diversas actividades. Así, al amparo de los acuerdos suscritos con el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, en los últimos años hemos puesto en marcha iniciativas en los ámbitos del cambio climático –una verdadera emergencia mundial ante la que no podemos permanecer impasibles–, la innovación tecnológica, el reconocimiento y promoción de la mujer en el mundo de la empresa y de las Fuerzas Armadas o los novedosos y cada vez más sofisticados desafíos que plantea

IGNACIO S. GALÁN

la ciberseguridad. También trabajamos de manera conjunta con la Unidad Militar de Emergencias para intercambiar conocimientos y experiencia, prestar apoyo técnico y logístico y facilitar la actuación en situaciones críticas.

La publicación que el lector tiene en sus manos es especialmente oportuna en el marco actual, definido por Zygmunt Bauman como “temporal, volátil, fluido e inestable”. Tal y como señala este autor el advenimiento de esta ‘sociedad líquida’ exige nuevas perspectivas éticas para alcanzar un mundo más seguro y solidario. En esa misma línea, este trabajo reivindica a la ética como el pilar que cohesiona y aglutina todas y cada una de las actuaciones de las Fuerzas Armadas en su constante defensa del ordenamiento constitucional y de la seguridad nacional.

Los valores que se van desprendiendo de las páginas de este libro, obra primigenia de la Academia de Ciencias y Artes Militares, son hoy más necesarios que nunca para distinguir lo superficial de lo sustancial y constituyen, ni más ni menos, las señas de identidad comunes que han venido marcando las fructíferas relaciones entre las Fuerzas Armadas españolas y nuestra compañía y que pretendemos llevar mas allá y hacerlas extensivas a esta joven Academia.

Ignacio S. Galán,  
Presidente de Iberdrola

PRÓLOGO DEL PRESIDENTE  
DE LA ACADEMIA

Es para mí un honor y una satisfacción prologar este libro, el primero que publica la Sección de “Pensamiento y moral militar” de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares y, también, el primero de la Academia. Para todos los que componemos la Academia esto es mucho más que un libro, es otro objetivo cumplido, otra señal de que seguimos avanzando en el ambicioso propósito que nos hemos marcado de divulgar la cultura militar en el seno de la sociedad española.

Actuando de forma totalmente coherente, la sección se planteó que debería comenzar sus trabajos analizando los fundamentos de la parcela de la cultura militar en la que va a trabajar y, por ello, que su primer libro debería estudiar las bases, los fundamentos, del pensamiento y la moral. De esa forma surgió “Principios y Valores. La Ética”.

La lectura de los análisis y reflexiones que contiene el texto nos incitan a detenernos, olvidarnos del ruido y las prisas, abstraernos de la vertiginosa velocidad con que todo cambia a nuestro alrededor y concedernos un tiempo para el pensamiento.

En un mundo donde la imagen lo es casi todo, este libro nos invita a pensar en lo abstracto, en lo intangible, y eso representa un desafío que, a priori, concedo que no es nada fácil de conseguir, máxime cuando su contenido pretende enfrentar a quien lo lee con el dilema de que es preferible hacer lo correcto y no lo que conviene, con la necesidad de diferenciar lo que está bien o mal hecho, convencerle de que el fin no justifica los medios y de que la ética sirve para reconocer lo que es valioso por sí mismo, tanto para el individuo como para la sociedad.

Los capítulos de esta obra nos conducen desde el marco que establecen la “misión, la visión, los principios y los valores” de

las Fuerzas Armadas (por cierto, cuatro conceptos que también figuran en el código ético y gobierno corporativo de muchas empresas públicas y privadas), hasta la reflexión final de cómo las Fuerzas Armadas son la institución más firme y sólida para “disciplinar” la guerra.

Entre ese marco inicial y la reflexión final, los autores nos guían por los caminos de la cultura militar, mostrándonos la disciplina en su significado primigenio (hace más de 2.000 años) como fundamento de nuestros valores, y también los altibajos de la relación entre el militar y el ciudadano soldado.

En ese camino, que es el que recorre el soldado en su vida de servicio, el libro se atreve a hacer una introspección en la sociedad, esa sociedad denominada “líquida” por algunos autores y que, según nos proponen, se mueve al estado “gaseoso”. Ello nos lleva a plantearnos una posible disimetría entre la “solidez” de la Institución Militar y esa “liquidez” de la sociedad, un tema interesante y que, estoy seguro, será uno de los próximos estudios de la “Sección de pensamiento y moral militar”.

No podría faltar en el relato un guiño a la actualidad mediante el análisis de cómo los principios y valores de estas Fuerzas Armadas de la Era Digital evolucionan y se adaptan a una sociedad 4.0 inmersa en la Transformación Digital, la Inteligencia Artificial y la Internet de Todas las Cosas. Como contrapartida, el amable lector podrá también apreciar el relato histórico que lleva a entrelazar el compendio de valores militares que nos presenta el escritor y soldado Calderón de la Barca, en su famoso *desideratum* de 1650, y que sorprenderá a los lectores en la forma como se engarza con los valores del Bushido japonés de hace mil años.

Finalmente, el análisis sociológico de nuestras Fuerzas Armadas nos describe esa parte de la sociedad española que ha ido evolucionando y adaptándose al entorno cambiante que le rodea como no ha hecho ninguna otra Institución del Estado en estos últimos cuarenta años.



En definitiva, es éste un libro que nos lleva desde los valores militares de hace mil años hasta las Fuerzas Armadas de la era digital y la sociedad de la revolución 4.0, pasando por muchos otros aspectos que seguro no dejarán impasible al lector. Espero que su lectura ayudará a reflexionar en todos esos asuntos, necesarios hoy en día para el conjunto de la sociedad e imprescindibles para las instituciones, empresas públicas y privadas y para las Fuerzas Armadas, asuntos que se condensan en dos palabras: “código ético”.

Para terminar estas líneas quiero reconocer la dedicación y el esfuerzo mostrados por los académicos de la Sección de pensamiento y moral militar en la redacción de este libro y expresar mi agradecimiento personal y el de la Academia a cuantos han hecho posible su publicación, con una especial mención a Iberdrola y a su presidente, Ignacio Sánchez Galán, por su amable patrocinio de este libro.



Jaime Domínguez Buj  
General de Ejército (Rv)  
Presidente de la Academia  
de las Ciencias y las Artes Militares



## INTRODUCCIÓN

Ninguna sociedad, ninguna empresa, ningún Estado, ni las Fuerzas Armadas pueden cumplir adecuadamente con sus fines y objetivos si sus miembros no mantienen una actitud ética y la organización no dispone de un buen sistema de gobierno basado en unos principios y valores que configuran el código ético de la Institución, al igual que en otras organizaciones o instituciones, y que son la base de la cultura militar y también de la cultura empresarial.

Este libro está dedicado a reflexionar y dar a conocer el modo en que las Fuerzas Armadas afrontan su ideario señalado particularmente por la “*misión, visión, valores y principios*”. Es por ello que el primer capítulo está dedicado precisamente a estos conceptos como marco de desarrollo de los mismos a lo largo de la obra.

¿Para que sirve la ética? Según Adela Cortina, la ética sirve para recordar que es más prudente cooperar que buscar el máximo beneficio individual, que es más rentable buscar aliados que enemigos, y esto es válido para las personas, organizaciones o países. Sirve para realizar un sueño, el de una sociedad con respeto a la libertad individual y a la independencia de la justicia, en la que no tengas que sufrir ni luchar para conseguir que se respeten tus derechos y libertades. Sirve para reconocer lo que es *valioso por sí mismo*, sirve para estrechar el vínculo con todos aquellos que son dignos de respeto. Sirve para construir día a día una democracia auténtica. Sirve para diferenciar entre lo que está bien y lo que está mal, para ayudarnos a elegir entre hacer el bien y hacer el mal.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Cortina, Adela, *¿Para que sirve realmente la Ética?*, 2016.

Las Fuerzas Armadas trabajan todos los días, a todas horas durante todo el año en misiones permanentes en espacios de soberanía y también en operaciones internacionales de seguridad en cuatro continentes para asegurar un “Bien Publico”: la Seguridad, un bien publico global según la ONU y un bien publico nacional según la Estrategia de Seguridad Nacional. Además de esas misiones permanentes e internacionales, dispone de estructuras para reaccionar de inmediato en caso de catástrofe o grave riesgo para la población.

Los militares, como servidores públicos y sobre todo como soldados, dedican su esfuerzo, su vida, a asegurar ese “bien publico” y por ello es esencial disponer de una fuerte cultura militar basada en principios y valores. Su misión y cometidos son especialmente sensibles, amplios y complejos, de ahí se deriva la necesidad de tener un sólido código ético para afrontarlos con esperanza de éxito. ¿Para que sirve la ética militar? Decíamos antes, pues para conformar unas Fuerzas Armadas que desarrollen sus misiones y cometidos con referencia permanente a los principios y valores que son los de la sociedad a la que sirven.

Este libro que les ofrecemos los miembros de la Sección de pensamiento y moral militar de la Academia de las Ciencias y de las Artes Militares tiene como finalidad reflexionar sobre la misión, visión, principios y valores de las Fuerzas Armadas y acomodar en nuestro pensamiento lo útil que es la ética en el desarrollo de nuestra misión, cometidos y responsabilidades.

La falta de ética tiene un elevado coste en dolor, sufrimiento, prestigio y dinero. Las consecuencias de la falta de ética y el coste de la inmoralidad seguirán siendo imparables si las personas, las organizaciones, la sociedad civil y las instituciones del Estado no le ponen coto. Se tardan años en construir una buena reputación y minutos en destruirla por falta de principios morales.



El código ético y los principios y valores incluidos en el ideario de las Fuerzas Armadas, de los que tratan los siguientes capítulos, no son un fin en si mismo, son una herramienta importante para cumplir un fin, que no es otro que el cumplimiento de la misión y esa misión es proporcionar seguridad a España y a los españoles en todo tiempo y lugar. Las autoridades militares nos recuerdan permanentemente la importancia esencial del factor humano, de los hombres y mujeres que servimos en las Fuerzas Armadas como centro de gravedad de las mismas y de la eficacia operativa. Esa eficacia se consolida con una ética militar asumida e interiorizada por todos sus miembros.

La ética en el cumplimiento del deber, la ética como referencia permanente, también cuando los militares nos encontremos en situaciones de grave crisis o conflictos, en los que el uso legítimo de la Fuerza es imperativo para salvaguardar un bien mayor, ese bien público esencial y que permite el desarrollo de los derechos y libertades: La Seguridad. Es por ello que el anterior jefe del Estado Mayor de la Defensa solía terminar sus intervenciones públicas con “Vuestra Seguridad, Nuestra Misión” o más recientemente “Nuestra Misión, Tu Libertad” y el cumplimiento imperativo de la misión, con un sólido código ético, es lo que hace resolutivas y resilientes a las Fuerzas Armadas.

Es por todo ello que el libro que les presentamos se estructura en nueve capítulos a través de los que pretendemos reflexionar y analizar con el lector que lo tiene en sus manos. Naturalmente y como hemos mencionado el primer capítulo se dedica a analizar la Misión, Visión, Principios y Valores de las Fuerzas Armadas que conforman nada menos que el código ético y la cultura militar de las mismas y es la base del sistema de gobierno de los ejércitos.

Siguiendo ese comienzo entramos a describir la cultura militar y los valores, destacando la reflexión sobre el principal entre ellos, la disciplina, y la misión esencial de las Fuerzas Armadas,

además de la descrita en el título preliminar de la Constitución. De forma natural entramos en el tercer capítulo para analizar los altibajos de la relación histórica entre los valores militares y los ciudadanos soldados.

A partir del siguiente capítulo entramos en describir la disimetría que parece existir entre la solidez de los valores y principios de las Fuerzas Armadas y la liquidez de las referencias éticas de la sociedad que parece entrar poco a poco en el siguiente estado de la materia orgánica, el gaseoso. Esta disimetría es esencial debatirla en el cambio de época que estamos viviendo.

Una vez generado el marco de discusión el libro entra en analizar como se adaptan o evolucionan los valores y la ética militar en la era digital, en la sociedad de la revolución 4.0. Sin duda la ética y el liderazgo, siguiente capítulo, en el cumplimiento del deber y en el desarrollo de la autoridad investida ocupa un papel fundamental en el texto.

La defensa de que las Fuerzas Armadas son la institución mas firme para “disciplinar” la guerra, nos lleva a la promesa de Normandía, que expresaron los presidentes Trump y Macron en la ceremonia de celebración del 75 aniversario del desembarco que propició la libertad de Europa.

Acercándonos al final del libro hemos decidido incluir un largo documento histórico sobre los valores que conforman el Bushido, el “camino del guerrero”, que nacieron hace 1.000 años y que para muchos analistas configuran el alma de Japón. Esos valores desde el siglo X, se ven reflejados a mitad del siglo XVII, en el “desideratum” de Calderón de la Barca y continúan de alguna forma con las características occidentales en los valores actuales.

En definitiva, el libro expone como los valores que conforman la cultura militar son milenarios, han evolucionado adaptándose a la sociedad de su tiempo, pero manteniendo la solidez y permanencia de lo esencial. Finalizamos el texto con una aproximación sociológica a las Fuerzas Armadas y las adaptaciones más recientes.

En resumen, la cultura militar, a diferencia de la cultura de seguridad nacional, propia de Presidencia de Gobierno, y la cultura de defensa, que lo es del Ministerio correspondiente, es propia de las Fuerzas Armadas. Es una cultura interna, cultura corporativa, como la de cualquier otra empresa de importancia, y proporciona una gran cohesión y facilita la integración de sus miembros. Esta cultura militar, como cultura corporativa, bien puede ser tomada como ejemplo para otras culturas de grandes empresas, no por casualidad las Fuerzas Armadas son, también, la mayor empresa pública española que tiene proyección y presencia permanente internacional.

Luis Feliu Bernárdez, editor  
La Sección de Pensamiento y Moral Militar



MISIÓN, VISIÓN, PRINCIPIOS Y VALORES  
ELEMENTOS FUNDAMENTALES EN  
LAS FUERZAS ARMADAS

Juan Escrigas Rodríguez  
*Capitán de Navío*

La trascendencia de las acciones de cualquier militar en su trabajo diario, no solo para su persona, sino para el bienestar de sus seres queridos y conciudadanos, nos debe llevar a un profundo análisis de la esencia de las misiones que tienen encomendadas, de los valores y principios que mueven su actuación, y de la visión que tienen sus líderes de lo que son y van a ser en un futuro las Fuerzas Armadas y de la forma de actuación de sus individuos.

En realidad, este análisis no es más que la esencia del ejercicio que tiene que hacer cualquier empresa, de su estrategia como tal, de su compromiso con la sociedad y de su futuro como entidad. Uno de los principales objetivos, y desde luego el más complicado de cualquier empresa es encontrar el marco conceptual, definiendo su misión, los principios y valores de actuación de la empresa y la visión empresarial de la actividad que quiere llegar a desarrollar, en suma, establecer la estrategia que quiere implantar para poder ejercer su actividad y mejorar su cuenta de resultados dentro de unos límites éticos.

Esta estrategia empresarial ha de ser clara, conceptualmente bien asentada, y debe estar comunicada de forma clara al resto de la empresa para poder alinear los objetivos empresariales. Esta estrategia empresarial ha sido adoptada por todo tipo de corporaciones. Así, por ejemplo, nos encontramos el caso de la NASA, paradigma de funcionamiento eficiente, y exitoso en muchos casos. Lo primero que te enseñan al acercarte a su

Dirección de Operaciones de Vuelo es una tarjeta en la que se encuentran este cuadrinomio de conceptos: visión, misión, valores y principios de las operaciones de vuelo. Esta tarjeta la llevan todos los miembros de la Dirección junto con su identificación, para que en ningún momento tengan duda de su forma de actuación en cada caso.

Igual de trascendente es para un miembro de las Fuerzas Armadas esta cuestión. No solo la estrategia de la corporación, sino la base ética en que están fundadas todas sus acciones. Además de lo recogido en la Constitución Española de 1978, que es de donde emanan todas las bases de la institución, la Ley Orgánica 05/2005, las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, y los documentos del jefe de Estado Mayor de la Defensa y de los jefes de Estado Mayor de los Ejércitos y la Armada, definen y recogen el cuadrinomio, que establece la Estrategia de la Institución. Por ello, se considera necesario analizar cada uno de estos conceptos y el marco en que se han desarrollado.

Este será el objeto de todo este capítulo donde desarrollaremos el estado de la cuestión, para profundizar posteriormente en cada uno de estos conceptos y afianzar la base teórica de la “Estrategia Empresarial” de las Fuerzas Armadas, y su comunicación a sus miembros para que los objetivos buscados en la Estrategia sean comunes y realizables.

#### MISIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS

La misión y su cumplimiento son la razón de ser de las Fuerzas Armadas. Dota a la institución de coherencia en las actuaciones, organización y estructura para llevarlas a cabo, y permite establecer los objetivos estratégicos de la corporación. Es el “qué” de cualquier corporación o empresa. El objeto de la cualquier Estrategia Militar es contribuir al logro y la preservación de los Intereses Nacionales de Seguridad, lo que se

consigue a través del cumplimiento de las misiones generales de las Fuerzas Armadas.

Estas misiones están reflejadas en el artículo 8.1 de la Constitución Española donde se establece que las Fuerzas Armadas, constituidas por el Ejército de Tierra, la Armada y el Ejército del Aire, tienen como misión garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional. Estas tres misiones son las misiones generales anteriormente citadas.

En el tiempo que fue escrita la Constitución no se preveía la evolución que iba a tener la institución, el entorno nacional e internacional, y la situación geopolítica del mundo. Tras la integración de España en la OTAN, la Unión Europea y otras organizaciones internacionales, y más en concreto, a partir de los primeros años de la década de 1990, hizo necesario ampliar ese espectro de actuación, lo que se plasmó en la ley Orgánica de la Defensa Nacional 05/2005 de 17 de noviembre, que en su artículo 15 establece además que las Fuerzas Armadas contribuyen militarmente a la seguridad y defensa de España y de sus aliados, en el marco de las organizaciones internacionales de las que España forma parte, así como al mantenimiento de la paz, la estabilidad y la ayuda humanitaria.

En ese mismo artículo, en su punto 3 establece que las Fuerzas Armadas, junto con las Instituciones del Estado y las Administraciones públicas, deben preservar la seguridad y bienestar de los ciudadanos en los supuestos de grave riesgo, catástrofe, calamidad u otras necesidades públicas, conforme a lo establecido en la legislación vigente. Esta situación se vio claramente plasmada con la creación de la Unidad Militar de Emergencias tras el Consejo de Ministros el 7 de octubre de 2005, desarrollando su organización y despliegue por el Real Decreto 416/2006, de 11 de abril.

En su punto 4 el artículo desarrolla las misiones de evacuación de los residentes españoles en el extranjero, cuando circunstancias

de inestabilidad en un país pongan en grave riesgo su vida o sus intereses. Con este nuevo espectro de misiones dadas en el artículo 15, que matizaban las misiones generales dadas en la Constitución, se acercaba la realidad de las Fuerzas Armadas del siglo XXI a las definiciones teóricas dadas en la normativa.

Asimismo se establecía en el artículo 16 los tipos de operaciones que se iban a llevar a cabo, cuya base de actuación fue actualizada en el Título IV de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas de 2009.

Como vemos, las misiones de las Fuerzas Armadas y el tipo de operaciones que se pueden realizar están claramente definidos en la normativa actual. Esto no quiere decir que con la aparición de nuevos conceptos y formas de actuación, con la revolución tecnológica, no pueda ser necesario modificar algunos conceptos, pero la base de la actuación de las FAS está más que consolidada y aceptada por la sociedad a la que se sirve, e interiorizada por todos los miembros de la institución, lo que ha permitido que la ética en sus actuaciones sea una constante y un bien más que consolidado que es necesario preservar.

## VISIÓN

La visión es la forma de ver la consecución de los objetivos estratégicos nacionales, es decir el cumplimiento de la misión de las más altas autoridades de las Fuerzas Armadas en el ámbito de sus competencias. Es esta visión se ven reflejadas en las líneas de acción estratégicas, los escenarios en donde se van a desarrollar y las capacidades que va a necesitar la autoridad al mando de las operaciones para cumplir la misión. Es decir responder a las preguntas de “cómo”, “dónde” y “con qué” de las Estrategia Militar.

En el caso del jefe del Estado Mayor de la Defensa el documento en vigor que disponemos es el “Concepto de Empleo



de las Fuerzas Armadas 2017” (CEFAS 17). Según se cita al inicio, en él se establece el marco de actuación, la forma en que llevarán a cabo sus misiones las Fuerzas Armadas, las características generales que deben tener las fuerzas militares en las operaciones y pone las bases para un proceso de Planeamiento de la Defensa que propicie su diseño apropiado, practicable y aceptable.

Los jefes Estado Mayor de los Ejércitos de Tierra, de Aire y la Armada también tienen documentos estratégicos, donde establecen la estrategia de sus Ejércitos dentro de las Fuerzas Armadas, y cómo van a disponer de las capacidades necesarias adiestradas y certificadas para ponerlas a disposición de los mandos de las operaciones, en caso necesario.

Así, el general jefe del Estado Mayor del Ejército establece en la presentación de su documento Visión del JEME “Fuerza 2035” que el objeto del documento es evolucionar la Fuerza desde hoy, para estar en las mejores condiciones de responder a los desafíos a los que previsiblemente se tenga que hacer frente en el horizonte de 2035, con el fin de seguir siendo una herramienta útil y fiable.

El almirante jefe de Estado Mayor de la Armada utiliza tres grupos de documentos principales para dar a conocer su Visión. Una visión a largo plazo en un horizonte de 20 años, donde pone las bases de la Fuerza de la Armada futura y de su utilización. Un documento a medio plazo, cuatro años aproximadamente, las Líneas Generales de la Armada, donde establece las líneas de Acción Estratégica, los objetivos de cada una de ellas y la forma de alcanzarlos. Y por último, las Directivas de preparación de la Fuerza, de Recursos y de Organización donde marca objetivos a corto plazo, un año con proyección a dos, a las Autoridades Superiores de la Armada.

El general jefe de Estado Mayor del Aire, emitió el documento Visión del JEMA 2013, presentado en diciembre de 2013 y en su preámbulo se dice que su finalidad es definir



JUAN ESCRIGAS RODRÍGUEZ

los ejes estratégicos que deben guiar la evolución del Ejército del Aire para poder alcanzar el reto de ser capaz de mantener las capacidades necesarias con el vertiginoso desarrollo de los medios aéreos y espaciales, pese a las dificultades económicas que se están vislumbrando.

#### PRINCIPIOS Y VALORES

En cuanto a los principios y valores de las Fuerzas Armadas son el tamiz que todos los que lo componen, tienen que tener en cuenta en todas sus actuaciones.

Para ello, el documento de referencia son las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas de 2009. Es la esencia de la respuesta al “cómo” vamos a cumplir las misiones.



#### PRINCIPIOS



Históricamente, y según establece el preámbulo de nuestras Reales Ordenanzas actuales, las ordenanzas plasmaban principios éticos que debían presidir el comportamiento de los militares y algunas de ellas perduraron en el tiempo como acervo común de los militares españoles y elemento esencial en la formación de su espíritu militar y manera de actuar en la vida cotidiana y en el combate.

En ese mismo preámbulo, se establece que las presentes Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, de acuerdo con lo previsto en la Ley Orgánica de la Defensa Nacional y en la Ley de la Carrera Militar 39/2007 de 19 de noviembre, conforman un código deontológico, compendio de los principios éticos y reglas de comportamiento del militar español.

En los principios definidos en estos documentos estratégicos encontramos una dicotomía para un mismo concepto. Por un

lado, se establecen principios para el diseño, organización y formación de la fuerzas y su utilización en operaciones, y por otro, los principios que deben iluminar a las personas que componen las Fuerzas Armadas. Aunque ambos muestran aspectos bien diferenciados, son en muchos casos complementarios, y en algunos documentos ambos principios están contenidos en los mismos epígrafes, con lo cual, para hacer el recorrido completo debemos fijarnos en ambos aspectos.

Así, la Estrategia Nacional de Seguridad 2017 establece que los principios rectores de la política de Seguridad Nacional son la unidad de acción, la anticipación, la eficiencia y la resiliencia. Asimismo en la Ley Orgánica de la Defensa establece que la organización de las Fuerzas Armadas, integradas en el Ministerio de Defensa, responde a los principios de jerarquía, disciplina, unidad y eficacia.

Otro documento interesante para que analicemos, por lo que significó de novedoso cuando fue promulgado, es la Estrategia Militar Española del año 2002, que aunque ya está superado por conceptos posteriores, define unas disquisiciones teóricas muy interesantes. En él se establece que los Principios de la Estrategia Militar constituyen la base de referencia de las actuaciones de las Fuerzas Armadas, donde se debe sustentar la elección de la línea de acción estratégica, o combinación de ellas, que se considere más adecuada, y se proponen como principios la anticipación, la visión global, la eficiencia, la entidad estratégica única y la fuerza suficiente. Como vemos principios de generación de fuerza, pero que en algunos casos son aplicables a las actuaciones de las personas.

En el documento Concepto de Empleo de las Fuerzas Armadas (CEFAS 2017) establece que los principios básicos para el diseño de la Fuerza Conjunta, que le proporcionan su eficacia operativa, y entre otros establece la moral, la formación (nuestros “valores”) y el adiestramiento del personal que

la integra, y afirma que ellos son elementos fundamentales de su capacidad operativa.

Pero los más interesantes y que llevan a la reflexión sobre los principios de las personas que forman las Fuerzas Armadas, son los recogidos en la Reales Ordenanzas. En su artículo 1. está la base de toda la actuación ética de sus miembros como personas:

“Las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, que constituyen el código de conducta de los militares, definen los principios éticos y las reglas de comportamiento de acuerdo con la Constitución y el resto del ordenamiento jurídico. Deben servir de guía a todos los militares para fomentar y exigir el exacto cumplimiento del deber, inspirado en el amor a España, y en el honor, disciplina y valor”.

Los conceptos de cumplimiento del deber, amor a España, honor, disciplina y valor están muy ligados a la idiosincrasia de los militares, y desde luego, y como se resaltó en el Concepto de Empleo de las Fuerzas Armadas, la formación es un elemento esencial para asentar estos conceptos. Todo militar cuando ingresa en las Fuerzas Armadas espera encontrar esta base ética, pero es necesaria en el proceso de la enseñanza de formación y perfeccionamiento darle la importancia que tiene para cohesionar a todos sus miembros. En su artículo 129, las Reales Ordenanzas recogen hablando de la formación en valores:

“El que ejerza la función docente fomentará los principios y valores constitucionales, contemplando la pluralidad cultural de España, y promoverá en sus alumnos los principios éticos y las reglas de comportamiento del militar, con el objetivo de que todos los miembros de las Fuerzas Armadas fundamenten su ejercicio profesional en el más exacto cumplimiento de los preceptos contenidos en estas Reales Ordenanzas”.

También es necesario establecer los principios de los militares como servidores públicos. Así en su Artículo 5 establecen las Reales Ordenanzas que los militares deberán actuar con arreglo a los principios de objetividad, integridad, neutralidad, responsabilidad, imparcialidad, confidencialidad, dedicación al servicio, transparencia, ejemplaridad, austeridad, accesibilidad, eficacia, honradez y promoción del entorno cultural y medioambiental.

Pero donde realmente se desarrollan estos principios es en el Capítulo I del Título I, Del Militar. Principios Básico, y es el Artículo 14 el que refleja desde hace más de 250 años la base de la ética militar. Por su importancia lo citaremos exactamente:

“El militar cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio; el llegar tarde a su obligación, aunque sea de minutos; el excusarse con males imaginarios o supuestos de las fatigas que le corresponden; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces de la profesión militar, son pruebas de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas ”

Este concepto que define la forma de ser del militar español ha trascendido nuestras fronteras y ha sido utilizada por Fuerzas Armadas de países hermanos como base de su ética militar.

#### VALORES

A lo largo de la historia de los Ejércitos y de la Armada han ido desarrollando valores asociados a sus capacidades, formas de actuación y tradiciones.

En esencia son los mismos conceptos, en algunos casos denominados de forma diferente, pero existen ciertas peculiaridades

que son necesarias de analizar, comparar y comprender. Es uno de los objetos primordiales de los capítulos posteriores. En este capítulo, como ya indicamos, solo daremos un esbozo de los que aparecen en las principales publicaciones de los Ejércitos, la Armada, los Cuerpos Comunes y la Guardia Civil que comparte con las Fuerzas Armadas esos valores.

Con los cambios sociales, tecnológicos, culturales actuales que aceleran la transformación e incluso mutación de los conceptos de forma exponencial, es necesario fijar de una manera firme las bases de la institución, con conceptos sólidos, éticamente aceptables y aceptados y solvencia intelectual.

El artículo 15 de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, Primacía de los principios éticos, establece que el militar dará primacía a los principios éticos que responden a una exigencia de la que hará norma de vida y que de esta forma contribuirá a la fortaleza de las Fuerzas Armadas, garantía de paz y seguridad.

Según establece la introducción al documento Valores del Ejército de Tierra, los valores son parte fundamental de la cultura de cualquier sociedad y de toda organización. Son el marco del comportamiento que deben tener sus miembros y dependen de la naturaleza y la misión de la organización, de sus objetivos y de su visión del futuro. Estos valores facilitan la integración y adhesión de los nuevos miembros y refuerzan la convivencia, la cohesión y el compromiso de todos sus componentes.

Además, estos valores son conceptos superiores, con permanencia en el tiempo y están al margen de ideologías y tendencias políticas y que tienen una clara permanencia en el tiempo. Asimismo, el documento El valor de un equipo. Liderazgo y valores del Ejército del Aire establece que el ejercicio de los valores es una responsabilidad individual y permanente de todos los miembros de las Fuerzas Armadas que se deben transmitir con el ejemplo.

El documento de Estrategia de Seguridad Nacional de 2017, Un proyecto compartido de todos y para todos, establece,

apoyada en la Constitución Española que España es un Estado social y democrático de derecho, dotado de un marco constitucional de derechos y libertades que tiene al ciudadano como eje central, y de unas instituciones que propugnan y protegen como valores superiores la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político.

Otro documento estratégico esencial el Concepto Estratégico de las Fuerzas Armadas de 2017 establece que tenemos unas Fuerzas Armadas asentadas sobre principios firmes, asumidos y puestos en práctica por todos los militares, y eso es una garantía para el futuro; pero, precisamente por ser tan esencial, debe ser una preocupación permanente no cejar en el empeño de mantener y transmitir sus valores morales: amor a España, espíritu de sacrificio, voluntad de servicio, y continúa afirmando que estos valores son seña de identidad y factor multiplicador de sus capacidades.

Cómo ya expresamos anteriormente Los Ejércitos y la Armada han desarrollado su propia doctrina corporativa relacionada con los valores, y han establecido sus principales definiciones en documentos dedicados a estas definiciones. Así, el Ejército de Tierra, en su documento Los Valores en el Ejército de Tierra de enero de 2017, establece que esa publicación está dirigida a todos los miembros del Ejército de Tierra, sin distinción de empleos, cuerpos, escalas, especialidades, funciones u otras categorías internas, que responde a una directriz del jefe de Estado Mayor del Ejército para definir los valores fundamentales del Ejército de Tierra y que de esa manera contribuye a conocerlos mejor, a identificarse con ellos y a fomentar su práctica. En esta publicación se definen los siguientes valores:

Amor a la Patria  
Compañerismo  
Disciplina

Ejemplaridad  
Espíritu de Sacrificio  
Espíritu de Servicio  
Excelencia profesional  
El Honor  
La Lealtad  
El Sentido del Deber  
El Valor.

Es interesante resaltar lo que establece el documento hablando del Amor a la Patria, donde se dice que constituye el valor fundamental del militar porque en él se basa su vocación. También establece que la austeridad, la abnegación y la entrega forman parte consustancial del espíritu de sacrificio.

La Armada, además de los clásicos enseñados en todas las escuelas de la Armada, y presentes en sus patios de aulas de Honor, Valor, Disciplina y Lealtad, ha definido en el documento Concepto de Liderazgo en La Armada del año 2008 las cualidades que tiene que tener un miembro de la Armada, y en el apartado Nuestros Valores de su página WEB, refiriéndose al documento anterior, subraya como valores más destacados de la institución la Integridad, la Lealtad, la Disciplina, la Responsabilidad y el Sentido del Deber, el Valor y el Compañerismo. Como vemos, no muy alejados de los conceptos del Ejército de Tierra.

El Ejército del Aire, en su documento El valor de un equipo. Liderazgo y valores en el Ejército del Aire establece como valores la Disponibilidad y el Compromiso, la Lealtad y el Espíritu de Equipo, la Profesionalidad y Ejemplaridad y la Disciplina y el Valor.

Además, la Guardia Civil en su Web Oficial y en el apartado de Información Institucional establece como valores de la institución, el Sacrificio, la Lealtad, la Austeridad, la Disciplina, la Abnegación, y el Espíritu benemérito.



Aunque en apariencia las diferencias son apreciables, un somero análisis como el que se representa en la tabla 1, nos hace llegar a la conclusión que no son tan importantes. Así aparecen como valores en los cuatro documentos la Disciplina y la Lealtad, mientras que el Valor aparece en los documentos de los Ejércitos y la Armada.

Valores	E. de Tierra	Armada	E. del Aire	Guardia Civil
Valor	X	X	X	
Disciplina	X	X	X	X
Lealtad	X	X	Espíritu de Equipo	X
Honor	X	Integridad		Lealtad
Amor a la Patria	X			
Compañerismo	X	X		
Ejemplaridad	X		X	
Espíritu de Sacrificio	X			X
Espíritu de Servicio	Abnegación		Disponibilidad y Compromiso	Abnegación Benemerito
Excelencia profesional	X		Profesionalidad	
Sentido del Deber	X	Responsabilidad		
Austeridad	Espíritu de Sacrificio			X
Abnegación	Espíritu de Sacrificio			X

Tabla 1. Resumen valores

La simplificación de la tabla no nos puede llevar a conclusiones erróneas, por ello se hace necesario un análisis más profundo. La tabla está construida relacionando las distintas definiciones que se dan en los documentos.

Hasta ahora solo hemos hecho un tramo del recorrido conceptual por los documentos principales, y hemos establecido los conceptos básicos sobre el cuadrinomio indicado. En los



JUAN ESCRIGAS RODRÍGUEZ

siguientes capítulos se establecerán las bases sólidas de estos conceptos y citado análisis en profundidad. Comencemos entonces el recorrido.



VALORES Y CULTURA MILITAR  
EN LAS FUERZAS ARMADAS  
LA DISCIPLINA

Federico Aznar Fernández-Montesinos  
*Capitán de Fragata*  
Luis Feliu Bernárdez  
*General de Brigada*

Lo militar supone un código moral y, como tal, aporta unas referencias y señala un camino, sirve para interpretar la realidad y es, a su vez, una guía de acción. Tiene elementos comunes con la religión. Recordemos la descripción que hace Calderón de la milicia como una “religión de hombres honrados”, si bien sus metas son señaladas por la comunidad a la que sirven y, en principio, no incorporan la dimensión trascendente específica de la religiosidad. Lo militar es realmente un humanismo.

El término “valores” deriva del vocablo latino “valere,” que significa “ser fuerte.” Son los principios morales que regulan el comportamiento del ser humano en una organización y reflejan su función generadora de homogeneidad, confianza y autoestima.

Los valores pueden definirse como concepciones grupales acerca de lo que se considera deseable, que influyen sobre las personas a la hora de elegir las formas, medios y fines para la acción “las ideas sobre cómo deben ser las cosas y sobre cómo debe actuarse”. Los valores dotan de cohesión a las organizaciones, estableciendo el marco de las decisiones del día a día y dotan de un plus a las estrategias.

Valores, actitudes y comportamientos están relacionados y deben ser congruentes entre sí. Las actitudes son mediadoras



entre valores y comportamientos. Los valores están en la cúspide, son una guía que controla las normas y estas los comportamientos.

Los grupos militares son grupos culturalmente homogéneos. Los lazos entre militares son más fuertes que los que existen entre estos y la sociedad civil, con lo que los cambios llegan, aunque con un cierto retraso. Este retardo al permear entre uno y otro cuerpo se suman los procesos internos. Las Fuerzas Armadas se comportan como una nevera espiritual, esto es, preservan temporalmente los valores del pasado, los valores de la sociedad a la que sirven.

La aproximación militar a los problemas cuenta con sus propios parámetros y de un sistema de medida autóctono. Hasta los procedimientos con los que se deben adoptar decisiones se encuentran estandarizados. A consecuencia de su lógica de luces y sombras, se genera una lectura autónoma del relato bien distinta de la propia de un diplomático o de un economista.

La cultura militar incorpora su propio sistema de valores, actitudes y comportamientos, un conjunto relativamente estable en el tiempo que se verbaliza creando conceptos que enriquecen y facilitan la cohesión del grupo al hacer más eficaz la comunicación interna. Cabe, pues, plantear este hecho como decisivo en la medida en que la organización militar expresa preferencias por determinadas conductas, metas o estrategias. Es sin duda una cultura corporativa comparable a la de grandes empresas.

Una cultura corporativa consiste en las creencias, en la filosofía de una organización sobre la gobernanza y la llevanza de sus asuntos; es decir, las razones por las cuales hace las cosas de la manera en que las hace. Se manifiesta en los valores y principios de sus miembros, en sus principios éticos, en las políticas y máximas que se establecen, en el estilo de hacer las cosas, en las tradiciones que conserva la organización, en las actitudes y sentimientos de las personas y en las historias que cuentan, en las presiones que ejercen los compañeros, en la

política interna de la organización y en la “química” que rodea el ambiente laboral.<sup>1</sup>

El modelo heroico, la virtud pura puesta en práctica aun con peligro físico, es un ejemplo indudable. Una cultura heroica es una cultura muy marcada, basada en actitudes, con grandes surcos de los que no es posible sustraerse, lo que orienta y limita el espectro de decisiones posibles haciéndolas previsibles y muy coherentes entre sí. No es tan importante el hecho como la intención, aunando ideal y praxis, la predica con la práctica, los hechos y las palabras, en definitiva el honor, constituyéndose por ello en una moralidad, en un ejemplo y, por tanto, en un camino. Camino de ejemplaridad.

La cultura militar es así una cultura muy fuerte, como conviene para gestionar un conjunto tan grande, diverso y complejo como lo son los Ejércitos. La cultura establece el marco de relaciones y complementa las instrucciones de los superiores jerárquicos. La cultura es la argamasa del sistema de gobierno, de la institución.

Los valores de una Institución no son los que esta predica, sino los que en ella se practican. Su credibilidad, un factor crítico, no ya para su éxito sino para su propia existencia, se encuentra en el espacio que se sitúa entre lo uno y lo otro, entre prédica y práctica.

La cultura heroica cuenta con una dimensión física cercana a la hermosura. El héroe desarrolla su acción sobre el terreno, en contacto con la realidad. El heroísmo es siempre táctico, no es estratégico pues lo estratégico es principalmente utilitarista, está directamente al servicio de un bien superior. Desde esta perspectiva, no hay héroes en los despachos, y eso a veces es un problema.

El uniforme implica un compromiso público, lo que a su vez señala una actitud pública al tiempo que los refuerza pues

<sup>1</sup> Ripoll Cantero, José María: “*La cultura corporativa en la Armada*”, Monografía III Curso de EM de las FAS, 2002.

apunta a una realidad permanente; el solo hecho de llevar uniforme compromete públicamente, liga a un ideal, obliga a una conducta, muestra un sincero compromiso con un credo y con un juramento de lealtad. El uniforme es la convergencia entre principios, pensamiento y actuación. Llevar uniforme es una responsabilidad. Es solo un símbolo, sí, pero pretende ser una actitud; no es una mera estética sino una propuesta ética. En el y en su significado se une la ética y la estética de la cultura militar.

La idea de servicio público que prestan las Fuerzas Armadas resulta una concepción capital. El “acto de servicio” se convierte en la justificación de cualquier acción y hasta de la propia pérdida de la vida. El nombre de los guerreros más emblemáticos, los samuráis, deriva del verbo “saurau” que viene a significar “servir como ayudante.” Pero ellos eran guerreros no militares basados en la disciplina, no eran servidores públicos.

El objeto del acto queda fuera de quien lo lleva a cabo, no se encuentra completamente alineado con sus intereses, es extrínseco y tiene su recompensa emocional, sino en la gloria, sí en “la satisfacción del deber cumplido.” Su inutilidad para quien lo lleva a cabo le dota de un plus de belleza al tiempo que ennoblece a su agente.

El meollo de la cuestión no se sitúa así en los valores sino en los comportamientos, en la praxis. Por eso los valores a su vez generan unas actitudes congruentes con ellos: imperturbabilidad, laconismo, inmediatez, previsión, paciencia, autodominio, fortaleza, templanza, prudencia...

Estas actitudes, materializadas en un carácter más resuelto, hacen, por ejemplo, a los militares más proclives al liderazgo en la medida en que este es también y ante todo una actitud y un compromiso, así como un reflejo de la capacidad de decidir.

No en vano términos como “militancia” encarnan como parte de su significado una conducta o actitud orientada en pro de una cierta causa. Las Fuerzas Armadas se convierten de este modo en auténticas escuelas de liderazgo y decisión.

Lo militar encarna un ideal, por eso en el ámbito militar no hay tanta diferencia entre el deber ser y el ser, entre pensamiento y acción, entre ética y comportamiento. De ahí la manifiesta incapacidad de los militares para reconocer la vileza o para comprenderla, en la medida en que encarnan un divorcio entre la realidad y su prédica y no están acostumbrados en su entorno a esta práctica de la falta de veracidad, de la mentira que aunque según algunos sociólogos es la mayor fuerza de nuestros tiempos, es contraria al concepto militar del honor, de lo que es honorable.

Pero estas ventajas comparativas también incorporan sus defectos. El laconismo militar propicia un menosprecio por la comunicación, un elemento clave del siglo XXI; la inmediatez hace el análisis menos profundo, aun en un entorno de complejidad; la imperturbabilidad dota de un alto componente inercial y dificulta las políticas de cambio y adaptación; la vocación de ejercicio y la ejemplaridad entra en colisión con el beneficio privado que sin embargo, a veces concurre. En cualquier caso, la existencia de un honor específicamente militar delata por sí sola la existencia de una subcultura militar.

Todos estos arquetipos metodológicos, han generado una riquísima cultura que también cuentan con utilidad en el ámbito civil y son dignos de estudio, cuando no sirven de inspiración, constituyéndose en una perspectiva antropológicamente relevante. Y la recíproca también es cierta, esto es, la validez para el mundo militar de la aproximación civil. Pero existe una cierta renuencia a este intercambio, en parte fruto de clichés, apriorismos, estereotipos y falta de mutuo conocimiento, tanto en el mundo civil como en el militar, especialmente en nuestro país.

El caso de un liderazgo tan exclusivo e infrecuente como el del liderazgo estratégico hace de este intercambio de conocimientos una necesidad aún más demandante.

El mundo militar está imbricado en el civil. Por tanto, es lógico transponer las enseñanzas obtenidas del mundo militar



al civil en su relación bidireccional, y más, en aspectos como el liderazgo. Se establece así una inevitable relación dialéctica y bascular que ha hecho que, no solo inventos para la guerra (como el radar, internet, la comida enlatada, las redes de comunicaciones... hasta los cheetos) sino también términos e ideas surgidas del mundo militar y parte de su cultura, hayan sido plenamente incorporadas al mundo civil, y se discuta hoy hasta su sello de propiedad (estrategia, táctica, logística...) y su significado.

El fin de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente en el mundo anglosajón, llevó al retorno de muchos soldados que se incorporaron a sus quehaceres empresariales con un bagaje de conocimientos militares, entre ellos ideas estratégicas, de organización y de planeamiento. De ahí la influencia y extensión de conceptos militares a este ámbito de modo paralelo al desarrollo de la sociedad civil y de los grandes conglomerados industriales. De hecho, las diferencias entre los liderazgos ejercidos por civiles y militares no son muy profundas, pudiéndose obtener no pocas referencias para su uso compartido.<sup>2</sup>

Como nos demuestran autores que arrancan desde el mismísimo Jenofonte, los principios y experiencias militares pueden trasponerse y adaptarse al mundo civil, al ámbito de los negocios, exitosamente. Como Sócrates explicaba a su discípulo Nicomedes, quien dirige bien y exitosamente un coro o un negocio también puede dirigir bien tropas.<sup>3</sup>

El arte japonés del “ikebana” recuerda que, quien sabe disponer bellamente un ramo de flores, aprende al mismo tiempo los principios básicos, la sensibilidad para desplegar Ejércitos. Los movimientos de una “katana” pueden simularse, según la tradición, por medio de un abanico.

Otro buen ejemplo de ello es lo problemático que resulta el concepto de liderazgo estratégico; este ha tenido un desarrollo

<sup>2</sup> Adair, John: *Effective Strategic Leadership*. Pan Books, 2003.

<sup>3</sup> *Ibidem*.



espectacular en el mundo de la dirección empresarial, generando una amplia literatura tendente a explicar sus alcances, formas de operación y su relación con los procesos de planificación estratégica y toma de decisiones. Pero es un liderazgo infrecuente del que en el mundo militar se sabe mucho. No en vano es el “arte del general”.

Por una cuestión de percepción de la milicia y de lo militar, tal vez fruto de un cierto obscurantismo de la cultura profesional para quienes se sitúan al margen de ella y de la propia imagen de los militares, se ha dificultado, especialmente en España, que este caudal de conocimientos y experiencia fluya, haciendo que quede estancado y, en parte, se pierda. Este trasvase entre el mundo empresarial, la sociedad civil y el mundo militar aún no se ha producido del todo, al menos en España.

Las mismas funciones y atributos que un líder estratégico militar precisa: la capacidad de decisión, la gestión de asuntos complejos, el control del marco, la gestión de grandes masas humanas, ver y comprender los cambios, la adaptación a los mismos, entender el campo de batalla o la logística, se pueden aplicar igualmente al mundo de la empresa. Los parámetros de los escenarios en los que desarrolla su actividad las Fuerzas Armadas, por ejemplo, son igualmente válidos para las empresas como se recoge hasta en artículos de la célebre revista *Fortune*<sup>4</sup> y números de *Harvard Business Review* dedicados al liderazgo.

En nuestro país las Fuerzas armadas son una empresa pública de 120.000 miembros que provee seguridad en el entorno de la Estrategia de Seguridad Nacional y se constituye en la “última razón del Estado” en caso de estar amenazada su supervivencia.

La realidad acaba recogiendo estos hechos. Históricamente, no solo la nobleza se ha incorporado directamente a la dirección de las Fuerzas Armadas, sino que en los grandes conflictos, e incluso en nuestra Guerra Civil, también lo han hecho distintos

<sup>4</sup> Maggan Lon E. *Leadership Challenges for the future*; Salas, Eduardo, Burke C. Shawan, Stagl Kevin C: *Developing Teams and Leaders: Strategies and principles*.



colectivos sociales en ambos bandos, que fueron dotados de grados militares y realizaron importantes aportaciones en el plano bélico.

Pero la recíproca, desde el ambiente civil al militar, también es cierta. Toda esta información, que aseguraría el éxito de una empresa, es a su vez, una referencia sumamente útil para el ámbito de la Defensa y Seguridad. En cualquier caso, el pragmatismo anglosajón hace pensar que estamos ante unos estudios, ante una sistematización, rentable.

Estamos ante una suerte de adanismo que menosprecia la experiencia ajena al tiempo que hace clara expresión de su desinterés por las cuestiones militares, al considerarlas del todo ajenas. Bismarck expresaba claramente su parecer al respecto: “solo los tontos aprenden de su propia experiencia, yo prefiero aprender de la experiencia de los demás”

Existen importantes espacios comunes para los que cada área de trabajo ha encontrado diferentes soluciones y metodologías que permanecen desconocidas para el resto. Solo se aprende de lo que no se conoce; y cuanto menos se conoce, mayor es la oportunidad de aprender.

Despreciar lo desconocido, los prejuicios infundados, no es precisamente timbre de gloria, especialmente para el investigador social. El afán por conocer y explorar, ha sido y será siempre, la base de cualquier progreso.

#### LA DISCIPLINA, EL FUNDAMENTO

Disciplina, deidad menor de la mitología romana, inspirada en la mitología griega, fue introducida por el emperador Adriano, de origen Hispano, para aumentar la eficacia militar de las legiones romanas destacadas en la muralla de su nombre, que limitaba el territorio de los escotos, o los pictos, hoy Escocia, del resto del territorio ocupado por Roma. En esa

gran muralla de Adriano, que se puede visitar hoy en día, se encuentran los escasos templetos en roca dedicados a la deidad Disciplina, que aun se conservan.

Los soldados romanos, si querían recibir la protección de la diosa en el combate, debían ejercitar, poner en práctica tres virtudes, “Fidelitas, Severitas y Frugalitas”, es decir, debían cultivar la Lealtad o Fidelidad al emperador, la Exactitud o Rigor en el cumplimiento del deber, de las ordenes recibidas y el Espíritu de Sacrificio.

El verdadero sentido de la deidad Disciplina ha llegado a nuestros días en la forma de Lealtad, que es un acto de la razón, en la de Fidelidad que es un sentimiento, en la de cumplimiento del Deber con rigor, exactitud, con los medios disponibles y por ultimo en la forma de Espíritu de Sacrificio. Disciplina es Lealtad, es Deber, es Sacrificio.

A diferencia de los milites romanos, los soldados actuales interiorizamos la disciplina como el sentimiento de Fidelidad a la Bandera, símbolo de la Patria, con Lealtad a SM el Rey, Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y por ende a aquellos que están investidos de autoridad y legitimados para ejercer la dirección y el mando de las unidades de las Fuerzas Armadas con un exacto cumplimiento del Deber.

Este y no otro es el verdadero sentido de la disciplina, es el cumplimiento de la misión encomendada con fidelidad, lealtad, rigor y exactitud. Es por ello que las faltas contra la lealtad, la fidelidad, el deber y la exactitud en el cumplimiento de los cometidos, responsabilidades y misiones se castigan en un código que llamamos “disciplinario” por que lo que pretende es restablecer precisamente la disciplina.

La denominación de código o régimen disciplinario establecido como una relación de faltas y castigos, ha llevado a algunos militares a confundir la disciplina con la obediencia, a creer que disciplina se refiere a obedecer por temor al correctivo que te impone el que tiene autoridad para ello.



Las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas en su artículo primero se refieren al exacto cumplimiento de la misión inspirado en la disciplina, en el honor, el valor y la fidelidad a España. En su artículo séptimo se refiere a los principios de las Fuerzas Armadas citando la disciplina, lealtad, jerarquía y unidad. Por ello, la disciplina aparece siempre como primera referencia ética, y en su verdadero significado, representa el mayor factor de cohesión de las unidades y lo que caracteriza a la cultura militar como cultura corporativa.

En la cultura militar se obedece por “disciplina” es decir por lealtad, por fidelidad, por sentido del deber, sin ningún tipo de imposición, y es lo que hace a nuestra cultura militar tan fuerte, tan sólida.

Según el Dalai Lama, cultura lejana de la nuestra, “la verdadera disciplina no se impone, viene del interior, de nosotros mismos”. El Dalai Lama identifica la verdadera disciplina del mismo modo que hacia Adriano siglos antes con la lealtad, la fidelidad, el sentido del deber.

Hoy en día podemos constatar que según algunas encuestas realizadas a unidades del Ejército de Tierra se pone de manifiesto que la mayoría de los soldados y cuadros de mando identifican la disciplina con las sanciones disciplinarias, con el código disciplinario, incluso con la obediencia mas que con la lealtad, fidelidad y sentido del deber.

Las Fuerzas Armadas son una institución del Estado Disciplinada, Jerarquizada y Unida al servicio de la seguridad y defensa de los españoles. Desde luego las Reales Ordenanzas, como hemos mencionado, aciertan al situar a la Disciplina por encima de todo lo demás y por tanto base y fundamento de los principios y valores de las Fuerzas Armadas y naturalmente de su cultura militar.

La Disciplina en su sentido clásico y verdadero es permeable a los principios y valores de las Fuerzas Armadas y es la argamasa que aglutina la cultura militar, cultura tan solida que es la base de la cohesión de las Fuerzas Armadas.



Esa cultura militar es el conjunto de normas, valores, conocimientos, creencias, tradiciones y de formas de pensar, de sentir y de actuar que caracterizan el comportamiento del militar en todos los niveles de mando de los Ejércitos y en todos los ámbitos. Es lo que marca el estilo de mando y dirección y la forma de organizar las unidades, así como la imagen que proyectan las Fuerzas Armadas a la sociedad y resto del Estado.

Por consiguiente, la cultura militar responde a los hábitos, actitudes y comportamientos que se adquieren o ejercitan cada día y que ayudan a conformar la operatividad de las Unidades. Es por ello que es algo vivo, cambiante y adaptable a los cambios de la sociedad, aunque ese proceso sea mucho más lento en las Fuerzas Armadas que en la sociedad, debido precisamente a lo fuerte, lo sólida que es la cultura militar que en su trasfondo es una cultura heroica, es una cultura del honor. El Juramento de dar la vida en defensa de España, de la Patria, convierte a los militares en algo mucho más que servidores públicos. Los convierte en soldados.

La disciplina es fundamento de principios y valores y es más que un conjunto de reglas de comportamiento para mantener el orden y la subordinación entre los miembros de las Fuerzas Armadas. Es mucho más. Es lealtad, es sentido del deber, es fidelidad.

VUESTRA SEGURIDAD, NUESTRA MISIÓN—COMPROMISO  
CON LOS VALORES

En nuestros días ni en España ni en Europa se percibe una amenaza de ataque, de agresión. Pero esto no fue así durante más de tres siglos en el llamado continente “salvaje”, que lo fue por el número incesante de guerras que asolaron Europa hasta mediados del siglo pasado.



Si tuviéramos que defendernos, es que estaríamos sufriendo un ataque o una agresión y eso significaría que la Estrategia de Seguridad Nacional y las Fuerzas Armadas habrían fallado en su misión esencial: Evitar que tengamos que defendernos, disuadir para que a nadie se le ocurra perturbar el bienestar, el progreso, nuestro modo de vida, nuestra cultura y nuestros derechos y libertades.

España al igual que la Alianza Atlántica aplica la política de la resolución de las controversias o las crisis entre países u organizaciones mediante el dialogo y la diplomacia de defensa y si es preciso mediante la disuasión, es decir mostrando firmeza y voluntad de emplear otros medios militares que disuadan al potencial atacante.

Pero si la vía política y diplomática fracasan, y la disuasión no es suficiente, la OTAN y España pueden verse en la tesitura de defenderse o defender a otros países amigos, y utilizar la estructura militar y las capacidades disponibles para restablecer el modo de vida, los principios, valores, derechos y libertades. Para esta misión esencial disponemos de las Fuerzas Armadas.

La sociedad española se sienten segura, es un sentimiento pues la seguridad es un “bien público intangible” y ese es un problema, que no se ve. Pero la sociedad no se pregunta que si siente segura, quizá es que alguien le proporciona esa seguridad, ese bien público intangible en un mundo fundamentalmente inseguro. Para eso están las Fuerzas Armadas en concertación con las de los países aliados. Su misión es la seguridad de España y también la de ejercer, llegado el caso, la “ultima razón del Estado”, es decir la defensa que garantice su supervivencia mediante el ejercicio legítimo de la fuerza definitiva.

Según la declaración de Naciones Unidas, la Seguridad Internacional es un Bien Publico Global e insta a sus miembros a que coadyuven en ese bien de forma individual o conjunta.

Naturalmente la Seguridad Nacional es un Bien Publico en España, como lo son la Sanidad, la Educación, los Servicios Sociales, las Pensiones, el Medio Ambiente y la Solidaridad. Por lo tanto no hay dilema entre Seguridad o Educación o Sanidad, al contrario, sin Seguridad no hay derechos ni libertades, no hay Estado y por lo tanto no se pueden garantizar el resto de los Bienes Públicos. Sin Seguridad no hay progreso ni bienestar, ni derechos, ni libertades.

La finalidad de todo Estado es proporcionar Seguridad, en el mas amplio sentido del término. Para ello la sociedad se dota de una Constitución que regula las interacciones dentro de la misma, las relaciones del individuo y la sociedad civil con el Estado y lo que es mas importante ,en las constituciones occidentales, limita los poderes del Estado, es decir establece el principio inmutable de que “el Estado no está por encima de la Ley”.

El Estado en definitiva, preserva la Libertad de los ciudadanos y garantiza la independencia de la Justicia. En definitiva los Principios en que se fundamenta el Estado, “Libertad, Seguridad y Justicia” son principios que España comparte con las otras democracias Europeas, están en la carta fundacional de la Unión Europea y son principios fundamento de nuestra nación, de nuestra cultura y de nuestra forma de gobierno.

Una vez establecido el marco en el que se mueven las Fuerzas Armadas mediante la descripción de los principios fundacionales del Estado, podemos empezar a desarrollar los Principios de las Fuerzas Armadas, que se derivan de ellos. Según la Ley de Defensa Nacional esos principios son Disciplina, Jerarquía, Unidad y Eficacia.

A los efectos de este capítulo vamos a referirnos a los parámetros esenciales, “disciplina y unidad” o dicho de otro modo, “la lealtad y la cohesión”. Estos Principios sirven de nexo de unión con los Valores esenciales de las Fuerzas Armadas: Patria, Deber y Honor. En efecto, en las ceremonias militares que se honra a



los caídos por España se inicia el emotivo momento con una estrofa que empieza:

“lo demandó el HONOR y obedecieron, lo requirió el DEBER y lo acataron, ... con su esfuerzo la PATRIA engrandecieron”.

Es por ello que en el frontispicio de las bases militares y cuarteles de la Guardia Civil aparece el lema “Todo por la Patria”. Esa entrega de todo, de la vida si fuera preciso, en beneficio de un bien superior, del bien común, de un bien público como la Seguridad, hunde sus raíces en el siglo I antes de Cristo con Horacio, Cicerón o Séneca y configuran el ser del militar y la solidez de la cultura militar.

Más de 2.000 años tienen las reflexiones sobre el compromiso del ciudadano a dar su vida por la Patria, que en el pasado coincidía con el emperador o el rey o la República o el jefe del Estado o la Revolución o el Senado y Pueblo de Roma (SPQR) u otras condiciones, pero que ha evolucionado con la sociedad.

El segundo valor es el cumplimiento del Deber con “lealtad, humildad y ejemplaridad”. Deber que tiene su especial protagonismo derivado de la misión de las Fuerzas Armadas, que garantizan, como “última razón del Estado” su supervivencia en cualquier situación de amenaza a la sociedad, a la nación. Además de esa misión esencial y definitiva, las Fuerzas Armadas contribuyen a la Estrategia de Seguridad Nacional, con misiones permanentes, 24 horas al día, 365 días al año, con casi 10.000 soldados empeñados y con misiones internacionales dentro de la ONU, la UE, la OTAN o mediante compromisos bilaterales en los cuatro continentes con casi 3.000 soldados. Es decir también contribuye a la Seguridad Nacional e Internacional y en situaciones de catástrofe o grave riesgo.

En efecto, el cumplimiento del deber con lealtad al orden constitucional, lealtad a SM el Rey como Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas y lealtad en la defensa de los derechos, libertades





y bienestar de los españoles, esa lealtad que se compromete en el juramento a la Bandera, símbolo de la Patria, es esencial y determina la forma de ser de los militares.

Por último el Honor, que en las FAS prevalece cuando representa un firme compromiso con la palabra dada, con el juramento o promesa otorgado y que supone que los actos sean consecuentes con las palabras. Cuando la praxis coincide con la predica. El honor significa amor a la verdad, a la veracidad y desprecio absoluto por la mentira o la tergiversación. La mentira, el arma mas letal y eficaz. La mentira como arma y la verdad como victima parece ser la frase que podría definir la mayoría de las sociedades en la actualidad. Algunos le llaman post-verdad, que falacia, la mentira repetida hasta la saciedad, no se convierte en verdad, pero lo parece y así se percibe por parte de la sociedad. La única forma de combatir contra esta lacra es con educación, formación y correcta información.

En definitiva, podemos resumir los principios y valores de las Fuerzas Armadas en aquel verso, “desideratum”, de Calderón de la Barca que antes de finalizar los expresa con claridad:

“...Aquí la mas principal hazaña es obedecer, y el modo como a de ser, es ni pedir, ni rehusar...” escrito en 1650 y referencia para todo soldado español cuatro siglos después.

Es importante que la sociedad entienda que el código ético de las FAS, basado en sus principios y valores, se entronca en esos valores de hace mas de dos mil años y que hunde sus raíces en el origen de nuestra cultura, y son por tanto de la sociedad, de la nación y no exclusivos de las Fuerzas Armadas. Su permanencia inalterable, como referencia a lo largo del tiempo, es lo que hace tan fuerte, tan sólida a la institución en esta sociedad especialmente liquida y en este mundo tan incierto, ambiguo, volátil y cambiante.

No pasa desapercibido al lector la di-simetría que parece existir entre el cambio tan rápido que se está desarrollando en la sociedad, cambio de época dicen algunos, cambio de valores



y principios, que hace representar la imagen de una sociedad “liquida” ante la cultura militar que es fundamentalmente “sólida” y como responsable de preservar los valores y principios de la sociedad, de la nación.

En el desarrollo de sus altos cometidos de servicio al Estado y a la Sociedad, las Fuerzas Armadas muestran dos facetas determinantes: una como institución esencial y pilar de la nación, donde recae la última razón del Estado y el ejercicio de la violencia legítima y la otra como empresa o corporación pública con proyección internacional y con capacidades militares disuasorias.

Ciertamente, las Fuerzas Armadas están desplegadas en cuatro continentes, en más de veinte misiones de seguridad y estabilidad internacional, como hemos citado anteriormente, y comprometidas en misiones permanentes de vigilancia, presencia, protección, seguridad y defensa en los espacios terrestre, aéreo, marítimo, aeroespacial y cibernético. Esas dos facetas determinan en los miembros de las FAS dos condiciones: la de soldado, sobre todo y con todo lo que conlleva, y la de servidor público, de un bien público intangible como es la Seguridad.

Es por ello que no sorprenderá a nadie que la Seguridad, además de ser uno de los Bienes Públicos Globales, esté incluida también en los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Es cierto que por alguna razón, en alguno viene incluida utilizando otra palabra, la Paz. Cuando se lee los detalles del Objetivo encuentras como cuando se refiere a la Paz quiere decir Seguridad, con esa corrección de lenguaje que a veces evita esa palabra, aunque no hay Paz, ni Libertad, ni Bienestar, ni Desarrollo sin Seguridad. La Paz es esa utopía inalcanzable a la que aspiran y tienden todos los pueblos y naciones, pero la historia de la humanidad nos demuestra que a lo más que podemos aspirar o llegamos a alcanzar son situaciones de seguridad y estabilidad lo más duraderas posibles, donde las tensiones están contenidas.

Actualmente hay 25 conflictos bélicos en el mundo de los que 10 se han agravado en el último año. No hay que olvidar que además hay un conflicto permanente que sufre la civilización occidental, sufren las democracias liberales por el simple hecho de existir. Es el conflicto que genera el islamismo yihadista salafista contra la cultura occidental porque la considera una intoxicación y agresión permanente a su cultura y forma de vida. Precisamente nuestro modo de vida, nuestra forma de ser, nuestra cultura, nuestros principios y valores es percibida como agresiva por el yihadismo salafista. Esta percepción, que obvia al diálogo y cooperación como medio principal de resolución de controversias entre las naciones, es por sí sola inquietante.

En definitiva, las Fuerzas Armadas son como un frigorífico donde se preservan los principios y valores de la sociedad, que son los de nuestra cultura, de nuestra forma de vida y que las Fuerzas Armadas solo los hace suyos para ayudar a preservarlos en bien de la sociedad a la que sirven, en bien del alto servicio que tienen que prestar y en bien de nuestra Patria. Por ello los símbolos de la Patria, es decir la Bandera y el Himno Nacional, se custodian con celo en las Unidades de las Fuerzas Armadas y de la Guardia Civil.

Patria, la Terra Patria para Horacio y Cicerón, “la tierra de nuestros padres”, es decir, nuestra tierra, nuestros padres, nuestras leyes, nuestras costumbres y tradiciones, nuestra forma de ser, nuestra historia, nuestro pueblo, nuestro presente, nuestro futuro, nuestra cultura, en definitiva nuestro modo de vida. Esa es nuestra Patria.

Cualquier español de cualquier ideología, origen o condición, debería reflejarse en ese espejo común que es la Patria, sin distorsión alguna, al margen de sus posiciones políticas. Esa es la Patria de todos, la Tierra de nuestros Padres, y a su defensa y a la seguridad y bienestar de todos los españoles, de sus derechos y libertades, de su modo de vida, se dedican nuestras



FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS Y LUIS FELIU BERNÁRDEZ

Fuerzas Armadas. “Vuestra Seguridad, Nuestra Misión” y para los ejércitos, por encima de todo está la misión.



LOS VALORES MILITARES Y LA FIGURA  
DEL CIUDADANO SOLDADO  
ALTIBAJOS DE UNA RELACIÓN HISTÓRICA

José Luis Calvo Albero  
*Coronel de Infantería*

Los valores militares tal y como hoy los conocemos nacen en el marco de los valores ciudadanos, asociados al modelo de ciudadano soldado. Este modelo ha experimentado continuos vaivenes a lo largo de la Historia, produciendo a su vez épocas de desorientación en la ética de los ejércitos. Actualmente, tras el espectacular renacimiento del ciudadano soldado en los siglos XIX y XX, nos encontramos en una etapa de retorno a la profesionalización de las fuerzas armadas que puede llevar también a cierta desorientación. La clave para evitarlo está en no perder el concepto del servicio de las armas como un deber ciudadano, aunque por razones prácticas solo algunos ciudadanos, de manera voluntaria, cumplan con él.

Todo debate sobre los principios éticos de la profesión militar comienza con la inevitable pregunta de si realmente esos valores existen como un cuerpo ético diferenciado del resto de la ciudadanía. La Historia nos muestra realidades diversas y cambiantes. Hay épocas en las que lo militar y su ética no son más que una manifestación, aunque ciertamente trascendental, de la condición de ciudadano. En otros momentos históricos, en los que el propio concepto de ciudadanía prácticamente desaparece, la ética militar suele aparecer asociada a una clase social determinada, y diferenciada del pensamiento y la moral de la mayor parte de la población.

En cualquier caso, la ética militar ha evolucionado en paralelo a las sociedades a las que las instituciones militares

sirven. Sin embargo, al ocuparse lo militar de una actividad dramática y extrema, como es la guerra, esa evolución en los valores éticos no ha afectado tanto a los valores en sí, como a la manera de entenderlos y aplicarlos. Un hoplita griego y un militar actual podrían estar perfectamente de acuerdo en que valores como el patriotismo, la disciplina, el coraje personal, la lealtad, el espíritu de sacrificio o el honor son la esencia de la ética militar. La aplicación práctica de esos valores sería, no obstante, muy diferente. La interpretación del patriotismo que justificaba para los hoplitas griegos y legionarios romanos exterminar o esclavizar pueblos enteros sería afortunadamente inaplicable hoy en día.

Algo similar podría decirse de la disciplina que utilizaba instrumentos como la ejecución sumaria del desobediente, o del honor, que exigía matar incluso a miembros de la propia familia si mostraban comportamientos incompatibles con lo que se consideraba honorable.

En este capítulo se intentará abordar la evolución histórica de los valores y principios militares en los ejércitos occidentales hasta el final de la Guerra Fría, a través de los cambios culturales y sociales de las sociedades a las que sirven. El eje central de esta exposición será la consideración de la ética militar como una parte de la ética ciudadana, y su manifestación a través de la figura del ciudadano soldado y sus cíclicos vaivenes a lo largo de la Historia.

“Dulce et decorum est pro patria mori”.

Los valores militares en la Antigüedad Clásica

No sabemos muy bien cuando surgen los ejércitos como instituciones permanentes en la Historia, y solo podemos hacer suposiciones sobre los valores éticos que inicialmente los sustentaban a través de los pocos documentos que han llegado hasta nosotros.

En algunas obras clásicas, como *La Ilíada* de Homero, se presenta una visión razonablemente precisa de la organización y la ética militar en una época y lugar determinados: la Edad del Bronce en las comunidades griegas de los Balcanes y Asia Menor. El retrato que se nos presenta es muy primitivo, con organizaciones militares que giran alrededor de lealtades de tribus y clanes liderados por señores de la guerra, algunos de ellos elevados al rango de monarcas. La ética de los combatientes parecía centrarse esencialmente en el valor, una lealtad no exenta de tensiones para con los que ocupaban lugares superiores en la organización tribal, y un honor que se asociaba con frecuencia con la posesión indiscutida de mujeres consideradas especialmente atractivas, así como con la cuantía de lo que se recibía en el reparto del botín.

*La Ilíada* comienza precisamente con un tenso enfrentamiento entre el príncipe más poderoso de los aqueos, Agamenón rey de Micenas, y uno de sus jefes militares subordinados, Aquiles. El motivo de la tensión es precisamente el reparto de cautivas capturadas en la campaña contra la ciudad de Troya. Pese a que los estándares éticos puedan parecer muy alejados de los actuales, hay elementos ya presentes en la obra de Homero que tendrán una influencia decisiva en el desarrollo de la ética militar en Occidente. Aquiles, pese a aceptar su subordinación a Agamenón, no se considera en nada inferior a su monarca, a quién no duda en reprochar una conducta que considera injusta. Las ideas de que todos los miembros de la comunidad son esencialmente iguales, que el superior no goza de un poder absoluto, y que la subordinación militar se basa más en razones prácticas que en el reconocimiento de un estatus superior, serán auténticos pilares éticos y organizativos del modelo militar occidental. Frente al modelo oriental de jefe militar absoluto, a veces revestido incluso de una naturaleza divina, los ejércitos de Occidente mantendrán siempre en su base moral, incluso en

sus tiempos más oscuros, la idea de que un jefe militar no es más que el primero entre iguales.

En la *Ilíada* se puede encontrar además un modelo de combatiente éticamente más moderno, encarnado en Héctor, príncipe heredero del trono de Troya y líder militar principal en la ciudad que se enfrenta al asedio de los griegos. A diferencia de Agamenón o Aquiles, que combaten por el prestigio y la gloria, y en gran medida también por el botín, Héctor declara en el canto VI de la *Ilíada* luchar por la supervivencia de su patria y su familia, incluso cuando el destino parece adverso. A esa disposición a luchar hasta el final asocia su propio honor como combatiente. La figura del soldado que pelea por su patria y su familia, unida a la mencionada consideración de todos los combatientes como iguales, se convertirán en la base de la ética militar clásica, y desembocarán en el concepto del ciudadano soldado, que ha llegado hasta nuestros días tras sufrir múltiples influencias históricas.

El concepto de que todo miembro varón de una comunidad era por definición un soldado estaba muy consolidado en los pueblos indoeuropeos que darían origen a las principales civilizaciones antiguas en Europa. En Roma y Grecia la condición de militar era parte integral de la ciudadanía, y los valores militares no eran más que un aspecto de los valores ciudadanos. Esto se materializará en conceptos como la “areté” griega y la “virtus” romana, identificadas como las virtudes del varón (las mujeres no tenían por entonces condición de ciudadanos). En principio estos conceptos tendían a centrarse en gran medida en el valor personal, considerado durante mucho tiempo como la principal virtud del soldado y el ciudadano. Sin embargo, con el tiempo, tanto la *areté* como la *virtus* fueron adquiriendo un carácter más complejo. Platón, en *La República*, considera la *areté* como una cualidad en sí (obrar con rectitud y justicia), y cita como sus componentes la prudencia, la templanza y el valor. En Roma la *virtus* derivará progresivamente hacia la disciplina



y el patriotismo, especialmente cuando estos componentes empiezan a fallar en las instituciones militares de la República tardía y al final del Imperio.

Flavio Renato Vegecio en su *De Re Militari* escrito probablemente a comienzos del siglo v a.C. se lamentará de la pérdida de la *virtus*, identificada con el valor necesario para defender a la patria, y la disciplina imprescindible para alcanzar la eficacia en combate.

Lo cierto es que el modelo del soldado ciudadano y la ética a él asociada se mostrará enormemente eficaz en algunas circunstancias, pero también frágil y difícil de sostener en otras. En general, se mostrará muy satisfactorio en la defensa de las pequeñas ciudades estado, cuando el ciudadano soldado tiene, como el Héctor de Homero, la clara percepción de estar luchando por su patria y su familia. En la guerra del Peloponeso, Tucídides describe muy bien el modelo defensivo ateniense, que se basaba en una potente flota militar compuesta por 300 trirremes. Como cada trirreme necesitaba una tripulación de 200 miembros, la flota requería de 60.000 hombres, cifra que se correspondía con prácticamente toda la población de ciudadanos atenienses libres. Pese a la imagen habitual que nos ha dejado la literatura y el cine, los remeros de las naves de combate no podían ser esclavos, pues hacían falta hombres comprometidos y entusiastas, capaces de realizar un máximo esfuerzo en las maniobras de ataque, y estar dispuestos tanto a remar como a combatir cuerpo a cuerpo en los abordajes.

Sin embargo, ese momento estelar del ciudadano soldado fue relativamente fugaz. En primer lugar habría que decir que, salvo en el caso de la democracia ateniense, que tuvo que movilizar a ciudadanos de todas las clases sociales para proporcionar tripulaciones a su enorme flota, los ejércitos ciudadanos griegos y romanos estuvieron formados durante largo tiempo por la aristocracia. Las clases sociales bajas, que normalmente sufrían también limitaciones en sus derechos

ciudadanos estaban excluidas del servicio militar, o solo eran llamadas a él en situaciones de máxima urgencia. La ética del soldado ciudadano se asoció así a la de las clases dirigentes, y sufrió una crisis considerable especialmente en Roma, cuando las enormes necesidades militares en la República tardía y el Imperio obligaron a cambiar el modelo de reclutamiento, y dar pleno acceso a la milicia a las clases sociales más bajas.

La crisis comenzó cuando de las guerras limitadas entre pequeñas ciudades estado se pasó a campañas de larga duración y a gran distancia del territorio patrio. En Grecia, los 27 años de la segunda guerra del Peloponeso agotarán a los ciudadanos soldado de las ciudades estado, que serán reemplazados progresivamente por soldados profesionales y mercenarios. Cuando Alejandro Magno invade Persia en 323 a.C., después de un siglo de guerras entre las ciudades griegas, su ejército está compuesto por profesionales, y en muchos casos por mercenarios que, paradójicamente, se enfrentarán a otros contingentes mercenarios griegos al servicio del rey de Persia. Ante una situación de guerra casi permanente, los ciudadanos sencillamente se ven incapaces de compatibilizar sus obligaciones como soldados y los quehaceres y responsabilidades de su vida privada, y progresivamente dejan su defensa en manos de tropas profesionales. Este fenómeno tendrá repercusiones importantes en la ética militar, pues el vínculo del soldado con la comunidad a la que defiende, en la que no goza de propiedades, tiene derechos restringidos e incluso en algunos casos no es su comunidad de origen, se debilita enormemente. El patriotismo queda así muy diluido, y la lealtad a la comunidad es sustituida por la lealtad a sus jefes y compañeros, lo que convierte en ocasiones a los ejércitos en entidades apátridas, que en algunos casos se convertirán en una amenaza para las comunidades a las que teóricamente defienden. Este fenómeno se repetirá de forma cíclica a lo largo de la Historia.

En Roma, tras el éxito de los ciudadanos soldado en las guerras contra Cartago, se sufrirá una crisis similar a la griega

durante el siglo II a.d.C. cuando, libre de oponentes de similar talla, Roma se expandirá rápidamente por el Mediterráneo. Los soldados que mostraron su entusiasmo luchando contra Aníbal cuando éste amenazaba Roma se encontrarán fuera de lugar luchando en lugares tan distantes como las estribaciones del Cáucaso o el desierto del Sáhara. El ejército tradicional romano, compuesto por una aristocracia de ciudadanos terratenientes, fue derrotado en varias ocasiones a finales del siglo II a.C. y se mostró incapaz de obtener resultados decisivos en guerras prolongadas, como la que enfrentó a Roma con el caudillo numidio Yugurta. Esta situación llevó a una progresiva ampliación de las bases de reclutamiento para incluir a los ciudadanos sin propiedades, una tendencia acelerada y consolidada por el cónsul Mario.

En principio las reformas no afectaban a la naturaleza ciudadana de las legiones, sino a su composición social. No obstante, con el tiempo, los soldados desprovistos de propiedades se convirtieron en profesionales, que mantenían un servicio continuo durante décadas al no tener negocios particulares de los que ocuparse. Y al final de su servicio esperaban que su comandante convenciese al Senado (y posteriormente al Emperador) para que se les proporcionasen tierras en los territorios ocupados. De esa manera, la lealtad a la patria fue progresivamente reemplazada por la lealtad a los comandantes, una tendencia muy peligrosa que tendría consecuencias devastadoras en las cruentas guerras civiles romanas del siglo I a.C.

La ética de las legiones se transformó radicalmente durante las Guerras Civiles, que en muchos aspectos, y como señala acertadamente Ronald Syme en su obra clásica “La Revolución Romana” tuvieron mucho de revolución social. La *virtus* tradicional, asociada al patriotismo, el valor, la modestia, la austeridad y la prudencia quedó casi anulada por una nueva generación de comandantes militares y una nueva generación de soldados. Entre los primeros, personajes como César, Pompeyo,

Craso o Marco Antonio, convirtieron la ambición personal, el carisma populista y la exhibición de lujo y poder en las nuevas virtudes del líder militar, mientras sus soldados combatían esencialmente motivados por la lealtad personal, el prestigio dentro de su unidad y las expectativas de recompensa una vez finalizado su servicio.

La llegada al poder de Octavio Augusto trajo consigo un intento por retornar a los valores tradicionales, incluyendo la *virtus* como principal valor tanto ciudadano como militar. Como base para ese intento de renacimiento moral se utilizó la filosofía estoica, ya popular entre las élites romanas en los siglos anteriores. Aunque de origen griego, el estoicismo casaba muy bien con lo que se consideraban valores tradicionales romanos: la austeridad, el sentido del deber, el valor físico y moral y el patriotismo. El estoicismo se intentó propagar entre las legiones desde el gobierno de Augusto hasta el de Marco Aurelio, en la segunda mitad del siglo II d.C. y probablemente contribuyó a mejorar su eficacia, y a lograr un tiempo de relativa paz en el Imperio.

El problema del estoicismo es que era una ideología de élites aristocráticas. Era fácil practicar sus máximas, y su austero y exigente estilo de vida, cuando se disponía de propiedades e ingresos razonables y de una educación de cierto nivel. Sin embargo, en las legiones que seguían encuadrando esencialmente a ciudadanos de clases muy bajas, y cada vez más a extranjeros, el estricto puritanismo y la rigidez en el comportamiento del estoicismo no podían calar muy hondo. Para los soldados que vivían una vida muy dura en guarnición y campaña, y apenas habían recibido ninguna educación, los escasos momentos dedicados al placer de los sentidos resultaban mucho más atractivos que lograr el equilibrio espiritual que proponía el estoicismo.

Pese a todo, la moral tradicional del soldado romano se mantuvo en términos razonables hasta el siglo III, cuando el caos que ya anunciaba la descomposición del Imperio trajo consigo

la desorientación moral. Aunque algunos emperadores como Diocleciano se empeñaron en regresar de nuevo a los valores tradicionales romanos, otros como Constantino advirtieron que, en tiempos de crisis, la espiritualidad, la esperanza en un mundo mejor y lo emocional llegaban con más fuerza a las clases populares que la moral tradicional. Nuevas religiones como el cristianismo se extendían gracias a ello con gran fuerza, y Constantino decidió que la nueva moral romana sería la cristiana, y eso se aplicaba también a su fuerza militar.

El cristianismo tenía la ventaja de que su mensaje de igualdad social era muy bien aceptado entre la tropa, que seguía su tendencia de siglos a convertirse en refugio de las clases más desfavorecidas, y de los extranjeros que querían acceder a la ciudadanía. La moral cristiana dio un nuevo sentido al patriotismo, ya que Roma no solo era ahora una capital política, sino también una sede espiritual. Los soldados romanos ya no defendían solo un sistema político, económico y social muy desarrollado, sino la verdadera fe. Ese elemento religioso revitalizó momentáneamente al Imperio y, aunque no pudo evitar el derrumbamiento de su parte occidental, sí que contribuyó significativamente a la supervivencia del Imperio Oriental, que se convertiría en Bizantino.

El cristianismo sentó además las bases para una nueva ética militar que se desarrollaría durante la Edad Media, basada en la religión y la defensa de la fe por encima incluso de la razón política. No obstante, el cristianismo también presentaba debilidades significativas. Una de ellas era su progresiva división en diferentes credos, herejías, ortodoxias y heterodoxias que tuvo después mucha influencia en la exitosa expansión del Islam. Otra debilidad era la suspicacia de las élites tradicionales que, aunque apreciaron el valor del cristianismo como aglutinador social e instrumento de control de las clases populares, no se sentían del todo cómodas con esa religión en la que los límites de la autoridad religiosa y la civil no estaban inicialmente



JOSÉ LUIS CALVO ALBERO

muy claras. Además, la nostalgia por una moral más “viril” resultaba patente en la transición hacia la Edad Media. Como ya se ha señalado antes, Vegecio suspiraba en el siglo v por el retorno de la *virtus*, a la que el cristianismo, que poco antes el emperador Juliano el Apóstata había calificado como religión de mujeres y esclavos, no podía sustituir.

#### EL MILITAR ARISTOCRÁTICO. DE LA EDAD MEDIA AL FINAL DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Tras la caída del Imperio Romano de Occidente se produce una fragmentación de entidades políticas junto con un reordenamiento social muy importante en Europa. Los sistemas políticos retornan a un modelo abiertamente aristocrático, en el que una nobleza de naturaleza militar garantiza la seguridad de la población rural y mantiene en el poder a monarcas muy limitados en sus capacidades económicas, políticas y militares. La religión sustituye al estado como seña de identidad principal de la población, algo que además se refuerza por la amenaza al cristianismo que supone, a partir del siglo vii, la expansión del islam. La ética de soldados y hombres de armas en Occidente se mueve entre la identidad religiosa y la lealtad personal a señores de la guerra y monarcas. Los valores éticos son progresivamente encarnados en una aristocracia guerrera, que de nuevo sitúa el valor personal en la cúspide de las virtudes militares, aunque sólidamente apoyado en la lealtad y obediencia dentro de la jerarquía nobiliaria y la piedad religiosa.

La calidad de la tropa, procedente de clases sociales más bajas se resiente de la desaparición de estructuras administrativas capaces de convertir a campesinos y villanos en soldados eficaces frente a la potente caballería aristocrática. No obstante, el modelo de soldado ciudadano y su ética no desaparecen del

todo, aunque adoptan manifestaciones a veces peculiares. Algunos pueblos indoeuropeos ajenos al legado cultural romano, y alejados todavía del cristianismo, como los nórdicos y eslavos, mantienen el tradicional sistema de que la obligación de cada varón es participar en la vida política de su comunidad y ocupar su puesto en la línea de combate. El valor ético principal era pues el compromiso con la comunidad. No obstante, pese a que ese modelo demostrará su eficacia en combate, y las incursiones vikingas y normandas aterrorizarán a Europa entre los siglos VIII y XI, terminará transformándose en un sistema de combatientes profesionales al servicio de la nobleza. De nuevo, el soldado ciudadano se mostrará como una estrella brillante, pero fugaz en términos históricos.

La aristocracia feudal europea desarrollará una ética militar muy particular, derivada de sus múltiples responsabilidades. Por un lado, los nobles eran el núcleo principal de los ejércitos medievales europeos, debido tanto a su entrenamiento para la guerra desde su niñez, como a la inversión en equipos militares muy costosos. Un caballero armado era un sistema que incluía varias monturas, una considerable panoplia de armas y protecciones defensivas, y un equipo con frecuencia numeroso de pajes, escuderos y sirvientes en su apoyo, por no hablar del sistema de fortalezas que en último término representaban el poder de la nobleza. Para justificar tamaña dedicación a la guerra, y la enorme inversión económica asociada, la nobleza se vio obligada a desarrollar una ética muy particular, que en ocasiones rozaba lo místico. No hay que olvidar que los nobles feudales no solo eran guerreros, sino también dirigentes políticos de sus comunidades respectivas. El caballero se presentaba no solo como una garantía de seguridad para su comunidad, sino como un dirigente justo y entregado, y un cristiano piadoso.

La imagen del “esforzado caballero” fue evolucionando, más en las manifestaciones culturales que en la realidad, hacia una figura mítica, ejemplo de virtudes marciales y cristianas, con

un desarrollo diferente en las diversas regiones europeas. Los cantares de gesta adquirieron una gran importancia en Francia y España a partir del siglo XI, con sus grandes exponentes en *La Chanson de Roland* y el *Cantar del Mío Cid*, mientras que en Gran Bretaña Geoffrey de Monmouth inició en el siglo XII el ciclo de las leyendas artúricas, que después se extendería por toda Europa. La popularidad de la literatura caballerescas proporcionó un modelo ético idealizado, aunque sus consecuencias prácticas fueron más bien reducidas. El caballero sin tacha rara vez existió en la dura y brutal realidad de la Edad Media.

Pese a ese ambiente brutal, la adopción de los valores cristianos como base de la ética militar tuvo unas consecuencias importantes en el concepto de guerra y en los procedimientos para hacerla. Desde el Imperio Romano, la conciliación de la naturaleza esencialmente pacífica del Cristianismo con las actividades bélicas había suscitado muchas dudas y debates dentro de la Iglesia. Progresivamente, algunas prácticas militares habituales durante la Antigüedad como el genocidio de pueblos enteros, la ejecución de prisioneros o las represalias contra la población civil se fueron abandonando, o al menos se realizaban de manera más esporádica, y bajo el riesgo de ser enérgicamente condenadas. El propio derecho de un Estado a utilizar la guerra fue ya analizado por un pensador cristiano tan temprano como san Agustín, en su obra *La Ciudad de Dios*, llegando a la conclusión de que la violencia de la guerra solo se justifica en la lucha contra un mal superior, y que toda guerra debe ser justa en sus planteamientos. Sin embargo, fue santo Tomás de Aquino, casi nueve siglos después, quién desarrolló en mayor detalle una teoría de la guerra justa que serviría de base para los grandes teóricos del derecho de la guerra que surgirían durante el Renacimiento.

Tanto el derecho a la guerra (*Ius ad Bellum*) con sus argumentos sobre cuándo una guerra era justa y cuándo no, como el derecho de la guerra (*Ius in Bello*) que se ocupaba de las



prácticas aceptables e inaceptables en un conflicto, comenzaron a consolidarse como doctrina legal y ética en la Alta Edad Media. En Castilla, por la misma época en la que santo Tomás reflexionaba sobre el Derecho de la Guerra, el rey Alfonso X el Sabio incluirá en su colección legislativa de las Siete Partidas, varios capítulos dedicados a la guerra, especialmente el título XXIII de la Partida Segunda. La idea esencial es que la guerra debe hacerse con decisión, pero también con juicio, pues su objetivo debe ser siempre una paz mejor y más justa. Esta idea de la guerra surgida del pensamiento cristiano, como un acontecimiento no ordinario sino excepcional, cuya ejecución debe ser sometida a estrecha vigilancia, y que busca establecer una situación de justicia y paz, tendrá una influencia trascendental en el desarrollo de la ética militar moderna.

La llegada del Renacimiento no modificará esencialmente este modelo. Progresivamente arrinconada por unas monarquías cada vez más potentes, y una burguesía cada vez más pujante, la aristocracia se refugiará en la jerarquía militar como último bastión de su poder y de sus virtudes. En algunos países como España, la aparición de una numerosa clase de nobles humildes (hidalgos) introducirá cierto sentido de la ética en las clases de tropa, ética centrada esencialmente en torno a la lealtad al soberano y el valor y el honor personal. No obstante, la ética de los ejércitos se hundirá progresivamente debido al sistema de contratas utilizado por la mayor parte de los países durante los siglos XVI y XVII.

Entre los escritores militares de la época se hace patente la necesidad de mejorar la disciplina y el comportamiento ético de las tropas. Es el caso de Sancho de Londoño y su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* o Marcos de Isaba y su *Cuerpo enfermo de la milicia española*. En la mayoría de estas obras se propone el retorno a una disciplina de tipo romano, y una ética basada en la lealtad al rey, el respeto a los no combatientes y la práctica de las virtudes

cristianas. Una inspiración de primer orden para los escritores militares de los siglos XVI y XVII fue el filósofo florentino Nicolás Maquiavelo, y su obra *Del arte de la guerra*. Maquiavelo propone directamente el retorno al modelo del soldado romano clásico, en el marco de una república que recupera la condición de ciudadanos de pleno derecho para sus habitantes.

Las prácticas militares, sin embargo, no favorecerán los intentos por lograr unos ejércitos más éticos. Los soldados eran contratados por campañas, pagaban una parte o la totalidad de su equipo con sus propios medios, y eran desmovilizados en los meses de invierno, cuando las campañas militares se hacían imposibles por el clima. Los ejércitos agrupaban una abigarrada muchedumbre de diversas lenguas y credos, fiel solo a la esperanza de la paga. Normalmente ésta no era suficiente para compensar por los gastos en equipo, munición y vestuario, y la necesidad de encontrar cobijo y sustento en los duros meses de invierno, así que era necesario recurrir al botín como medio de financiación suplementario. El sistema del botín funcionó relativamente bien las fuerzas navales, y se mantuvo casi inalterado hasta el siglo XIX. Sin embargo, en tierra, la paga a través del botín tuvo efectos devastadores. Los soldados saqueaban ciudades, pueblos y granjas provocando una enorme mortandad entre los civiles, a veces por asesinatos directos, y a veces sencillamente porque el robo de sus provisiones los condenaba a la muerte por hambre. En los meses de invierno bandas de mercenarios merodeaban por las zonas rurales de Europa Central, sometiendo a la población a la extorsión y el chantaje. El sistema degeneró hasta que se llegó a la catástrofe de la Guerra de los Treinta Años en la que los soldados, en su gran mayoría mercenarios, descenderán al nivel de saqueadores profesionales.

No obstante, en algunos estados comienza a aparecer un modelo de ejército diferente a lo largo del siglo XVII. En las Provincias Unidas de los Países Bajos, la riqueza fruto del

comercio, y el tamaño relativamente reducido de las fuerzas terrestres permitió contratar soldados de manera indefinida, proporcionarles armamento, munición y equipo a cuenta del estado, y alojarlos en instalaciones permanentes. Tras la terrible experiencia de la guerra de los Treinta Años este modelo se extenderá progresivamente por Europa, en la confianza de que podría ayudar a evitar los desmanes sufridos durante el conflicto. La disciplina se convertirá en el siglo XVIII en la virtud por excelencia del soldado.

Aunque durante los siglos XVI y XVII la ética militar en los campos de batalla se deteriora seriamente, en el plano teórico se asientan los principios de lo que más tarde se convertirá en el Derecho Internacional de los Conflictos. El español Francisco de Vitoria (*De iure belli*) en la primera mitad del siglo XVI y el holandés Hugo Grocius (*De iure bellis ac pacis*) un siglo después establecerán que la guerra solo puede ser justa si se libra en defensa propia o para evitar un mal mayor, que el mero derecho de conquista o las disputas sucesorias no justifican una guerra, y que las acciones bélicas deben ajustarse a una estricta limitación para reducir en lo posible el daño que producen, especialmente a los no combatientes. Esas tempranas teorías tendrán un efecto práctico poco relevante durante la época, pero contribuirán a asentar un pensamiento ilustrado que buscará la limitación en los efectos de los conflictos especialmente durante el siglo XVIII, y tendrán un notable impacto en la evolución de la ética militar.

La incipiente aparición de la nueva burguesía en la oficialidad de los ejércitos irá paulatinamente sustituyendo la lealtad al soberano por el patriotismo (la lealtad a la comunidad encarnada en la nación) como valor militar esencial entre los cuadros de mando. Además, dentro del espíritu ilustrado propio del siglo XVIII se acentuará el carácter educador de las instituciones militares. Se esperaba de ellas que introdujesen valores éticos en los escalones más bajos de la jerarquía militar,

JOSÉ LUIS CALVO ALBERO

que seguían ocupados por una mezcla de individuos marginados, mercenarios y levas realizadas entre las clases más humildes de la población.

#### NACIONALISMO, GUERRA INDUSTRIAL Y CRISIS: RETORNO Y OCASO DEL CIUDADANO SOLDADO

En la segunda mitad del siglo XVIII, las revoluciones Norteamericana y Francesa cambiarán dramáticamente tanto el carácter de la guerra como la consideración del soldado. Frente a los disciplinados, pero un tanto abúlicos, ejércitos del Antiguo Régimen, resucita el ciudadano soldado, lleno de entusiasmo, vitalidad y compromiso no con su soberano, sino con su nación. En Estados Unidos se llegó a rechazar inicialmente la formación de un ejército permanente, y se confió exclusivamente en las milicias ciudadanas. En Francia, la movilización absoluta de todos los recursos humanos para una guerra contra prácticamente el resto de Europa, cambiará radicalmente tanto la organización como los valores de las instituciones militares francesas. El servicio de las armas se vuelve a considerar como una parte imprescindible de la condición de ciudadano y los valores éticos del militar se funden con el ejercicio de la ciudadanía. Pese al breve retorno de la monarquía, el patriotismo, entendido como la lealtad con la nación y su sistema político y legal, sustituye definitivamente a la lealtad personal al soberano. La disciplina pasa de fundamentarse en el sistema de premio y castigo a hacerlo en el entusiasmo patriótico.

Los valores del nuevo soldado no cambian radicalmente, aunque algunos se potencian respecto a otros. Como decía el teórico militar francés Guibert, el soldado ciudadano no puede conformarse con mantener su puesto en la línea, y pugna por lanzarse agresivamente contra el enemigo. Se está creando un mundo nuevo, y ese mundo nace con una inmensa energía,

que termina por plasmarse en el movimiento cultural del Romanticismo. Jefes militares con visión, como Napoleón Bonaparte comprenden rápidamente el cambio, aprovechan las oportunidades que presenta y establecen una nueva jerarquía en los tradicionales valores militares.

La disciplina deja paso, como valor esencial, al patriotismo. Como ocurrió en Grecia o Roma, el patriotismo debe demostrarse sobre todo a través del valor. La audacia en la maniobra sustituye a la prudencia de los estrategas del siglo XVIII, y el arrojo de la carga de caballería o infantería se impone a la disciplina extrema y lineal de los ejércitos profesionales. La iniciativa personal, que se espera no solo de generales y oficiales, sino de toda la pirámide jerárquica militar, se convierte en virtud. El caos se acepta como consustancial a la guerra, en palabras de filósofos guerreros como Carl von Clausewitz, y se necesitan soldados con formación y valores que les permitan sumergirse en ese caos y surgir victoriosos.

El modelo francés se extiende progresivamente por Europa, favorecido por el auge de los nacionalismos durante el siglo XIX. Los valores burgueses reemplazan progresivamente a los valores aristocráticos o los reinterpretan. El reemplazo de la aristocracia por la burguesía en los cuadros de oficiales de los ejércitos, tímidamente iniciado en el siglo XVIII, se generaliza y consolida. Los oficiales burgueses introducen un sistema ético basado en el compromiso personal con la sociedad, la profesionalidad y un liderazgo más próximo al subordinado. En cuanto a la tropa, la recuperación del ciudadano soldado extraerá al soldado del aura de marginalidad en el que se había establecido desde el inicio de la Edad Media, y lo convertirá en ejemplo de ciudadanía.

Al igual que ocurrió en la Antigüedad Clásica, el sistema de ciudadano soldado funcionará relativamente bien en la defensa del territorio nacional, pero demostrará graves carencias en las operaciones expedicionarias. La expansión colonial durante el

siglo XIX hará surgir, progresivamente, diferentes fuerzas profesionales, y algunos ejércitos como el británico, mantendrán el modelo profesional hasta la Primera Guerra Mundial, aunque esos soldados ya no sufrirán el aura de marginalidad de siglos anteriores. El soldado, profesional o de reemplazo, será considerado un servidor público, defensor de la nación y ejemplo de ciudadanía, recuperando con ello el sentido del honor en todos los niveles jerárquicos de los ejércitos, y no solo en los más elevados.

Pese a que el siglo XIX presenció una profunda recuperación de los valores éticos militares, su reflejo en los trabajos de los teóricos de la época es limitado. El escritor militar más importante del siglo, Carl von Clausewitz, no dedica apenas espacio en su obra a definir la ética o los valores de las instituciones militares. De la lectura de *De la guerra*, su obra principal, puede deducirse que la responsabilidad en todos los niveles de mando, ante un acontecimiento tan dramático para una nación como la guerra, es una virtud esencial. También apela a la cohesión, que puede encontrar su fundamento en la disciplina, como una cualidad de la máxima importancia. Sin embargo, y aunque el escritor prusiano menciona con frecuencia las “fuerzas morales” como un elemento de la máxima importancia en la guerra, no entra en detalle en el campo de la ética militar.

Otros autores inciden más en los valores éticos. Quizás el más famoso sea el francés Charles Ardant du Picq, que adquirió una enorme importancia a finales de siglo, tras la derrota francesa en la guerra Franco-Prusiana de 1870, en la que precisamente Ardant du Picq encontró la muerte al mando de su regimiento. Para el francés la moral es un elemento absolutamente esencial de cualquier fuerza armada, y su deterioro una condena prácticamente inevitable a la derrota. Iniciando de alguna manera los estudios sobre la psicología del combatiente, Du Picq pondrá el acento en la terrible sensación de peligro y aislamiento que experimenta todo soldado en combate, y que puede llevarlo al pánico o al derrumbamiento psicológico. El

remedio que propone para ello es la cohesión, que se nutre de diversas virtudes éticas: la lealtad entre compañeros, y entre jefes y subordinados es quizás la más importante, pero también juegan un papel esencial la disciplina y el patriotismo, como elementos que aglutinan a la masa de combatientes en grupos organizados con un propósito común.

Puede decirse que en el siglo XIX se dedicó más atención a la moral como factor de la eficacia en combate, que a la ética como conjunto de valores básicos de la profesión militar. El caso español fue un tanto diferente, ya que la decadencia evidente de España como potencia europea llevó a las instituciones militares españolas a refugiarse en la ética como último bastión de su orgullo militar. Francisco Villamartín, uno de los escritores militares españoles más renombrados de la época, supo reconocer y analizar las características de los nuevos ejércitos europeos, formados por ciudadanos soldado, que tenían un componente ético diferente al de los del Antiguo Régimen. La condición común de ciudadano tendía a igualar a todos los escalones jerárquicos, o al menos a reducir considerablemente el abismo que antes existía entre una oficialidad aristocrática y una tropa socialmente marginal. El trato entre superior y subordinado debía cambiar, y la lealtad y el respeto mutuos se convertían en pilares de la nueva ética. A su vez, la disciplina y el patriotismo se convertían en elementos esenciales de cohesión.

En general, el modelo napoleónico se mantuvo como la referencia principal de los ejércitos europeos hasta la Primera Guerra Mundial, también en lo ético. La exaltación del patriotismo y el valor llevó en ocasiones a excesos de confianza. Fue el caso del ejército francés en vísperas de la Primera Guerra Mundial, que seguía considerando el empuje de sus soldados como la principal garantía de victoria. Un soldado, convencido de la justicia de su causa, y animado por las virtudes del valor y la disciplina, podía arrollar a cualquier adversario con su simple empuje. Lamentablemente, las tempestades de acero

que mencionó Ernst Jünger en su obra, empezaban a formarse sobre los cielos de Europa.

Las fotografías que en 1914 mostraban a los soldados de las diferentes naciones europeas marchando hacia el frente, contenían las imágenes de hombres sonrientes y entusiastas, ansiosos por servir a su patria. Seis meses después la mayor parte de esos hombres estaban muertos, aniquilados en masa en una aterradora guerra industrial. La tecnología se había adelantado dramáticamente a la doctrina militar, y había dejado en evidencia a los que confiaban en que las virtudes morales pudiesen superar cualquier obstáculo en combate.

La Primera Guerra Mundial tuvo un efecto devastador en la moral y la ética militar en los ejércitos europeos. Los ciudadanos soldados se sintieron traicionados, llevados al matadero de una guerra que sus líderes no comprendían, pero que tampoco intentaban parar. La lealtad entre superiores y subordinados sufrió un revés terrible, en el que salieron especialmente malparados los oficiales generales, acusados de enviar a sus hombres a la matanza desde la seguridad de la retaguardia. La disciplina llegó a quebrarse sustancialmente en muchos de los ejércitos combatientes, y las dudas sobre una patria que trataba así a sus hijos sentaron las bases de un antinacionalismo que progresó durante el resto del siglo xx. Los movimientos pacifistas y en contra de las instituciones militares que después se desarrollarían en Europa a lo largo del siglo xx tuvieron su origen en las trincheras del Frente Occidental entre 1914 y 1918.

El modelo de soldado ciudadano sufrió una prueba durísima, aunque no llegó a desmoronarse. En algunos de los estados beligerantes una generación completa de ciudadanos había quedado diezmada. La necesidad de evitar de alguna manera que la tragedia pudiese llegar a repetirse llevó a acelerar el desarrollo del derecho de los conflictos armados, y a tomar medidas políticas de calado como la creación de la Sociedad de Naciones. Los tratados internacionales de Ginebra y la Haya,



que comenzaron a acordarse antes del conflicto, se convirtieron en base esencial del derecho internacional sobre los conflictos, e introdujeron la idea de que la guerra no es un instrumento político más sino un recurso excepcional, que cuando se decida utilizar ha de ajustarse a estrictas limitaciones.

La influencia sobre la ética militar de todos estos acontecimientos fue muy importante. Sin embargo, antes de que pudiera digerirse totalmente por los ejércitos, llegaría una nueva catástrofe bélica, provocada en gran medida por los últimos espasmos de algunas de las ideologías más perversas del siglo XIX: el nacionalismo a ultranza, que rápidamente degeneraba en teorías de supremacía racial o cultural, y el darwinismo social, que defendía la supervivencia de los pueblos, las clases sociales y los individuos más aptos a través de la prueba suprema que era la guerra. Desde el punto de vista geopolítico, la Segunda Guerra Mundial fue en realidad una continuación de la Primera, terminada en muchos aspectos en falso.

El nuevo conflicto generalizado marcó uno de los puntos más bajos de la ética militar desde la guerra de los Treinta Años, y en cierta manera significó el ocaso del modelo de soldado ciudadano. Se rompieron sistemáticamente normas del derecho de los conflictos armados que se daban por totalmente consolidadas, como la prohibición de atacar directamente a la población civil o de ejecutar a los prisioneros. El uso del genocidio como método de guerra fue probablemente el capítulo más negro del conflicto.

Sin embargo, en otros aspectos, se pudieron corregir algunos de los problemas éticos de la Primera Guerra Mundial, especialmente en el bando aliado. El trato entre superiores y subordinados mejoró sensiblemente, reforzando los lazos de camaradería y lealtad. Los generales de la Segunda Guerra Mundial se situaban con frecuencia en la vanguardia de sus tropas, y en todo caso convertían la visita a las unidades de primera línea en una tarea prioritaria. El convencimiento se convirtió

en la base de la disciplina, y los procesos por desobediencia o cobardía rara vez terminaron en penas capitales. Comenzó a reconocerse que el valor no era una cualidad ilimitada, y que los combatientes podían llegar a un punto de derrumbamiento psicológico que no podía considerarse como cobardía. El “estrés de combate” se convirtió en un motivo válido para abandonar la zona de combate y recibir tratamiento médico. En general, los valores éticos de los ejércitos aliados se adaptaron bastante bien a las nuevas sociedades democráticas a las que servían.

Tras el final de la guerra, todos los participantes en ella, salvo Estados Unidos, estaban en ruinas o económicamente arruinados. La hostilidad ideológica entre el bloque occidental, liderado por Estados Unidos, y el oriental bajo el liderazgo de la Unión Soviética impidió una desmovilización total de los ejércitos, y obligó a mantener el reclutamiento obligatorio, y un sistema pleno de ciudadanos soldado, pese al desgaste que ese modelo había sufrido durante las guerras mundiales. El sistema, no obstante, no tardaría en entrar en una crisis terminal. El reclutamiento obligatorio fracasó estrepitosamente en Estados Unidos durante la guerra de Vietnam (1964-1975), y en la Unión Soviética durante la guerra de Afganistán (1979-1988). Como ocurrió en la antigua Roma, los ciudadanos soldados podían aceptar combatir por la soberanía e integridad de su país, pero difícilmente podían sostener campañas prolongadas fuera de sus fronteras. El peso de las pérdidas de la Primera y Segunda guerras mundiales, y la influencia creciente de movimientos pacifistas y antimilitaristas creó una crisis en muchos de los ejércitos occidentales. El final de la Guerra Fría, y con ello del peligro de un conflicto generalizado, llevó a la mayoría de los ejércitos a cambiar su modelo de reclutamiento de obligatorio a voluntario. Estados Unidos fue el pionero, ya en 1973, y se convirtió en el ejemplo a seguir.

El cambio no supuso sin embargo el final del modelo de soldado ciudadano, ya que los soldados voluntarios no se consideraban menos ciudadanos que los de recluta obligatoria.

Sin embargo, la asociación de la ciudadanía con la obligación de defender a la comunidad con las armas fue diluyéndose paulatinamente, como otras veces ha ocurrido a lo largo de la Historia. Es de esperar que el progresivo distanciamiento entre los componentes de los ejércitos profesionales y la sociedad a la que sirven, que también se reproduce periódicamente y con frecuencia deriva en consecuencias muy negativas, pueda evitarse en esta ocasión.

La ética militar durante la Guerra Fría no sufrió cambios importantes. El fenómeno más relevante fue la consolidación de las novedades producidas durante las dos guerras mundiales. El patriotismo perdió en pasión y ganó en responsabilidad, mientras que disciplina se hacía más flexible y fundada en la convicción personal. El honor se asoció más a la profesionalidad que a los aspectos de la vida personal del militar, y la lealtad se mantuvo como el instrumento aglutinador que siempre fue, pero acentuando su carácter de relación mutua entre superiores y subordinados.

La creación de las Naciones Unidas tuvo una influencia muy notable en la evolución de la ética militar. Todos los firmantes de la carta fundacional de la organización aceptaron que la guerra no era un instrumento político aceptable, y que solo podía considerarse como un recurso extremo ante una agresión, ante la agresión a otro estado aliado, o cuando el propio Consejo de Seguridad de Naciones Unidas autorizase el uso de la fuerza para restaurar la paz y el orden. La ética guerrera fue dejando progresivamente espacio a una ética pacificadora. Los valores militares siguieron siendo esencialmente los mismos, pero con cambios que introducían importantes matices. La disciplina, por ejemplo, se volvió más responsable al generalizarse el rechazo al principio de obediencia debida. Los estragos de la Segunda Guerra Mundial aconsejaron abandonar el principio tradicional de que el subordinado debía acatar las órdenes en cualquier circunstancia, y aquel

que daba la orden se convertía en único responsable si ello implicaba un acto manifiestamente ilegal.

El valor también sufrió algunas variaciones en su interpretación, y la generalización de operaciones de pacificación incrementó la importancia del valor manifestado en la contención en el uso de la fuerza en lugar de en su aplicación. El honor se asoció definitivamente a la profesionalidad, y aunque la honorabilidad implicase también una conducta personal intachable, las conductas que en la vida privada se consideraban “deshonrosas” se limitaron considerablemente.

#### CIUDADANO SOLDADO Y VALORES MILITARES

Desde la aparición de las primeras sociedades organizadas y complejas, los valores militares se han asociado a la figura del ciudadano soldado, el miembro de una sociedad que acepta entre sus obligaciones la de defenderla con las armas. Los valores militares son así una extensión de los que se supone debe mostrar el ciudadano. Sin embargo, la figura del ciudadano soldado es difícil de sostener a lo largo del tiempo, porque exige un esfuerzo y sacrificio considerable. En general, los ciudadanos están dispuestos a servir a su sociedad con las armas cuando se percibe una amenaza inminente, pero se muestran mucho más reacios en tiempo de paz y prosperidad, o cuando el servicio debe realizarse en largas campañas a considerable distancia del territorio propio. La obligatoriedad del servir como soldado se sustituye entonces por un servicio voluntario, en el que las filas de los ejércitos se nutren con ciudadanos de clases sociales muy específicas, y en ocasiones incluso con personas que no tienen reconocida su ciudadanía. Eso lleva normalmente a una separación progresiva entre los ejércitos y las sociedades a las que sirven, y a un deterioro de los valores éticos militares, que tienden a separarse de lo que se espera de

un ciudadano, hacerse más independientes y centrarse más en la comunidad militar que en la sociedad.

La ética tradicional en los ejércitos ha girado tradicionalmente sobre el valor central del patriotismo, que asocia estrechamente al soldado con el ciudadano identificado con su comunidad. Aparte del patriotismo, el valor resulta indispensable para quién debe asumir un riesgo considerable en el combate, mientras que la disciplina y la lealtad garantizan la necesaria cohesión y unidad de acción, sin las cuales los ejércitos no pueden operar eficazmente en campaña. La ética militar ha aceptado en general estos valores como pilares fundamentales, aunque la manera en la que estos valores deben aplicarse ha variado en gran medida a lo largo del tiempo.

En general, la ética militar ha evolucionado hasta acotar de manera progresivamente estricta cómo deben aplicarse los valores militares. El patriotismo, aunque sigue siendo el pilar principal de la ética militar, se ha modulado en su aplicación según se ha ido desarrollando el derecho de los conflictos armados, hasta llegar a aceptarse que no cualquier acto es admisible en su nombre. Se ha reconocido que el valor tiene límites y solo puede exigirse dentro de un marco de racionalidad y humanidad. La disciplina ha evolucionado hasta hacerse más flexible, inteligente y basada en la convicción mucho más que en la imposición.

Por último, la lealtad se ha convertido en una relación mutua entre superiores y subordinados, muy alejada del servilismo, y basada en la convicción ancestral en Occidente de que todos los ciudadanos son iguales, y que las diferencias que introduce la jerarquía militar solo tienen fundamento en la búsqueda de la máxima eficacia operativa.

Estos valores, que encuentran su mejor encaje social cuando cada ciudadano es también un combatiente, corren el peligro de deteriorarse cuando el servicio de las armas pasa a ser una opción en lugar de una obligación. No es un fenómeno inevitable, ni

irreversible, pero exige que no se pierda la identificación entre la ciudadanía y sus fuerzas armadas, pues de otro modo ambas tienden a convertirse en cuerpos separados que evolucionan de manera diferente. La separación entre ciudadanos y soldados puede separar también la ética militar de la ciudadana, rompiendo así el vínculo entre ambas, que resulta esencial para lograr una sociedad equilibrada y estable.

La adopción de un modelo de fuerzas armadas voluntarias y profesionales es normalmente una imposición de los tiempos, pues el modelo directo del ciudadano soldado solo es sostenible en la práctica por periodos históricos cortos. No obstante, cuando su adopción sea inevitable es preciso tomar las medidas necesarias para mantener la identificación entre ciudadanos y soldados, y recordar que la defensa de la comunidad es una obligación inherente a la ciudadanía, pese a que por razones prácticas ésta pueda delegarse parcialmente en solo una parte de sus miembros.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Homero, *La Ilíada*. Edicomunicación S.A, Barcelona 1994
- Platón, *Obras completas*, edición de Patricio de Azcárate, Madrid, 1872
- Vegecio. Flavio Renato. *Epitoma Institutorum Rei Militaris*, traducción de Duarte Sánchez, Antonio Diego; Mambrilla Royo, Jorge y Rodríguez Belmonte, Alfonso. Universidad Rovira y Virgili, Barcelona, 2004.
- Syme, Ronald, *La Revolución Romana*, Editorial Crítica, Barcelona, 2010.
- Taylor Thomas, *Arguments of Celsus, Porphyry, and the Emperor Julian, against the Christians*, 1830.
- Fuller, J.F.C. *Batallas Decisivas del Mundo Occidental*, Ediciones Ejército, Madrid 1985.
- García Gual, Carlos, *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda: análisis de un mito literario*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- Real Academia de la Historia, *Las Siete Partidas del Rey don Alfonso el Sabio, cotejadas con varios códices antiguos*, Imprenta Real, Madrid, 1807.

- Londoño, Sancho de, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina a mejor y antiguo estado*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1992.
- Isaba, Marcos de, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.
- Paret, Peter (coordinador), *Creadores de la Estrategia Moderna*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.
- Espinosa Antón, Francisco Javier, “La guerra y la paz en Francisco de Vitoria”, *Fragmentos de Filosofía*, n.º 12 (2014), pp. 47-65.
- Peña Echeverría, Javier, “Hugo Grocio, la guerra por medio del Derecho”, *Araucaria*, vol. 16, n.º 32, (2014).
- Clausewitz, Carl von, *On War*, Edición de Michael Howard y Peter Paret, Princeton, 1989.
- Villamartín, Francisco, *Nociones del arte militar*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991.
- Fussell, Paul, *La Primera Guerra Mundial y la memoria moderna*, Turner, Madrid, 2006.







## DE SÓLIDO A LÍQUIDO Y DE LÍQUIDO A GASEOSO

Jesús Ignacio Martínez Paricio  
*Sociólogo*

### MARCO DE REFERENCIA

Por más conocimiento que se tenga sigue siendo un misterio entender y explicar por qué ocurren las cosas, sobre todo las que son intangibles, inmateriales, el mundo de los principios y valores. En los asuntos que tienen que ver con los hombres y sus formas de actuar no valen las explicaciones sencillas. Sin embargo se viven tiempos donde importa cada vez más lo que se ve y se manifiesta de manera pública. Interesan menos las razones y los argumentos que hay detrás.

Vivimos en un mundo donde se imponen las “video simplezas” como lo define Fernando Savater, en donde una evolución peculiar del “homo sapiens” lo está transformando en el “homo videns”<sup>1</sup>, en donde la palabra está siendo desplazada por la imagen, donde las ideas y los argumentos no pueden ir más allá de 280 caracteres o los 20 segundos que se soporta en el enfoque de cámara. Lo que cuenta de los informes es el “resumen ejecutivo” que no puede ir más allá de dos páginas. Sin embargo está demostrado que los cientos de estímulos visuales no tienen la capacidad de comunicación de la letra o la imagen impresa. También se ha comprobado que aunque un avance desplaza al anterior, terminan coexistiendo. El riesgo que empobrece el razonamiento es excluir uno a costa de los demás.

Lo que se impone en una parte importante de la nueva sociedad es que lo que cuenta es lo que se ve, lo que se oye, lo

<sup>1</sup> Giovanni Sartori, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, 2012, Taurus.



JESÚS IGNACIO MARTÍNEZ PARICIO

que se recibe de manera sencilla y que por eso mismo cuesta menos. El razonamiento pausado corresponde a otro tiempo, a otros momentos y tal como se miden las audiencias queda para muy pocos. Los de ahora son tiempos donde se impone la “videocracia”. Esta manera de dar cuenta de lo que pasa se impone por la fuerza de los hechos, pero no anula la pausa y la reflexión que se produce en la conversación peculiar con interlocutores ausentes, sean los autores reales o personajes de ficción<sup>2</sup>. Un ejemplo que evidencia que se mantiene lo ya conocido es precisamente este libro.

Lo nuevo no sigue a lo viejo de manera sencilla. Lo cambios en las tendencias sociales nunca son lineales. En determinadas circunstancias se puede aceptar que algunos comportamientos siguen un ciclo regular y conocido. Así ocurría en las sociedades tradicionales.

Aunque los hubo, pocas veces se produjeron saltos bruscos en el ritmo seguido por la historia. Tampoco se conocen saltos en esa evolución. Sin embargo hay que aceptar que en los aspectos esenciales de las sociedades modernas, de las sociedades complejas, se presentan comportamientos impredecibles. Eso no quiere decir que esas conductas y opiniones, arrítmicas, no sigan unas leyes que por ahora resultan desconocidas. En este sentido puede considerarse que el caos es la consecuencia del “aleteo de una mariposa”<sup>3</sup> en el rincón más alejado e insospechado de la organización social. Movimiento que se puede producir en la sociedad propia, o en la ajena.

No se podrá discutir que se vive en un tiempo donde ya ha recommenzado la historia<sup>4</sup>. Se quebró un tiempo en el que se anunciaba y se proyectaba de manera ilusionada un escenario de expectativas creciente. Duró poco. Las cañas se convirtieron

<sup>2</sup> Amando de Miguel, *Testamento literario*. 2019. Texto inédito. Transcripción de la conferencia desarrollada en el Instituto San Mateo de Madrid.

<sup>3</sup> Edward N. Lorenz, *La esencia del caos*, 1963, Debate.

<sup>4</sup> Ralf Dahrendorf, *El recommenzo de la historia. De la caída del Muro a la Guerra de Irak*, 2006, Katz.

en lanzas y lo esperado se frustró. Se pasó de un mundo donde había poco e importaba todo, a una realidad donde había de casi todo y lo importante poco o nada importaba. Se impuso la realidad no prevista. Surgieron las frustraciones que al no poder cambiarlas se dejaron por otras cosas que resultan más gratas. En la vida social no se produjo una “destrucción creativa”<sup>5</sup> pues la quiebra del ciclo terminó siendo “disruptiva”, palabra que está de moda.

Hace tiempo que las sociedades modernas dejaron de ser predecibles. Las posibilidades más remotas tienen probabilidades que se concretan en términos finitos. Se viven tiempos de incertidumbres. De la misma manera que los científicos asumen que el mundo físico ya no es el mismo, el mundo social tampoco lo es. El uno y el otro son realidades difíciles de explicar. Resultan incomprensibles si se utilizan escalas y métodos que resultaron válidos para realidades que ya no están. Las leyes de la naturaleza sólida no son capaces de explicar la totalidad de la realidad líquida. En términos sociales surge la incomodidad cuando se descubre que se nació en una sociedad y se crece y vive en otra bien distinta.

En el pasado no tan lejano esta excentricidad apenas se notaba. Los cambios eran lentos. Se confiaba que todo, la mayoría de las cosas seguirían siendo iguales. Surge el desconcierto mayor cuando se descubre que ha desaparecido lo que resultaba más valioso.

Hay que explicar lo vivido reconociendo que en lo esencial no se sabe lo que está pasando. Tampoco se tienen referencias, ni recursos válidos para hacerlo. Observar lo que rodea no es suficiente.

En un mundo de imágenes se sabe que se editan corrigiendo lo que no interesa y resaltando lo que puede ser irreal. No es

<sup>5</sup> Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*. 1968. Aguilar. Primera edición, 1942



JESÚS IGNACIO MARTÍNEZ PARICIO

fácil mantenerse en una posición sólida cuando todo cambia y sobre todo a gran velocidad.

Lo que no se transmite a conciencia termina por perderse cuando se pasa el relevo de una generación a otra. Frente al tono pesimista queda el reto que no se puede obviar. Hay que mantener la condición privilegiada del hombre: su inteligencia. Inteligencia que le es exclusiva pues puede cultivarla, acumularla y transmitirla. Transmisión que debe realizarse por la experiencia, por la ejemplaridad y por el estilo de vida, no tanto por lecciones distantes, frías, impersonales.

El ejercicio de la inteligencia para entender lo complejo, para explicar los desequilibrios y las ambivalencias tiene como resultado avanzar en el progreso y en la razón. Importa diferenciar entre el error y lo que es exacto. Resulta paradójico el resultado de este ejercicio pues se razona en la necesidad de sacar provecho y hacer uso de los bienes que aparecen como menguantes<sup>6</sup>. De lo que se mantiene constante apenas se saca nada nuevo. Debe imponerse el trabajo sostenido para mantener lo que importa y dejar a un lado lo excepcional que busca el impacto mediático. Trabajo continuado y en muchos momentos silencioso. Se exige voluntad pues las conquistas que importan nunca son resultado de la suerte, de la casualidad. Voluntad y esfuerzo continuado es lo esencial pues lo transitorio nunca concluye. Los objetivos del futuro se alejan cuando se cree que ya se han alcanzado. La sociedad, la que sea, siempre está por hacer.

Entrever el futuro probable o deseable, entre los posibles, exige conocer el presente que es en buena medida consecuencia del pasado. De manera administrativa se puede romper la narración de la historia olvidando lo que incomoda y comenzando donde interesa. Se puede y se hace pero sirve de poco. La evidencia termina por imponerse, antes o después.

---

<sup>6</sup> Sánchez Ron, *“El mundo después de la revolución: la física en la segunda mitad del siglo XX”*, en *Fronteras del conocimiento*, 2009, Fundación BBVA.

La norma es conocer el pasado, la Historia, para entender el presente. Pronto se descubre que la pretensión tiene riesgos que conduce a errores involuntarios, o a interpretaciones parciales en la mejor de las explicaciones. No se puede abarcar todo. Otra forma de conocimiento, aunque se pueda suponer menos riguroso es el estudio particular de personalidades centrales, de líderes y de algunos de sus destacables seguidores. Esos personajes bien elegidos son la manifestación de su yo y también de sus circunstancias, lo que interesa. El trabajo y reflexión del grupo de escritores que han configurado este libro se encamina en este sentido.

El plan de trabajo científico se plantea con el objetivo de conocer por qué se producen las cosas. Redactar la pregunta de manera precisa garantiza encontrar la adecuada respuesta. En muchas situaciones no resulta fácil redactarla de la forma clara. De ahí que se queden sin resolver cuestiones de importancia. Otra forma de encarar lo desconocido es plantear por qué no ocurren cosas diferentes en las que aparentemente resultan normales. Por qué la evidencia actual no se impuso con anterioridad. También se puede plantear la búsqueda de las respuestas a las razones, o las sin razones, por las que se abandonó lo que estuvo funcionando de manera adecuada. Lo que interesa de los distintos métodos para investigar es que sean sistemáticos, precisos, acumulables y lo que se descubra se divulgue sin cortapisa de ningún tipo. Se debe conocer la verdad al tiempo que se reducen los errores. Es el camino seguido por la ciencia añadiendo el convencimiento de que la validez de ese saber es temporal, hasta que se añada una nueva evidencia. Queda por demostrar, como señaló Newton, si después de todo se sabe más de las cosas, o se ignora menos de todas ellas.

En las ciencias de la naturaleza fue importante saber cómo y por qué se pasa del estado sólido al líquido, y del líquido al gaseoso. Qué propiedades se pierden en cada estado y las que se ganan en el nuevo. Cómo se ordena el desorden provocado por el cambio. Cómo se transforma la realidad pues nada de lo que existe

se destruye. Aplicar este procedimiento en las ciencias sociales resulta arriesgado. Sin embargo el argumento puede servir como aproximación, avisando de los errores inevitables y reconociendo las muchas limitaciones que supone la pretendida semejanza.

Lo sólido permanece en el mismo estado mientras no sufra la acción de factores externos. Ocurre lo mismo en la sociedad. La sociedad se mantiene firme, no tiene por qué cambiar si no tiene que hacer frente a desafíos. Cuando surgen los retos y se superan, la sociedad cambia, si no ocurre así la sociedad adquiere rasgos desconocidos, desaparece en su esencia, tal como era conocida. En la naturaleza el cambio de lo sólido es lento. En cambio en las sociedades, las civilizaciones son más dinámicas. Surgen, crecen, se desarrollan, o desaparecen. El cambio social se explica bien por los efectos de las relaciones con otras sociedades, o por las respuestas que se dan ante los acontecimientos internos. Toda civilización crecía y evolucionaba si su respuesta a un desafío estimulaba una nueva serie de desafíos, mientras que decaía y llegaba a desaparecer, cuando se mostraba impotente para enfrentarse a los nuevos desafíos que se le presentaban. Es el argumento central de Arnold J. Toynbee en su monumental *Estudio de la Historia*.

Los cambios sociales se puede decir que fueron uniformemente acelerados en unos tiempos pasados, tiempos sólidos. A partir de un tiempo aparecieron nuevas fuerzas que para contrarrestarlas exigían acciones y decisiones contundentes y continuadas pero que no se aplicaron por dejación, por voluntad interesada, por incapacidad al no tener los recursos suficientes y adecuados o por desconocimiento de cómo funcionaba la sociedad. El análisis reciente del por qué fracasan las sociedades, los países, demuestra que la explicación es la suma y más de las razones señaladas<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Acemoglu y Robinsosn, *Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Planeta-Deusto, 2014. *El pasillo estrecho. Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad. ¿Por qué en algunos países florece la libertad y en otros el autoritarismo?*, 2019, Planeta-Deusto.

En el cambio social se distingue entre los elementos estructurales de la sociedad, concretos, materiales, y los factores intangibles, inmateriales. En la parte que interesa aquí, en este ensayo que corresponde al mundo de las ideas se distingue, a su vez, entre tradición y convención.

Lo convencional puede cambiar y cambia sin mayores problemas pues la resistencia al cambio es menor. Cambiar la tradición, los valores, los principios y las normas que le dan forma es más complejo pues forma parte de la esencia de la sociedad. Aunque todo esto también cambia, pero su ritmo es más lento. Al tiempo que se despoja de lo disfuncional incorpora elementos novedosos. Esa lentitud permite que la mudanza sea aceptada por la mayoría pues da tiempo a la adaptación de lo nuevo y se asuma la conveniencia de abandonar lo que no es de interés.

En cualquier caso la tradición no se destruye, ni se rompe totalmente: se transforma. Se puede proclamar la “hora cero” en la que se comienza a contar la historia que interesa. Proclamarlo, incluso exigirlo puede ser fácil, pero antes o después se impone la realidad que permanece latente.

El cambio reposado se dejó atrás cuando algunas sociedades evolucionaron en términos exponenciales. La consecuencia fue que la solidez dejó paso a un nuevo estado físico: el estado líquido. Según Bauman, “la vida (sociedad) líquida es una sucesión de nuevos comienzos, pero, precisamente por ellos son breves e indoloros los finales”<sup>8</sup>. Lo que cuesta poco siempre resulta atractivo y se acepta de buen grado, mientras tanto se rechaza lo que exige esfuerzo. En la modernidad lo que surge como novedad siempre se crea con fecha de caducidad. Se adapta el principio físico de la obsolescencia programada. Se impone la ficción a la realidad. Las imágenes suplantán a las personas reales (avatar) en un escenario imaginario, irreal y por eso mismo cambiante y amable según los intereses del momento

<sup>8</sup> Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, FCE, 2005.

y lo que interesa al guionista. El ciudadano espectador, el consumidor de ideas ajenas, aleja la realidad, que incómoda en ese momento, y se sumerge en el cómodo y gratificante esplendor que le aporta la ficción.

Si el “mundo sólido” abarcaba todos los aspectos del vivir cotidiano de los súbditos, en el “mundo líquido” ocurre otro tanto. En esta etapa nueva el súbdito se ha transformado en ciudadano asediado por un tiempo acelerado que no controla. Insiste Bauman, “las condiciones de actuación cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en una rutina determinada”.

Si lo material puede adaptarse a este ritmo cambiante, no sin problemas, el mundo de las ideas, los principios, los valores se ve desbordado pues su existencia supone contar con tiempos de reposo para su análisis detallado. La construcción social de la realidad resulta difícil. No da tiempo a llegar a ningún acuerdo permanente pues el cambio es continuo. Es la consecuencia lógica de un nuevo escenario al que se ha llegado y está para quedarse. Ante esta situación surge la desesperanza al ver como se diluye el mundo conocido en ese mundo líquido. De la misma manera que el mundo sólido lo es por tener bien integrados sus diferentes componentes, en el mundo líquido existe también variedad en sus elementos.

En la sociedad sólida las fuerzas de atracción de un elemento central dominan sobre las fuerzas que tienden a la dispersión. En la sociedad líquida no existe el vacío, se tiende a ocupar todo el espacio vital. Desaparece la fuerza dominante y un ligero movimiento en las formas cambia el sentido y la organización del orden que se había alcanzado. Un orden que en esta sociedad líquida siempre es provisional. La disposición al cambio y la inestabilidad son rasgos que caracterizan el orden nuevo. Las partes siguen existiendo ocupando posiciones diferentes. No se garantizan los privilegios. La paradoja es que el poder y la influencia de los grupos sociales también son cambiantes.





El centro de gravedad de la sociedad líquida es móvil, no para de cambiar.

El tercer estado es el gaseoso. “Cuando no queda espacio para lo sólido, solo queda lo superficial, lo efímero, lo gaseoso”<sup>9</sup>. Al desaparecer los límites de la sociedad líquida se termina ocupando todo el espacio, el propio y el ajeno. En esa expansión desmedida aumenta la posibilidad de que se evapore la realidad.

#### ALGUNAS SEÑALES DE LA REALIDAD

Por ahora se pueden señalar algunos indicadores que anticipan que se va en el sentido de alcanzar poco a poco la sociedad “gaseosa”. El lenguaje sirve para decir dónde se está, permite desarrollar la identidad personal y de los grupos, al tiempo que sitúa a cada cual en el espacio y en el tiempo.

El análisis del lenguaje y de las palabras permite, como indica la Real Academia de la Lengua Española descubrir el significado de las unidades lingüísticas de los hablantes. Se puede inferir de manera aproximada el sistema de valores que sirve de referencia en la sociedad, o mejor, en una parte de la sociedad, puede que la mayoritaria, la dominante. No obstante, no hay una única sociedad, hay sociedades en cada sociedad y por tanto sistemas de valores.

Un recurso para aproximarse a este mundo simbólico son las palabras del año seleccionadas por el *Diccionario* de Oxford. La incorporación no es consecuencia del trabajo académico, es el reconocimiento del uso mayoritario de los hablantes en un momento determinado. En el año 2013 fue “selfie”: neologismo que significa la fotografía que uno se toma a sí mismo, solo o en compañía, para exponerla y así exponerse de forma pública a un número indeterminado, numeroso y desconocido de personas. Se sale del anonimato sin haber hecho nada especial.

<sup>9</sup> Alberto Royo, *La sociedad gaseosa*, Plataforma Editorial, 2017.

En 2015 fue “Emoji” o dibujo, ideograma sencillo y esquemático con el que se pretende representar ideas y sensaciones complejas en la comunicación interactiva. Es una nueva forma de lenguaje universal donde no es necesario explicar nada. Permite transmitir una idea de forma rápida y económica que es aceptada por todos los que reciben esa imagen que es sobretodo un mensaje.

En 2016 apareció “Posverdad”. Distorsión deliberada de una realidad con el fin de influir en una audiencia. Circunstancia en las que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública, de lo que hacen los llamamientos a emociones y creencias personales. La realidad se distorsiona de manera interesada. De aquí se pasa sin mayores dificultades a la mentira y al autoengaño.

2017 nos sorprendió con “Youthquake”, en este caso se trata de una palabra compuesta donde se destaca el poder de la generación nacida en el final del siglo xx usuarios de videojuegos donde se exige la habilidad personal de destruir figuras de ficción.

“Tóxico” es la palabra que define el 2018. No se refiere a un producto químico peligroso. Se trata de reconocer el estado de ánimo, las preocupaciones que van más allá de lo personal para convertirse en un rasgo cultural de una época, del año que pasó. Aparecen las personas o las compañías “tóxicas” de las que hay separarse, poner distancia.

La consideración de las palabras que fueron candidatas en cada ocasión no deja de ser un buen manual para resumir los valores, las dudas, las ambivalencias y excentricidades de la sociedad líquida al tiempo que anuncia el estado gaseoso en el que se puede caer.

A lo anterior hay que sumar la situación paradójica donde la complejidad se explica en términos cortos, breves, con caracteres contados. Haciendo uso de la comunicación unidireccional. El conocimiento de las ideas de las personalidades relevantes por

su responsabilidad, de los políticos, se realiza mediante “tuits”, mensajes planos, cortos, simples, comunicados por “twitter”. Mensajes cortos que al parecer tampoco los redactan de manera personal los que aparecen como autores. El mensaje debe ser y es simple y, en alguna ocasión, equívoco o intencionadamente equivocado, pues el titular se deja en manos de técnicos o gestores de redes que no tienen que ser conocedores de la materia que están tratando. La respuesta de apoyo o de rechazo se queda en el ciberespacio, en la “nube”.

Esta conducta en las redes fue considerada con la expresión “orbiting”, otra palabra candidata, evolución del “goshting” a peor, como acción de retirarse abruptamente de la comunicación directa con alguien mientras se le sigue controlando y, a veces, respondiendo a su actividad en las redes sociales tal como se recoge en *Diccionario* de Oxford.

Nunca como en los últimos años se dispone de más medios y de más información sobre casi todo a la que se puede acceder en menos tiempo. La redacción de las noticias ya no es una profesión exclusiva de periodistas. Puede ser cualquiera y justo en el momento en el que se produce un acontecimiento. Dada la necesidad de ver lo que ocurre no se espera a la edición de la noticia. El protagonismo buscado, o encontrado, obliga a no esperar el análisis medido de lo que se ha vivido. En esa premura no puede existir el matiz, responder a las cinco o seis preguntas que la ortodoxia y el rigor exige al buen periodista. Una vez en la órbita de las redes resulta difícil desmentir y aclarar las imprecisiones. Esas precisiones interesan a pocos pues han aparecido otras muchas noticias que las oscurecen y reclaman el interés inmediato.

Se vive en el mundo donde domina la profecía que se cumple a sí misma<sup>10</sup>. El enunciado es simple y las consecuencias contundentes. Si se define como verdadero lo que es falso, por error o de manera interesada, y no se desmonta el punto

<sup>10</sup> Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, FCE, 1964.

de partida, se opinará y se actuará sobre lo falso como si fuera verdadero. Deshacer ese círculo perverso no es fácil, ni tampoco se puede romper de manera inmediata. Exige voluntad continuada, esfuerzo, razón, formación e información veraz, no publicidad, y que el mensaje sea transmitido por personas y en medios creíbles. La experiencia demuestra que desmontar este mecanismo es posible. También hay ejemplos donde o no se hace, o donde el impacto recuperador llega tarde y mal.

En esta circunstancia se ha añadido otra expresión que se suma a las características de la comunicación en la sociedad actual: noticias falsas o quizá “falsas noticias” pues realmente no lo son. No deja de ser curioso que incluso se haga propaganda de programas para crear y editar falsas noticias en la red. La oferta indica que los programas son gratuitos.

Aunque arriesgada la generalización, son tiempos donde se reconoce el “elogio de la mentira”<sup>11</sup>. El primer objetivo es tratar y hacer lo posible para que lo irreal sea aceptado, se valore y se considere por encima de lo real.

El segundo objetivo trata de no explicar la realidad, incómoda en no pocas ocasiones, para lo que el debate intelectual se simplifica y se traslada al debate planteado en el mundo de las ideologías. En el debate político y entre políticos lo que interesa es atraer y mantener la confianza de su electorado. La verdad de las cosas no es lo fundamental<sup>12</sup>. Interesa que se mantenga sólido el marco de referencia en el que se encuadra la idea que se propone. No se hace ningún esfuerzo para explicarlo, no interesa, tampoco es el objetivo. Debe ser aceptado o rechazado por impulsos emocionales que confirman las ideas de cada cual, no por deducción lógica. Lo que queda como resultado final es la carencia de realidad. Se ignora la verdad,

<sup>11</sup> Volker Sommer, *Elogio de la mentira. Engaño y autoengaño en hombres y otros animales*, Galaxia Gutemberg, 1995.

<sup>12</sup> George Lakoff, *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*, UCM, 2004.

prevalece la mentira que se utiliza como arma resultando la verdad como víctima casi indefensa.

El receptor del mensaje falso, no dispuesto o incapaz de desmontar la profecía que se autocumple debe asumir el autoengaño como única alternativa que le queda para mantener su comodidad. Es un acto de defensa personal, de economía. Reduce el esfuerzo por averiguar la verdad.

Al final asume que “la estrategia vital realmente inteligente puede que no sea otra que entender, asumir y sufrir, gozar, vivir la “verdad de la ficción”<sup>13</sup>. Se deja que sean otros, los interesados, los que realicen el ejercicio intelectual de organizar las explicaciones de tal manera que el engaño sea creíble. Se impone un resultado peculiar que debe considerarse como alquimia moral. Todo lo que es considerado como propio se valora de forma positiva; lo del contrario, totalmente negativo. Lo malo que pueda existir en lo propio es accidental y desaparece, en el otro es manifestación de su maldad que permanece. En el otro, en los otros no se encuentra nada positivo y, si lo hay, se interpreta como táctica para ocultar su peligroso objetivo final. Se vive en burbujas protectoras que impiden que lo que incomoda del exterior contamine su interior.

La potencia de los recursos de las redes de internet refuerza la protección. Una búsqueda inicial deja rastros en forma de señales de identidad que no se borran. Cuando se realiza una nueva exploración la máquina ofrece propuestas que coinciden con la idea primigenia. Ese gran hermano se encarga de evitar la incomodidad de estar en presencia de escenarios divergentes. Se refuerzan las ideas propias, o las de un grupo y como mal menor se desconocen otras opciones. Lees las opciones que otros te presentan.

Son tiempos donde el análisis reflexivo del intelectual es desplazado por la sentencia del personaje que fue calificado en

<sup>13</sup> Rubén González Fernández, “La mentira. Un arte con historia”, *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, (2006).

su momento como erudito a la violeta<sup>14</sup>. Hoy y en la mayoría de las ocasiones ese personaje aparece bajo la figura de tertuliano (antes contertulio). Tampoco hay que idealizar al intelectual académico cuando sus argumentos sustentan propuestas políticas, lo contrario exige las mismas precauciones<sup>15</sup>. Ante la complejidad del mundo que toca vivir se reclama el argumento rápido del experto.

Se da un paso más en la transposición de papeles al explicar la realidad y proponer las alternativas. En la sociedad líquida de la posverdad se busca a quien esté dispuesto a aportar sus recursos, habilidades y conocimientos para defender sin miramientos lo que proponen los que mandan<sup>16</sup>. Más allá del argumento serio se atiende a quien hace más ruido.

El rigor convive, desplazado, por el pensamiento Alicia<sup>17</sup> donde se trata de justificar de manera racional lo que es disparatado. Una derivada de semejante situación excéntrica se produce al reconocer, a su pesar, que se vive en un mundo de ideas que no son reales y se hace todo lo posible para que lo parezcan con sus argumentos. El sentido de las palabras se adapta a los intereses de cada idea para imponerse a la contraria. El lenguaje deja de ser compartido por todos con lo que el diálogo se hace poco menos que imposible. La comunicación ya no es posible en la comunidad y sí en la tribu.

En estas circunstancias se necesita mostrar valentía para ser rigurosamente moderado antes que defender propuestas emocionalmente radicales. Una actitud virtuosa nada fácil de llevar a la práctica pues supone ir contra la corriente de las ideas que se imponen, a través de la corrección política como ideología, y que se exponen con recursos ingentes. Es la consecuencia lógica de una situación que es ilógica.

<sup>14</sup> José Cadalso, *Los eruditos a la violeta*, Alfar. Primera edición 1772, 1983.

<sup>15</sup> Max Weber, *Economía y sociedad*, FCE, 2012.

<sup>16</sup> José Luis Imaz, *Los que mandan*, Paidós, 1965.

<sup>17</sup> Gustavo Bueno, *Zapatero y el pensamiento Alicia*, Temas de Hoy, 2006.

Las actitudes medidas a través de las opiniones se forman en función de las necesidades básicas de la personalidad, de las demandas, las realidades y las expectativas de los grupos de referencia. Si cambian esos requisitos cabe pensar que también cambiarán las actitudes<sup>18</sup>.

Se está en la sociedad, pero no se es la sociedad, de la misma manera que se pertenece a un Estado, como ente administrativo, sin ser el Estado.

El tránsito de lo sólido a lo líquido anticipando lo gaseoso supone un cambio en los elementos que forman la estructura de la sociedad. Una de las señales del cambio es el aumento de los poderes del Gobierno y el vaciamiento de competencias del resto del Estado. Es toda una síntesis el título del trabajo de Sosa Wagner<sup>19</sup>: “El Estado sin territorio”. Existe el Estado pero debido a la cesión amplia de competencias se reduce su capacidad de influencia. Se mantiene el pesimismo orteguiano donde se consideraba que el problema de España era que esa España que proponía estaba por hacer. Un trabajo por hacer, debido al cambio peculiar en la vida política. Las relaciones del gobierno con los partidos políticos y los ciudadanos no siguen las reglas conocidas. Se cumple la “ley de hierro de la oligarquía” que anticipó Robert Michels<sup>20</sup>.

Las ideas son recursos instrumentales para que una organización, un partido llegue al poder y así imponer sus intereses que son los de las personas que forman la oligarquía de la organización. En el camino queda la comprobación del resultado que no es otro que “el desgobierno de lo público”<sup>21</sup>.

La opinión del común de los ciudadanos al tiempo que reconoce la complejidad de la vida en la que vive, muestra su

<sup>18</sup> López Pintor y Ricardo Buceta, *Los españoles de los años 70. Una versión sociológica*, Tecnos, 1975.

<sup>19</sup> Sosa Wagner, *Un Estado sin territorio. Cuatro relatos de la España autonómica*, Marcial Pons, 2011.

<sup>20</sup> Robert Michels, *Los partidos políticos*, Amorrortu. Primera edición 1915, 1979.

<sup>21</sup> Alejandro Nieto, *El desgobierno de lo público*, Ariel, 2008.

perplejidad al ver el distanciamiento entre la clase política, por qué no describirla así, y sus propuestas como ciudadanos electores, como pagadores de impuestos, como miembros de la nación soberana. Existe una fuerza centrífuga en las tácticas propuestas por los dirigentes de los partidos, mientras que una mayoría tiende a mostrar una tendencia centrípeta en sus expectativas y estilos de vida<sup>22</sup>. La situación es paradójica pues la fuerza que aleja del centro es ficticia, en términos newtonianos. Para que se produzca el reposo esa fuerza debe ser compensada con una acción hacia el núcleo central del espacio. Existe el riesgo, de nuevo, de aplicar los argumentos físicos a la sociedad. Sin obviar las situaciones sociales de carácter excéntrico, disonante, cacofónico, podrían ser más los adjetivos para caracterizar los tiempos líquidos, se reconoce la necesidad de que en lo líquido también se imponga y mantenga el orden. Debe reconocerse la necesidad de personalidades que inspiren confianza, reconozcan la complejidad de la situación y propongan la cooperación incluso entre los extremos. Esfuerzo que desentona con la aparente facilidad que se ofrecen en los múltiples y numerosos libros de autoayuda donde se asegura el éxito sin esfuerzo y de manera simple.

La experiencia demuestra y la liquidez olvida, aún más, lo gaseoso, que los cambios significativos no se alcanzan de inmediato, exigen esfuerzos continuados y contar con la colaboración de la mayoría. Es lo que se desea y se pretende por no pocos. Los datos, de nuevo y por ahora, muestran que ese escenario está por llegar. Acuerdo y negociación no forma parte de la propuesta en el actual mundo político. Se tiene que concluir que la declaración existe pero se hace poco por llevarla a la práctica. La conclusión tiene que ser pesimista de acuerdo con la manera que se valorara el tiempo que viven los entrevistados en las encuestas.

---

<sup>22</sup> José Juan Toharia, *Informes publicados en la página web de Metroscopia*, 2019.





Es obligado señalar que esa actitud no les impide manifestar su disposición voluntariosa de seguir apoyando las iniciativas que propongan romper la tendencia circular que crea el desánimo y la desconfianza. Por ahora y de acuerdo con los datos José Juan Toharia insiste. Se está “más lejos que nunca de consagrar esa anhelada cultura cívica de pluralismo y convivencia”.

#### LO MILITAR EN LA SOCIEDAD LÍQUIDA

En otras páginas de este libro se podrá leer que “las Fuerzas Armadas forman parte de la sociedad y no pueden escapar a sus sentimientos, valores y debates. La cuestión es que los lazos entre militares son más fuertes que los que existen entre estos y la sociedad civil, con lo que los cambios en esta llegan aunque con un cierto retraso. Como señala Federico Aznar, las Fuerzas Armadas se comportan como una nevera espiritual, esto es, preservan temporalmente los valores del pasado”.

Un párrafo con tres frases provocativas que estimula el debate. Cada una de esas tres afirmaciones son otras tantas propuestas de líneas de investigación a las que se debería prestar la atención necesaria, imprescindible. A pesar de los esfuerzos realizados en todo lo que tiene que ver con la seguridad y la defensa, las Fuerzas Armadas y los militares todavía tienen que ver como se mantienen en la sociedad estereotipos falsos, lo menos grave, e interesados en muchas ocasiones, que en la gran mayoría de las argumentaciones no se corresponden con la realidad o pertenecen al pasado.

Con datos actuales que coinciden con los que se obtuvieron en un pasado ya lejano, la mayoría de los españoles reclaman la existencia de una cultura cívica propia de una sociedad que avanza en la modernidad. Una sociedad que aparece descrita de manera solemne y de forma contundente en el preámbulo de la Constitución.

De acuerdo con esa propuesta integradora, consensuada no resulta fácil argumentar en contra de lo que se declara como realidad presente y se propone como futuro. Cuando se está en contra queda claro que se trata de imponer un trágala excluyente de unas minorías a la mayoría.

En esa cultura cívica plural y de convivencia todo lo que tiene que ver con la seguridad y la defensa debe tener su lugar que no debe ocupar puesto principal, ni tampoco periférico. Cumplir el objetivo descrito exige colaboración de todos. La colaboración presidida por la confianza exige el conocimiento mutuo de todos y entre todos. De aquí la importancia de que se siga investigando sobre las tres propuestas del párrafo citado. Lo que sigue pretende aportar una información parcial y de carácter cualitativo en el sentido que se propone en los enunciados mencionados.

Va de suyo insistir en la evidencia. Las Fuerzas Armadas surgen de la sociedad a la que sirven, pero no son la sociedad, ni la sociedad civil organizada, son parte del Estado e Institución esencial de la Nación. En otros tiempos más tensos quedó sentenciado de manera contundente que las Fuerzas Armadas estaban en el Estado, pero no eran parte del Estado. Los militares, ¿son realmente diferentes al resto de conciudadanos? ¿El militar es verdaderamente un ciudadano en uniforme? Por lo pronto hay que insistir en una evidencia que resulta ser necesariamente punto de partida. No existe el militar, hay militares. La diferencia no se debe a que sean militares de ejércitos y unidades diferentes o por ostentar grados y rangos diferentes. Más allá de coincidir en rasgos comunes por el ejercicio de la profesión, los militares responden y son ciudadanos de su tiempo, son servidores públicos con especiales características

Demostrar esta evidencia con datos cuantitativos no es fácil. No lo es porque de manera incomprensible no se realizan encuestas sistemáticas y con muestras representativas donde se

puedan comparar las opiniones de entrevistados de diferentes profesiones.

Mientras se espera, se puede decir que en su momento, años noventa, se pudo obtener una muestra representativa con la que se demostró la evidencia de manera cuantitativa: los militares no se diferenciaban del resto de entrevistados en la mayoría de las cuestiones por las que se les preguntaba. Existían, en esos años, entre militares, hijos de militares y de padres civiles, así como entre los hijos de militares una mayor sensibilidad por las amenazas ante el terrorismo que el resto de los entrevistados. El militar era entonces el objetivo terrorista y ese temor era el primer rasgo diferenciador.

La segunda diferencia tenía que ver con el sentimiento de pertenencia e identificación emocional. Para los militares, fueran hijos o no de militares, en la misma nación, en España, en la Patria encontraban la razón de ser de la profesión. Ese sentimiento descendía entre los hijos de padres no militares. La profesión de las armas crea un carácter propio. Por lo demás, las respuestas a una larga lista de preguntas de los cuestionarios eran semejantes en cuanto a su valoración de la vida, el futuro, las preocupaciones, o las satisfacciones.

No hay muchos datos pero también se puede señalar que al comparar las respuestas de oficiales de Estado Mayor y gerentes de grandes empresas, así como los componentes de cursos de ascenso a general y directivos de esas empresas los resultados son semejantes. Con la excepción de las respuestas a las preguntas técnicas militares o empresariales, las que tenían que ver con el medio en el que se tomaban decisiones, en las maneras de trabajar, valoración de los problemas de gestión, el presente y que se imaginaba para el futuro militares y gestores civiles, coincidían en la mayoría de las ocasiones. La valoración de la disciplina, es decir la lealtad, la autoridad reconocida, la dedicación más allá de lo que establecían los contratos, el compromiso con los objetivos de la empresa presentaban resultados, porcentajes similares.

También se pueden citar las coincidencias en los resultados de las encuestas sobre calidad y valoración del trabajo. Pura evidencia que chocaba entonces, y que se mantienen ahora, en los estereotipos alejados de la realidad por parte de determinados grupos sociales que se identifican con posiciones de izquierda, nacionalistas excluyentes y jóvenes que están próximos a estas posturas. Se encuentran semejanzas, manteniendo las lógicas precauciones, y también similitudes al considerar los problemas creados por los cambios estructurales entre organizaciones institucionales complejas.

Cuando se tienen datos de militares de otros ejércitos las respuestas también presentan similitudes. Ejércitos y grandes empresas han tenido que hacer frente a cómo adaptar estructuras a la reducción presupuestaria, de personal, adaptar nuevos recursos técnicos, incorporar nuevas tecnologías, nuevos conocimientos. Tanto los ejércitos como las empresas han tenido que debatir entre alterar las convenciones y adaptar las tradiciones a los nuevos escenarios más demandantes.

Parte del pesimismo que se produce al comprobar que las cosas no son como eran, tiene su lógica razón. Hay profesiones que son capaces de medir de manera precisa los cambios que se producen en la sociedad.

Profesiones y profesionales tienen una sensibilidad específica para medir lo que está pasando, lo que resulta excesivo y lo que falta. Miden con lo suyo a los demás. Se echa en falta en los demás lo que es y se considera fundamental para la profesión.

Las sociedades son dinámicas, las instituciones no lo son menos. El concepto de institución supone que los aspectos esenciales, la esencia permanece mientras que cambia lo convencional. En este sentido se puede aceptar, en un primer momento, que las instituciones quedan al margen de los cambios en la historia. Cuando el centro de gravedad de la sociedad se mueve, se altera la posición y la relación que ocupan las instituciones y también otras organizaciones.

Asumir la nueva posición nunca es fácil. En unos casos surgen los desconciertos, las dudas, críticas y protestas. En otros se aceptan sin mayores problemas reconociendo que no se puede ir en contra de las circunstancias y el devenir de los acontecimientos.

Por supuesto no faltan tampoco los que muestran indiferencia, cumplen con sus obligaciones y no se plantean dudas mayores. Lo que sigue pretende ser una aproximación de lo anterior.

#### EL PRONÓSTICO NO SE CUMPLIÓ

La consecuencia del pronóstico del final de la Historia resultaba evidente. Se avanzó en el Congreso Mundial de Sociología celebrado en Madrid (1990). Lo propuso Charles C. Moskos en su conferencia magistral: “anticipó el final de los ejércitos, de las Fuerzas Armadas”. Conclusión tan contundente fue matizada en los debates. Explicó el sentido de tal afirmación. Más tarde reconoció que los ejércitos del futuro ya no tendrían el carácter institucional que los había caracterizado hasta entonces. Tampoco podrían tener el modelo organizacional, ocupacional que había propuesto en sus libros y artículos. Renunciaba a su modelo dicotómico institución/ocupación con el que explicaba los cambios en los ejércitos.

No es cuestión de insistir en el error del pronóstico. La realidad se impuso a la teoría. El anuncio del final de los ejércitos se hizo cuando se estaba gestando la invasión de Kuwait. Comenzaba la segunda guerra del Golfo. A partir de ese momento se comprobó que los ejércitos no podían considerarse como una organización más, tal como se planteaba en la explicación propuesta por Moskos y que había sido aceptada sin mayores discusiones.

Se había considerado que las Fuerzas Armadas tendrían que convertirse en una organización más, semejante a cualquier otra

organización de la sociedad civil. Quien anunció su final terminó por reconocer que lo militar era algo más que una profesión.

A partir de esas fechas, años 90, las Fuerzas Armadas, los ejércitos, tuvieron que hacer frente a una crisis que se venía gestando desde años atrás. Crisis que se presentaba en tres planos: ¿Con qué doctrina tenían que hacer frente a las amenazas convencionales y también a las nuevas que estaban surgiendo?; ¿qué estructura tenían que adoptar los ejércitos cuando se preveía que las acciones se tendrían que llevar a cabo de manera conjunta e integrada?; y, en tercer lugar, ¿qué sentido tiene lo militar para unos profesionales que deben actuar con un sentido propio de una *fuerza armada de carácter policial* en situaciones de crisis? La tercera pregunta tiene que ver precisamente con la crisis de identidad que pudiera haber afectado a los militares.

El análisis comparado muestra que gestionar la crisis planteada en estos términos no está resultando fácil para nadie. En principio se trata de una crisis de sentido positivo pues aunque la guerra entre naciones, entre sus Fuerzas Armadas sigue siendo posible, esa posibilidad se aleja en términos de probabilidad. Se puede anticipar que el hecho positivo tiene consecuencias negativas y no previstas en todos sus extremos para los militares, los protagonistas directos del cambio.

Encontrar soluciones adecuadas a las preguntas anteriores se ha complicado en los últimos años. Se tienen que enmarcar en el conjunto de incertidumbres que aparecen en el escenario internacional y ante la escasez de recursos disponibles. En los presupuestos anuales se reducen los capítulos para la seguridad y la defensa. Por si no fuera pequeña la dificultad de hacer más con menos, la reducción no sigue una tendencia clara pues depende de las circunstancias de cada ciclo presupuestario. Hay que hacer frente a los retos mediante las normas que imponen la lógica de la incertidumbre y la de la escasez, ambas deben estar presentes para responder a las exigencias crecientes del control y la reducción de

la inseguridad, es decir de proporcionar Seguridad a la sociedad que es la principal misión de las Fuerzas Armadas.

Sin desconocer las exigencias de la coyuntura, el cambio venía de antes, Morris Janowitz lo anticipó en 1960. Era la exigencia lógica impuesta por el escenario internacional que surgió tras el final de la Guerra Fría en mayo de 1991, fecha de auto disolución del Pacto de Varsovia. Se ha tenido que aceptar que garantizar la seguridad por completo, naturalmente, no es posible. El esfuerzo hay que realizarlo en disminuir la inseguridad, en proporcionar una Seguridad compartida con otros que evite cualquier forma de agresión.

Por si no fueran pocos los problemas hay que añadir las nuevas formas inseguridad que son globales y locales, unas conocidas y otras desconocidas, las que suponen mayor riesgo. Encontrar el *punto óptimo de equilibrio* en sistema tan complejo no es fácil para nadie, ni siquiera para los sistemas de seguridad de las naciones y economías más desarrolladas. La complejidad del reto impuesto para la gestión de las crisis y conflictos supone explorar soluciones nuevas, de carácter polivalente y responder de forma coordinada en cooperación con otros ofreciendo las capacidades militares disponibles.

Los Ejércitos y la Armada son organizaciones complejas con mucho tiempo a sus espaldas. Son herederos de lo que fueron hace siglos, herederos de su historia y sus tradiciones, de sus héroes y sus caídos, de sus victorias y sus derrotas, todo es parte de ellos y está en su esencia y en ella están los valores y principios y ese sentido de la ética de los militares. Por eso el cambio, la transformación debe venir sin romper la esencia de la Institución, caso contrario dejará de serlo. Las Fuerzas Armadas serán lo que se considere por la sociedad útil para mantener su Seguridad y digno de ser conservado por estar adaptado a las nuevas situaciones, al nuevo escenario internacional incierto, inseguro y volátil. Una exigencia más que se añade a las dificultades señaladas para las Fuerzas Armadas en términos de recursos disponibles.





ÉTICA Y VALORES EN LAS FUERZAS ARMADAS  
DE LA ERA DIGITAL

Ángel Gómez de Ágreda  
*Coronel del Ejército del Aire*

Los militares de todos los tiempos han sido reflejo de la sociedad en la que han desarrollado su labor y, en ocasiones, espejo en los cuáles se ha mirado aquella. No puede entenderse al soldado sin hacer referencia al ciudadano y es difícil comprender a la sociedad sin tener en cuenta el papel que juegan en ella sus fuerzas armadas. La guerra como expresión social refleja la forma de ser de los pueblos tal vez mejor que ninguna otra manifestación menos contundente.

Este reflejo tiene tanto que ver con el momento cronológico en el que ocurre como con la cultura distintiva del pueblo que adopta esa forma de organización militar. Todo, desde la indumentaria hasta el armamento, las tácticas y estrategias, o la estructura jerárquica tiene que ver con la idiosincrasia de los pueblos y el espíritu de los tiempos. La Historia es el relato de la expresión de las pasiones y las pulsiones humanas sobre el trasfondo de la tecnología que las ha ido condicionando.

La tecnología ha sido muchas veces impulsada por las necesidades bélicas. Otras veces ha sido que la ha proporcionado una plataforma que ha hecho a un pueblo elevarse sobre los demás y ha fomentado su deseo de imponer su poder sobre el resto. La tecnología ha determinado el entorno en el que se guerreaba, los modos en que se empleaba la fuerza y, desde luego, la letalidad de sus herramientas. La aparición de la aviación podría ser un ejemplo clásico de ampliación del campo de batalla en función del alcance de los medios disponibles.

Ante esta evolución tecnológica, los ejércitos tradicionales – igual que hace la sociedad– han pretendido deslegitimar las armas o las tácticas que iban apareciendo. Ocurrió ya en el II Concilio de Letrán en abril de 1139 cuando, reunido Inocencio II con su colegio, prohibió en el canon 29 el uso “contra cristianos” de hondas, arcos y ballestas bajo pena de excomuniación.

Algo estaba cambiando en Europa que colocaba a estas huestes desarripadas en condiciones de diezmar a caballeros fuerte y caramente blindados como ocurrió casi tres siglos más tarde en Azincourt.

Algo así había pasado cuando los aqueos introdujeron las armas de hierro frente al bronce de sus rivales, cuando aparecieron las armas de fuego o las automáticas, con la aparición del vapor en la propulsión de los barcos o los motores de reacción en los aviones.

Sin embargo, detrás de todas estas tecnologías, cabalgando sobre ellas o protegidos por las mismas, siempre ha estado el ser humano, el soldado, como agente sujeto de la voluntad en su guía y como víctima objeto de su acción. El del militar era el brazo ejecutor de las acciones, su determinación la que decidía cuáles serían y su moral la que establecía los límites de todo ello.

Las tres últimas décadas han sido testigo de una evolución tecnológica sin precedentes en la Historia. Esta, además, tiene un carácter exponencialmente acelerado que supone que en los próximos pocos años se introducirán innovaciones todavía más disruptivas tanto en sus aplicaciones civiles como en las militares.

Siendo esto significativo, si sus efectos quedasen limitados a una evolución en los modos de hacer la guerra, en sus tácticas, técnicas y procedimientos basados en herramientas distintas, el hecho no pasaría de ser una mera aceleración cuantitativa de los mismos fenómenos que no hemos dejado de experimentar desde que se constituyen las primeras comunidades humanas –y, probablemente, incluso desde antes.

La necesidad de acomodación a nuevas posibilidades implica un ritmo acelerado de formación y adiestramiento de las unidades y de los combatientes individuales para mantenerse al día en el empleo de los medios más eficaces disponibles en cada momento.

El poder que confiere la diferencia de potencial generada por la disponibilidad de la última generación de tecnologías respecto de un adversario pretende ser contrarrestado, en numerosas ocasiones recientemente, por el incremento de las fuerzas cinéticas en las que se mantiene la supremacía.

La agilidad de la industria contemporánea permite que esas diferencias en el potencial tecnológico se salven en márgenes de tiempo muy estrechos y que, por lo tanto, se genere un equilibrio tremendamente inestable entre estas dos aproximaciones.

En estas circunstancias, el soldado queda constantemente a merced de las capacidades que le proporciona el sistema de armas del que forma parte. Asimetrías equivalentes a la que existió en la carga de la caballería polaca contra los blindados alemanes en la segunda guerra mundial se generan, no a lo largo de generaciones, sino en el tiempo que tarda en cambiar la versión de un i-phone. No hay lugar para el acomodo, para largos procesos de implantación de los sistemas o para prolongados periodos de adquisición. La logística recurre al COTS (commercial off-the-shelf), a los sistemas comerciales disponibles en el mercado, mientras que los operadores apenas tienen tiempo de redactar los manuales de empleo antes de la obsolescencia de lo descrito.

El gran problema del ritmo evolutivo del siglo XXI es que excede con mucho la capacidad natural de las personas para comprenderlo y adaptarse a él. La tendencia generalizada es fijar referencias concretas como un estado ideal a mantener. Aquello que conocimos con ocho o con quince años, en nuestra adolescencia o en las clases de la universidad queda fijado como referente para toda la vida, como el marco en el cual pretendemos

desenvolvemos. Esperamos que el mundo sea explicable en base a esos parámetros y, hasta ahora, las leyes inmutables de la naturaleza nos permitían asumir que así sería; con cambios más o menos importantes, pero siempre graduales y limitados.

Tanto la sociedad como la milicia se ven, en este sentido, defraudados o, mejor dicho, desbordados en las últimas décadas. La incertidumbre fue ya la nota que marcó el principio del siglo y del milenio. El llamado “efecto 2000”, más allá de su nulo impacto real, nos adentraba en una época en la que correspondía avanzar a tientas, no ya en cuanto a la identificación de las herramientas con las que íbamos a actuar, sino en relación con el entorno mismo en el que lo haremos.

Más allá del cambio de competencias asociado a la evolución de los medios, el militar –y el ciudadano– del siglo XXI tiene que afrontar un nuevo escenario y una nueva forma de entender a la persona y las relaciones que mantienen entre ellas. No se trata, por lo tanto, de una adaptación de las aptitudes que se van a requerir, el mismo “recurso de personal” –expresión que me parece nefasta y una cosificación del ser humano– es distinto por su procedencia y pertenencia a una sociedad que se percibe a sí misma de otro modo.

Por un lado, los militares han salido de sus bases y sus cuarteles. Si bien esto no ha ocurrido de igual modo en todos los países por sus diferentes idiosincrasias y circunstancias, la “implicación de las fuerzas armadas en la vida cotidiana” de las naciones es cada vez mayor, como vemos en la participación de militares en las labores de seguridad ciudadana frente a la amenaza terrorista en algún país europeo.

Todo ello por no hablar de la necesaria involucración del resto de los poderes –institucionales o no– en la seguridad nacional y en la seguridad individual. El concierto requerido de todas las energías en cubrir los diferentes ángulos desde los que llega la amenaza obliga a una “relación mucho más estrecha entre sociedad civil y militar” creando una “comunidad del

anillo” en la que cada personaje aporta habilidades distintas, pero también valores diferenciales.

El conflicto nunca fue competencia exclusiva de los militares, pero la guerra militarizaba todos los demás aspectos de la vida del país. La guerra suponía franquear el umbral entre la competición y la agresión, entre el adversario y el enemigo. Todo quedaba subordinado –sigue quedando, conceptualmente al menos– a la supervivencia, a prevalecer en la contienda. En tanto dura la guerra, toda otra consideración es secundaria. De hecho, la misma naturaleza jurídica de la convivencia se ve alterada con reglas *ad-hoc* diseñadas para los momentos en que se ha roto la paz.

Quizás sea esa una de las características más notables del conflicto moderno: se ha pretendido civilizar restringiendo el uso de la violencia que lo caracteriza y el conflicto se ha escapado entre los dedos del legislador mutando de nombre, de tácticas y de actores, o bien se ha declarado conflicto total sin restricciones (Liang & Xiangsui 1999), aunque luego las asuma. En ambos casos, el conflicto deja de estar declarado, de considerarse concernido por la regulación de un concepto de guerra que ora se ha banalizado aplicándolo a casi cualquier cosa, ora se ha demonizado.

Más importante todavía, el conflicto deja de estar localizado geográfica ni temporalmente. Sea en un caso, de la mano de los terroristas, o en el otro, en la llamada “zona gris” de los conflictos híbridos, la amenaza es permanente y ubicua siguiendo un patrón que encuentra un referente sociológico en la sociedad líquida de Bauman.

El enfrentamiento deja de tener lugar principalmente en el campo de batalla y entre ejércitos establecidos. Lo cinético sigue presente porque ninguna forma de guerra abole completamente las anteriores, pero como veremos, en un rol secundario y muchas veces estigmatizado por amplios sectores de la sociedad. Incluso cuando la guerra se trae “entre la gente”, como la definía

el general Rupert Smith en relación con el conflicto de la ex Yugoslavia o mediante acciones terroristas, el uso de la fuerza sigue respondiendo a factores más emocionales que físicos. Si la guerra es una confrontación de voluntades, decide el estratega contemporáneo, lo procedente es llevarla directamente allá donde éstas se generan.

La guerra se traslada al interior de cada persona. “La guerra pasa a ocurrir en la gente”, en las percepciones que generan sus relatos, discursos y narrativas, y que dan lugar a emociones, sentimientos y afectos. El ser humano sigue siendo sujeto y objeto de la violencia, pero se convierte también en el campo de batalla y, muchas veces, en el arma utilizada para ejercerla. Las percepciones están, por lo tanto, en la base de toda la pirámide. Se cocinan en función de las circunstancias culturales de cada pueblo para elaborar relatos y narrativas.

Pero estas percepciones, los datos de los que partimos, ven alterada su procedencia con la misma introducción de la tecnología que la acerca al usuario. Se pierde en buena parte la experiencia directa para recibirla cada vez más mediada a través de pantallas y dispositivos electrónicos.

Claro está que estos dispositivos tienen unas características mucho más agudas que los sentidos humanos y que, por lo tanto, proporcionan más y mejor información de la que podíamos obtener antes. Es más, permiten la integración de datos procedentes de sensores remotos e incluso la elaboración de realidades virtuales y/o aumentadas que complementan o sustituyen a la experiencia humana directa.

Esta mediación, sin embargo, no está exenta de desafíos. Por un lado, la posibilidad de que los sensores puedan verse afectados limitando o alterando los datos que capturan. Si bien la limitación es algo a lo que también están sujetos los sentidos humanos, la alteración de los datos solo podía producirse en la fase de integración de los mismos en función de los sesgos del observador. Cuando las percepciones son mediadas, por consiguiente, pueden

verse alteradas mediante el uso de tecnologías que modifiquen los datos adquiridos para darles otra apariencia.

La guerra ocurre en la gente, pero no en base a lo que cada cual es capaz de percibir, sino de aquella información que terceros sistemas filtran para el usuario y, en ocasiones, diseccionan para su consumo directo. Dicho de otro modo, ni lo que se percibe tiene necesariamente que corresponderse con la realidad observada, ni cada combatiente va a recibir los mismos *inputs* desde el exterior.

El objetivo de la información mediada no es informar, sino influir. De este modo, solo la gestión integral del sistema de información por parte de un actor garantiza que la realidad percibida sea coherente con los intereses que se defienden. A nivel particular, esa posibilidad se ha convertido ya en poco menos que una quimera.

Cabe recordar aquí el episodio quinto de la tercera temporada de la serie *Black Mirror* titulado “Men against fire” que imagina un futuro combatiente dotado con un sistema de realidad aumentada que, al tiempo que incrementa extraordinariamente la cantidad de datos disponibles durante la misión, presenta una visión distorsionada de la realidad que anula la capacidad de juicio independiente del soldado.

Sobre datos manipulados –en este caso, para favorecer el cumplimiento ciego de la misión– no puede construirse un relato independiente, con todas las consideraciones morales y éticas que ello conlleva.

La intermediación en la adquisición de la información presenta riesgos evidentes y puede suponer restricciones a la libertad de elección en tanto externaliza la entrada de los datos sobre los que se construye la realidad subjetiva de cada uno. Una realidad alterada –aumentada puede resultar un término mucho más amable, aunque sea menos certero– es un punto de partida inestable para la construcción de una elección sin sesgos añadidos.

El militar solo conserva en exclusiva su papel de delegado de los Estados en la ejecución del monopolio del uso de la fuerza. Sin embargo, para seguir desarrollando su labor, se ve precisado de incorporar una gran capacidad de cooperación con el resto de las herramientas de que disponen aquellos.

Al mismo tiempo, mientras que sus vulnerabilidades físicas disminuyen con unos medios defensivos sin precedentes, se encuentra más expuesto que nunca a la influencia de terceros. La superficie de ataque, el perímetro a defender se ha dotado de nuevas dimensiones y se ha convertido en casi infinito. Es más, de poco sirve la protección de ese perímetro si no se establece una defensa en profundidad de todo el mismo.

La fuerza con empleo de armamento (acción cinética) ejercida por los Estados se ve como el fruto de un trasnochado contrato social, una reliquia de Westphalia, al tiempo que una parte de la población la justifica y aplaude cuando se ejerce contra él como si se pretendiera equilibrar el terreno de juego para hacer más emocionante la partida.

En ambos casos, la fuerza busca obtener “afectos mucho más que efectos” (Gómez de Ágreda, 2018), provocar emociones y ruido mediático. Se ejerce de forma calculada en función del momento y del impacto emocional igual que se imponen sanciones económicas o se llevan a cabo ataques cibernéticos.

El militar puede quedar transformado en un especialista en los efectos letales (cinéticos) de la guerra más que de la guerra misma salvo que sepa, como institución, poner en valor su capacidad de gestión de los conflictos para ocupar una posición destacada dentro del esquema nacional de respuesta.

La permanente evolución no permite logísticas de larga cola que convertirían en obsoletas las adquisiciones o los desarrollos antes de entrar en servicio. La inmensidad del perímetro dificulta tremendamente el planeamiento de las acciones defensivas ante ataques siempre cambiantes.



La ubicuidad de la información –tanto la interna que sirve a la conducción de las operaciones como la externa hacia y desde todo tipo de audiencias– amplifica el campo de batalla tanto en extensión como en profundidad.

El mundo entero proporciona información pertinente para cualquier operación ya que es casi imposible discriminar las audiencias del mensaje que se va a enviar con la acción y, por lo tanto, es preciso conocer la reacción esperable de cada una de ellas. Al mismo tiempo, el conocimiento profundo de cada una de las realidades que permite la tecnología supone un potencial inconveniente en la toma de decisiones, la denominada “parálisis por el análisis” y genera otro tipo de condicionantes éticos que hay que tomar en cuenta.

De este modo, cuando las acciones bélicas se llevan a cabo en función de cálculos precisos en lugar de resultar el fruto de un planeamiento exhaustivo que salta en pedazos “tras el primer disparo” –como argumentaba el General George Patton– la “percepción de la responsabilidad” asumida, tanto por el agente que la asume como por la población en general, varía sustancialmente. Estamos preparados para aceptar un error humano o, incluso, una decisión visceral tomada en el fragor de la batalla, pero no para dar por buena una basada en un cálculo pormenorizado.

La optimización de resultados producto de un cálculo algorítmico estrecha el margen de decisión en tanto fija un criterio objetivo cuyo no seguimiento implica una necesidad de justificación. Igualmente, el conocimiento preciso de los efectos que se van a obtener obliga a una optimización de los mismos y a la evitación de los no deseados.

El campo de batalla del futuro próximo no solo va a permitir mirar a los ojos de los objetivos, sino que va a proporcionar datos como para empatizar con cada uno de ellos.

Por lo tanto, la “gestión de la información, del tiempo y el tempo de las operaciones” adquiere particular importancia

en el conflicto moderno. La información, mediada tanto en cuanto a los sensores que la adquirirán como en la fusión de los distintos datos para proporcionar conocimiento a los distintos niveles de responsabilidad en el campo de batalla. El tiempo expresado en meses y años, pero también en décimas de segundo. El tempo como ritmo de ejecución de las acciones en función de las circunstancias operacionales, pero también de multitud de factores externos a los mismos.

Pocos cambios aquí en relación con tiempos pasados, excepto en lo que respecta a la cantidad y calidad de la información que hay que tener en cuenta. El funambulista mantiene en el aire ahora un número mayor de pelotas y, además, cada una de ellas tiene un tamaño y un peso diferentes. La agilidad y la flexibilidad ganan enteros entre los requisitos que se requieren a los militares. El entorno está saturado de información y datos, y precisa de herramientas potentes para su gestión y de un equipo perfectamente engrasado para la integración de todos los ángulos posibles.

Un mundo saturado de información requiere de profesionales —y de personas— capaces de ejercer un juicio crítico sobre la misma. El “cabo estratégico” del que habla el general Krulak anticipaba ya la idea desde el ámbito puramente operacional y cinético. En este caso, todos los eslabones de la cadena van a ser a la vez sensores, vectores, emisores, receptores y, probablemente, co-procesadores de la información y, por lo tanto, van a requerir de habilidades para su comprensión, contextualización y explotación más allá de la aportación mecánica de los algoritmos.

Cabe asumir que este espíritu crítico deberá venir asociado a una disciplina tan rígida o más que hasta ahora. En primer lugar, por estar basada en un conocimiento mucho mayor de la situación y, por lo tanto, en una mayor capacidad de juicio que podría permitir decisiones autónomas alejadas de la línea marcada por el bien común y favorables al propio individuo.

En segundo lugar, por requerir ser autoimpuesta en un sistema mucho más distribuido y con jerarquías cada vez más radiales.

La disciplina en un mundo en la red global (world wide web) no se apoya ni se suspende, sino que es un juego de tensiones mucho más complejo de gestionar. Tiene mucho más que ver con uno mismo que con el grupo, porque los grupos a los que se pertenece se multiplican en mil lealtades difusas cuya componente debe ser la óptima para la causa seleccionada. El mundo diseñado a imagen del soporte digital en el que habitamos no aprecia los nodos individuales y exige siempre que se pongan en relación con el otro, con los otros. Sin embargo, potencia la capacidad de lo singular y le transfiere una responsabilidad también mayor sobre su propio destino.

Esta misma potencia, este “empoderamiento”, (una vez mas o mejor dicho “fortalecimiento”) del individuo le obliga a mantener su lugar en la formación tanto como al hoplita de larga lanza en la falange. Los grados de libertad en que se mueve el individuo dotado de tantas capacidades aumentadas le permiten moverse en cualquier dirección y, por lo tanto, le obligan a mayores esfuerzos para mantener la deseada.

El individuo se asemeja a un caza de combate. Su maniobrabilidad es directamente proporcional a la inestabilidad de su diseño; es difícil maniobrar un avión que es muy estable. La maniobra moderna exige agilidad y, por lo tanto, el diseño tiene que ser lo menos estable posible. En los cazas, esta estabilidad se consigue gracias a un sistema de ordenadores que compensa los desequilibrios, pero en el militar, a falta por ahora de mecanismos artificiales, todo queda supeditado a un ejercicio de voluntad y autodisciplina.

Queda dicho que el mundo actual no aprecia los nodos individuales. El carácter distribuido de la responsabilidad y del poder permite prescindir de un número elevado de ellos sin que la red se resienta.

Lo grupal es coyuntural tanto por la falta de compromiso como por el carácter prescindible del individuo. El beneficio de las dos partes es perfectamente trasladable a terceros –grupos o personas– que pueden suplir la necesidad de satisfacer la sensación de pertenencia o el crecimiento sin más del grupo.

Es decir, el individuo puede encontrar otros grupos de referencia con gran facilidad como para atarse a uno concreto y las capacidades que aporta el individuo al grupo son suplidas sin dificultad por parte de este de entre la multitud existente en un universo sin fronteras.

Es paradójico, al menos, que un diseño occidental como es la Internet, con la capacidad para individualizar al sujeto hasta lo microscópico, pueda haber derivado en un carácter tan típicamente oriental en cuanto a la primacía de la red sobre el nodo, del grupo sobre el individuo, de la sociedad sobre la persona. La “preservación del ser humano como referente”, tan propia de la cultura europea, puede terminar por convertirse en un desafío relacionado con el mantenimiento de los valores propios de nuestra cultura.

Llegados a este punto, es importante recordar la dualidad del mundo en el que vivimos y que incrementa la complejidad a la que aludíamos más arriba. “No es la simple superposición de un mundo físico y un mundo lógico”, que duplicaría los escenarios, sino el equivalente a añadir a las tres dimensiones tradicionales otras tantas al menos. La complejidad resultante podría ser el equivalente a unas partidas simultaneas de ajedrez en tableros transparentes superpuestos en los que cada movimiento se replicara en todos ellos.

Lo cual nos vuelve a llevar a la gestión de los tempos, de los ritmos a los que se mueven ambos universos, ambos ecosistemas. La aparición de la tercera dimensión en el campo de batalla altera drásticamente los modos de hacer la guerra no solo por la adición de un entorno más y por la necesidad de tener en consideración los riesgos y oportunidades que pueden

partir de las alturas. Además del hecho espacial, hay que tener en consideración el temporal que implica una reducción en los tiempos que se tarda en ejecutar multitud de acciones. Eso no ocurre, desde luego, desde el principio, pero sí con la suficiente presteza como para que convierta en obsoletas muchas de las pre-concepciones existentes.

Algo similar ocurre con las tecnologías digitales y aquellas que se apoyan en ellas, como las que utilizan algoritmos de la llamada inteligencia artificial. No se trata del salto cuantitativo que supone la aparición de misiles hipersónicos que decuplican la velocidad de los anteriores, se trata de cambios cualitativos que dejan obsoleto cualquier modo de operación que no los tenga en cuenta.

Eso no significa que vayan a dejar de emplearse los medios bélicos tradicionales. Del mismo modo que la aparición de cualquier otra tecnología no ha hecho desaparecer herramientas más tradicionales, el cambio no está en el instrumento que se emplea, sino en la mentalidad con que se hace.

La imagen tridimensional que se ha empleado anteriormente para describir el modo en que se adiciona el ámbito digital al físico nos permite describir el nuevo ecosistema en el que tiene que desenvolverse el combatiente. Si reducimos todo a un más fácil de entender mundo en el que las abscisas suponen lo analógico y las ordenadas lo digital resulta fácil comprender la complejidad asociada a un punto que se desplaza a ritmos y con aceleraciones muy diferentes en ambos planos. La imagen que se forma no es una recta y, para el ser humano –diseñado para la linealidad– “el modelo resulta tan poco intuitivo como la trigonometría esférica o la física cuántica, en que las realidades son y no son de forma simultánea”.

A caballo entre la biosfera física y la lógica, la tendencia es a visualizar lo exponencial reducido a la linealidad (de hecho, la representación más habitual de la Ley de Moore –la que describe la evolución en el número de transistores en un procesador– suele

hacerse con el eje vertical en escala logarítmica para permitir visualizar una equívoca recta). La abstracción pretende trasladarse a ámbitos humanísticos y postula como directamente trasladables los principios del derecho de un entorno al otro.

Pocos ejemplos ilustran más claramente las diferencias entre los dos mundos como el del resultado de añadir un elemento a un conjunto cualquiera. Como veremos, el resultado es cuantitativamente incomparable y cualitativamente opuesto.

Esto nos lleva a la necesidad de reconstituir nuestros esquemas de pensamiento y, probablemente, a repensar nuestras escalas de valores. De este modo, si a un conjunto cualquiera del mundo físico (pongamos por caso, un batallón) se le añade un elemento, este conjunto se ve incrementado en un individuo, algo que constituye una centésima o una milésima de punto de ganancia. Cuando estamos sumando nodos, el crecimiento es lineal.

Mientras tanto, si a una red de 10 elementos le añadimos uno solo más, el número de conexiones posibles entre ellos aumenta de forma desproporcionada. Las conexiones posibles en una red son el factorial del número de elementos que contienen (el número de elementos multiplicado por cada uno de los números anteriores a él, en el caso de una red de 10 elementos estas combinaciones son 3.628.800). La adición de un undécimo nodo supone pasar a 39.916.800 posibles combinaciones.

La mente humana está diseñada para comprender de forma intuitiva las realidades que se le presentan y encuentra grandes dificultades en asimilar conceptos que contradicen su experiencia de millones de años en el entorno natural. Esto es tanto más complicado cuando tiene que combinar estas dos experiencias dentro de una misma forma de vida.

Del mismo modo, los sesgos cognitivos tienden a interpretar las percepciones en función de resultados esperados. Evitar caer en la trampa que nos tienden, además de las herramientas tecnológicas adecuadas, requiere un ejercicio de enorme autocontrol.

En el entorno de las percepciones y los sentimientos no rigen las leyes naturales que la evolución nos ha ido permitiendo descubrir y dominar. Un mundo artificial se rige por leyes humanas mutables tantas veces como así lo decidan las plataformas y los proveedores de los servicios que recibimos.

La supervivencia en el campo de batalla cognitivo dependerá de la adaptación que seamos capaces de desarrollar a este nuevo entorno. Debemos desarrollar una nueva capacidad de adaptación a un medio distinto; todo ello sin perder la de sobrevivir en el entorno natural en el que seguiremos existiendo y operando.

Pero..., cuando el blanco son directamente las percepciones, la clave está en distinguir lo que es real de lo que no lo es, o de fabricar la realidad. En ese escenario, la mentira es un arma y la verdad su víctima.

Igual que a nivel de ciudadano, el militar contemporáneo tiene, simultáneamente, más capacidades individuales que ninguno otro en la Historia y una mayor dependencia del equipo en el que está integrado desde, quién sabe, quizás la falange macedónica.

El soldado va acompañado de todo tipo de sensores que multiplican su capacidad para obtener datos e información, tanto del contexto físico en el que se está moviendo como del espectro electromagnético en el sentido más amplio.

No es imaginable una columna moviéndose cómoda en campo abierto sin la cobertura de uno o varios sistemas no tripulados sobrevolándoles con distintos tipos de cámaras y sensores para comprobar que el camino está despejado. Cada soldado se mueve acompañado de cámaras, visores nocturnos y enlaces satelitales para llevar su línea de visión mucho más allá del horizonte, para ser capaz de penetrar la oscuridad o el camuflaje.

Al mismo tiempo, todos esos datos –y otros muchos que genera el mismo soldado con sus constantes vitales– se transmiten

inmediatamente a retaguardia para componer una imagen de conjunto del campo de batalla que servirá para la toma de decisiones del comandante y para mantener la conciencia situacional de cada uno de los miembros de la fuerza. Una enorme potencia desplegada en cada uno de los individuos para generar sinergias entre ellos que permitan otra, todavía mayor, a nivel de grupo.

El trabajo en equipo y el compañerismo mantienen, por lo tanto, una gran importancia entre los valores que debe cultivar el militar. La unidad se configura como una red de apoyos mutuos en la que, muchas veces, cada uno de sus componentes aportará unas capacidades diferenciadas que pueden resultar cruciales para el conjunto. La sincronización entre las personas debe ser capaz de emular la de los enjambres de drones volando en formación porque la fuerza de la unidad la proporciona, precisamente, la agregación de las de sus componentes.

En este sentido, las unidades tenderán con toda probabilidad a la modularidad en su diseño. Las estructuras orgánicas serán solo válidas a los efectos de la formación y el adiestramiento específico de sus componentes o de sus unidades fundamentales, pero a partir de ahí primará el valor individual y la posibilidad de integración de cada uno de esos módulos en equipos concretos.

Es decir, las necesidades de la guerra presente y futura imponen una identificación mayor con la función a desarrollar que con el servicio o el cuerpo de pertenencia. La consecución de la misión dependerá de la capacidad del equipo para afrontar desde una óptica multidisciplinar y flexible las amenazas poliédricas y líquidas que se le presenten. Por lo tanto, el énfasis deberá ponerse en la conformación de esos equipos y en el perfecto ensamblaje de sus componentes.

Los equipos vendrán definidos más al modo de los videojuegos o las películas de Hollywood en base a las competencias que cada miembro puede aportar. Deberán ser específicos para cada misión concreta y escalables para atender a lo cambiante de las



circunstancias. La doctrina conjunta deberá permear hasta el más ínfimo de los niveles de la jerarquía para convertir a cada combatiente en una pieza capaz de engranar en el mecanismo que se requiera para la ejecución de la misión.

El orgullo de pertenencia parece que se traslada, por lo tanto, de la inserción en una unidad concreta o del color del uniforme, a la excelencia en la ejecución de una tarea definida dentro de un conjunto sinfónico. Se precisará la renuncia al yo, al protagonismo personal o corporativo, en beneficio de la conectividad, de la capacidad para engarzar las propias competencias en las del equipo concreto en el que se esté insertado.

Los equipos se convertirán en una suerte de unión temporal de empresas de carácter individual. Cada miembro –o pequeña unidad, en algún caso– deberá ser capaz de contribuir las capacidades de su especialidad en multitud de grupos distintos en función de las necesidades de la operación.

El modo en el que esta temporalidad en la relación pueda afectar al espíritu de cuerpo o al compañerismo está aún por ver, pero tendrá sin lugar a dudas un efecto sobre los mismos. La milicia va a tener que encontrar mecanismos de cohesión que vayan más allá de los proyectos concretos, las operaciones puntuales, para las que se formen los grupos.

Es una suerte de traslación al plano más táctico y nacional de las misiones internacionales de mantenimiento o imposición de la paz, en las que se pretende que los contingentes nacionales aporten capacidades distintivas sin que tengan que ser autosuficientes a ese nivel.

Mientras que la convivencia, interoperabilidad y coordinación entre las unidades de distintos países son aspectos que están perfectamente consolidados, otra cosa muy distinta es la integración real de las fuerzas cuando éstas operan juntas durante apenas unos pocos meses en el mejor de los casos.

Los desafíos en la comunicación no tienen tanto que ver con el dominio de un idioma común como en la fusión de las

culturas propias de cada uno de los componentes. En este sentido, las formas de acción de cada uno de los tipos de unidad o los servicios pueden constituir un vínculo comunicativo mayor que la lengua. El lenguaje corporativo y la unidad de doctrina unen a los similares, pero crean, al mismo tiempo, barreras de comprensión entre entidades complementarias. La capacidad para comprender las distintas sensibilidades e integrarlas de forma eficiente se convierte en un requisito crítico para el funcionamiento fluido de las estructuras.

Este entorno, muy de aproximación empresarial, va a constituir también la infraestructura misma sobre la que se van a llevar a cabo buena parte de las operaciones. La industria es, cada vez más, dual y cada vez menos específica de Defensa. Esta circunstancia va a suponer un reto adicional para los ejércitos, acostumbrados a las especificaciones “military grade” de las herramientas y las plataformas que utiliza o en las que se mueve.

De hecho, un caso muy ilustrativo sería la misma Internet. Nacida sobre el embrión –entre otros– de ARPANET, la red surge como un desarrollo militar para su uso casi exclusivo (también centros universitarios de investigación) y, por lo tanto, subordinada a las necesidades y los requerimientos militares.

Otro tanto ocurre con el GPS que, incluso cuando se empieza a utilizar en el ámbito civil, mantiene un grado militar de precisión y seguridad diferenciado del de propósito general.

Podría parecer, por los ejemplos, que este carácter dual está restringido a los componentes electrónicos e informáticos de las desde hace demasiado tiempo llamadas “nuevas tecnologías”. Nada más lejos de la realidad. La inmensa mayoría de los desarrollos tecnológicos de cualquier tipo que se están incorporando últimamente a los arsenales militares procede de la industria civil, cuyo mercado es mucho mayor y del que, por lo tanto, obtiene una parte muy significativa de sus ingresos.

Desde luego, podemos ver esta circunstancia en sistemas de armas completos como pueden ser los sistemas de armas

autónomos o los pilotados de forma remota –ya sean aéreos, terrestres o navales–. Pero también podemos identificar la misma tendencia en componentes o equipos que forman parte de sistemas de armas de uso exclusivamente militar.

Ninguna organización no estatal posee cazas de combate y, sin embargo, una parte muy significativa de los sistemas críticos que les permiten operar están presentes en vehículos o sistemas civiles y, muchas veces, su desarrollo está muy condicionado por ese mercado para su evolución e, incluso, para la determinación de su obsolescencia.

Estamos ante un escenario en el que las fuerzas armadas dejan de ser el principal –o el único– agente proveedor de seguridad, sobre un entorno que ha dejado de estar diseñado por y para los intereses militares, y un ambiente en el que el cambio y la cooperación pueden poner constantemente en cuestión la percepción de especificidad que sobre su identidad tengan los militares.

¿Supone eso que ha perdido sentido hablar de valores específicamente militares? ¿Condenan estas circunstancias a que lo militar se convierta en una mera función social atribuida a un colectivo sin características distintivas?

Me viene a la memoria la escena de la película “300” en la que el rey espartano, Leónidas, pregunta a sus hombres cuál es su profesión después de haber hecho lo mismo con sus aliados. La respuesta unánime no deja lugar a dudas sobre el oficio de las armas que profesan todos ellos. Será importante recordar que, más allá de la función que cumpla el militar y la milicia, la de soldado es una profesión diferenciada.

Así lo recoge la Unidad Militar de Emergencias (UME) adelantándose sabiamente al desafío de que sus funciones no sean, en principio, las de combate. “Somos soldados”, afirma en su divisa dejando claro que el militar no viene definido por la actividad que lleva a cabo, sino por la forma en la que la ejecuta y las razones por las que lo hace.

No cambian los valores de la milicia con la tecnología o con la sociedad por muy alineados que tengan que estar con la población de la que procede y a la que sirve. Ni cambian tampoco con las generaciones, aunque las manifestaciones externas puedan, muchas veces, llamar la atención.

Hay aquí un cierto alineamiento entre los tres factores: tecnología, sociedad y cambio generacional. Sin entrar en detalle, el entorno tecnológico marca siempre la comprensión del mundo por parte de la sociedad. La mayor o menor capacidad de comunicación altera las relaciones sociales más allá de la percepción individual. Y, en tiempos de rápidos movimientos sociales, económicos y tecnológicos, las generaciones se suceden rápidamente en función de la percepción del mundo que han interiorizado en su momento de maduración.

Ya no es solamente, como hemos visto antes, que la información llegue mediada a través de dispositivos que la filtran según intereses bastardos. Tampoco se limita a la gestión de los tempos y a la aceleración, más que a la velocidad, de los cambios. Ni es solamente la tecnología la que afecta a nuestras percepciones. Es el conjunto de todos esos elementos lo que termina por configurar una sociedad que, en estos momentos, no cuestiona al líder, sino el liderazgo; no pone en duda la democracia, sino el mismo sistema de gobernanza; y que no respeta el principio de autoridad más allá de la volátil reputación que prestan y detraen los medios y las redes. La sociedad a la que se sirve cuestiona el modelo que se defiende.

Esta pérdida de autoridad está asociada a la falta de apetito por la asunción de las responsabilidades que van asociadas a ella. La sociedad va alimentando esta disociación, cuya traslación a la milicia sí podría mellar los cimientos mismos de su estructura. La externalización de las consecuencias de los propios actos o la falta de asunción de los mismos se refleja en otros dos aspectos relacionados, una vez más, con la tecnología: la posverdad y la autonomía de las máquinas.

En el primer caso, se parte de la negación de la asunción de responsabilidad mediante el cuestionamiento de la verdad misma. A su alrededor se teje un entramado de medias verdades, de interpretaciones maniqueas y de atribuciones dudosas que buscan más confundir que convencer. Se emborriona el cristal para que no se distinga lo que hay al otro lado de él. No se disfraza el objeto, sino el objetivo a través del cual se mira.

El permanente cuestionamiento de la realidad permite afirmar una cosa y su contraria de forma casi simultánea sin incurrir en contradicción a ojos de la audiencia objetivo. La realidad es una recta que solo se determina desde el momento presente, sin ligazón alguna con un pasado que se va alterando o ignorando de un modo similar como lo describía George Orwell en el Ministerio de la Verdad de su novela *1984*. “Quién domina el presente, domina el pasado (ya que puede manipularlo); quién domina el pasado, domina el futuro” decía Orwell. Ignorar el origen de la recta nos permite definirla solamente desde el punto presente, lo que ofrece infinitud de posibilidades.

La re escritura del pasado –y del presente– pasa por el control absoluto sobre los datos que, por primera vez en la Historia, parece estar cercano. Alterando la materia prima de la verdad, los datos, se modifica la verdad misma para reconstruirla a la medida de aquel que sea capaz de controlar el discurso, el relato.

La falta de un sostén lógico deriva en la pérdida de uno de carácter ético incompatibles ambos con lo que significa la milicia. Una cosa es la utilización de herramientas de ese tipo en las operaciones, como un arma más en la configuración de la voluntad del adversario y otra muy distinta la integración de estas herramientas como filosofía de funcionamiento interno.

Esta reflexión nos devuelve a la democratización de las herramientas/armas que ofrece la tecnología actual aplicada al humanismo. Cuando el ejército pierde el monopolio sobre las mismas y éstas permean a los distintos actores de la sociedad civil se pervierte el uso de la fuerza aplicándolo a objetivos

que no son de seguridad nacional, sino que sirven a intereses particulares egoístas.

Los mismos ejércitos, a través de la sociedad, corren el riesgo de convertirse en víctimas de una competición sin restricciones en la que, siguiendo la doctrina china del mismo nombre, se aplican intensidades de fuerza desproporcionadas a la consecución de objetivos limitados haciendo que la asimetría no genere una reacción por parte del adversario.

La niebla ha sido una constante en la guerra, pero aplicando el concepto a las operaciones y nunca a la esencia misma de los ejércitos, a su naturaleza. La responsabilidad y el honor siguen, por lo tanto, tan vigentes como siempre y son valores más necesarios que nunca para la cohesión de los ejércitos.

El otro factor que identificábamos en la pérdida de asunción de responsabilidades es el debate sobre el grado de autonomía que debe concederse a los Sistemas de Armas Autónomos Letales. Algunos pretenden que la implicación del ser humano en la toma de decisiones en el campo de batalla –y fuera de él, realmente– quede subordinada a la eficacia o a la eficiencia que se deriva de la capacidad de optimización que aportan los algoritmos de la inteligencia artificial.

El debate sobre si el operador debe mantenerse dentro del ciclo de decisión, sobre él o fuera del mismo (*in-the-loop*, *on-the-loop*, *out-of-the-loop*) tiene que ver con la capacidad del humano para dirigir la actividad del robot, poder limitarla o ser un espectador de lo que decida aquella.

Sin embargo, aunque la mayor parte de las discusiones se centran en la libertad que se otorga a la máquina para “apretar el gatillo”, éticamente deberíamos ampliar la discusión a aspectos más amplios de la toma de decisiones.

Para ello, conviene partir de la base de que la transferencia de opciones –o de capacidad para actuar como sujeto agente– a las máquinas se hace siempre a costa de la que poseía el ser humano inicialmente. La delegación de funciones lo es siempre

en detrimento de la libertad de elección del operador, si bien esto no tiene que ser necesariamente negativo.

A lo largo de proceso de “targetting”, mucho antes de llegar a la fase decisiva de acometimiento del objetivo, las máquinas pueden hacer una labor de filtrado y apoyo a la decisión a la que, a estas alturas, ya estamos demasiado acostumbrados como para renunciar. El número de elementos a considerar en una toma de decisiones se ha incrementado sustancialmente, pero también se ha reducido en una medida similar la tolerancia a dejar fuera de los cálculos ninguno de ellos. Por lo tanto, la necesidad de auxilio en la determinación de los factores presentes crece tanto por la complejidad del sistema como por la exigencia del comandante.

Lo que no ha crecido proporcionalmente es la capacidad humana para asimilar esta avalancha de información y, por lo tanto, sí lo ha hecho la dependencia de inteligencias auxiliares que limiten y ordenen todos estos datos. El modo en que lo hagan y, sobre todo, las restricciones que eso suponga para el acceso por parte del humano a aquello que pueda ser relevante –no necesariamente solo a juicio del algoritmo que lo filtra– será la medida de la merma de libertad humana.

¿Cuántas opciones es razonable que se presenten en una toma de decisión? Mientras que el número tiene que ser lo suficientemente restringido como para ser manejable, también debe incluir todas aquellas posibilidades que sean susceptibles de ser aceptadas. Esto no significa que sean necesariamente razonables. Reducir la capacidad de juicio humana a la razón le privaría del genio, de la improvisación, del valor, de la heroicidad y de tantas otras virtudes que han adornado la historia bélica.

De hecho, volviendo a nuestro argumento, una restricción en la información disponible, un excesivo acotamiento de la posibilidad de decidir supone algo más que una pérdida de libertad. También proporciona una descarga de responsabilidad o una delegación de la misma en aquellos que hayan estado

implicados en la configuración del algoritmo. El caso extremo, estaría en la presentación de una sola opción que puede aceptarse o no, o de una decisión ya tomada que se anuncia al tiempo que se ejecuta.

Si la responsabilidad se transfiere fuera de la cadena de mando de las operaciones se está enajenando también la capacidad para tomar decisiones y, por lo tanto, la esencia misma del Mando. Si esta responsabilidad y autoridad cambia de ámbito será necesario asegurarse de que se sigue manteniendo control sobre los nuevos responsables para que esta capacidad simplemente fluya aguas arriba en el proceso de decisión y no se pierda simplemente.

No es éste el momento ni el foro para profundizar en la discusión sobre la ética aplicable a la inteligencia artificial más allá de lo que hace al propósito de este capítulo. En todo caso, esta ética debería siempre ser de aplicación a los diseñadores, desarrolladores y operadores de los sistemas que estén dotados de esta capacidad, nunca a los sistemas mismos. Es la intención y el objetivo lo que marca su moralidad, y mientras se comprenda el funcionamiento de los algoritmos subyacentes y se sea capaz de mantener el control sobre los mismos seguiremos hablando de una nueva forma de armamento y no de un nuevo contendiente.

La inteligencia artificial no es más que un proceso de optimización que recoge los datos y/o instrucciones que le proporcionamos para obtener el resultado más preciso según el objetivo marcado. Siendo sinceros con nosotros mismos, lo que hace es presentar nuestra propia imagen en el espejo de su comportamiento dejando a un lado disimulos, excusas, remordimientos o cualquier otro sentimiento. Si lo que vemos reflejado no nos gusta, quizás lo que tengamos que hacer es cambiar el mundo en el que la máquina basa sus decisiones, porque lo que nos está diciendo es que no es el mundo que queremos.





La tecnología, ni siquiera ésta, no cambia o no debe cambiar los valores humanos o los militares. Cambia, eso sí –y muy frecuentemente–, las competencias profesionales que se requieren, pero no la forma de ejercerlas. Si para algo tiene que servir la tecnología es para reforzar los valores de la Humanidad. Para ello tenemos que evitar utilizarla como excusa y reconocerla como espejo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ahmad, K, *Artificial Intelligence and the Changing Nature of Warfare*, 2018.
- Aicardi, C. *et al.*, *Opinion on 'Responsible Dual Use' Human Brain Project*, 2018.
- Boddington, P., *Towards a Code of Ethics in Artificial Intelligence*, 2017.
- Burri, T., *International Law and Artificial Intelligence*, October, 2017.
- Champagne, M., & Tonkens, R., *Bridging the Responsibility Gap in Automated Warfare. Philosophy and Technology*, 2015.
- Cummings, M.L., *Artificial intelligence and the future of Warfare*. Chatham House, January, 2017.
- Davey, T., *Lethal Autonomous Weapons: An Update from the United Nations - Future of Life Institute*, 2015.
- Ekelhof, M.A.C. *Lifting the Fog of Targeting: "Autonomous Weapons" Naval War College Review*, 2018.
- German Institute for International Political Affairs. *Dynamic Targeting Cycle. Technology and application of Autonomous Weapons*, IPRAW, 1, 2017.
- Gómez de Ágreda, Á. *Mundo Orwell. Manual de supervivencia para un mundo hiperconectado* (1st ed.). Barcelona, Ariel, 2019.
- Haas, M.C., & Fischer, S.C. *The evolution of targeted killing practices: Autonomous weapons, future conflict, and the international order. Contemporary Security Policy*, 2017.
- Kania, B.E.B. *Battlefield Singularity*, Center for a New American Security, noviembre, 2017.
- Lark, M., *The Future of Killing: Ethical and Legal Implications of Fully Autonomous Weapon Systems. Salus Journal*, 5(1), 2017.

ÁNGEL GÓMEZ DE ÁGREDA

Leveringhaus, A., *Ethics and autonomous weapons. Ethics and Autonomous Weapons*. 2016.

Lewis, L., *Lessons from the battlefield for LAWS. CAAI*, 91, 2017.

Liang, Q. & Xiangsui, W., *Unrestricted Warfare. Unrestricted Warfare*, febrero de 1999.

Massie, A., *Autonomy and the Future Force. Strategic Studies Quarterly*, Summer (2), 2016.

Prier, J., *Commanding the Trend :Social Media as Information Warfare*, 2017

Roff, H.M., *The Strategic Robot Problem: Lethal Autonomous Weapons in War. Journal of Military Ethics*, 13(3), 2014.

Romanovs, U., & Andzans, M., *Digital Infantry Battlefield Solution: Concept of Operation*. 2017.

Scharre, P., *A Million mistakes a second. Foreign Policy*, Fall, 2018.

## MANDO, LIDERAZGO Y ÉTICA MILITAR

Juan A. Moliner González  
*General de División del Ejército del Aire*

### INTRODUCCIÓN

La investigación y el análisis del liderazgo han generado una rica literatura sobre la definición del concepto, su naturaleza, características y elementos constitutivos, entre otros aspectos.

En un importante número de casos considerados se observan como objetivos de estudio, de forma bastante general y compartida, los que pivotan sobre la determinación de quién es un buen líder, cuál es el mejor estilo de liderazgo o cómo se deben desarrollar las características más auténticas para liderar de forma efectiva en una determinada organización.

Notemos que en esos análisis se trata de fijar lo que hace a un líder ser bueno, destacar mejor en su actuación o poseer competencias auténticas y verdaderas. Pero reparemos que “bueno”, “mejor”, “auténtico” y “verdadero” son conceptos que nos remiten a la ética, son los temas centrales de la ética.

Analizar el liderazgo, en consecuencia, exige como imprescindible la reflexión ética, que nos lleva a que el líder solo podrá denominarse con certeza como tal si es bueno, justo, responsable, auténtico, comprometido, es decir, ético. La ética trata de relaciones entre seres humanos y el liderazgo es una categoría particular de las relaciones humanas. Comprender la ética es profundizar en aspectos esenciales del liderazgo y de los líderes.

Consideramos que este punto de encuentro del liderazgo y la ética es esencial para cualquier reflexión sobre aquel y es una idea básica que pivotará en este trabajo, pues habitualmente

el liderazgo y la ética han sido analizados como ámbitos y conceptos diferentes.

Estamos convencidos de que en nuestros días se considera que su relación es más estrecha de lo que parece, habiéndose desarrollado conceptos como “liderazgo transformacional”, “liderazgo auténtico”, “liderazgo de servicio” o “liderazgo ético”, en los que las nociones de liderazgo y ética están estrechamente ligadas.

Otra idea que guiará este análisis y que ha quedado definitivamente instalada en los estudios del liderazgo es la esencial importancia de los seguidores. La influencia de líder y seguidores es recíproca, interactiva y decisiva. No se concibe un líder excelente que no logre trasladar su efectividad a las personas que deben lograr los objetivos comunes perseguidos. De igual forma, un excelente grupo humano guiado por un líder ineficiente pronto perderá esa cualidad de excelencia. La segunda consideración que tendremos en cuenta, por tanto, será la inevitable relación mutua entre líder y seguidores.

La tercera idea fundamental que queremos poner de manifiesto y sirva como orientación de este trabajo es la decisiva importancia entre la efectividad del líder y su compromiso ético. En esta interacción algunas corrientes de pensamiento ponen el acento en la necesidad de que, sobre todo, el líder sea efectivo, logre sus objetivos, sepa motivar a sus seguidores de forma que esto prime sobre los medios y la forma de conseguirlo, sean o no éticos.

Otro movimiento entre los analistas del liderazgo, en tensión con el anterior, exige al auténtico líder que toda su actuación responda a los más altos estándares éticos y morales. Para esta escuela, la concepción del líder exige que sus acciones estén dirigidas por un equilibrio coherente entre la ética de los fines y la de los medios.

Apoyamos esta última concepción, que creemos se ejemplifica perfectamente en la cuestión sobre Hitler y su condición



de líder. Como nos dice Joanne B. Ciulla: “La respuesta a la cuestión”. “¿Fue Hitler un buen líder?” es *sí*, si se define al líder como alguien que es efectivo consiguiendo unir a la gente para ejecutar alguna tarea. La respuesta es *no*, si el líder consigue su objetivo, pero este es inmoral o se logra utilizando medios inmorales”<sup>1</sup>.

Por desgracia, también se ha definido un liderazgo tóxico que también puede existir en la institución militar. Como han mostrado investigaciones sobre el asunto, produce un impacto negativo en la satisfacción individual con el trabajo, en el compromiso hacia la organización y en la falta de respeto y tratamientos inadecuados entre los miembros del grupo o unidad<sup>2</sup>.

Para avanzar en la caracterización del liderazgo ético, nos apoyamos en Ramón Estévez, quién indica que “el verdadero liderazgo es una ‘virtud moral’: un rasgo del carácter personal, que no es susceptible de ‘portabilidad’ o de aprendizaje a través de textos y otros medios de formación habitual”<sup>3</sup>.

Desde nuestro punto de vista compartimos la necesidad de que la virtud, el valor ético, impregne las características del líder, pero no asumimos el que no pueda ser objeto de aprendizaje. Al contrario, defendemos que el líder puede y debe formarse y perfeccionarse en su competencia ético-moral, pues las virtudes éticas ni son innatas ni inamovibles y se pueden desarrollar y cultivar, tanto individualmente como con el impulso de la organización para mantener su cultura ética.

También es importante la afirmación de Estévez de que: “Hoy, como siempre, podemos constatar que aquellos liderazgos que no se basan en la virtud pronto muestran un decaimiento

<sup>1</sup> Ciulla, J. B. *The Ethics of Leadership*. Belmont, CA: Wadsworth/Thomson, 2013.

<sup>2</sup> Gallus, J. *et al.*, *Intolerable cruelty: A multilevel examination of the impact of toxic leadership on US military units and Service members*, *Military Psychology*, November, 2013.

<sup>3</sup> Estévez, R., *Sobre las implicaciones morales del liderazgo estratégico*, en Guimera Ravina A. (coord.), *Liderazgo estratégico en España 1475-2018*, Madrid: IUGM, Madrid, 2019.

que los seres humanos reconocemos instintivamente”<sup>4</sup>. En la historia militar, de hecho, se pueden encontrar jefes militares de enorme efectividad, pero cuyo desempeño no podemos considerar ético en absoluto, y por ello se ha cuestionado si realmente tuvieron tal condición de líderes, acuñándose las expresiones de “líderes nocivos” y “líderes tóxicos”.

En consecuencia, se observa que de forma habitual y general la ética o los aspectos éticos son considerados no solo como uno de los componentes o cualidades que, de forma esencial, debe tener un auténtico líder, sino el primero que sustenta y valida a todos los demás.

Aplicando las consideraciones anteriores a la profesión militar, cuyo fundamento básico es constituir la institución que hace un uso legal y legítimo de la violencia que la sociedad pone en sus manos, la hipótesis que propugnamos es que los militares deben conseguir que, en su oficio, no solo los conceptos, sino el propio ejercicio del mando esté impregnado por una concepción en la que liderazgo y ética estén más entrelazados que en ninguna otra tarea profesional.

Algo tan serio como ejercer la violencia letal debe estar sustentado en profundas raíces y motivaciones éticas, en las que el militar encuentra el apoyo imprescindible para mandar y liderar hasta las últimas consecuencias, con el objetivo esencial de ejecutar la misión encomendada.

La relación entre las Fuerzas Armadas y la sociedad ha sido analizada desde la sociología, donde destaca el modelo de Moskos que propugna la existencia de organizaciones militares de tipo “institucional” frente a otras de tipo “ocupacional”. El que unas Fuerzas Armadas se encuadren en uno u otro modelo afecta a cambios en las actitudes y compromisos de sus miembros, algo que inevitablemente afecta a la eficacia de la organización y al liderazgo militar que en ella se ejerce<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 214.

<sup>5</sup> Moskos, C. y Wood, F., *Características esenciales de la opción “institucionalista”* 1988.

En esta visión institucional, los líderes militares están completamente dedicados a conseguir los objetivos de la organización, incluso si tienen que poner en riesgo sus carreras y “Esta devoción conlleva el énfasis en la nación sobre lo militar, las fuerzas armadas [como entidad única] sobre una rama de ellas, y la misión sobre la carrera”<sup>6</sup>.

El líder y sus subordinados deben percibir constantemente que su trabajo y esfuerzo individual contribuyen a mejorar significativamente la organización y el logro de sus fines.

Es esta la opción perseguida en España y recogida en diversas publicaciones doctrinales de las Fuerzas Armadas. El documento “Liderazgo 2035 en el Ejército de Tierra (ET)”<sup>7</sup>, establece que entre los pilares o principios base que sustentan el liderazgo, el líder militar, además de asentarse en unos valores institucionales, debe dominar diversas competencias profesionales, entre las que se recogen las ético-morales.

La Armada, en su Modelo de Liderazgo, establece como objetivo final:

“El contar en todos los niveles de su estructura, con auténticos profesionales con una gran formación técnica, entusiastas, comprometidos con la Institución y orgullosos de pertenecer a ella, con unos sólidos cimientos éticos y morales...”<sup>8</sup>.

El Ejército del Aire (EA), en su doctrina de Liderazgo y Valores, pone en valor la importancia del comportamiento ético para la Institución: “La formación moral y ética nos permitirá diferenciar lo que es correcto de lo que no lo es. Un comportamiento ético en el EA no es una opción, sino que constituye una obligación ineludible de primer orden para todos sus miembros. En base a esta formación es posible crear un clima

<sup>6</sup> Moskos, C. y Wood, F., *op. cit.*, p. 280.

<sup>7</sup> Mando de Adiestramiento y Doctrina del ET, “Liderazgo 2035 en el ET”. C. derivado-01/19”

<sup>8</sup> Armada española. “Modelo de liderazgo”. Introducción del AJEMA.

y una cultura moral en el lugar de trabajo sobre la que basar un modelo de liderazgo ético”<sup>9</sup>.

También en otros países esta concepción se pone de manifiesto. En Francia, en el documento “Ejercicio del mando en el Ejército”, de septiembre de 2003, se recoge: “Las bases del liderazgo están en los requisitos, y en el ejemplo mostrado por el líder, de competencias, firmeza en la decisión, humanidad, justicia y confianza”.

En las páginas que siguen pondremos de manifiesto la importancia de la ética militar y sus constituyentes de virtud, deber y utilidad. Después, profundizaremos en la imprescindible exigencia de liderazgo ético en todos los miembros de las Fuerzas Armadas, sus características y como el combate, actividad esencial que fundamenta la profesión militar, exige, desde siempre pero hoy más que nunca, la competencia ético-moral en todos sus componentes, desde el más alto escalón jerárquico hasta el último soldado.

A continuación, estableceremos los principios y métodos que deben seguirse para construir líderes militares éticos, tanto en relación con el propio jefe militar como respecto a sus subordinados. Finalizaremos con unas reflexiones sobre la influencia de la cultura y sus determinaciones, especialmente ahora que nos encontramos sumergidos en el proceso denominado globalización, y daremos nuestra interpretación sobre la situación en España de estos asuntos.

#### LA ÉTICA MILITAR EN RELACIÓN CON EL LIDERAZGO

Como parte de la ética y como disciplina que aplicamos al ejercicio de la profesión militar, la ética militar (que engloba a

<sup>9</sup> Ejército del Aire. IG 00-4. “Liderazgo y Valores en el Ejército del Aire. El valor de un equipo”, apartado 3.2.6.



la moral militar) tiene un importante papel en el análisis del líder en las Fuerzas Armadas.

Varios son los componentes que estructuran la ética militar. El primero es la ética de las virtudes. Con ella se adopta una perspectiva que se centra en el desarrollo de principios y virtudes que forman al profesional, que hacen de él una persona comprometida éticamente y que se centra más en el desarrollo del carácter que en las funciones y resultados a obtener. Persigue que el soldado interiorice principios y valores que le sirvan de fundamento e inspiración, que le predispongan en su conducta profesional a la hora de enfrentarse a las situaciones de la vida militar.

Gracias a ella, los líderes militares pueden dotarse del carácter que orienta su conducta, básico para el ejercicio de sus funciones y a la hora de decidir ante las delicadas situaciones en que sus tareas y cometidos les colocan, especialmente en cuanto afecta al uso de la fuerza y la violencia militar.

Una sólida formación en la ética de las virtudes es imprescindible para mantener la integridad moral, principio de raíz aristotélica y que en la guerra no es fácil de conseguir, dada la complejidad emocional y moral en la que el combate se desarrolla.

El desarrollo del carácter a través de la virtud lleva a la interiorización de valores y principios, del *ethos militar*, de las “cualidades de excelencia individual que guían a los soldados para cursar la acción correcta incluso cuando actúan por su propia iniciativa o no pueden pedir la guía de actuación correcta”<sup>10</sup>.

Lograrlo implica una sólida formación en la ética de las virtudes que no solo es la aplicación más frecuente, sino que “muchos militares hoy día contemplan la aproximación mediante la ética de la virtud como el mejor camino para apuntalar la educación ética del personal militar”<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Schulze, M. *Rethinking Military Virtues in an Age of Unmanned Weapons*, Journal of Military Ethics, 15:3, 2016.

<sup>11</sup> Olshtoorn, P. *Military Ethics and Leadership*, Brill Nijhoff, Leiden/Boston, 2018

La complejidad de las operaciones en este siglo XXI exige añadir a esa ética de las virtudes la visión de una “ética deontológica basada en el deber”. Esta concepción ética implica empeñarse no solo en la integridad y rectitud personal, como en la intención de seguir los dictados de normas morales que contrarresten nuestros impulsos naturales. Las reglas, los códigos, la disciplina tienen aquí su elemento central. Las normas deontológicas categóricas y universales, de raíz kantiana, llaman al comportamiento moral basado en lo que está bien y mal, lo correcto y lo incorrecto.

Dado el contexto enmarañado de las guerras presentes y futuras hay que evitar achacar a la conducta basada en reglas y normas falta de flexibilidad y que condujera al desarrollo de una ética de mínimos.

Como dice Olsthoorn:

“la ética de las virtudes nos urge a hacer lo que es bueno, mientras que la ética basada en el deber simplemente nos demanda re-frenarnos de hacer el mal”<sup>12</sup>.

Consideramos necesario para completar la conceptualización que se presenta de la ética militar en su relación con el liderazgo militar, una tercera corriente. Si las dos corrientes consideradas se centran más en el individuo y dan importancia a los factores propios de la persona, de tan extraordinaria relevancia en el combate, con el “utilitarismo”, también las *consecuencias* que limiten, pongan fin o contengan el uso de la fuerza en el conflicto, y no solo las *intenciones* de hacerlo, deben ser tenidas en cuenta a la hora de decidir la conducta apropiada en un escenario de guerra. Para los utilitaristas la situación en la que ejerce su función el militar es más importante que el carácter individual para juzgar si un determinado comportamiento en combate es o no ético.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 5.



La educación de los líderes militares, en relación con la ética militar, debería apoyarse, como ética aplicada que es, en una aproximación comprensiva en la que las tres corrientes consideradas formen parte de su cuerpo doctrinal y metodológico.

La ética militar es una ética profesional que trata de los cimientos morales de la profesión de las armas, los valores que constituyen su núcleo, los principios que guían a los que ejercen esa profesión y las responsabilidades esenciales que deben asumir en la defensa y protección de su país. Se refiere a lo que hacen los militares y cómo lo desarrollan, pero también a lo que se espera de su comportamiento, a sus relaciones profesionales e incluso a la percepción que tienen de ellos sus conciudadanos.

#### EL LIDERAZGO MILITAR SOLO PUEDE SER ÉTICO

Ya hemos apuntado que el liderazgo ha sido siempre, y sigue siendo, un concepto valioso muy reconocido y apreciado en el ámbito militar. Además, e independientemente de su existencia y desarrollo en todo tipo de escenarios: académicos, empresariales, deportivos y otros, los líderes militares han sido frecuente objeto de estudio, reconocimiento y modelo a seguir.

Las teorías de liderazgo han ido invadiendo progresivamente todas las esferas de la vida social y aunque tradicionalmente asentadas en las Fuerzas Armadas (FAS), esta Institución ha promovido su desarrollo, llegando algunos países a constituir escuelas militares especializadas en su educación y formación.

El liderazgo es frecuentemente argumentado en su necesidad para todas las actividades sociales y también constituye un motivo de investigación, desarrollo profesional y empresarial e incluso como instrumento de autoayuda que genera libros, artículos y multitud de actividades académicas y formativas. Su importancia se acrecienta en el ámbito militar, donde se promueve su desarrollo entre los militares que ejercen el mando,

habiéndose constatado que alcanzan mayor efectividad cuando despliegan su autoridad -mandan- al tiempo que ejercen un liderazgo real y efectivo.

De cara al futuro y ante la importancia creciente de lo novedoso, dado lo acelerado del cambio y la transformación en que se ha transformado la vida actual, para el líder militar adquiere importancia el “sesgo confirmatorio”, que se entiende como la actitud subjetiva de regirse en sus acciones por creencias y prejuicios fijados con anterioridad. Esto puede llevar a cerrarse a las nuevas evidencias y cambios de todo tipo que puedan contradecir aquellas creencias y así limitar la capacidad de decisión ante las nuevas circunstancias.

Ello es ajeno a este estudio, pero sí amerita constatar que medios, organizaciones, técnicas y tácticas en el combate ya son muy diferentes, empezando a observarse de forma clara, ya en nuestra época, como se va produciendo el cambio y la mutación en las características de la guerra que no en su naturaleza inmutable.

Como dice McMaster:

“Cada Comandante comprende, visualiza, describe, dirige, conduce y evalúa las operaciones basadas, en parte, en su comprensión de las continuidades en la naturaleza de la guerra y de los cambios en el carácter de la misma”<sup>13</sup>.

En esta línea, la Organización del Tratado del Atlántico Norte recoge, en uno de sus documentos doctrinales, la necesidad de liderazgo al tratar ese cambio en las características de la guerra y específicamente la importancia que en las futuras operaciones tendrá el ambiente urbano<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> McMaster, H.R., *La continuidad y el cambio. Military Review*, julio-agosto, 2015.

<sup>14</sup> NATO Report, Annex D., *Framework for future Alliance operations*, 2018.

Desde la perspectiva ética y moral adoptada, adquiere una gran relevancia la formación ética del líder militar, que debe hacer hincapié en la apertura mental y amplitud de miras respecto a lo nuevo, a lo interdisciplinar y a lo diferente, a los posibles cambios tanto en principios y valores de la sociedad a la que sirve y en la que hay que integrar conductas y motivaciones, como en las modificaciones que el conflicto y la guerra experimentan en nuestros días, augurando una situación de permanente transformación.

Para dejar constancia y completar el abanico de ideas sobre el liderazgo y su dimensión y eventual importancia, debemos recoger que han surgido algunas voces que plantean que se ha “sobredimensionado la importancia del rol de los líderes y el liderazgo”<sup>15</sup>. No será desde estas páginas desde donde se discuta el valor intrínseco del liderazgo para el ejercicio de la profesión militar. Al contrario, lo defendemos fervientemente.

Entrando en la contextualización de lo que entendemos por liderazgo ético, es interesante partir de las consideraciones de Brown, Treviño y Hammond. Estos autores consideran que “es el ejercicio que efectúan aquellos líderes que muestran una conducta normativamente apropiada (honestidad, justicia) en sus acciones personales y en las relaciones interpersonales y que además fomentan la relación de tales conductas en sus seguidores a través de mecanismos como la interacción, el refuerzo y la toma de decisiones”<sup>16</sup>.

Otra definición de liderazgo ético es:

“Un modelo de liderazgo que defiende que los líderes necesitan focalizarse no solo en asegurar la efectividad de los grupos, sino

<sup>15</sup> Olsthoorn, P., *op. cit.*, p.8. Se refiere a Barbara Kellermanen *The End of Leadership*, 2012

<sup>16</sup> Brown, M.E., Treviño, L.K. & Harrison, D.A., *Ethical leadership. Organization behavior and human decision processes*, 97(2), 2005.



JUAN A. MOLINER GONZÁLEZ

también en orientarlos hacia otros objetivos que son moral y socialmente responsables”<sup>17</sup>.

Parece muy relevante esa dimensión de “moral internalizada”, referida por Morales y Moriano, que “permite a los líderes auténticos seguir criterios morales y éticos frente a las presiones grupales, sociales y organizacionales, resultando en acciones dirigidas en todo momento a servir a los intereses colectivos, a veces en conflicto directo con los propios intereses personales”<sup>18</sup>.

El análisis y desarrollo del liderazgo militar no puede dejar de lado y debe dar toda la importancia precisa, como habíamos recogido en la introducción, al hecho de la creciente influencia de los seguidores al lado de la que ejerce el líder. Nos dice Martínez Paricio:

“Han sido líderes porque se han apoyado en la experiencia y profesionalidad concreta de sus colaboradores. Pueden ver más lejos porque, en este caso, ellos son los que se han subido a los hombros de sus seguidores. La experiencia histórica y biográfica demuestra que dejan de ser líderes cuando se olvidan de sus seguidores. En ese momento aparecen las patologías del líder que ya no lo es, o lo es nada más que de forma simbólica y para sus más próximos allegados”<sup>19</sup>.

El líder militar ético debe ser consciente de que también el ejercerá de seguidor en algún momento, como recoge la doctrina de ‘Liderazgo y Valores’ del Ejército del Aire español, con un modelo de liderazgo 360°, en el que “Sus miembros,

<sup>17</sup> Haslam, S.A., Reicher, S.D. y Platow, M.J. *The new psychology of leadership. Identity, influence and Power*; Psychology Press, Hove/New York, 2011.

<sup>18</sup> Molero, F. y Moriano, J.A., *La perspectiva sicosocial del liderazgo en las Fuerzas Armadas*, en elaboración.

<sup>19</sup> Martínez Paricio, J., *Aproximación al planteamiento teórico del liderazgo estratégico*, en Guimera Ravina, A. (coord.), *El liderazgo estratégico: una aproximación interdisciplinar*, IEEE, Madrid, 2018



guiados por el cumplimiento de la misión más eficiente y eficaz, se relacionan con los demás asumiendo diferentes funciones y roles: jefes, subordinados directos e indirectos, compañeros y colaboradores”<sup>20</sup>.

En la profesión militar conseguir un liderazgo eficaz está muy influido por las características, expectativas y comportamientos de superiores, subordinados y compañeros. Liderazgo que ha de ser próximo, cercano, pues para el subordinado el jefe es el que con su conducta representa en su integridad a la Institución. De aquí su importancia y la razón de que la organización militar valore y promueva adecuadamente a sus líderes mediante procesos de evaluación eficaces. “La evaluación cercana, y quizá, en última instancia, las evaluaciones de sus subordinados, deben tener un peso importante en el proceso de promoción” según Moskos y Wood.

Una vez más, parece oportuno remitirnos a la doctrina de Liderazgo y Valores del Ejército del Aire de España que recoge la necesidad de una adecuada evaluación del nivel de liderazgo de sus miembros y la importancia de la gestión del talento para el liderazgo<sup>21</sup>.

Si el líder militar se apoya en sus seguidores, también las características éticas de estos se trasladan de forma positiva o negativa al que tiene la responsabilidad de mando, que deberá mantener, reorientar o eliminar aquellas desde su capacitación y disposición moral.

En una institución esencialmente jerarquizada como las Fuerzas Armadas, la posibilidad de que el superior ejerza un liderazgo abusivo es real. El militar está obligado a tomar decisiones de mando que afectan al comportamiento de sus subordinados. De igual forma, la no decisión también puede producir conductas inapropiadas de gran trascendencia. Solo

<sup>20</sup> Ejército del Aire, *Liderazgo y Valores, op. cit.*, Cap. 4.

<sup>21</sup> Ejército del Aire, *Liderazgo y Valores, op. cit.*, Cap. 6, apartado 6.2.2.: Ejes de esfuerzo estratégicos.



JUAN A. MOLINER GONZÁLEZ

un liderazgo militar ético promoverá la identificación del grupo en la consecución del objetivo: el cumplimiento de la misión, a través de actuaciones que deben ser legales y éticas, es decir, justas y legítimas.

#### LIDERAZGO ÉTICO EN EL COMBATE

Para un militar siempre es necesario el ejercicio del liderazgo que, en línea con la posición que mantenemos, debe ser ético y efectivo. Pero en ninguna otra actividad como la del combate, esencia de la profesión militar, la actuación como líder es tan imprescindible. Es en ese momento cuando más preciso es mantener la calma, no perder el contacto con la realidad y tener todo bajo control, siendo el referente moral que como líder contribuye a activar y afrontar, con valor y decisión, el riesgo del combate.

En las operaciones militares se pone también de manifiesto y adquiere toda su relevancia la relación entre líder y seguidores, de forma que el superior que dirige el combate, en el que se utiliza la fuerza militar, tiene una responsabilidad ética hacia sus subordinados y el mismo asume la carga por el comportamiento de los mismos.

Su dominio y completa interiorización de los principios éticos militares adquiere en la confrontación que es la guerra, donde se toman otras vidas humanas y se pone en riesgo la propia, todo su significado y es muestra de la obligación de una formación amplia y exigente.

La tarea no es fácil. El principio de disminución, de reducción del riesgo innecesario para sus subordinados y el de proporcionalidad en el uso de la fuerza pueden entrar en conflicto. A veces se presenta la disyuntiva entre la exigencia militar de cumplir la misión (eficiencia) y las condiciones legales y legítimas de respeto por la vida humana (deber moral). La aparición de





“dilemas éticos” y “test de integridad”<sup>22</sup>, de habitual compleja resolución, nos llevan de nuevo a la capacitación del profesional en ética militar, al lado y tan importante como la capacitación táctica, técnica, logística y estratégica.

Es importante recordar que en el centro gravitatorio de la actividad del militar el combate seguirá estando presente, dada su condición de elemento esencial en la naturaleza de la guerra, ese fenómeno social y humano subordinado a la política. Para responder adecuadamente a las exigencias de esa función de combate que produce destrucción y muerte, el líder militar habrá de adquirir competencias en todo el conjunto de contenidos que abarca la ética militar, además de las relacionadas con las normas del Derecho Internacional Humanitario (*ius in bello*), así como en las condiciones legítimas de la Guerra Justa (*ius ad bellum*). Junto a su formación táctica y técnica, esas capacidades éticas y jurídicas deberán formar parte de su formación y capacitación permanente, pues solo así se conseguirá un liderazgo efectivo en el desarrollo de los cometidos que se centre en el cumplimiento de la misión asignada al militar.

Pero si la naturaleza de la guerra se mantendrá constante, sus características cambiarán de forma notable y, entre otros aspectos, nuevas tecnologías disruptivas como la inteligencia artificial y la robótica pueden cambiar el concepto de liderazgo. Así: “En procesos rutinarios, las decisiones las tomarán ordinariamente los robots (“mi jefe será un algoritmo”), si bien los procesos de toma de decisión críticos seguirán en manos humanas”<sup>23</sup>.

Por esto el liderazgo militar es y será indispensable, particularmente en esas situaciones y ambientes tan peligrosos como proporciona el combate. Aunque no ha sido muy frecuente la investigación psicosocial sobre el liderazgo en ambientes peligrosos, sí se han apuntado varias características que tienen

<sup>22</sup> Coleman S, “*Ethical dilemmas and tests of integrity*” en Baker, (ed.), University of South Wales, *Key concepts in Military Ethics*, Sidney, 2015.

<sup>23</sup> Ministerio de Defensa. “*Panorama de tendencias geopolíticas. Horizonte 2040*”, Madrid, 2019.



JUAN A. MOLINER GONZÁLEZ

una gran influencia sobre el líder militar y que, además, nos remiten a sus cualidades éticas y morales, a la imperiosa necesidad de ejercer un liderazgo ético en la extrema situación del combate militar<sup>24</sup>.

Entre esas características encontramos la confianza que se deposita en el líder, que los subordinados demandan ante el riesgo, y que se apoya en la capacidad de manejar el estrés, cuidar de las necesidades del grupo y aceptar las contribuciones de los seguidores antes de tomar decisiones. Otros análisis también han mostrado como las relaciones cercanas entre los miembros del grupo y con el líder son esenciales a la hora de afrontar el riesgo extremo del combate.

Destaca, finalmente, como característica del líder en el combate su integridad moral para promover la confianza de sus subordinados y para facilitar que actúen de forma ética incluso en combates que son potencialmente letales. “Es la integridad moral del propio líder la que básicamente determina las elecciones hechas en un ambiente hostil y amenazante”<sup>25</sup>.

Creemos que una de las áreas en la que los líderes y las decisiones que adopten en el combate pueden ser más críticas y con trascendencia e influencia no solo táctica, sino estratégica, será el ámbito de la ética militar en el combate.

#### LA AUSENCIA DE LA ÉTICA EN EL LIDERAZGO MILITAR

Principal responsabilidad del jefe militar es evitar el riesgo al que sus subordinados se van a someter al entrar en combate haciendo uso de la fuerza para cumplir la misión y que consideramos es el cometido que, por sí solo, ejemplifica y define la profesión militar.

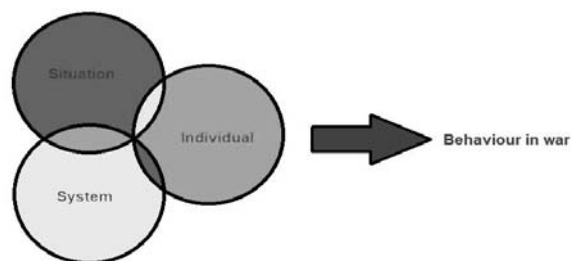
<sup>24</sup> Campbell, D.J., Hannah, S.T. y Mathews, D., *Leadership in Military and other Dangerous contexts*, *Military Psychology*, 22: sup 1, 2010.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 10.

La protección de sus hombres no solo es un compromiso del jefe militar que afecta a las posibles bajas en vidas humanas o heridas físicas, sino también al riesgo ético de la pérdida del principio de humanidad e integridad moral que, incluso en las terribles condiciones de violencia en la guerra, deben mantener los combatientes.

Las atrocidades cometidas en guerras y conflictos, de cuya realidad tenemos por desgracia suficientes ejemplos, están prohibidas por el Derecho Internacional y las reglas éticas de la guerra. El mando militar debe adquirir las capacidades necesarias para evitar que el mismo o sus subordinados sucumban al imperdonable error de cometer crueldades, para lo que es necesario comprender los factores que explican esas graves conductas que no solo significan un desastre ético en relación con la legitimidad del uso de la fuerza militar, sino un fracaso estratégico de consecuencias muy negativas en relación con el objetivo final perseguido.

El sencillo modelo de McDermott y Hart<sup>26</sup> explica como la conducta individual en combate está influida y afectada por dos factores previos que son la situación y el sistema.



La situación de guerra puede inducir en el combatiente conductas y actitudes negativas desde la perspectiva ética, como deshumanización, primero del enemigo y luego propia,

<sup>26</sup> McDermott, T. y Hart, S *Armouring against Atrocity: Developing Ethical Strength in Small military Units*, en Olshtoorn, P. (ed.), *op. cit.*, 2017.

oportunidad de realizar conductas sin que tengan consecuencias ni haya que afrontar responsabilidades, insensibilidad ante el uso de la violencia letal, y elevada excitación emocional en donde miedo, rabia y odio se enardecen hasta extremos incontrolables<sup>27</sup>. Ello puede llevar a comportamientos impensables en cualquier otra circunstancia que no sea la del combate y la guerra.

El sistema se refiere al contexto grupal en el que se desenvuelve el combatiente. Va del grupo primario de camaradas, asciende por las unidades orgánicas y puede llegar incluso al grupo nacional. La psicología ha reafirmado que influye decisivamente en la conducta individual y “a los individuos se les requiere hacer algo que subordina su moral a la del grupo, que el individuo sea menos importante que el grupo”<sup>28</sup>.

El grupo intensifica las emociones, reduce la responsabilidad individual y puede llegar a facilitar comportamientos inapropiados, pudiéndose llegar a la comisión de atrocidades.

Al final, en todo caso, los individuos, las personas singulares, son las que cometen las atrocidades en la guerra<sup>29</sup>, aunque la historia nos ofrece lamentablemente casos en los que grupos organizados e incluso Estados las han llevado a cabo (Jemeres Rojos en Camboya, Ruanda, etc.). Las presiones de la situación y del sistema llevan a cometer la atrocidad en la guerra cuando el individuo pierde, confunde o se desentiende de su moral individual. En la conducta final son los individuos concretos los agentes responsables de sus acciones ante sí mismos y los demás, pero en las unidades militares sus jefes también tienen que asumir su cuota de responsabilidad, mucho más si quieren ejercer un auténtico liderazgo.

Dado que el responsable del grupo, el jefe militar, el líder, también es un ser humano afectado por la situación y el sistema, para llegar a controlar e influir en la conducta de sus

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 21-22.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>29</sup> McDermott y Hart, *óp. cit.*, p. 28 Diferencia entre *perpetrator*, *bystander*, *facilitator* and *enabler*.



seguidores y subordinados, su primera responsabilidad será capacitarse para dominarse y controlarse a sí mismo ante el riesgo de la comisión de atrocidades en las extremas situaciones del combate, además de adquirir competencias metodológicas y técnicas que se exponen en los siguientes apartados.

#### CARACTERÍSTICAS DEL LÍDER MILITAR PARA PROMOVER UNA CONDUCTA ÉTICA EN SU GRUPO

El líder militar debe adquirir varias competencias que le permitan ejercer un auténtico “liderazgo ético” que contribuya a evitar que el combatiente, perdida su capacidad de acción moral en el empleo de la fuerza, se deslice por la pendiente que al final tiene como conducta la comisión de una atrocidad.

Ello implica asumir un estilo de mando y liderazgo militar que engloba valores morales y que se relaciona con “confianza, determinación, compromiso con la organización, mando descentralizado (lo que muchos lectores militares reconocerán como ‘mando orientado a la misión’), satisfacción en el trabajo y dedicación”<sup>30</sup>.

Las características de ese liderazgo son las siguientes:

1) Diseñar el conjunto de valores y estándares de conducta para sí mismo y el grupo, y que tiene como principio esencial el “valor de la vida humana”. Una vez interiorizados le dará la capacidad de actuar en todo momento como una “brújula del comportamiento moral” para sus seguidores/subordinados y asumir, con plena conciencia, que la “cohesión del grupo... basado en unos sólidos cimientos éticos, es el mejor armazón contra la quiebra ética”<sup>31</sup>. Pero no solo se trata de aceptar los

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 43.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 33.

valores recogidos en un código moral, sino plantearlos de forma práctica en grupo, discutirlos, y trasladarlos a las situaciones del combate.

2) Adquirir una competencia elevada en el conocimiento de sus subordinados, de sus seguidores, dado el importante papel de estos en el liderazgo militar. La preocupación por el subordinado es habitual en los mandos militares, pero si aceptamos las gravísimas consecuencias a todos los niveles (institucional, nacional e internacional) que implica la comisión de una atrocidad en una misión militar, en esta época de la información transmitida en tiempo real y de difusión general, la necesidad de conocer a sus subordinados del líder militar alcanza toda su trascendencia.

El líder militar debe estar formado para establecer la brújula moral en el grupo que prevenga esas conductas (y no solo que se cometan, sino que se permitan o se permanezca indiferente ante las mismas), debe capacitarle para tener una precisa información individual de cada uno de sus hombres. Conocimiento que debe abarcar la vulnerabilidad como persona de sus subordinados, sus predisposiciones conductuales, los comportamientos previos que ha mostrado ante situaciones de estrés, su capacidad de resiliencia. Esto comienza a conocerse, habitualmente, desde la incorporación del aspirante a filas, pero debe continuar con un esfuerzo permanente de las unidades psicológicas de la organización.

3) A continuación, el jefe-líder tiene que ampliar esa competencia del conocimiento del individuo al del grupo, que ejerce mucha mayor influencia en la conducta y las actitudes que cualquier individuo aislado, dadas las interacciones de influencia que en el grupo se generan. En este liderazgo del jefe de unidad, de cualquier unidad desde el pelotón al regimiento, pasando por todas las unidades orgánicas intermedias, es

preciso, por tanto, adquirir la capacidad de evaluar la capacidad del grupo, y no solo del individuo, para actuar éticamente en el estrés del combate.

El desarrollo de esas competencias es difícil, pero su adquisición proporciona al líder la capacidad de dirigir moralmente a sus seguidores, apoyado en esa ética que fundamenta la separación del comportamiento correcto del incorrecto en combate, y facilita que el seguir esa conducta por sí misma “proporciona un sistema de recompensas para aquellos que siguen el código de conducta”<sup>32</sup> y refuerza en la unidad la cohesión y la armonía y coherencia de los comportamientos.

4) Finalmente, y esto lo practican hasta la extenuación los militares, hay que instruirse y adiestrarse pues toda actividad se lleva a cabo como se entrena. Por esto el líder debe llevar a cabo una instrucción, adiestramiento y entrenamiento de sus subordinados para que esa ética les dote de una armadura moral que prevenga las conductas éticas fallidas, esas que conducen al desastre moral y estratégico que supone la comisión de una atrocidad en combate.

La enseñanza de la ética militar, que hemos visto va más allá del conocimiento y vivencia de unos valores y principios morales, se suele restringir a los oficiales de una cierta graduación y en ocasiones, incluso para estos, se lleve a cabo de forma tangencial y secundaria. Las Leyes de los Conflictos Armados y el conocimiento y comprensión de las Reglas de Enfrentamiento (*Rules of engagement*, ROE), se incluyen en los programas de instrucción a todos los niveles y, ciertamente, como parte del entrenamiento previo al despliegue en cualquier tipo de operaciones.

El líder militar tiene la responsabilidad de lograr que los componentes de su unidad, de cualquier unidad en cada escalón táctico, lleguen a “Una comprensión de los principios

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 42.

éticos básicos, de cómo la moralidad del individuo y el grupo se desarrolla, y de la peligrosa influencia que significa la situación de guerra”<sup>33</sup>. Instrumento clásico para apoyar al mando en esa tarea es la técnica de “Entrenamiento por inoculación de estrés” (*Stress Inoculation Training*, SIT). Surge como terapia de origen cognitivo-conductual y en su aplicación al ámbito militar pretende reducir y eliminar el shock que produce el combate, exponiendo a los soldados en un ambiente controlado a situaciones estresantes lo más similares posible a las que va a afrontar: condiciones de urgencia y complejidad en la toma de decisiones, ruido ambiental en sensaciones e impresiones, gran excitación emocional, etc., todo ello propio del combate armado. Buen ejemplo de utilización militar de dicha técnica son los ejercicios de supervivencia, evasión, resistencia y escape de fuerzas especiales y pilotos.

Interesa promover un entrenamiento y adiestramiento ante el “estrés ético de la guerra”, simulando condiciones de combate en las que haya que afrontar las dificultades que presenta el combatiente y ante las que hay que tener claro lo que es y no es permisible, la conducta más correcta a seguir, la respuesta adecuada ante el dilema ético que frecuentemente presenta el combate, situaciones todas ellas en las que hay que tener claro que los estresores proceden de fuentes internas y externas.

El líder militar, a todos los niveles, debe ser humilde y no solo adiestrar a sus hombres, sino que el mismo, como ser humano que está sujeto a las condiciones del combate, debe instruirse en cómo afrontarlas con una adecuada capacitación teórica y práctica en ética militar y psicología social. Como docentes de la unidad de la que son responsables, los líderes militares serán los únicos capaces de enseñar la conducta ética y dar una dimensión ética a la educación de sus subordinados. El recurso a las nuevas tecnologías no será suficiente, pues “Los robots no podrán, por lo menos en un futuro predecible, igualar a los

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 49.





maestros humanos en la formación de personas con principios morales y el sentido de propósito para mejorar el mundo”<sup>34</sup>.

La educación formativa es la que desarrolla el pensamiento crítico y forma esquemas de conducta ética. Esa es la que debe ser esencial para el líder militar en la formación de subordinados, aunque también debe continuar proporcionando aprendizaje informativo, transmitiendo contenidos y capacitado en destrezas concretas.

#### MÉTODOS Y TÉCNICAS DEL LÍDER MILITAR EN LA FORMACIÓN ÉTICA DE SUS SUBORDINADOS

El objetivo es considerar los métodos y técnicas del líder militar implicado en la formación ética propia y de sus subordinados, que también lideran, debe conocer para conseguir resultados efectivos, especialmente en relación con las conductas morales que se espera de todos ellos.

La capacitación ética de los militares y, en particular, de los líderes militares resulta esencial. Al respecto, en una conferencia de Michael Ignatieff a los cadetes de la Academia Naval de EEUU en 2001, les dijo: “Vuestra vida es una continua decisión sobre retos éticos”<sup>35</sup>.

El ámbito moral de la personalidad humana ha sido objeto de estudio y análisis por investigadores y científicos durante mucho tiempo. Dentro del mismo, las explicaciones sobre el comportamiento moral del ser humano han recibido bastante atención, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial y las

<sup>34</sup> Oppenheimer, A., *¡Sálvese quien pueda! El futuro del trabajo en la era de la automatización*, Debate, México, 2018.

<sup>35</sup> ABCA Coalition Operations in Afghanistan, Iraq and beyond: *Two Decades of Military Ethics Challenges and Leadership Responses*, en Olshtoorn, P., *op. cit.*. Whetham, D. 2017.

conductas profundamente crueles e inhumanas que se desarrollaron en ese conflicto.

De especial interés es el concepto de “juicio moral”, ese proceso “que da soporte a los individuos para reconocer, evaluar y eventualmente actuar en relación con una situación que supone un desafío moral”<sup>36</sup>.

No vamos, sin embargo, a entrar en un análisis psicológico acerca del desarrollo moral cognitivo, inicialmente dominado por el paradigma Piaget-Kolberg y que ha tenido desarrollos más recientes como la “aproximación afectiva” de Gilligan, el “modelo de cuatro componentes” de Rest o el “modelo interactivo persona-situación” de Treviño.

Lo primero a apuntar es que el líder debe estar formado y ser plenamente consciente de la influencia del ejemplo moral que da a sus seguidores. Como dicen Moskos y Wood:

“El liderazgo debe afirmar las normas altruistas al nivel micro o de pequeña unidad. La socialización por el ejemplo es mucho más poderosa que la socialización por la palabra”<sup>37</sup>.

Otro aspecto que el líder debe tener claro es su esencial contribución a la creación de una identidad social de grupo para que objetos y motivación estén alineados éticamente. O, dicho de otro modo, el papel del líder en la creación de una identidad de grupo, que en lo militar va desde el pelotón como grupo primario hasta el de la nación, pasando por su regimiento o el ejército de pertenencia, es esencial. Identidad reconocida en unos estándares morales de comportamiento que impulsan al combatiente, identificado con su grupo, a seguirlos por encima de impulsos individuales.

Varios son los métodos y técnicas utilizados para proporcionar

<sup>36</sup> Graaf, M., Vries, P., Bijleveld, W. y Giebels, E. *Ethical Leadership in the military: the gap between Theory and Practice in Ethics Education*, en *Olshtoorn*, *op.cit.*, 2017

<sup>37</sup> Moskos y Wood, *op. cit.*, p. 287.

una preparación y entrenamiento de los líderes militares, para conseguir un comportamiento moral de sus subordinados coherente y articulado en las misiones y operaciones que llevan a cabo<sup>38</sup>.

Así, para la construcción del carácter moral de los militares se debe profundizar en los siguientes elementos:

1) Reforzamiento de la ética de las virtudes.

Se trata de inculcar esas virtudes militares que constituyen el *ethos militar* y son la base de una estructura moral de la personalidad. La objeción que se puede presentar, en ocasiones, es que además de contribuir a generar un “espíritu de cuerpo”, pueden generar una lealtad apoyada y centrada exclusivamente en las convicciones morales del propio grupo, creando así una especie de venda moral que devalúa la lealtad hacia otros grupos, incluso de sus propias Fuerzas Armadas y, por supuesto, hacia los enemigos, a los que se deshumaniza hasta el extremo de generar comportamientos que influyen en atrocidades y agresiones de naturaleza inmoral.

2) Entrenamiento en dilemas morales.

Las decisiones éticas a adoptar en cualquier esfera de la conducta humana y en el combate, aspecto esencial a la guerra, son aquellas que se adoptan apoyadas en lo que es correcto e incorrecto, apropiadas o no, justas o injustas. En ocasiones, la dificultad está en determinar, dadas las diferentes circunstancias y consideraciones a tener en cuenta, si la decisión es buena o mala, o también, cuando todas las decisiones posibles a tomar no se consideran adecuadas, elegir la menos mala, la que se convierte en un mal menor. A esto se le suele llamar “dilema moral”. Otras veces, se llega a establecer una decisión pero,

<sup>38</sup> Graaf *et al.*, *op. cit.*, pp. 56-85.

dadas las circunstancias, resulta muy difícil asumirla y/o implementarla. Esto es lo que se denomina “test de integridad”.

Coleman nos dice: “Los test de integridad y los dilemas éticos pueden ser igualmente difíciles de resolver, pero la dificultad en cada una de estas situaciones reside en diferentes áreas. En el caso de un dilema ético, la dificultad está en decidir lo que es correcto. En el caso del test de integridad, la dificultad no está en decidir lo que es correcto hacer, sino en hacerlo realmente”<sup>39</sup>.

El entrenamiento en dilemas éticos, por más que se considere totalmente necesario, presenta problemas. Destacan la dificultad de reconocer los aspectos éticos o dimensiones morales que conllevan, la forma de presentación que si es ambigua o demasiado teórica no se entiende por el participante al considerarla muy alejada de su propia experiencia, la simplificación de la realidad, o el problema de compartir experiencias que se perciben como demasiado personales. Una solución a las diferentes interpretaciones es condición de un adecuado entrenamiento en dilemas morales y test de integridad.

### 3) Mejora de la competencia moral/profesionalismo moral.

En el documento del ET sobre el liderazgo 2035 se recoge como una de las competencias que un jefe debe poseer, para ejercer un liderazgo efectivo, es la ético-moral. Esa capacidad debe estar sustentada en la práctica de los valores morales y la autodisciplina, entusiasmo, afán de superación, etc.<sup>40</sup>.

El concepto de competencia moral se entiende como la habilidad de llevar a cabo tareas considerando los factores éticos relevantes y exige: capacidad de ser consciente de los aspectos morales de la situación; conocimiento de los propios estándares y valores morales; disposición para evaluar diferentes alternativas

<sup>39</sup> Coleman, S, *Ethical Dilemmas and Tests of Integrity*, en Baker, D.-P., (ed.), *Key Concepts in Military Ethics*, UNSW Press Book, Sidney, 2015.

<sup>40</sup> Ejército de Tierra, *Liderazgo 2035, op. cit.*, Anexo A.



y sus consecuencias; aptitud para formar un juicio consistente con los estándares anteriores y actuar en consecuencia; y habilidad para comunicar y explicar la decisión a otros y para asumir la responsabilidad por las propias decisiones y acciones.

El profesionalismo moral se refiere a la reflexión del profesional sobre la competencia moral y la capacidad de formular objetivos de aprendizaje en sus subordinados.

#### 4) Evitación de la Desafección moral.

Sería un mecanismo psicológico cognitivo por el que un individuo se autoconvence de que una conducta no ética puede estar justificada, reelaborando sus propias creencias, ideas y actitudes para lograr una coherencia interior que le permita exculpar sus propias acciones. Los ejemplos de atrocidades cometidas por militares en la que estos daban esta justificación son numerosos.

#### 5) Elaboración de códigos de conducta.

Ante situaciones producidas en el combate o con ocasión de él, cuyo desenlace no ha sido el adecuado, se elaboran códigos de conducta que sirvan de pauta para futuros comportamientos adecuados. Se trata con ellos de que los individuos y los grupos tengan mayor claridad y sean plenamente conscientes de los comportamientos que, de seguirse, van contra los principios éticos generales y son totalmente inapropiados.

En todas las fuerzas armadas el “espíritu de equipo” y la “identificación entre sus miembros”, en una ampliación progresiva hacia unidades superiores llegando al propio ejército, es esencial para las operaciones, pero también en el comportamiento moral. Entre las técnicas para reforzarlo son muy útiles determinadas dinámicas de grupo, de las que se destacan:

1) Discusión en grupo, en el entrenamiento previo al despliegue, de la importancia de reconocer y valorar las diferencias

culturales de la población dónde se llevará a cabo el despliegue (cultural awareness).

2) Refuerzo de la importancia de que la conducta moral en combate, aunque individual, tiene un efecto en el grupo y todos los miembros de este deben observar los comportamientos basados en las normas morales aceptadas.

Conviene remarcar la importancia de mal funcionamiento del valor de la lealtad. Siendo un valor militar esencial que presiona hacia el interior del grupo, también puede, en algunas ocasiones, llevar a conductas éticamente incorrectas que son aceptadas en el grupo asumiendo como principio máximo esa lealtad mal interpretada. Es necesario desarrollar la capacidad de evaluación crítica de todos los comportamientos desplegados y observados.

Además del “Trastorno de estrés postraumático (TEPT)”, surge cada vez con más frecuencia lo que en termino anglosajones se denomina *moral injury*, es decir, “lesión o daño moral” consecuencia de las dudas éticas originadas por sus acciones en combate. Si el TEPT se caracteriza por el miedo, el daño moral lo es por la culpa y produce vergüenza, ira y pérdida de creencias religiosas, entre otras consecuencias<sup>41</sup>.

Para prevenirlo y evitarlo, la principal defensa la tiene que establecer el jefe de la unidad, líder inmediato de la unidad en la que se integra el combatiente. Antes del despliegue, durante y después del mismo, el líder debe establecer una comunicación personal con sus soldados, de forma individual y grupal, que facilite la expresión de los razonamientos y sentimientos morales ante la decisión de matar, el dar sentido honorable a las experiencias traumáticas desde un punto de vista ético,

<sup>41</sup> Kilner, P., *How leaders can combat Moral injury in their Troops*, *Army Magazine*, May, 2017.



compartiendo con sus compañeros y superiores, para llegar al convencimiento de sus conductas en combate.

Por supuesto, esto no va en contra de las consideraciones efectuadas cuando se llevan a cabo acciones injustas e ilegales, que merecen el castigo correspondiente y se han puesto de manifiesto en el apartado sobre las atrocidades en la guerra.

Como conclusión de este apartado es preciso remarcar la necesidad de que el juicio moral sensato y bien estructurado sea una capacidad que desarrollar por el líder militar ético. Ello exigirá no solo un conocimiento apoyado en teoría y discusiones, sino un ejercicio práctico que permita al líder poner en marcha, mediante la introducción en la instrucción y en los propios ejercicios operativos, la competencia moral que exige el liderazgo ético al mando militar.

#### LIDERAZGO ÉTICO Y DIVERSIDAD CULTURAL



El liderazgo es, en gran medida, un constructo social delineado por lo que en una época u cultura determinada se entiende debe ser un líder. En un estudio llevado a cabo en 1990 y en el que se analizaron 221 definiciones de liderazgo, desde 1920 hasta 1990, se encontró una notable diferencia en el tipo de motivación utilizada por los líderes para influir en sus seguidores. En los años veinte, tenían que “impresionar” a sus seguidores; en los cuarenta “persuadirles”; en los sesenta “influenciarles”; y en los noventa, líderes y seguidores “se influyen mutuamente” (Ciulla J., *op. cit.*, p. xxxiii)

El liderazgo cambia con el tiempo y varía de unas culturas a otras, pero en este trabajo se fija como centro de gravedad, en el liderazgo militar ético, la función esencial del militar que es prepararse y participar, si llega el caso, en conflictos y guerras.

Dentro de esa actividad, desde finales del siglo xx y en los comienzos del XXI, han adquirido una importancia muy



notable las operaciones llevadas a cabo por coaliciones de países. Contingentes militares, a veces muy diversos en usos sociales y culturales, que se encuadran en una fuerza conjunta-combinada en la que se observa la necesidad de desarrollar, ante los retos éticos que se presentan, doctrinas y códigos comunes para todos los participantes.

Esos procedimientos no pueden obviar las diferencias culturales presentes en los países donde se despliegan fuerzas militares y que pueden llevar a un relativismo ético sobre lo que cada cultura considera correcto e incorrecto, e incluso al cuestionamiento del alcance universal de los derechos humanos básicos.

Algunos de los principales estresores en el combate surgen del hecho de la utilización por parte del enemigo, entre sus acciones y tácticas, del uso de la tortura, de la utilización de civiles como escudos y como actores armados, y el empleo de métodos que producen la sensación de que hay una competencia entre sistemas morales. A pesar de ello no se puede caer en la deshumanización de ese enemigo, muchas veces favorecida por la distancia cultural, étnica o de sistemas de valores, ya que la idea del valor de la vida humana, de toda vida humana, debe regir la conducta del combatiente, precisamente para no perder la propia humanidad, para no caer en la propia deshumanización.

Por esto dice Milehan:

“La aceptación de una diversidad cultural, mientras se reconozca algún tipo de filosofía global y estándar de lo que está bien, es lo que fundamentalmente es la ética y en particular la ética militar, con todas sus tensiones y contradicciones inherentes”<sup>42</sup>.

Los líderes militares, ante ese relativismo cultural y ético, deben tener presente varios aspectos esenciales de su formación:

<sup>42</sup> Mileham, P., *Military Integrity: Moral or Ethical?*, en Olshtoorn, *op. cit.*, 2017





No se pueden considerar inmutables, desde la reflexión ética, prácticas que son erróneas al eliminar la esencial dignidad humana, por mucho que se considere que son admitidas en ciertas culturas, como la tortura, la ablación genital o la esclavitud.

El progreso moral humano exige replantear y argumentar en favor de la mejora de determinadas conductas. El militar desplegado tiene que ser respetuoso con los usos morales de un país, pero no dejar pasar por inacción determinadas conductas (*Bacha bazi* en Afganistán<sup>43</sup>).

El líder militar tiene que confiar en los fundamentos éticos propios, ya que tienen un sustrato básico y mínimo de valores éticos aceptados por todas las culturas. El genocidio o la limpieza étnica tienen que ser condenadas en todas las culturas.

El enfoque multicultural es el válidamente ético para afrontar determinadas intervenciones humanitarias, en las que hay que aceptar lo aceptable aunque sea diferente, y no aceptar la inaceptable aunque sea idéntico.



#### LA FORMACIÓN DE LA ÉTICA MILITAR EN ESPAÑA

Al considerar la educación que en ética militar reciben actualmente los profesionales de las Fuerzas Armadas españolas en academias y escuelas de formación vemos que predomina una aproximación apoyada, sobre todo, en la “ética de las virtudes” y en la “ética del deber”.

Como dice García-Guú:

“Tradicionalmente la aproximación a la ética militar se ha basado en el estudio y análisis de las leyes y ordenanzas que regulan las actividades militares”<sup>44</sup>.

<sup>43</sup> “Esclavitud sexual y prostitución infantil y juvenil”.

<sup>44</sup> García-Guú López, C.M., *La ética en la organización militar y en operaciones*, Documento de opinión 29 IEEE, Madrid, 2013.

Relacionado con la ética de las virtudes, al militar se le inculca, desde el mismo momento de su llegada, un conjunto de principios y valores que debe ir interiorizando y asumiendo día a día. Se le ofrece ejemplo e instrucción para que sus cualidades morales se acrecienten. Se le exige que se rijan en todas sus acciones por valores morales que deben guiar su conducta y que debe exhibir y validar permanentemente.

Se trata de forjar un mejor militar, a la vez que mejor ser humano, comprometido con su profesión y con los principios éticos y valores que la inspiran. Valores, por otro lado, no exclusivos de los militares pues honor, lealtad, compañerismo, disciplina y otros, no son específicos de ningún grupo social. En nuestro país, de antigua historia e integración en Occidente son cualidades y virtudes morales cultural y socialmente aceptadas. Esta educación moral apoyada en virtudes persigue formar militares y personas de plena integridad moral.

Respecto a la ética del deber, que también forma parte del acervo metodológico de la formación de nuestros militares llamados a desempeñar un liderazgo efectivo en todos los rangos (modelo 360°), debemos consignar que tenemos la suerte de disponer de un código ético de naturaleza deontológica, de larga tradición en nuestras FAS, y que son las Reales Ordenanzas.

Las Reales Ordenanzas de 1978, con precisión, recogían: “Estas Reales Ordenanzas constituyen la regla moral de la Institución militar y el marco que define obligaciones y derechos de sus miembros”<sup>45</sup>. Se debe reconocer el impulso que para su elaboración tuvo el entonces ministro de Defensa, general Manuel Gutiérrez Mellado, para consolidar la integración de las FAS en el sistema democrático de la Constitución del mismo año y actualizar las antiguas Ordenanzas de 1768 que, a pesar de ello, seguían en gran parte de sus preceptos aún en vigor.

<sup>45</sup> Ley 85/1978, de 28 de diciembre, de Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, Artículo uno.



Su necesaria actualización, tras la de 1978, se llevó a cabo en 2009<sup>46</sup>, una vez aprobada la Ley Orgánica de la Defensa Nacional y fue consecuencia de varios factores. Fundamentalmente, el hecho de que los militares españoles estaban participando en misiones de mantenimiento de la paz auspiciadas por organismos internacionales; la mujer se había incorporado plenamente a las FAS; y desde 2001 había finalizado el servicio militar obligatorio.

Conviene recordar su artículo 1. Objeto, que dice:

“Las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, que constituyen el código de conducta de los militares, definen los principios éticos las reglas de comportamiento de acuerdo con la Constitución y el resto del ordenamiento jurídico. Deben servir de guía a todos los militares para fomentar y exigir el exacto cumplimiento del deber, inspirado en el amor a España, y en el honor, disciplina y valor”.



Algunas críticas a las ROFAS, que consideramos fundadas y compartimos, las expone Jorge Ortega<sup>47</sup> y se centran en dos aspectos. Por un lado, la limitada atención prestada a las operaciones y al combate. Siendo éste la actividad que define la naturaleza esencial de la profesión del militar, solo se dedican cinco artículos a las operaciones de combate.

Parece un código de conductas morales diseñado para la paz, pero que debe servir de guía también y, sobre todo, para la guerra y el conflicto, por lo que su apoyo para el correcto comportamiento moral en las acciones de combate está demasiado condensado o, quizá, limitado.

Por otro lado, la inclusión de forma también demasiado resumida y concisa de las costumbres y usos de la guerra que constituyen el Derecho Internacional Humanitario firmado

<sup>46</sup> Real Decreto 96/2009, de 6 de febrero, de Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas.

<sup>47</sup> Ortega Martín, J., *La ética en las operaciones militares del siglo XXI*, Atenea, Madrid, 2015.

por España, sin incluir aspectos éticos procedentes de nuestra propia tradición militar.

La formación seguida en los centros militares ha tenido como eje central, y aún lo sigue teniendo, la exigencia de tener un conocimiento de nuestro código deontológico, de las Reales Ordenanzas. Se trata de aprender sus contenidos y a lo máximo entablar discusiones e intercambiar puntos de vista sobre sus preceptos. “La tendencia general a dejar el estudio de la ética en una pura rutina memorística ha sido, y creo que sigue siendo en exceso, una norma general en nuestro ejército”<sup>48</sup>.

La formación y puesta en práctica de la ética militar exige dar pasos que tengan en cuenta tanto los estudios teóricos como los prácticos. “La ética militar debe desarrollarse tanto en las situaciones diarias que se desarrollan en el día a día de unidades, centros y organizaciones militares como en las operaciones, frecuentemente exteriores en entornos multinacionales”<sup>49</sup>.

En cuanto a la formación en la disciplina de la ética militar y sus diferentes aspectos, se queja, y comparto en parte su frustración, el general Ortega de la falta de preocupación en las Fuerzas armadas españolas por los temas de la ética de combate. Así, indica como muestra que en el Seminario sobre “Ética y Liderazgo” celebrado en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional en 2014, y en el que intervinieron doce civiles y militares, “Pues bien, incluso tratándose de un acto programado alrededor de la ética y el liderazgo, tan solo el general consejero togado, Juan Manuel García Labajo tuvo alguna breve mención a temas relacionados con la ética en combate. El comportamiento del militar, como ciudadano ejemplar centró la mayoría de parlamentos”<sup>50</sup>.

En la formación de los militares, a pesar de los previsibles grandes cambios que sufrirán las características de las guerras

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>49</sup> García-Guío, *op. cit.*, p. 15.

<sup>50</sup> Ortega, *op. cit.*, p. 174.

en organización, procedimientos, métodos y capacidades, consideramos que la ética militar deberá seguir desempeñando un papel esencial en la actuación de los profesionales de la milicia que, cada uno según su nivel de responsabilidad y mando, están llamados a ser y ejercer como auténticos líderes. En la instrucción y formación en ética militar no basta solo el convencimiento y la interiorización de estar dispuesto a morir y matar por España. Es necesario, y mucho más ahora con la frecuente participación de militares españoles en operaciones de mantenimiento de la paz en el exterior, establecer metodologías que contribuyan a la asimilación individual, a educar conciencias, a formar personal militar y civil especializado en la enseñanza de la ética militar, además de en tácticas, técnicas y procedimientos, a conocer con rigor que no todo es permisible en el cumplimiento de la misión, al estudio práctico de casos y situaciones extremas que desarrollen la capacidad de toma de decisiones morales en la paz y en las situaciones extremas que presenta el combate.

En España creemos que existe la necesidad de evitar que “En la definición de esta ética y en su docencia, España se está convirtiendo en una isla... Todos los países con un peso importante en el mundo sienten una fuerte preocupación por el problema de la definición y adiestramiento de sus ejércitos en la ética de las nuevas misiones militares”<sup>51</sup>. Y algo parecido creemos que ocurre con la formación de los líderes militares, aunque se están dando pasos muy positivos en este sentido<sup>52</sup>.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>52</sup> “Liderazgo 2035 en el ET. Un concepto de liderazgo para el entorno operativo terrestre futuro”.

## CONCLUSIONES

La virtud, el valor ético, debe impregnar las características del líder. Este puede formarse y perfeccionarse, adquiriendo mediante el aprendizaje una capacitación ética tan necesaria como la táctica, logística u orgánica en la profesión militar, ya que utilizar de forma legítima la violencia es la tarea en la que liderazgo y ética deben estar más estrechamente unidos.

La ética militar deberá incrustarse en la formación y capacitación permanente de los miembros de las Fuerzas Armadas que, por su responsabilidad y en el ejercicio del mando, estén llamados a ser auténticos líderes. Solo así se conseguirá un liderazgo efectivo en el desarrollo de los cometidos y orientado al cumplimiento de la misión asignada al militar.

Para que los líderes militares puedan enfrentarse, con garantía de desarrollar conductas morales, a las delicadas situaciones en que les coloca el uso de la fuerza y la violencia militar es necesario que se doten de un armazón conductual ético, para lo que su formación debe partir de las perspectivas y análisis de la naturaleza y características de las guerras y conflictos, de modo que la responsabilidad ética de proteger a sus hombres no ponga en riesgo la pérdida del principio de humanidad e integridad moral que, incluso en las terribles condiciones de violencia en la guerra, deben mantener los combatientes.

Como ser humano afectado por la situación y el sistema, el líder militar tiene como su primera responsabilidad el capacitarse para dominarse y controlarse a sí mismo, adquirir una adecuada formación teórica y práctica en ética militar y psicología social y, de este modo, proporcionando aprendizaje informativo y transmitiendo contenidos y destrezas concretas, será capaz de controlar e influir en la conducta de sus seguidores y subordinados, especialmente ante el riesgo de la comisión de atrocidades en las extremas situaciones del combate.

La aceptación de una diversidad cultural, mientras se reconozca algún tipo de filosofía global y estándar de lo que está bien, es lo que fundamentalmente es la ética y en el caso particular de los profesionales de la milicia la ética militar, con todas sus tensiones y contradicciones inherentes.

El militar desplegado tiene que ser respetuoso con los usos culturales y morales de un país, pero no debe pasar por inacción determinadas conductas y sí confiar en los fundamentos éticos propios que tienen un sustrato básico y mínimo de valores éticos aceptables en todas las culturas.

En España, de momento, se constata que esa formación presenta deficiencias y así Romero Losada nos dice: “La preparación de la Fuerza incluye un factor moral que se presenta tan importante como cualquier otro, o incluso en mayor medida que el resto, y que tiene la dificultad añadida de no estar contemplado en el programa”<sup>53</sup>.

La capacitación del líder militar, como profesional del uso de la fuerza y la violencia, legal y legítima, será completa, con competencias integrales en todas las áreas, si incluye a la ética y moral militar entre sus contenidos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brown, M.E., Treviño, L.K. y Harrison, D.A. (2005). *Ethical leadership. A social learning perspective for construct development and testing*. *Organization behavior and human decision processes*, 97(2).
- Campbell, D.J., Hannah, S.T. y Mathews, D. (2010). *Leadership in Military and other Dangerous contexts*, *Military Psychology*, 22: sup. 1.
- Ciulla, J.B. (2003). *The Ethics of Leadership*, Wadsworth/Thompson, Belmont, CA.

<sup>53</sup> Romero Losada, A. *La preparación moral de la Fuerza*, *Revista Ejército*, diciembre, 2018.



JUAN A. MOLINER GONZÁLEZ

- Coleman, S. (2015). "Ethical Dilemmas and Tests of Integrity", en Baker, D.-P., (ed.), *Key Concepts in Military Ethics*, UNSW Press Book, Sidney.
- Estevez, R. (2019). Sobre las implicaciones morales del liderazgo estratégico, en Guimera Ravina, A. (coord.), *Liderazgo estratégico en España, 1475-2018*, IUGM, Madrid.
- Gallus, J. y otros (2013). Intolerable cruelty: A multilevel examination of the impact of toxic leadership on US military units and Service members, *Military Psychology*, 25, November.
- García-Guífú López, C.M. (2013). La ética en la organización militar y en operaciones, *Documento de opinión 29/2013*, IEEE, Madrid.
- Graaf, M., Vries, P., Bijlevelt, W. y Giebels, E. (2017). Ethical Leadership in the military: the gap between Theory and Practice in Ethics Education, en Olshtoorn, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston.
- Haslam, S.A., Reicher, S.D. y Platow, M.J. (2011). The new psychology of leadership. Identity, influence and Power, Psychology Press, Hove, New York.
- Kilner, P. (2017). How leaders can combat Moral Injury in their Troops, *Army Magazine*, My. Disponible en: <https://www.ansa.org/articles/leaders-combat-moral-injury>
- Martínez Paricio, J. (2018). Aproximación al planteamiento teórico del liderazgo estratégico, en Guimera Ravina, A. (coord.), *El liderazgo estratégico: una aproximación interdisciplinar*, IEEE, Madrid.
- McDermott, T. y Hart, S. (2017). Armoring against Atrocity: Developing Ethical Strength in Small military Units, en Olshtoorn, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston.
- McMaster, H. R. (2015). La continuidad y el cambio, *Military Review*, julio-agosto.
- Mileham, P. (2017). Military Integrity: Moral or Ethical?, en Olshtoorn, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston.
- Molero, F. y Moriano, J.A. (2019). *La perspectiva social del liderazgo en las Fuerzas Armadas*, en preparación, Ministerio de Defensa, Madrid.
- Moliner González, J.A. (2018). *¿Qué es la ética militar?*, Documento Marco 16/2018, IEEE, Madrid.
- Moskos, C. y Wood, F. (1988). *The Military: More than just a job?*, Pergamon-Brassey's, Washington.





- Olshtoorn, P. (2011). Virtue ethics and the military, en Olshtoorn, P. (ed.), *Military Ethics and Virtues. An interdisciplinary approach for the 21st century*, Routledge, London.
- Olshtoorn, P. (2017). *Military Ethics and Leadership*, Brill Nijhoff, Leiden/Boston.
- Oppenheimer, A. (2018). *¡Sálvese quien pueda! El futuro del trabajo en la era de la automatización*, Debate, México.
- Ortega Martín, J. (2015). *La ética en las operaciones militares del siglo XXI*. Atenea, Madrid.
- Romero Losada, A. (2018). La preparación moral de la Fuerza, *Revista Ejército*, diciembre.
- Schulze, M. (2016). Rethinking Military Virtues in an Age of Unmanned Weapons, *Journal of Military Ethics*, 15:3.
- Whetham, D. (2017). ABCA Coalition Operations in Afghanistan, Iraq and beyond: Two Decades of Military Ethics Challenges and Leadership Responses, en Olshtoorn, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston.



## BIBLIOGRAFÍA



- Armada Española, *Modelo de liderazgo*, Madrid.
- Brown, M.E., Treviño, L.K. y Harrison, D.A. (2005). Ethical leadership. A social learning perspective for construct development and testing. *Organization behavior and human decision processes*, 97(2).
- Ley 85/1978, de 25 de diciembre, de reales Ordenanzas para las FAS.
- Clausewitz, Carl von, *On War*, Edición de Michael Howard y Peter Paret.
- Campbell, D.J., Hannah, S.T. y Mathews, D. (2010). Leadership in Military and other Dangerous contexts, *Military Psychology*, 22: sup 1.
- Ciulla, J.B. (2003). *The Ethics of Leadership*, Wadsworth/Thompson, Belmont, CA.
- Coleman, S. (2015). Ethical Dilemmas and Tests of Integrity, en Baker, D.-P., (ed.), *Key Concepts in Military Ethics*, UNSW Press Book, Sidney.
- Ejército del Aire. Instrucción General 00-4, *Liderazgo y Valores en el Ejército del Aire. El valor de un equipo*, Madrid.
- Estado Mayor de la Defensa. *CCDC Entorno operativo 2035*. Madrid, 2019.



JUAN A. MOLINER GONZÁLEZ

Mando de Adiestramiento y Doctrina del ET (2019), *Liderazgo 2035 en el ET*.  
Ministerio de Defensa, *Panorama de tendencias geopolíticas. Horizonte 2040*.  
OTAN, *Framework for future Alliance operations. 2018 Report*, Annex D.  
Real Decreto 96/2009, 6 de febrero, de Reales Ordenanzas para las FAS.



LA INSTITUCIÓN MÁS FIRME PARA  
DISCIPLINAR LA GUERRA:  
LAS FUERZAS ARMADAS

Andrés González Martín  
*Teniente Coronel del Ejército de Tierra*

NO MATARÁS

El 6 de junio de 1944, Ray Lambert era un soldado de sanidad del ejército de Estados Unidos, que formaba parte de la primera ola de asalto a la playa de Omaha. Después de más de una hora de espera en el mar, su lancha de desembarco, antes del amanecer, comenzó a recorrer los 5 kilómetros que la separaban de la costa. Mareados y oliendo a vómitos, los 31 soldados embarcados con Lambert se enfrentaron a la más dura experiencia de sus vidas, solo 7 consiguieron llegar enteros al final de la playa. Otras unidades corrieron incluso peor suerte, la compañía A del regimiento 116 perdió más del 95 por ciento de sus soldados en la primera media hora de fuego.

Ray Lambert en la playa, en medio de la confusión y bajo el fuego enemigo, logro rescatar y atender a más de una docena de compañeros heridos antes de perder el conocimiento. Fue herido en dos ocasiones y siguió adelante hasta que su espalda se rompió bajo el peso del portalón de una lancha de desembarco, mientras intentaba rescatar a un hombre atrapado. Tardó más de dos años en recuperarse de sus lesiones.

El presidente de Estados Unidos, Donald Trump, el 6 de junio de 2019, en los actos de conmemoración del 75 aniversario del día D, recordó los destacados servicios prestados por algunos de los protagonistas de aquel día, mencionando entre otros a este soldado sanitario. El presidente pronunció sus palabras

frente al cementerio militar estadounidense de Colleville-sur-Mer, donde descansan, en lo alto de un acantilado con vistas a la playa de Omaha, 9.380 soldados norteamericanos caídos en combate. Ese día 35 veteranos del desembarco estaban presentes acompañando a su presidente, entre ellos Ray Lambert con sus 98 años de edad.

Poco antes, en mayo de 2019, Ray Lambert y Jim de Felice publicaron un libro titulado “Every Man a Hero: A Memoir of D-Day, the First Wave at Omaha Beach, and a World at War”. Felice tuvo que emplear mucho tiempo para superar la resistencia del protagonista a colaborar en el libro. La mayoría de los soldados que han tenido que combatir prefieren guardar silencio. Es posible que en alguna ocasión especial puedan dejar escapar una graciosa anécdota de la guerra, que permanece en sus recuerdos escondidos, pero será difícil conseguir un relato completo, aun en el caso de haber luchado en el ejército vencedor defendiendo una causa que creen justa.

Para un veterano de guerra hay dolorosos recuerdos que prefieren no compartir. Revivir la guerra supone reconocer que durante algún tiempo tuvieron que aceptar un código de conducta y unos sentimientos inaceptables. La ética de la paz es incompatible con la ética de la guerra. El que ha tenido que vivir bajo los dos órdenes morales se ve abrumado por un doble movimiento de impulsos que laten en su memoria dolorosamente.

Ray Lambert lo expresa con acierto. “En nuestra vida se nos enseña, No matarás. Una vez que ingresas en el ejército todo cambia. Después vuelves a casa, te enfrentas a otro cambio, un cambio nuevo en la forma de comportarte y ordenar las cosas. Muchos hombres no pueden convivir fácilmente con esta situación.”

Este ir y venir, esta remodelación de códigos es trágica. El viaje de la paz a la guerra es un trauma, que no siempre es más duro ni tampoco menos que el de regreso. La bipolaridad de



códigos arrastra una bipolaridad de conductas que son difíciles de gestionar, especialmente cuando la guerra asciende a extremos de destrucción no limitados y escapa de controles efectivos, como así sucedió en la Segunda Guerra Mundial.

El salto de un orden social de justicia y respeto a un orden de batalla de injusticia y hostilidad no es inmediato. Ray, como sus compañeros de la 1ª División del ejército de Estados Unidos, conocida como “The Big Red One”, tuvieron en Túnez, en 1943, que aprender lo que significaba entrar en guerra. Las fuerzas del general Erwin Rommel les enseñaron muy pronto las nuevas reglas.

El general Terry Allen, al mando de la división gran roja, tuvo que animar a sus soldados a matar sin miramientos. La cuestión era sencilla, así lo señaló el comandante de esta unidad, “o matas o te matan”.

El general George Patton se dirigió a sus soldados, en términos muy claros, al alcance de la comprensión del más torpe, para apuntar el fondo del mismo mensaje. “Ahora quiero que recordéis, que no ha habido nunca ningún cabrón que haya ganado una guerra muriendo por su patria. Las guerras se ganan haciendo que los otros cabrones mueran por la suya.”<sup>1</sup>

Con mucho más estilo, más tiempo, circunloquios y palabras, Platón, en su *República*, reflexiona en un diálogo protagonizado por Sócrates con Polemarco sobre la justicia y la guerra. Su objetivo es ayudar al lector a descubrir que demanda la justicia, especialmente en situaciones extremas. Sócrates comienza presentado a la justicia como el arte de dar a cada uno lo que le conviene, para más adelante llegar a la conclusión de que lo justo es dar a cada uno lo que se le debe dar. De esta manera, siguiendo un razonamiento que se ajusta a la lógica de las palabras, descubre que justicia es prestar servicio a los amigos y causar daño a los enemigos.

<sup>1</sup> Beevor, Antony, *El día D la batalla de Normandía*. Crítica, Barcelona. 2009

El general John Fuller, en su libro *la dirección de la guerra*, cita a la República de Platón para señalar que “la justicia es prestar servicio a los amigos y causar daño a los enemigos”... pero el dialogo no termina en esa afirmación. Quedarse solo en ese punto es una manipulación del texto. Si continuamos leyendo la reflexión de Sócrates llegaremos mucho más lejos y descubriremos precisamente lo contrario, porque el hombre justo actúa buscando siempre el bien. “El hacer el mal no se muestra justo en ningún modo”.

Platón de esta manera niega que hacer el bien sea inútil una vez adoptada la decisión de combatir. De este dialogo completo lo que podemos concluir, en relación al tema que tratamos, es que “la única guerra justa es la que se emprende para defender el bien, evitando hacer el mal en tanto que sea posible. El mal que hace el justo nunca es una elección propia, sino una consecuencia de una imposición del que actúa injustamente”.

La guerra es un acto premeditado, un acto premeditado del que ataca y también del que se defiende, un acto premeditado para las dos partes. Si uno decide conformarse o el otro decide someterse no habrá choque de voluntades. La guerra es una decisión premeditada de al menos dos partes. No se llega a la guerra sin haber dicho antes que sí.

Tendemos a pensar que es el agresor quien decide el comienzo de la guerra. Sin embargo, pensando con Clausewitz, podemos descubrir que la verdad es la contraria. La guerra no se origina por el ataque. El agresor siempre aspira a imponerse sin tener que pagar la factura, “ya que el objeto último del ataque no es la lucha, sino más bien la posesión”. La guerra surge como respuesta de quien no se conforma con las condiciones que impone la iniciativa de la ofensiva. La decisión de resistir está asociada a la voluntad de combatir. “La defensa tiene en la lucha su objeto inmediato, puesto que luchar y rechazar equivalen obviamente a lo mismo”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Clausewitz, Carl von, *De la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa 1999



En la medida que la defensa tenga algo en lo que creer, en la medida en la que valore lo que es y posee, en la medida que reconozca y aprecie su libertad para decidir su presente y su futuro, será en la medida que su voluntad se mantendrá firme para rechazar y dispuesta a proponer.

La defensa no es principalmente una respuesta a una amenaza de fuera, es fundamentalmente una exigencia interior de dignidad, respeto y reverencia a lo que ha llegado a ser la nación y a lo que ha llegado a desear. El veredicto es el resultado de un juicio, que impone una sentencia de sacrificio y de renuncia como pena necesaria para sostener la libertad, la identidad y la soberanía del que decide rechazar el ataque.

Para un hombre y una comunidad que aspira a vivir en un orden de paz y justicia, la disposición a sobrellevar la pena de sacrificio y de renuncia es producto de un orden de creencias y de un orden moral, que descubren en la verdad y en el bien la justificación de lo perdido. La unidad de creencias y la unidad moral son la base que sostiene la metafísica política que permiten rechazar el sometimiento, sosteniendo el pulso del agresor y aceptando la pena que debe pagarse.

La determinación de resistir determina hasta a los muertos anuncia la buena nueva, vuestro legado prevalecerá, porque descenderemos a los infiernos esperando el amanecer del último día.

SOLO LA METAFÍSICA DE LA POLÍTICA DEBERÍA  
CONducir LA GUERRA

Raymond Aron traduce sucintamente la reflexión de Platón sobre la justicia al ámbito político con una frase muy acertada: “Probar la responsabilidad del enemigo en una guerra se ha convertido en el primer deber de todo gobierno”.<sup>3</sup> La única

<sup>3</sup> Aron, Raymond, *Un siglo de guerra total. Hispano Europea*, Barcelona. 1958

guerra justa es la que nos han impuesto. En Estados Unidos algunos presentan esta disposición como un síndrome, el síndrome de Pearl Harbor. Es necesario recibir el primer golpe.

El soldado de primera línea no tiene que demostrar la culpabilidad del enemigo. Posiblemente el mayor privilegio del soldado, cuando se enfrenta al combate, es no tener que pensar, aceptando sin dudar que Dios está con nosotros. No resulta del todo paradójico descubrir que en la hebilla del cinturón de los soldados de la Wehrmacht, que combatían a las órdenes de Hitler, había escrito un lema “Gott mit uns”.<sup>4</sup>

El soldado no se interroga sobre la justicia de sus acciones, para él las órdenes son leyes y cumplir las órdenes es lo correcto. Es una licencia que una persona que convive diariamente con la muerte necesita que le otorguen. Una licencia que no tiene que ver con la banalidad del mal sino con la necesidad psicológica de seguir entero en medio del mal, solo disciplinado por su conciencia de soldado y por las órdenes de sus jefes.

Acertadamente Hannah Arendt considera que ser capaz de pensar por uno mismo es una condición previa para evitar el mal. Para el soldado esta premisa no es válida porque el protagonista no puede evitar el mal. El mal le ha sido impuesto. Sean cual sean sus razones, la guerra es el infierno y el soldado sabe que sus acciones, en tanto que son consecuencia de un mandato que no puede eludir, serán redimidas. Sin la certeza de la capacidad de ser regenerado la mayoría perderían el juicio y muy pocos podrían volver a casa para restaurar su vida como hombre de bien.” El soldado no se interroga sobre la existencia de la guerra más de lo que se interroga el teólogo sobre la existencia de Dios”.<sup>5</sup>

No pensar no significa dejar fluir el instinto. La instrucción del soldado pretende precisamente disciplinar el instinto para ordenarlo. Fijar claramente la frontera entre la guerra y

<sup>4</sup> *Dios con nosotros.*

<sup>5</sup> Aron, Raymond, *op. cit.*





el crimen, entre el combate y el asesinato, es imprescindible para evitar que un ejército se convierta en una horda y los soldados en soldadesca. Romper toda regla, todo límite, superar toda restricción, significa pervertir un orden necesario que permite a un hombre presentarse delante del mundo y de la historia cubierto de sangre de otros hombres sin sentirse un criminal.

El soldado cuando mata, hiere, mutila, destruye conforme a un código puede sentirse, a pesar de toda la tragedia que le rodea, protagonista imprescindible de la construcción de un orden de paz más justo. Sin valores que ordenan y sostienen ciertas reglas y pautas, la fuerza acaba por disolverse por dentro. La violencia termina por engullirlo todo.

El cuerpo de Oficiales tiene una especial responsabilidad en todos los niveles de decisión, que cada vez están más trabados. El saber, poder y querer, necesario en cada combatiente, tiene más relevancia sobre los efectos del conjunto cuanto más responsabilidad se ejerce. La moral de combate es el querer, el querer combatir para ganar. Es la voluntad de vencer pero para un hombre justo es también la voluntad de merecer la victoria.

Reconocer la imposibilidad de pensar de los que tienen que mirar a los ojos al enemigo es importante cuando tienes que decidir por ellos. Es cierto que su conciencia y su instrucción son la última barrera que les protege y nos protege de la peligrosa marea del exceso pero sería injusto abandonarles a su propia suerte, confiando en que sabrán encontrar una salida capaz de compatibilizar todas las exigencias.

El cuerpo de oficiales no puede dejar de pensar en cómo protegerlos de las peores tentaciones. Muchas cosas deben hacerse. Una forma de empezar es mejorando su preparación, su formación, y las de los que manda, otra es dando órdenes claras y, sin pretender agotarlo todo, asumiendo la responsabilidad de decidir. Una mala decisión es un pecado con menos efectos sobre la institución que la mala costumbre de mirar sin ver. El

dejar hacer acaba convirtiéndose en hábito “comercial” algunas prácticas aborrecibles.

El soldado porque está dispuesto a morir puede matar. La tecnología puede terminar de romper del todo esta relación y entonces será el nivel político el responsable tanto de la lógica como de la gramática de la guerra. La conjunción del orden lógico de la política y del álgebra y las normas del combate puede ser extremadamente peligrosa.

El desarrollo tecnológico y la digitalización del campo de batalla facilitan un empleo gradual de la violencia, atendiendo a criterios exclusivamente políticos. La guerra se convierte así en una forma diferente de debatir, estableciendo un diálogo con el enemigo y con la propia nación. La distancia del campo de batalla se ha desvanecido. Cada vez está más fácil decidir lejos y desde arriba. La apuesta por el total control político de las acciones de combate suele ser una peligrosa ensoñación, que impide a las fuerzas armadas hacer su parte, pudiendo convertir el uso de la violencia en un instrumento de imagen política para sostener el poder o ganar unas elecciones.

El concepto de empleo gradual de la fuerza responde a una convicción o a una necesidad del mando político, que decide emplear la fuerza como una forma diferente de comunicación política. Es la tentación de las operaciones basadas en efectos. Cada movimiento y acción militar dejan de estar relacionadas con las exigencias de las propias operaciones militares para alcanzar sus objetivos y pasan a ser un mecanismo político para transmitir los mensajes adecuados para conseguir efectos y respuestas esperados.

Utilizar la violencia como una forma de comunicación supone aceptar que existe una común interpretación de los costes y beneficios derivados de una acción determinada. El adoptar esta posición supone mucho aceptar. Nadie debería sentirse tan seguro como para estar convencido de poder programar el comportamiento del enemigo. No está escrito en la historia que

una aplicación medida de la fuerza pueda imponer al enemigo o a un aliado lo que debe pensar y lo que debe sentir.

La convicción del círculo político de su capacidad de aplicar con acierto un planeamiento quirúrgico de acciones militares, que progresivamente provocarían efectos en el enemigo conforme a lo esperado, debería ponerse en cuestión desde el principio. La fuerza no se puede emplear como un seguro instrumento diplomático y político sin considerar las consecuencias militares de su empleo. La gramática de la guerra no es política es militar y si no te gusta la gramática de tus generales busca a otros que te ofrezcan una diferente. Pero las reglas son las reglas y una vez elegido el tipo de juego no se pueden cambiar con facilidad.

Por otra parte, la micro gestión política puede provocar desórdenes en la aplicación de la fuerza relacionados con la gestión de los tiempos. El tiempo político no suele coincidir con los tiempos de las operaciones. Los tiempos de Washington no son los mismos que los tiempos de Kabul, solo por poner un ejemplo. Intentar acelerar el ritmo de las acciones militares puede afectar a los procedimientos y reglas de enfrentamiento poniendo en peligro la capacidad de alcanzar los objetivos militares, la situación final deseada y la honorabilidad de las fuerzas armadas.

El soldado asume que la guerra es la comarca del peligro, de la incertidumbre y del azar. El mando político que lo lanza a esa inmunda comarca no puede pretender adecuar completamente su agenda política, sus tiempos, sus ritmos, sus debates y sus mensajes a lo que allí sucede. Por esta razón, los fundamentos de la conducción política de la guerra deben ser meta políticos<sup>6</sup>. Es decir, la metafísica de la política es quien debe conducir la guerra, al margen de confrontaciones coyunturales.

Siendo así las cosas, el debate político no desaparece, lo que sucede es que se desplaza por planos diferentes que no

<sup>6</sup> Siena, Primo, *La metapolítica y el destino superior de nuestra América románica*. Conferencia en III Encuentro Iberoamericano de metapolítica, Viña del Mar. 1995

amenazan la concurrencia de los esfuerzos y compromisos absortos en afrontar la guerra. De esta manera no pierde la guerra centralidad, como acto político más trascendente al que se enfrenta la nación. La metafísica política pone el foco en los fundamentos que sostienen la resistencia.

Al mismo tiempo, deja abiertos los imprescindibles procesos de revisión, que discurren por cauces peculiares, donde pueden contrastarse las diferencias sin lesionar el núcleo de acción política dedicado a sostener la guerra.

Ahora bien, si se cierran completamente la posibilidad de evaluar los resultados militares, para evitar poner en cuestión el curso de las cosas que impone una estrategia, con el objetivo de evitar alterar consensos o decisiones políticas, el resultado final será un pensamiento único, rígido, que elude cualquier apertura crítica. La lealtad es un camino de doble vía que impone la disposición a escuchar y la disposición a expresarse con sinceridad por las partes. La cultura del “sí señor” o del “sí se puede” sin pensar las consecuencias a ciertos niveles es inaceptable. La capacidad de adaptarse y aprender, adaptando el cómo se hace la guerra, no pone en peligro la convicción del por qué se hace.

La metafísica política proporciona al soldado la causa sagrada que necesita, articula unos valores, aun cuando la más sagrada de las causas apenas puede soportar la prueba cruel de la destrucción de la guerra. Solo en la medida que esta articulación de valores implican normas y restricciones obligadas permiten recuperar al combatiente su dignidad, por no haber estado dispuesto a perderla del todo.

La diferencia entre el asesinato y el combate es que este último sigue algunos protocolos que permiten distinguir la violencia impropia y además condenarla. Estos protocolos, estas pautas, estas restricciones, estas normas son tan importantes como para afectar a las condiciones de la victoria y consiguientemente al nuevo orden de paz que de ella nace. Respetar las esenciales



normas morales en la guerra ayuda después a que sean respetadas las reglas del nuevo orden de la paz.

Disciplinar el odio y la venganza exige mucha instrucción y una cultura institucional muy fuerte. “De las convenciones tácitas o expresadas, por las cuales los hombres han buscado disciplinar la guerra, la más firme es, sin duda, la institución militar.”<sup>7</sup> Una institución que no es un instrumento, ni tampoco una suma de capacidades coordinadas. La institución militar tiene un cuerpo y un alma, es una realidad viva que recibe de la tradición y de la historia una identidad que se actualiza y renueva generación tras generación. El juramento a la bandera incorpora a una persona, con su propia conciencia, con su propio corazón, con su propio intelecto, con su propio estómago y con un sentido de transcendencia responsable, a una institución a la que vivifica. El juramento a la bandera de alguna manera refleja, desde la distancia de lo infinito, el sentido sacramental. Al pasar debajo de la bandera, después de haberla besado y jurado defender, el soldado muere al mundo para nacer a un nuevo compromiso. Su vida ha dejado de pertenecerle del todo, no porque se la arrebate nadie sino porque la entrega en depósito a su patria, que en su momento podrá reclamársela. La voz de mando de su oficial será la voz de la autoridad otorgada por un juramento a la patria.

Como decía Alfred Tennyson, en su famoso verso dedicado a la carga de la brigada ligera en la batalla de Balaklava en la guerra de Crimea, “en el valle de la muerte, cabalgaron los seiscientos”.

La carga de la brigada ligera contra los cañones rusos fue una acción temeraria, solo regresaron 197 jinetes de los 600 que empuñaron los sables a galope contra las posiciones enemigas. Nadie podrá achacarles nada, hicieron lo correcto. Reconocer su valor para los británicos es un acto de debida memoria y

<sup>7</sup> Le Borgne, Claude, *La Guerra ha muerto*, Colección Ediciones Ejército, Madrid, 1998

orgullo, que les empuja a ponerse de puntillas para intentar ser más altos.

Sin duda, los versos de Alfred Tennyson, un bonito poema épico aprendido por los niños británicos en el colegio, ayuda al corazón a acelerar su pulso, dejando volar la imaginación para escuchar al cornetín de órdenes en medio del ruido de los cascos de los caballos levantando de golpe la tierra del suelo. Ahí van los elegantes caballeros sobre sus magníficas monturas. Van a la muerte con alegría, van al galope de la caballería.

Merecidamente se recuerda su coraje, determinación, osadía al cumplir una orden, que posiblemente muchos de ellos entendieron como desacertada antes de picar espuelas. Ciertamente hubiera sido mejor poder recordar el valor moral de su comandante al negarse a cumplir una orden absurda que acabaría con su unidad. El valor y la disciplina de un soldado no se manifiesta de la misma manera que lo hace en un oficial superior y mucho menos en un general. A los que no tienen voz, a los condenados de la tierra, alguien tiene que prestarles su voz, aunque sea mucha la distancia que separe a unos de otros, ambos son parte de lo mismo y han jurado lo mismo.

La doctrina británica desde hace muchos años relaciona la capacidad de combate de una fuerza con tres componentes, el físico, el moral y el intelectual. De estos tres, destaca como el más importante al componente intelectual. Curiosamente la doctrina norteamericana y la española no han reconocido el componente intelectual como un elemento de la capacidad de combate durante mucho tiempo. En estos momentos, tanto la doctrina OTAN como la española, siguiendo la estela de los británicos, ha decidido ampliar su percepción de lo que capacita a una fuerza para cumplir su misión pero ambas han preferido no pronunciarse sobre su preeminencia.

Pensando en el valor del elemento intelectual, recuerdo que en una visita a la Escuela Naval de Marín pude ver un busto debajo del cual había una frase, “estudiar es también servir a



España”. La relevancia que los británicos en su doctrina otorgan al factor intelectual se deriva de su experiencia en campaña y del estudio de la historia militar. Es fruto del magisterio de unos ejércitos que en muchas ocasiones se vieron obligados a formar una delgada línea roja y del magisterio de una armada que dominó las olas durante varios siglos. Acertada decisión aprender de lo que fueron y de lo que hicieron.

El magisterio es un tesoro de una institución viva, que tiene muchos órganos y muchos carismas, donde, a pesar de los cambios, todos viven al amparo de un mismo espíritu y comparten los mismos valores. Esta comunión representa su fuerza. La noble aspiración de destacar no debe alimentarse con el desprecio a otras funciones porque la debilidad de una parte es la debilidad de todos. La fortaleza de uno fortalece a todos. La ambición solo es honrada cuando dobla la rodilla con humildad frente al bien común del servicio, “sintiendo un noble compañerismo, sacrificándose por el camarada y alegrándose de sus éxitos, premios y progresos”<sup>8</sup>.

Compartir los mismos valores no es suficiente. Son estos valores compartidos los que animan a todos, cada uno en su sitio, a la práctica de la fortaleza, la templanza, la paciencia y la justicia. Los valores se vivifican en la práctica de las virtudes para de esta manera ser más que palabras en la boca y convertirse en verbo del corazón y la mente. Ser, no aparentar, obliga a todos pero más al que manda.

Mejor que ser recordado por un bello gesto deslumbrante es ser recordado por tomar las decisiones correctas, escuchando tanto como sea preciso aunque resulte incomodo o desalentador. Discrepará en tiempo y forma no es una deslealtad que debilita y corroe la comunión de valores y espíritu. Lo que si nos debilita y corroe es la fragmentación de intereses y de aspiraciones que

<sup>8</sup> Artículo 7 del decálogo del Cadete de la Academia General Militar del ET.

muchas veces se oculta en la complacencia del “todo va bien” o del “haremos más con menos”.

El voluntarismo, al colocar la voluntad ciega sobre el entendimiento, fundado las previsiones más en el deseo de que se cumplan que en las posibilidades reales, es una manifestación desmedida de orgullo y ambición deshonestas. El voluntarismo busca como premio el aplauso y el reconocimiento. La voluntad, en contraposición, nos permite ejercer nuestra responsabilidad libremente, pensar primero, identificar el primer paso posible para después dar el segundo, el tercero y sucesivos, confiando en los que vienen detrás, a los que generosamente se ofrece la oportunidad de llegar más lejos por poder alzarse sobre el trabajo acumulado en las espaldas de los que vinieron antes.

Ni ahora ni nunca nuestra institución y nuestros mandos necesitan halagos ni debe buscarlos ni aceptarlos, un sobrio gesto de afecto es lo más que podemos esperar. La vanagloria es glotona y genera enfermedades crónicas que impiden, cuando llega el momento, hacer lo correcto.

#### NUNCA PASARÁ SAN CRISPÍN

Pocas horas antes del lanzamiento de la 82 división aerotransportada en Francia, las horas previas al desembarco en las playas de Normandía, el general Slim Jim Gavin se dirigía a sus hombres. Sus palabras fueron recibidas con entusiasmo por sus soldados que veían en él a un verdadero líder. “Soldados, lo que vais a vivir no lo cambiaríais ni por un millón de dólares, pero tampoco os gustaría repetirlo con mucha frecuencia. Para la mayoría de vosotros será la primera vez que entréis en combate. Recordad que estáis allí para matar, o los que moriréis seréis vosotros.”<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Beevor, Antony . El día D la batalla de Normandía. Crítica, Barcelona. 2009





Estoy seguro de que no pocos de los paracaidistas de la 82 aerotransportada, si hubiesen tenido oportunidad, hubiesen cogido el millón de dólares pero también estoy seguro de que pocos se hubiesen lanzado en paracaídas en territorio ocupado por un millón de dólares. Las palabras del general Gavin, de alguna manera, evocan una parte del famoso discurso del rey de Inglaterra Enrique V en la obra de Shakespeare, antes de la batalla de Azincourt el día de San Crispín. La idea fuerza es que participar en la batalla y sobrevivir es un capital que no se agota nunca y que no puede comprarse con todo el oro del mundo.

“El que sobreviva a este día y vuelva sano a casa, se pondrá de puntillas cuando se nombre este día y se enorgullecerá ante el nombre de Crispín. El que sobreviva a este día, y llegue a una edad avanzada, agasjará a sus vecinos en la víspera de la fiesta. Y dirá: Mañana es San Crispín. Entonces se alzaré la manga y mostraré mis cicatrices. Y diré, estas heridas recibí el día de Crispín. Los viejos olvidan, y todo se olvidará, pero él recordará con ventaja qué hazañas realizó en ese día. Entonces recordará nuestros nombres, familiares en sus labios como palabras cotidianas. Se recordarán como si fuera ayer entre sus jarras llenas. El buen hombre contará esta historia a su hijo. Y nunca pasará San Crispín, desde este día hasta el fin del mundo, sin que nosotros seamos recordados con él; nosotros pocos, nosotros felizmente pocos, nosotros, una banda de hermanos.”<sup>10</sup>

Los viejos olvidan, y todo se olvidará, pero los veteranos recordarán con ventaja qué hazañas realizaron en ese día 6 de junio de 1944 en la playa de Omaha. En la conmemoración del 75 aniversario de desembarco de Normandía Ray Lambert, con 98 años estaba allí. El presidente durante su discurso volvió la espalda para dirigirse a él y recordar que Ray esta hoy con nosotros, con sus 4 corazones purpura y sus tres estrellas

<sup>10</sup> Enrique V Shakespeare.



ANDRÉS GONZÁLEZ MARTÍN

de plata.<sup>11</sup> Entre los aplausos de los congregados el presidente de Estados Unidos mirándole dijo: “El mundo libre te saluda, gracias Ray”. Estoy convencido que en ese momento Ray Lambert no hubiese cambiado por un millón de dólares lo que vivió aquel lejano día de junio de 1944.

El presidente norteamericano se dirigió a los protagonistas del día D. hablo a los veteranos que se sentaban detrás de él y a los soldados caídos enterrados delante de él.

“Estos hombres corrieron bajo el fuego del infierno movidos por una fuerza que ningún arma puede destruir, el feroz patriotismo de un pueblo libre, orgulloso y soberano. Luchasteis no para dominar a otros, sino por la libertad, la democracia y el autogobierno. Vuestro ejemplo nunca envejecerá. Vuestra leyenda nunca se terminará. Vuestro espíritu, valiente, inflexible y verdadero, nunca morirá”.<sup>12</sup>

Resonaban de nuevo las épicas palabras de Enrique V.

“And Crispin shall never go by. From this day to the ending of the world, but we in it shall be remembered. We few, we happy few, we band of brothers”.

Las últimas palabras del presidente volvieron a recordar al valor y al sentido de su sacrificio. “Los que lucharon aquí ganaron un futuro para nuestra nación. Ganaron la supervivencia de nuestra civilización. Y nos mostraron el camino para amar, apreciar y defender nuestro estilo de vida durante muchos siglos por venir. Hoy, al unirnos en esta tierra sagrada, prometemos que nuestras naciones permanecerán por siempre fuertes y unidas. Siempre estaremos juntos. Nuestra gente siempre será valiente. Nuestros corazones siempre serán

<sup>11</sup> Condecoraciones militares norteamericanas obtenidas en campaña..

<sup>12</sup> Presidente Trump intervención en la conmemoración del 75 aniversario del día D

leales. Y nuestros hijos, y sus hijos, serán por siempre y para siempre libres”.<sup>13</sup>

El sacrificio de los soldados que lucharon ese día en las playas de Normandía es un don trascendente para sus compatriotas pero también para el destino de la humanidad. La libertad es indivisible y no puede conseguirse sin sacrificio y sin renuncia.

Acompañando al presidente norteamericano, el presidente de la República Francesa, Emmanuel Macron, quiso expresar, en nombre del pueblo francés, su agradecimiento a los que murieron y a los que sobrevivieron en la lucha por la libertad de Francia. Todos los europeos podríamos y deberíamos sumarnos a este agradecimiento, porque sabemos, como señaló el señor Macron, que debemos nuestra libertad a estos viejos soldados veteranos y a sus camaradas caídos. Como europeos nuestra deuda solo puede pagarse siendo dignos de la herencia de paz, libertad y justicia que nos han dejado.

El presidente Macron habló de la promesa de Normandía. Una promesa que nos permite confiar, que como en anteriores ocasiones, la unidad de los hombres libres puede hacer frente a cualquier desafío.<sup>14</sup>

LO ÚNICO DE LO QUE TENEMOS QUE TENER MIEDO,  
ES DEL PROPIO MIEDO

La vida de cada hombre se entiende mirando hacia atrás pero la vive mirando hacia delante. Vivimos de las promesas, de la fe en esas promesas que nos permiten entender que somos capaces de trascender las limitaciones que nos atenazan hoy, “sabiendo que no tenemos aquí una patria permanente, sino que andamos en busca de la futura.”<sup>15</sup> Eso creyeron los solda-

<sup>13</sup> Intervención del presidente Trump.

<sup>14</sup> La Promesa de Normandía de Trump y Macron, *The Guardian*.

<sup>15</sup> Carta a los Hebreos, 13,14.

dos que desembarcaron en Normandía. También creyeron lo mismo los que asumieron la responsabilidad moral de mandarlos a un combate incierto para derrotar a la tiranía del régimen nacional socialista.

Ellos creyeron, en medio de un momento de especial oscuridad y peligro, que era posible rescatar el valor de la dignidad de cada hombre y que esa dignidad rescatada nos haría más libres y más iguales. Creyeron que la libertad no es solo para uno mismo.

Las promesas de Normandía no sirven solo para mantener alianzas por lo que paso sino también para sostener los compromisos que imponen unos valores compartidos, en los que identificamos un destino común justo para todos. Renunciar ahora a las promesas supone aceptar que la civilización occidental no puede entenderse sino como un proceso que inevitablemente deriva en un permanente desencanto, que nos conduce a instalarnos en un último estadio de nihilismo autodestructivo. Hoy la promesa de Normandía invita a renovar un vínculo con el futuro que nos anime a superar todos los miedos. El miedo puede arruinar nuestros valores al encerrarlos en viejos museos o en palabras vacías. Los hombres libres perderán su libertad si se dejan dominar por el miedo y la desesperación.

El miedo al miedo es nuestro peor enemigo, evita el sufrimiento, desprecia el esfuerzo del sacrificio, impone una huida permanente para postergar, tanto como se pueda, hacer frente a lo que nos aterroriza, reniega de lo real y por lo tanto se pierde lo posible. El miedo disuelve todas las promesas paralizándolo a cualquier sociedad o peor aun secuestrándola.

En el discurso de investidura como presidente de Estados Unidos, en su primer mandato, durante los tiempos más duros de la depresión del 1929, el presidente Franklin D. Roosevelt afirmó que lo único de lo que tenemos que tener miedo es del propio miedo.



“First of all, let me assert my firm belief that the only thing we have to fear is fear itself—nameless, unreasoning, unjustified terror which paralyzes needed efforts to convert retreat into advance”.

La posibilidad de superar el miedo al miedo es solo posible desde la convicción de la naturaleza trascendente del hombre, de cada hombre. Solo así se podrá aceptar que la propia vida en el mundo y las propias aspiraciones personales no son el sumo bien, a los que todo lo demás se subordina. Conformarse con la propia vida y nuestra autorrealización como bien supremo implicaría, según lo entiende Hannan Arendt, aceptar que la ética es solo un círculo vicioso alrededor de nosotros mismos.

Toda ética, religiosa o no, supone asumir que en la vida está siempre en juego algo más que la mera supervivencia.<sup>16</sup> Esta consideración tiene para un soldado importantes consecuencias.



PUEDE QUE ESTO SEA LEGAL, PERO NO ES JUSTO



En la primera línea el soldado tiene que atender a cuestiones mucho más urgentes que la valoración moral de sus actos pero esta situación no le exonera de juzgarlos, antes o después. Cuanta más distancia del combate y cuanta más autoridad más tiempo tendrá para hacer su examen de conciencia.

El juicio y la responsabilidad necesitan cierta distancia. Aceptando esta premisa, el general si debe interrogarse sobre cómo hace la guerra y por qué. Cuestionar los porqués puede ser más complicado pero enjuiciar el cómo no tanto para un hombre que ha sido instruido y adiestrado en el uso de las armas y educado en los usos y leyes de la guerra.

El general William Sherman durante la guerra civil americana señalaba, en una famosa cita, que “la guerra es crueldad y

<sup>16</sup> Arendt, Hannah, *Responsabilidad y juicio*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2007.

no cabe refinarla. La guerra es, simplemente, por naturaleza o concatenación de acontecimientos, una fuerza irreprimible”.<sup>17</sup> El propio general Sherman, durante su campaña desde Chattanooga hasta Georgia y Carolina del Sur, se encargó de demostrar hasta qué punto puede descender un ejército, incluso al servicio de principios nobles y justos, a la condición de chusma salvaje. Sherman, junto con su jefe el general Ulysses Grant, al entender que para ganar la guerra civil americana era preciso no solo combatir a los ejércitos confederados sino también a la población civil de Sur, convirtiendo a la población en objetivo militar, convencido de ser un instrumento de la justicia divina, impuso un modelo de guerra total, de guerra sin límites que posteriormente se trasladaría en el siglo xx por todo el mundo. El presidente de la confederación, Jefferson Davis, consideraba que Sherman se había convertido en el Atila del continente americano.<sup>18</sup>

Los soldados del Norte se convirtieron en hordas de saqueadores y asesinos lanzadas por su general sobre la población del Sur, sin que una vez en marcha pudieran ser contenidas por nada ni por nadie, ni siquiera por quien las mandaba. “No luchamos solo contra ejércitos enemigos, sino también contra un pueblo hostil, y hemos de procurar que viejos y jóvenes, ricos y pobres, sientan la mano dura de la guerra. La verdad es que el ejército entero arde en un insaciable deseo de venganza sobre Carolina del Sur. Casi tiemblo por su destino”.<sup>19</sup>

Efectivamente la guerra es el infierno pero en algunas ocasiones ni siquiera la paz puede dar oportunidad de escapar de lo que allí paso. Cuando los responsables de dirigir la guerra asumen que el fin justifica todos los medios, los que descienden

<sup>17</sup> Aznar Fernandez Montesinos, Federico, *Entender la guerra en el siglo XXI*, Ministerio de Defensa y Editorial Complutense, Madrid. 2010.

<sup>18</sup> Davis, Jefferson, *The Rise and Fall Of The Confederate Government: Vol 2*. The Capo Press, Boston, 1990.

<sup>19</sup> Sherman, William T, *Memoirs of General William T. Sherman*, Penguin Books, Londres 2000.

al inframundo deben tener en cuenta el alto precio que muchos deberán pagar: ¡Perded toda esperanza los que entráis!

No hay deber mejor acogido cuando se está inmerso en la lucha que no pensar. Sin embargo el cuerpo de oficiales de un ejército no puede renunciar al espíritu que lo forja, primero para defender su honor y segundo para proteger la dignidad de los hombres a los que manda. Un oficial sabe que perder miedo al miedo exige distinguir la diferencia entre las ordenes y las leyes, incluso más allá, entre las leyes positivas y las de la conciencia.

En algunas ocasiones lo que más puede trastornarnos no es lo que hicieron nuestros enemigos sino lo que hicieron nuestros amigos y nosotros consentimos. Incluso en las más duras circunstancias un oficial no puede renunciar a pensar por sí mismo porque está es una condición previa para evitar descender definitivamente a los infiernos.

El famoso coronel Stauffenberg, responsable del atentado contra Hitler el 20 de junio de 1944 y del intento de golpe de estado contra el régimen nacional socialista, nació en una familia católica de la vieja aristocracia del antiguo reino de Baviera. La educación que recibió de su familia le permitió aprender a amar la poesía, hablar fluidamente inglés, francés y ruso, a tener ideas propias, juicio crítico, carácter para discernir y actuar conforme a su conciencia, a pesar de la opinión de la mayoría. En su casa, el coronel de Caballería Claus Philipp Maria Justinian Schenk Graf von Stauffenberg aprendió a pensar por sí mismo y esto le permitió más tarde descubrir que la mirada a los valores esenciales puede desgraciadamente extraviarse.

Pensar, que no deja de ser una forma de dialogar en intimidad con uno mismo y donde la conciencia tiene una cátedra desde la que poder hablar, es la condición previa para evitar el mal. No sé en qué medida esto de pensar, lo mismo que aquello de amar, se aprende en casa, en la familia y en la Iglesia. Lo cierto es que el coronel Stauffenberg empezó allí a practicarlo

y seguramente esta práctica más tarde le sirvió para recordar de donde venía y a donde debía ir. El teniente general Henning Hermnann Karl von Tresckow también procedía de una familia de sangre azul. Estaba casado con Etrika von Falkenhayn, la única hija del famoso Erich Georg Anton Sebastian von Falkenhayn, ministro de la Guerra del emperador y sucesor de Moltke el joven como jefe del Estado Mayor del Ejército durante la Primera Guerra Mundial. Von Tresckow en sus palabras de despedida a su primo y ayudante de campo, el teniente von Schlabrendorff, deja en manos de Dios el juicio de sus actos. Sabía que todos los tratarían como unos traidores pero estaba convencido de haber obrado correctamente.

“Cuando en unas pocas horas, este delante de Dios para dar cuenta de lo que he hecho y dejado de hacer, sé que podré justificar lo que hice en la lucha contra Hitler. Dios Prometió a Abraham que no destruiría Sodoma si encontraba solo a diez hombres justos en la ciudad y así espero por nuestro bien que Dios no destruya a Alemania”.<sup>20</sup>

Von Tresckow terminó su despedida diciendo: “

El valor de la conciencia de un hombre se establece sólo a partir del momento en el que está dispuesto a dar su vida defendiendo sus convicciones”.

Poco después de terminar esta tormentosa tragedia, de la suma de holocaustos que acumuló, se redactó la carta de los derechos humanos en 1948. Un derecho internacional de gentes, que “reconoce” esos derechos que son propios del ser humano y que se instauraba por encima del derecho positivo de los estados que “concede” derechos. Nacieron con un propósito,

<sup>20</sup> Fest Joachim, *Plotting Hitler's Death*, London, Phoenix House. Traducción del autor del texto original, 1997.





LA INSTITUCIÓN MÁS FIRME PARA DISCIPLINAR LA GUERRA...

ofrecer a los hombres y especialmente a los soldados, una “norma moral independiente” para frente a la locura de su propio país, de sus líderes, de sus políticos, de sus mandos y de sus leyes pudieran responder: “Puede que esto sea legal, pero no es justo”.

En este escenario la institución mas firme, mas solida para disciplinar la guerra es precisamente las Fuerzas Armadas.<sup>21</sup>



---

<sup>21</sup> Igantieff, Michael, *El mal menor: Ética política en una era de terror*, Taurus, Madrid, 2005.



Federico Aznar Fernandez-Montesinos  
*Capitan de Fragata de la Armada*

*“Ata el pollo hasta después de asado”.*  
*Proverbio samurái, Hagakure*

La palabra “valor” deriva del latín *valere*, que significa literalmente, “ser fuerte.” Los valores vienen a ser los principios morales que regulan el comportamiento del ser humano y son fuente de autoestima. Son “ideas acerca de cómo deben ser las cosas y sobre cómo debe actuarse”.

Un valor es así una concepción explícita o implícita, distintiva de un individuo o grupo sobre lo que es deseable que influye en la selección de los medios y los fines de actuación. Son creencias jerarquizadas sobre estilos de vida y formas de existencia que guían nuestras actitudes y comportamientos. Dotan de cohesión a las organizaciones, estableciendo el marco decisional y dotan de un plus a las estrategias.

Constituyen el componente central de la personalidad, mientras las actitudes y comportamientos se sitúan en la periferia. Valores, actitudes y comportamientos están relacionados y deben ser congruentes entre sí. Las actitudes son mediadoras entre valores y comportamientos. Los valores están en la cúspide, son una guía que controla las normas y estas, a su vez, los comportamientos. Casi siempre son los valores los que determinan las actitudes y los comportamientos de las persona en el largo plazo.

Las Fuerzas Armadas forman parte de la sociedad y no pueden escapar a sus sentimientos, valores y debates. La cuestión



es que los lazos entre militares son más fuertes que los que existen entre estos y la sociedad civil, con lo que los cambios en esta llegan aunque con un cierto retraso. Las Fuerzas Armadas se comportan como una nevera espiritual, esto es, preservan temporalmente los valores del pasado.

Yukio Mishima, en lo que fue su testamento ideológico –La Declaración del 25 de noviembre– enunciado previamente a su suicidio por seppuku, expresa claramente esta idea:

“Nosotros aprendimos... a soñar con el “auténtico Japón” que actualmente solo existe en los cuarteles... el Ejército de Defensa nacional ha sido nuestro país natal, el único lugar de este debilitado Japón moderno dónde se puede respirar una atmósfera de audacia...olvidando la tradición, ha caído en una hipocresía utilitarista y ha precipitado su alma hacia un terrible vacío...hemos alimentado la esperanza de que el verdadero Japón, los verdaderos japoneses y el verdadero espíritu de los samuráis, perdurarán al menos, en el ejército de Defensa nacional”.

En 1970 cometió seppuku junto a uno de los miembros de su organización. Pretendía con ello reclamar el retorno de Japón a sus valores tradicionales y provocar que se restituyera al Emperador a su legítima posición.

Este retardo al permear entre uno y otro cuerpo se suman los procesos internos. En este sentido, escribía Nakae Toju en el siglo XVII:

“las convenciones comunes interpretan muy mal la cultura y la milicia...en lo fundamental...son un carácter unitario, no son cosas separadas... la cultura sin milicia no es cultura verdadera; la milicia sin cultura no es milicia verdadera. Así como el yin es la raíz del yang, y el yang es la raíz del yin, la cultura es la raíz de la milicia y la milicia es la raíz de la cultura. Como la milicia está al servicio de la cultura, la raíz de la guerra del militar es la cultura.

Como la cultura es para gobernar con la amenaza de la acción armada, la raíz de la cultura es la milicia”.

La endoculturación, de acuerdo con Arther Ferril, es un proceso de aprendizaje parcialmente consciente y parcialmente inconsciente a través del cual la generación de más edad incita, induce y obliga a la generación más joven a adoptar los modos de comportarse tradicionales, sirviéndose de un sistema de premios y castigos. De este modo cada generación está programada para replicar la conducta de la generación anterior, cosa que sirve para mantener las formas y esencias militares por un largo período de tiempo. Los procesos de transformación son consecuentemente más lentos, lo que genera diferencias con la sociedad civil.

Konrad Lorenz describió el proceso de imprimación filial –que el profesor Gerras traslada al ámbito de las academias militares– de donde se obtienen las referencias profesionales básicas, decisivas para toda la carrera y que además considera se refuerzan a través de importantes procesos de socialización.

Estos se refuerzan aún más como fruto del desarrollo profesional en el marco de entornos culturales homogéneos, que reafirman unánimes las decisiones adoptadas, despejando cualquier sombra de duda y propiciando un pensamiento rotundo y con escasos matices. El espectro de verdades posibles se reduce y se refuerza también como resultado del estrés profesional producido en destinos altamente demandantes; a ello se suma la gratificación personal obtenida con el éxito en el desempeño de los primeros cometidos profesionales.

Todo ello viene a afirmar el marco de referencia considerado, al que se apela en tiempos de dificultad, haciendo recurrente el retorno a las ideas adquiridas al comienzo de sus carreras como marco referencial primario y principal. Y este, en el mundo militar, es un marco eminentemente táctico, como no puede ser de otra manera, el que corresponde precisamente al momento



profesional en que se forjó y del que es particularmente difícil escapar.

Estos, además, no pueden quedar en mera retórica pues son una clave que garantiza el funcionamiento de las Fuerzas Armadas, por el contrario deben ser interiorizados, internalizados por razones hasta operativas; y eso, obligado para todos, lo es especialmente para quienes son sus líderes. Además, tienen un acervo histórico inmemorial. Esto veremos que es precisamente la clave del bushido.

El célebre desiderátum de Calderón los identifica plenamente:

“Este Ejército que ves vago al hielo y al calor, la república mejor y más política es, del mundo, que nadie espere que ser preferido pueda por la nobleza que hereda, sino por la que él adquiere; porque aquí a la sangre excede el lugar que uno se hace y sin mirar cómo nace, se mira cómo procede. Aquí la necesidad no es infamia y si es honrado, pobre y desnudo un soldado, tiene mejor cualidad que el más galán y lucido, porque aquí, a lo que sospecho, no adorna el vestido el pecho, que el pecho adorna al vestido. Y así, de modestia llenos, a los más viejos verás tratando de ser lo más y de aparentar lo menos. Aquí la más principal hazaña es obedecer, y el modo cómo ha de ser es ni pedir ni rehusar. Aquí, en fin, la cortesía, el buen trato, la verdad, la firmeza, la lealtad, el honor, la bizarría, el crédito, la opinión, la constancia, la paciencia, la humildad y la obediencia, fama, honor y vida son caudal de pobres soldados; que en buena o mala fortuna, la milicia no es más que una religión de hombres honrados.”

Los valores enuncian los intereses, responsabilidades y metas de la organización; y tienen un fuerte componente motivacional. Pero el meollo de la cuestión no se sitúa, como se ha señalado, en los valores sino en los comportamientos, en la praxis. Y es que lo militar encarna un ideal, por eso en el ámbito militar no hay tanta diferencia entre el deber ser y el ser,

entre pensamiento y acción, entre ética y comportamiento. El carácter militar, su *ethos*, es proactivo e implica una permanente llamada a la acción. Como señala el *Hagakure*: “la energía es el bien, la inercia es el mal”.

Podemos concluir además que la subcultura militar incorpora su propio sistema de valores, un conjunto relativamente estable en el tiempo que se verbaliza creando conceptos que enriquecen y facilitan la cohesión del grupo al hacer más eficaz la comunicación interna expresando preferencias por determinadas conductas, metas o estrategias. Es propiamente una cultura corporativa.

Estos, como se ha visto, se combinan con actitudes proactivas, materializadas en un carácter más resuelto, que hacen a los militares más proclives al liderazgo en la medida en que este es también y ante todo una actitud y un compromiso así como un reflejo de la capacidad de decidir. Además liderazgo y valor están asociados. Como decía Saito Totsudo: “por muchas habilidades que tengas en las artes marciales, si el espíritu te vacila no podrás aplicarlas contra los rivales. Por eso la inteligencia y el valor son eficaces cuando están llenas de espíritu. En el guerrero no se valora el aspecto severo sino la fuerza de espíritu”.

#### LA CULTURA MILITAR COMO CULTURA DEL HONOR

Los valores propios de las Fuerzas Armadas son, como se ha visto, claros, profundos y muy marcados. Mención aparte merece un concepto con una formulación militar muy específica como es el honor, idea, además, de un importante valor antropológico. La existencia de un honor específicamente militar delata por sí sola la existencia de una subcultura militar de la que este término es un *atractor*.

El honor es un sentimiento y una aspiración que comparten todas las personas de una misma cultura; representa

un privilegio. Es un atributo de un individuo pero también de un colectivo. Es un conjunto de conceptos relacionados mutuamente y aplicado de modo distinto por los diferentes grupos de estatus. Su complejidad hace que no solo dependa de conceptos y valores sino también en portadores simbólicos y sentidos como rituales, gustos, etiqueta o comportamiento.

El honor, con su carácter inconcreto y abierto y en el espacio referido, sería la síntesis de todos los valores preconizados en el ámbito de las Fuerzas Armadas, su culminación y núcleo.

La cultura militar es una cultura basada en el honor, que hace de la comunidad militar una comunidad de honor. Una comunidad de honor está a su vez estrechamente vinculada a la estructura de poder de la sociedad en la medida en que esta posee los poderes concretos para imponer los criterios honoríficos. De hecho, el honor presupone la existencia de una comunidad de referencia que confiere honor a ciertos individuos o grupos.

La cultura actúa como marco para el complejo simbólico. El honor personal es la imagen de uno mismo en el espejo social; esa imagen afecta a la autoestima y el comportamiento de modo que media entre las aspiraciones individuales y el juicio de la sociedad, solventando así la tensión individuo comunidad.

La cultura corporativa se basa en las creencias, en la filosofía de una organización sobre la llevanza de sus asuntos; es decir, las razones por las cuales hace las cosas de la manera en que las hace. Cada uno de los Ejércitos tiene una personalidad propia y diferenciable pese a la existencia de bases comunes. Esta es fruto de su cultura, que a su vez es el resultado de su historia, tradición, doctrina, tecnología de la que están dotados, entorno y forma de actuación o experiencia acumulada.

Una cultura heroica es una cultura muy marcada, basada en actitudes, con grandes surcos de los que no es posible sustraerse, lo que orienta y limita el espectro de decisiones posibles haciéndolas previsibles y muy coherentes entre sí. Las personas



con actitudes expresivas de los valores, que son los que la integran, se comportan de forma más coherente que quienes tienen actitudes más utilitarias.

No es tan importante el hecho como la intención, aunando ideal y praxis, constituyéndose por ello en una moralidad, en un ejemplo y, por tanto, en un camino. Como sostiene el *Hagakure*, un código samurái del que hablaremos más adelante: “no hace falta consumir la venganza. Los verdaderos valientes son aquellos que mueren en el intento, aunque este tipo de personas en general consiguen realizar sus propósitos”.

Los estudios de psicología social experimental han conseguido demostrar que son los valores los que determinan la adopción de un tipo u otro de actitudes, y que, a través de las actitudes, son los valores los que guían la toma de decisiones y las conductas de las personas.

Existe un consenso de valores entre los miembros de las Fuerzas Armadas lo que significa que, en su gran mayoría, están de acuerdo con que un valor sea preferible como meta y se orienta como principio guía de la acción; la estabilidad de los valores implica que los individuos se ven penalizados cuando se alejan de los esquemas establecidos, situación que se refuerza en base a la experiencia vivida y favorece el ejemplo.

La cultura militar es una cultura muy fuerte como conviene para gestionar un conjunto tan grande, diverso y complejo como lo son los Ejércitos. La cultura establece el marco de relaciones y complementa las instrucciones de los superiores jerárquicos. Es la argamasa del sistema.

Lo militar supone un código moral y, como tal, aporta unas referencias y señala un camino, sirve para interpretar la realidad y es, a su vez, una guía de acción. Tiene elementos comunes con la religión –recordemos la descripción que hace Calderón de la milicia como una “*religión de hombres honrados*”– si bien sus metas son señaladas por la comunidad a la que sirven y, en



principio, no incorporan la dimensión trascendente específica de la religiosidad. Lo militar es un humanismo.

Estos valores son comunes, con sus matices, con otras Fuerzas Armadas, y en general en todas las organizaciones que promueven culturas heroicas. Esto es así debido a que la existencia de las Fuerzas Armadas obedece a una problemática relacionada con la seguridad, problemática que es la misma para las diferentes sociedades por lo que la respuesta, por más que las referencias y los mapas mentales desde la que se hagan, no serán muy diferentes entre sí. En el caso del *bushido* las referencias vienen del confucionismo, el sintoísmo, el taoísmo, el *legismo* o el budismo zen. Y está influenciado por el pensamiento estratégico chino. El propio Miyamoto Musashi aparece influenciado por Sun Tsu cuando afirma:

“Si el enemigo piensa en la montaña imponle el mar; si piensa en el mar, imponle la montaña”.

Muchos autores japoneses citan ejemplos de pensamiento estratégico chino.

Además su lógica de pensamiento no es propiamente racional cartesiana sino más bien circular y que atraviesa los distintos dogmas en el momento de conformar la decisión. Así, por ejemplo, sostiene el *Hagakure*:

“cuando uno llega al campo de batalla, inevitablemente le surgirá la razón y ya no puede hacer nada por detenerla. Y la razón es algo que impide avanzar y detener al enemigo. Es precisamente la irracionalidad la que es esencial en las batallas feroces”.

A las sociedades, las definen en gran medida sus ideales, sus ejemplos, sus héroes. Estos, por más que se vayan o desaparezcan, siempre retornan porque realmente nunca se marchan, de no desaparecer sus sociedades; simplemente, se esconden.

La palabra héroe designaba en el mundo antiguo a un semidiós, a un ser entre dioses y hombres; hacía mención a un personaje que encarnaba la quinta esencia de los rasgos claves valorados en su cultura de origen. Representa una ejemplificación viviente de una idea previamente existente. No obstante, lo heroico es extremo, pertenece a la tragedia pues supone un ideal y, consecuentemente y por definición, es inalcanzable, no se haya realizado. Así en el *Hagakure* se establece “para el bushido no vale de común la moderación, es imperativo avanzar siempre por encima de los demás, aún en la vida cotidiana.” *Scott Fitzgerald* señalaba al respecto: “Muéstrame un héroe y te escribiré una tragedia.” Además, el héroe desarrolla su acción sobre el terreno, en contacto con la realidad. El heroísmo es siempre táctico.

Modelo de ello lo tenemos en el caso japonés en Musashi Miyamoto, un personaje real del que Yukio Mishima afirmaba: “este nombre evoca sólo la imagen de un héroe que reunía en sí tanto un talento filosófico, surgido de una excepcional y profunda búsqueda espiritual, como una sobrehumana maestría en las artes marciales. Su cuerpo, que oficiaba como lazo de unión entre los dos polos, es totalmente desconocido para nosotros, casi como si no hubiera existido”. El modelo heroico de los samuráis se ha extendido a la humanidad en su conjunto, instalándose en sus imaginarios. Como ejemplo, los  *jedis*  de la película *La Guerra de las Galaxias* se inspiran en este modelo.

Con todo y con eso, en una sociedad posmoderna, los héroes no son populares pues la ejemplaridad conmina a quien no quiere ser amonestado, generando incomodidad. Además, la cultura del honor, que es la que encarnan, es algo tan inusual en el mundo contemporáneo que se hace difícil de comprender; y más aún captar las múltiples interrelaciones que incorpora, constituyéndose en un reto a nuestra imaginación histórica que tiende a percibirlo como una categoría a un tiempo acartonada e irracional. Acometer la tarea de su concreción hace

necesario, además, un previo ejercicio de introspección para evitar trasladar criterios propios.

#### EL BUSHIDO COMO CULTURA MILITAR

La tradición medieval de la caballería impregna la función militar en muchos países aun a día de hoy. El ideal de caballero modula al soldado desde la perspectiva de código ético. El heroísmo caballeresco cuenta con una dimensión pública. Igualmente, la idea de servicio público que prestan las Fuerzas Armadas resulta una concepción capital. El “acto de servicio” se convierte en la justificación de cualquier acción y hasta de la propia pérdida de la vida. El nombre de uno de los guerreros más emblemáticos, los samuráis, deriva del verbo *saburau* que viene a significar “servir como ayudante”.

También se les conoce con la expresión chino japonesa de *bu-ke* o *bu-shi*, literalmente caballeros –*shi*, nobleza de rango medio o bajo– combatientes, guerreros, *bu*. *Bushi* ha venido a significar, igual que el término *bu* entonces, militar. El *shido* sería “el camino del caballero” y el *budo* sería el “camino del militar”.

Si bien en un principio no todos los *bushi* eran samuráis, ambos términos quedando ligados definitivamente con la autorización de portar armas (el sable largo) solo aquellos. Nitobe Inazo les asimila directamente con el concepto ideal de caballero medieval.

El bushido, literalmente “militar-caballero-camino” o en términos inteligibles “el camino (*do*) del guerrero (*bushi*)”, supone, entre otras cosas, una ética y una práctica específica de la casta samurái, una ideología estructurada y centrada sobre el comportamiento moral, esto es, sobre el sentido de lo correcto aunque trasciende ampliamente esta idea para postularse como un estilo de vida. Incorpora pensamiento, carácter

y acción, lo físico y lo espiritual: “saber y obrar son la misma cosa”. Estamos ante un modo de vivir válido que, además, y se verá, tiene múltiples espacios comunes con el ideal militar occidental de modelo de vida. Lo que no quita que cada uno de estos modelos deba subsumirse en los entornos culturales específicos de los que surge para su comprensión.

El *do* japonés es un método, una forma de aprendizaje, ligado a las artes y llamada a ser ejercida para su propia realización, pues se trata de una actividad de propio perfeccionamiento que obliga a su práctica recurrente. Es pensamiento, entrenamiento e interiorización, una suerte de “convencimiento reposado desde su interior”. Requiere de dedicación diaria para su interiorización. En palabras de Miyamoto Musashi “el camino es práctica” porque “existe un ritmo para cada cosa, y el ritmo de la estrategia es inalcanzable sin una enorme dedicación al entrenamiento”<sup>21</sup>. De este modo, el *do* japonés viene a ser la forma en la que el espíritu es utilizado en la propia ejecución del arte. Esto marca de entrada a la paciencia como una de las virtudes clásicas del samurái.

Se trata de internalizar unos principios, a través de mente y cuerpo, una suerte de oración judaica, al igual que se hace en el régimen militar, para combinarlos posteriormente con la realidad y que el producto obtenido salga del interior del samurái, de su ser, como una prolongación de sí mismo. Como sostiene Izawa Nagahide: “Cuando hayas dominado las artes debes despegarte de ellas. Si no te despegas de las artes, no eres un artista”.

De hecho este proceso se ha popularizado parcialmente mediante las llamadas “artes marciales”, artes concebidas para el adiestramiento físico de estos guerreros y que contribuía a reforzar su dimensión espiritual. Como decía Yukio Mishima: “de la palestra a la escuela de esgrima, de la escuela a la palestra”.

No estamos propiamente ante un código escrito sino más bien un conjunto de máximas, dichos y escritos formulados por

un guerrero famoso o sabio ilustre que sirven como principios inspiradores y objeto de una continuada reflexión. En palabras de Musashi: “es absolutamente imposible escribir esta ciencia con la precisión con la que la entiendo en mi corazón. Sin embargo, aunque las palabras sean insuficientes, los principios deben ser evidentes por sí mismos” y en otro momento apuntaba, “debes entender que hay más de un camino a la cima de la montaña” queriendo señalar con ello las múltiples vías existentes para el logro de un mismo propósito.

La cultura samurái era muy meticulosa y obligaba a una perfección diaria, a una corrección sin fin. “No se trata de mostrar lo que se encuentra en el interior de uno, porque ese interior se muestra con las acciones cotidianas”. No está en los grandes actos, que se asumen, sino en el incesante perfeccionamiento de los pequeños. De este modo se sitúa dentro de los parámetros preconizados por Aristóteles: “Somos lo que hacemos día a día. De modo que la excelencia no es un acto sino un hábito.”

Como reza el *Hagakure*: “Ahora mismo es el momento crucial y ese momento crucial es ahora mismo. Uno no llega a tiempo y deja escapar el momento crucial porque cree que el ahora mismo y ese momento crucial son dos momentos diferentes” hace falta estar preparado y ser perfeccionista en todo momento, en los límites mismos de lo obsesivo. “Cosas así suceden exclusivamente debido a que no se tiene la determinación desde la cotidianeidad y se vive el día a día descuidadamente, sin la mínima conciencia de lo que ha de ser un *bushi*”.

Además ha ido adquiriendo su sentido con el paso del tiempo, si bien sus orígenes datan del periodo medieval, su definitiva consolidación se produce en los albores del período Tokugawa (en 1603, Tokugawa Ieyasu establece el Shogunato) cuando, fruto de un proceso de racionalización, el honor quedó más ligado a una cultura de la autodisciplina antes que propiamente al ejercicio exitoso y adecuado de la violencia, como lo había sido prácticamente hasta entonces.

La cuestión es que, como se ha visto, no es atemporal. Se ha mantenido como un todo por más que se hayan dado re-énfoques con el tiempo que han terminado por dotarle de un significado mítico. De esta manera, el honor samurái tiene una identificación social tácita –y evolutiva en tanto que, como se ha dicho, objeto de reinterpretación en cada período histórico– por más que no se encuentre codificado literalmente. Es, además, el código específico de una clase social, propiamente de una casta de militares y hacendados. Esta tuvo durante siglos el control político de todo un país pero que ha impregnado el ser japonés al menos desde el punto de vista de sus imaginarios o de cómo estos son percibidos desde otras culturas.

En este sentido Yukio Mishima llega a aseverar:

“comprendí, no sin cierto fastidio, hasta qué punto los japoneses hemos sido idealizados por los occidentales a causa de esa palabra [samurái]. En Japón creemos ilusamente que la cultura japonesa es conocida a la perfección en Europa y en América, y en cambio en la mente de los occidentales el hombre japonés se identifica casi siempre con el samurái”.

La realidad del Japón en esa época era estratificada con un pueblo llano, sobre el que se situaba la clase militar, los samurái, al comienzo de la era Meiji (1868), que Nitobe cifra en unos dos millones de personas, por encima de ellos los militares nobles, los *daimio*, y los nobles de la Corte, los *kugé*.

De hecho, en numerosas ocasiones se ha exhibido cómo un cliché más en el contexto de esas presentaciones calidoscópicas y tipistas tomadas del pasado al azar, por lo demás bastante planas y sin conexión de la realidad que se hacen del Japón, mientras se presenta una lectura racional moderna y culturalmente adaptada a cada espacio civilizatorio, por el impacto universal que dicha figura cultural ha tenido. El cine es viva expresión de ello.

En el bushido se encarna, y merece ser subrayado, la lectura que su portador tiene de sí mismo, como individuo y aun como clase social dominante. La identidad cultural de una clase guerrera dio paso a un sentido de la violencia honorable y, con ello, también a su modulación, una vez que se hicieron con el poder. Un guerrero se diferencia de un soldado en la mayor autonomía de sus decisiones, en el menor impacto de la disciplina en su proceder que en la actuación militar. El bushido es un código integral que se sitúa en un plano superior a una acción de campo. Tsunetomo habla de cinco juramentos para mantener el bushido:

- Jamás quedarse atrás en el camino del guerrero (bushi) (sentido del deber)
- Ser siempre de utilidad al señor. (lealtad a tu jefe)
- Cumplir con los deberes filiales. (respeto a tus padres)
- Despertar el espíritu de la gran misericordia y (compasión y clemencia)
- Rendir servicio a los demás. (espíritu de servicio)

Los elementos irracionales de los que es portadora no permiten subsumirla acríticamente en categorías, actuales o pasadas, occidentales para más señas, como pudiera ser por ejemplo, el del principal personaje [Don Lope] de *El Alcalde de Zalamea*, por más que no sean referencias del todo incorrectas.

Para entender el Siglo de Oro español no hay mejor proceder que, además de reflexionar sobre fuentes secundarias antropológicas para ir “a hombros de gigantes”, atender también a obras compuestas en ese período (teatro, literatura...). La literatura sobre el bushido es amplísima y expresa puntos de vista de la mano de voces muy diferentes. Desde estos considerando y para discernir de alguna manera lo que es el Bushido, aun a pesar de todos los condicionantes expresados, se han escogido tres grandes clásicos de la literatura japonesa, como fórmula



para escapar de un, por otra parte, inevitable etnocentrismo, así como también un estudio antropológico que sirva de marco para la reflexión. En paralelo se introducirán reflexiones de otros autores para reforzar la propia posición, sin olvidar la existencia de autores con otras posiciones contrarias.

El primero *La Teoría de los cinco anillos* [Go Rin No Sho] compuesto por Miyamoto Musashi, un célebre maestro de la espada, en el siglo XVII, que vivió en un tiempo turbulento, individualizado y de supervivencia. El samurái de entonces está inserto en una cultura de violencia que es fruto de un mundo en guerra del que se está saliendo. Los principios de su propuesta y que resultan válidos para un conjunto singular, resultan asimilables para todo un colectivo. Como resultado, es profundamente asertivo, realista, se le conoce por sus actos, la reflexión le quedaba lejos; “el camino es entrenamiento y práctica”. El honor estaba intrínsecamente ligado al ejercicio de la violencia. La actuación del guerrero es la más expresiva visión de sus cualidades internas. El bushido es de aplicación directa.

No obstante, Musashi sostiene en reiteradas ocasiones la formación integral del samurái: “hay que experimentar con distintas artes” pues esto acude en beneficio del propio arte de la espada. Es un tiempo en que el concepto de bushido, que ha germinado en la Edad Media, comienza a cuajar después de un siglo de guerras civiles que han motivado múltiples reflexiones sobre el mismo.

El libro es un mucho más que un manual de esgrima o una doctrina táctica, como a simple vista parecería, pues se asienta en el arte de la espada en el combate para la exposición de las ideas, pero se redacta para llegar mucho más lejos. Musashi lo define como “una guía espiritual para aquel que quiere aprender estrategia”.

Así para Musashi, una postura es un concepto demasiado estático para resolver los asuntos complejos por lo que propone “*la actitud de la no-actitud*” con la que se responde en cada

caso fluidamente y siguiendo de un modo reflejo los principios axiológicos pero sin variar su esencia. Y subraya “cuando logres aprehender el poder de lo natural, harás tuyo el ritmo de cualquier situación.”

El segundo es *Hagakure*, literalmente “oculto tras las hojas” escrito Miyamoto Tsunetomo en el siglo XVIII, es una obra menos táctica y más reflexiva fruto de un ya tiempo más estabilizado como resultado del establecimiento y aceptación del Shogunato (*Bakufu*) y en el que el neoconfucianismo ha impregnado el ser japonés. Musashi presenta al samurái independiente de cualquier colectivo, mientras Tsunetomo lo hace como parte indivisible de uno; ambas visiones se complementan mutuamente.

Su trabajo, sin embargo, sirve a la estimulación de componente pasional e instintivo de los samuráis y es muy radical. El *Hagakure* es una llamada a una reflexión permanente y hasta obsesiva sobre el sentido del bushido.

Supone una reacción frente a unos tiempos en que la paz se ha consolidado y se proclama un mayor control y una teorización excesiva de lo que antes era, sin más, una filosofía de acción. El gobierno, simultáneamente, trataba de reducir los niveles de belicosidad e incorporar a los clanes en las estructuras de poder. La obra, en sí misma, es precisamente una reacción ante lo que juzga un deterioro de los valores específicos samurái, y que por tanto vienen a ser una definición re-afirmativa de los mismos con sesgos profundamente anti intelectuales. Otros autores de la época inciden sobre este particular.

Y es que la institucionalización y encuadramiento de los samuráis a partir del siglo XVII supuso su atemperamiento y sometimiento a un sistema que contenía unas contradicciones que contribuían a su racionalización, comenzando porque no había tantos puestos en la Administración –una suerte de burocracia de vasallaje– como samuráis.

La función militar desempeñada por estos, a resultas de la paz, se hizo más liviana, llegándose de facto a una cierta

desmilitarización, que convirtió tal función poco menos que en nominal y simbólica, mientras se procedía al rearme intelectual de la casta a partir de fuentes neoconfucianas y se le insertaba en unas estructuras de poder que llegaron a copar. Este cambio generó contradicciones en el sistema, con todos los dilemas emocionales que ello plantea, que se fueron reabsoviendo con el tiempo. De hecho, el teatro japonés de ese período giraba en no pocas ocasiones en torno a la yuxtaposición entre el comportamiento recto (*giri*) y la emoción (*ninjo*).

Se había convertido en guerreros sin batallas que luchar, en una clase que había perdido la finalidad que tenía conferida, lo que explica bien, en un entorno militar apagado, el eco producido por el proceder de los 47 *ronin* que revivían el papel militar de antaño.

Como resultado de todos estos procesos, la violencia como eje de su proceder es paulatinamente sustituida por la contención. Y mientras por un lado promovían una imagen heroica por el otro acentuaban desde el poder establecido los aspectos del auto sacrificio, el estoicismo y la lealtad como convenía al sistema Tokugawa. Además el neoconfucianismo apoyaba el orden social jerárquico, promovía las virtudes de responsabilidad pública y corporativa y, como se ha visto, la lealtad, contribuyendo de este modo a la estabilidad del conjunto del sistema. El honor se basaba más en un escalafonamiento de carácter hereditario que en un premio obtenido como fruto del valor.

Este periodo dio paso, por primera vez, a la aparición de intelectuales samuráis y, con ello, a la conceptualización de su proceder como fruto de sucesivos intentos de auto comprensión. Estos dejan ver la profundidad e intensidad del campo emocional generado. Como resultado, se generó una construcción ideológica tan extrema que permitió la individualidad así como diversas formas de autoestima.

Esta obra es clave pues fue instrumentada durante el periodo nacionalista y militarista que precedió a la participación

de Japón en la Segunda Guerra Mundial y aún en la era Meiji. La lealtad al señor se transformó entonces, *mutatis mutandi*, en lealtad al Emperador y servicio a la patria.

Este era, dicho sea de paso, el libro de cabecera y la obra de referencia del escritor Yukio Mishima, famoso por su espectacular suicidio en 1970 y cuyas reflexiones se encuentran en este trabajo. Este, que haría una larga y célebre introducción a una de sus reediciones, llegaría a afirmar que el libro era “la matriz de su literatura” y que lo tenía “siempre al lado de mi escritorio.”

El *Hagakure* puede verse como el producto de un samurái que reacciona frente a un mundo cambiante cuyos valores rechaza, mientras trata de restaurar en él el espíritu del guerrero - un siempre mítico viejo código, en tanto que en realidad nunca ha existido - y su autonomía moral al tiempo que protegía la autoridad absoluta del señor al que garantiza su entrega completa y sin fisuras.

Es un libro, sin embargo, compuesto por un samurái de provincias y con una difusión ciertamente limitada en su época, por lo que su influencia real entonces es escasa. Se retrata aquí por su carácter expositivo del objeto de estudio y su grandísimo valor antropológico.

El tercero es *El Bushido, el alma del Japón* de Nitobe Inazo, un libro escrito en inglés en 1899 y que, supone todo un ejercicio de concordantismo –explica las pautas del tradicional japonés utilizando el contexto conceptual occidental– en el que continuando con el fenómeno descrito, presenta la cultura samurái como el epicentro de una cultura japonesa que está haciendo un esfuerzo de modernización. De este modo pone al servicio del nacionalismo de la época, el lenguaje simbólico samurái que es explotado políticamente incidiendo para ello en la virtud y la lealtad como atributos distintivos, esta vez, a nivel del pueblo.

Nitobe, que se convirtió al cristianismo y contrajo matrimonio con una dama norteamericana, sin embargo, y como

resultado del esfuerzo de hacer comprensible este fenómeno, presenta unos modelos demasiado modernistas, occidentalizados e idílicos de lo que es un samurái. El bushido no es algo propio de todos los japoneses ni tampoco, como hemos visto, solo un código religioso-moral. Y además no muestra cómo es la puesta en práctica de este camino, del *do* al que antes nos refiriéramos, y que es la base y el objeto del *bushido*, en la medida en que constituye una propuesta de forma de vida y el autor realiza una presentación fundamentalmente expositiva.

Se va a utilizar preferentemente una traducción de la obra realizada por el general Millán-Astray muy contestada académicamente, pero muy interesante desde la perspectiva de la referencia militar que se quiere adoptar para este trabajo. Este, en su introducción, afirma, no solo haber creado el sistema de valores de la legión a través del bushido, sino también haber inspirado en el gran parte de sus enseñanzas morales a los cadetes de infantería mientras fue profesor en la Academia de Toledo señalando, a su juicio, la confluencia de la moral militar española y el bushido. Además considera la obra “un bellissimo estudio del alma heroica del japonés”

El cuarto trabajo es *La domesticación del samurái* una aproximación crítica y antropológica al fenómeno compuesta por Eiko Ikegami con la que se busca una visión más actualizada y científica. A través de la elección de este trabajo, se pretende contrabalancear los anteriores al tiempo que dotarlas de marco histórico y cultural apropiado.

No existe un catálogo de valores que resuma lo expresado por el bushido, un código no escrito, que a su vez reclama actitudes y comportamientos de lo que es toda una etn comprensión. Takizawa, hablaba de benevolencia, rectitud, cortesía, sabiduría, fidelidad, lealtad, piedad filial y cuidado de los ancianos. Nitobe tiene otras, Tsunetomo también. Muchas de las cuales dejan fuera lo que los antropólogos consideran más relevante, el honor.



FEDERICO AZNAR FERNANDEZ-MONTESINOS

Estas virtudes se relacionan dialécticamente con otras adquiriendo en la mente del samurái un significado nuevo. Y si con cinco notas se puede hacer músicas muy diferentes, con los valores, igualmente, se pueden presentar opciones muy diversas pero abordarlos así, por más que simplista, permite ordenar la exposición y debatir sobre su práctica.

#### EL BUSHIDO COMO CULTURA DEL HONOR (MEIYO)

La cultura samurái es una cultura elitista, propia de un grupo social exclusivo asentada sobre el honor. No estamos ante una categoría vacía sino ante toda una etnomentalidad propia de un grupo específico, de toda una comunidad, en la que se inserta un individuo y ante la que responde de su proceder, al menos, nuevamente, en el terreno de los imaginarios.

El honor es un concepto complejo y multidimensional que viene expresado en palabras, símbolos, ritos, formas y comportamientos y que supone un requerimiento personal por más que también sujeto al control de una comunidad.

Este resulta una síntesis de todos los valores preconizados por el bushido, pues cuando se conculcan vienen a provocar una sustracción del honor, una mancha en este. Así sostiene Naganuma Muneyoshi:

“La fe [honor] es fundamental para la cultura y para la guerra. Sin fe el humanitarismo es pura apariencia; la cortesía degenera en adulación; la inteligencia se tiñe de engaño; el sentido del deber está al servicio del aventurerismo, y la valentía se vuelve violencia y rapiña”.

La existencia de un concepto tal, es expresión de una fuerte preocupación por la reputación y dignidad del individuo en relación a un conjunto específico, a una comunidad de honor

(*seken*) ante la que responde por más que la decisión última sea suya; es un sistema de estratificación que prescribe el comportamiento apropiado pero que, paradójicamente, genera tensiones individuo-comunidad al permitir la significación y autonomía de aquel respecto de esta. Su concepción íntima y personal de lo que es el honor le va a permitir así escapar a cualquier norma.

Porque, además el honor samurái, y a diferencia de común del mundo occidental, no viene concedido de fuera, sino que surge de dentro, de la propia identidad, y tiene en ella su principal juez. Es una “postura interna” que expresa la frase *jubun ga miteru*, [yo me estoy viendo].

La evaluación externa del honor queda subordinada a su evaluación interna, por más que la comunidad imaginaria sea su norte. La virtud de su proceder es la preeminente fuente de honor y orgullo. Por eso, “el deshonor es semejante a una cicatriz sobre un árbol que el tiempo en vez de borrar agranda todos los días”. La vergüenza es una desgracia sin solución y, además, mayor con el tiempo.

Estamos ante una suerte de “individualismo honorífico” en la medida que permite la reafirmación e incluso la superación del grupo del que se forma parte en nombre de la columna que lo sustenta y sobre la que pivota. De este modo, el honor, que viene a constituirse en guía última de sus actos, es lo que le va a permitir escapar del comportamiento pautado que le resulta prescrito, actuando como elemento de contradicción y factor último de individualización.

Pero honor y vergüenza se encuentran asociados como un todo dado que, hasta cierto punto, se conjuga simultáneamente. Preservar el honor y evitar la vergüenza deberán ser los criterios que guíen sus actos marcando, con márgenes más amplios o más estrechos, los parámetros de lo que le resulta permitidos.

De hecho, Ruth Benedict en su célebre trabajo *El crisantemo y la espada*, concebido para la comprensión del enemigo en el

contexto de la Segunda Guerra Mundial, considera la propia cultura japonesa como una “cultura de la vergüenza” orientada hacia el exterior, en tanto que con límites tasados para esta y diferente de la “cultura de la culpa”, orientada hacia el interior y propia del mundo occidental.

Los samuráis eran también llamados “hombres con sentido de la vergüenza”. De hecho el sentimiento de vergüenza, el *Ren-chi-shin* era en la educación de la juventud, uno de los primeros en cultivarse. La protección del nombre, el salvar la cara, se convierten de este modo en factores explicativos de su conducta, sin que los parámetros que regulan esta obedezcan a criterios occidentales. Es más, el término honor no era de uso frecuente, empleándose otros tales como *na* [nombre], *men-moku* [comedimiento], *guai-bun* [atención exterior] para referirse al honor. El mantenimiento del honor era pues una muy onerosa carga pero, al mismo tiempo, también y como contrapeso, le daba refugio en los momentos de adversidad, y garantizaba la congruencia y continuidad de sus actos.

Reza el Hagakure: “incluso aunque perdiera mi cabeza, yo no haría una cosa que no debiera”. Con tal afirmación se manifiesta que podía darse un conflicto entre el honor y el orden establecido; y de hecho era una realidad relativamente frecuente que le generaba una angustia emocional extrema.

Esta frase, en cualquier caso, resume el fuerte sentido de independencia personal e integridad, reforzado por las convicciones y autoestima de un samurái llamado al sacrificio desinteresado, a la perseverancia estoica y a la consistencia responsable. Es esto también y como veíamos es lo que le hace guerrero y no propiamente soldado, puesto que los últimos sólo pueden evadir la autoridad de sus mandos, legal y moralmente, en casos muy concretos y tasados.

Así, por ejemplo, durante el periodo Tokugawa, los duelos, *kenka*, se encontraban prohibidos bajo pena de muerte para los contendientes implicados y no afectaba a quienes no tomaban



parte (es la conocida como *kenka ryoseibai*); sin embargo, no contestar a una provocación o no auxiliar a un compañero, le hacía incurrir en público deshonor y afrontar con ello el desprecio de los suyos y hasta de quienes le habían de sancionar de hacerlo.

Las contradicciones entre su ser expresado a través del bushido y su ser público se resuelven a través de la muerte voluntaria; de este modo, simultáneamente, se da testimonio y se exhibe pureza. Esta constituye así la expresión más clara de la conjunción de violencia, individualidad y dignidad contenida y desarrollada en el sentido del honor.

#### HONOR Y MUERTE

El *Hagakure*, es un enfoque emocional de esta cultura de honor y la formula en sus términos extremos. Así, la naturaleza totalitaria e integral preconizada por el bushido y al nivel de compromiso que demanda, dotan necesariamente a la muerte de un papel central en su concepción del honor. Esta idea enlaza, además, con un pensamiento budista que proclama la necesidad de “desprenderse de uno mismo.” Musashi afirmaba al respecto, “*pienso en mí mismo con ligereza y pienso en el mundo con profundidad.*”

Considera la vía samurái como la mismísima vía de la muerte. Por eso el *Hagakure* afirma de entrada y en su primer capítulo: “El bushido es morir... en una encrucijada entre la vida o la muerte es, optar por la muerte... si uno sobrevive sin haber alcanzado los objetivos, puede que sea una muerte en vano o una locura, pero jamás una deshonor. Será más bien la realización del bushido”. Y en otro momento apunta “el mérito de la valentía está más en morir por el señor que en derribar al enemigo.”

De este modo, y es un pensamiento recurrente en la obra, se da más relevancia a la intención que al acto en sí. Y es que a

los actos del samurái, desde esta perspectiva, no les da sentido su finalidad, que es exógena, sino que lo tienen en sí mismos. El honor está en el servicio que se presta, en su ejemplaridad y virtud, y no en el eventual éxito de una concreta acción; esta, queda como una cuestión contingente y periférica. La verdadera victoria no radica en la derrota o la muerte del contrincante. Como apuntara Musashi “vencer es fácil, ser vencido es fácil. No vencer ni ser vencido; he ahí el verdadero Camino.”

Desde esta perspectiva, según el *Hagakure*, la muerte debía ser un concepto central y obsesivo en su vida diaria. Por ello, el samurái debe dedicar todos los días un tiempo a pensar en la propia muerte, a imaginarse literalmente muerto, al objeto de estar preparado.

Estarlo en todo momento, le obliga a cuidar los aspectos pequeños como prueba de esa voluntad: “uno ha de morir todas las mañanas, sin descuidar de hacerlo ni un solo día”.

De esta manera se genera una conducta obsesiva, una suerte de “frenesí de la muerte” que le libraré de efectuar cálculos racionales y le garantiza absoluta libertad en el proceso de toma de decisiones. Estas solo tendrán por norte el objetivo al que sirven y no su propia auto preservación, que es siempre una debilidad en la que se puede incurrir. De facto, sí se neutralizaba uno de los instintos más poderosos del hombre. “Cuando se dude si morir o no, lo mejor es morir”.

Para lograr este fin, hay una permanente llamada a considerar cada instante como único y a desentenderse de las consecuencias de un futuro que no existe ni interesa: “no se necesita nada más que dedicarse al trabajo salvaguardando el pensamiento del momento sin relajar el espíritu. Basta con pasar el momento cuidando el espíritu a cada instante”.

Al darse por muerto el samurái se vuelve literalmente en invulnerable, ganando autonomía y eficacia en el proceso de la decisión, pues solo ha de concentrarse en el objetivo marcado, desprendiéndose de cualquier limitación o consideración



personal. Todo ha pasado a ser irrelevante, salvo su misión. “Aquel que alguna vez ha muerto en lo profundo de su ser, ni las lanzas de Sanada ni las flechas de Tametomo podrán atravesarle”.

“Si luchas dispuesto a morir, sobrevivirás; si luchas intentando sobrevivir, morirás. Si piensas que no volverás nunca a tu hogar, volverás; si esperas volver, no volverás... lucha siempre teniendo a tu adversario en la palma de la mano y no te herirán”.

Esta situación es mejor que el conocido como *Shinimonoguri* literalmente “el frenesí que una criatura que se muere” y que supone una psicosis temporal ya utilizada por diversos pueblos con vistas al combate. Es una lucha a muerte pero por la propia vida y no por un fin superior y distinto.

Muy pocos somos los que escogemos causas para morir, la mayoría morimos sin una causa, cuando menos lo esperamos, por sorpresa, a la fuerza, sin quererlo. La flor del cerezo queda al albur del viento, pero el samurái no.

Por ello Mishima observa influenciado por *Hagakure*: lo importante es el acto y no su la razón. Es mejor designar para la muerte no una causa sino una forma. Por eso escogió una muerte sin causa, una muerte loca. También el pensamiento de Millán-Astray en su apócrifa contestación en el supuesto incidente con Unamuno –su grito “muera la inteligencia, viva la muerte”– encontraría amparo en el *Hagakure*.

Es más, Tsunetomo considera que, llegado a un punto, se debía suspender el juicio racional y entregarse al “frenesí de la muerte” llegando a afirmar: “las personas calculadoras tienden a volverse cobardes... las grandes hazañas no se pueden lograr con el buen razonamiento. Uno ha de perder el raciocinio y actuar con el desesperado y extremo estado de la cercanía de la muerte”.

El suicidio como forma de resolver las contradicciones que se acumulan en el *ethos* samurái viene a ser una muestra



definitiva de autonomía moral y ejemplaridad pública, una ratificación de su honor y del carácter puro y virtuoso de su proceder. Este, con diversas variantes, conocido como *seppuku* pasaba tradicionalmente por la previa exhibición de las entrañas, –lugar en el que se ubicaban las esencias, el alma; aún hoy la expresión *hara o watte hanasu* [abrir el vientre para hablar] sirve para expresa sinceridad– en un espectáculo ritual de autoafirmación y destrucción total.

No obstante, esta ligereza respecto de la propia muerte no se encuentra plenamente resuelta en el bushido. Para empezar, la idea de “frenesí de la muerte” no encaja muy bien en la era Tokugawa en la que se hicieron grandes esfuerzos desde el poder para limitar tales conductas. Al propio Tsunetomo, sin ir más lejos, se le prohibió suicidarse a la muerte de su señor como había solicitado, razón por la que se incorporó a la vida religiosa.

Nitobe –que, recordemos, se había convertido al Cristianismo– discrepa también de tal visión por excesiva y citando a un príncipe de Mito sostiene que morir por una causa no digna no es adecuado, es hasta muerte de perro; y concreta, precipitarse en medio de una batalla y hacerse matar es fácil hasta para un patán, “lo propio del verdadero valor es vivir cuando hace falta vivir y morir solamente cuando hace falta morir”. Esto es defendido por otros autores como Kaibara Ekken este sostenía “morir cuando no debes es despreciar tu cuerpo, y maltratar el cuerpo que recibiste de tus padres es una impiedad. Por otra parte, si no mueres cuando debes morir eso es temer a la muerte y aferrarte a la vida sin servir bien a tu señor”.

LEALTAD. (*CHUUGI*)

La lealtad es para el *Hagakure* el valor central, la cualidad más importante que cabe exigir a un samurái. Esta se sitúa aun por



encima del honor del que precisamente es fuente. El honor en el *Hagakure* es ser leal.

Así vista, la lealtad es lo que pone en valor al siervo y no el éxito en su servicio. Una lealtad que supera lo racional e incluso al propio honor:

“resumiendo a grandes rasgos como ha de ser un *bushi*, se puede decir que el fundamento principal consiste, en primer lugar, en consagrarse en cuerpo y alma al señor. En cuanto a lo que hay que hacer en segundo lugar, además de esto, es ocuparse de reunir en el interior de uno mismo los tres valores: inteligencia, benevolencia y valentía”.

Una lealtad, que para el propio Tsunetomo supera cualquier límite racional y genera, al igual que en el caso de la muerte, un nuevo “frenesí”, una obsesión: “Todo *bushi* ha de repetir “mi señor, mi señor, mi señor” en la oración de la mañana y tardes y a todas horas... no hay ninguna diferencia entre esto y rezar los mantras o pronunciar los nombres búdicos”.

La lealtad se plantea como una suerte de “amor secreto”, de devoción incondicionada hacia el señor que es fruto del libre albedrío. No cabe esperar ninguna suerte de recompensa material u honorífica que la contaminaría. Esta lealtad, como ya se ha señalado, será instrumentada y reformulada con el nacionalismo de la era Meiji y redirigida al Emperador.

La cultura japonesa es conocida como una suerte de cultura de la armonía (*wa*) por los equilibrios que incorpora. Así, existe un concepto japonés altamente simbólico y que no admite traducción directa, como consecuencia de las diferencias culturales. Se denomina *giri*, y representa una confluencia entre honor, deber y obligación. *Gi-ri*, significa, literalmente, razón recta.

Este no implica tanto justicia como reequilibrio, la restitución del orden natural de las cosas, el retorno a la armonía personal y social. Podría asimilarse a una “preocupación o deber moral” y



está referida a la obligación de compensación, al reequilibrio de las relaciones, a una suerte de mutualidad. Está íntimamente ligada al concepto de honor y también a la lealtad, virtudes básicas en un guerrero y asimilables a las virtudes castrenses. Se trata así de lealtad, de devoción, de integridad, de congruencia pero también de bilateralidad y equilibrio.

El *giri* es la obligación moral de cumplir con el propio deber pero lo desborda al sumarle un sentido de retorno, de reciprocidad. Y es que, tradicionalmente, cuando alguien hace algo en beneficio de otro o de la comunidad, se asume explícita o implícitamente la obligación de compensarle por ello, de reequilibrio, y esa obligación no queda liberada hasta entonces.

El *giri* es algo que, de común, se debe a los padres, a los superiores, a los inferiores, a los compañeros y a la sociedad en general. Es, por ejemplo, el concepto *Go'on to hoko* (deuda y servicio) que caracterizaba las relaciones de vasallaje estableciendo la armonía entre señor y vasallo.

En relación con este equilibrio estaba también la institución del *kataki-uchi*, la obligación de venganza, con la que se restituía la armonía tras ofensas graves.

Sin embargo, el *Hagakure*, en las relaciones con el Señor rechaza el *giri* mientras considera impura cualquier fórmula de intercambio. De este modo, desequilibra el sistema con una demanda de entrega completa al señor (“servir al señor es estar muerto para uno mismo”) por el que no cabe esperar ninguna recompensa, pues esta daña la pureza del acto, la generosidad asociada a la lealtad. Nitobe, coincide con tal visión.

RECTITUD, VALOR, BENEVOLENCIA, CORTESÍA, HONESTIDAD; (*GI, YU, JIN, REI, MAKOTO*)

La rectitud, el sentido de la justicia, *Gi* es desde la perspectiva de Nitobe, el principal valor del samurái y lo primero que



debe considerar antes de actuar. Musashi, también y como primera norma, establece “evitar los pensamientos deshonestos” Los 47 samuráis, de los que hablaremos más adelante, eran llamados los 47 *ghisi*, hombres rectos.

La justicia, la rectitud es la piedra angular sobre la que vienen a encajar el resto de los valores propuestos y la que les dota de sentido. “La rectitud es el poder de tomar, sin flaquear, una decisión relativa a una cierta manera de conducirse que se encuentra conforme a la razón: de morir cuando se debe morir, de herir cuando se debe herir”.

El objeto de esta, su intención, es lo que hace pura o impura la acción y esto debe ser de especial consideración si bien el método, el cómo también lo es:

“No se puede tener éxito en las cosas solo por astucia. Hay que tener una visión más amplia. El juicio sobre lo bueno y lo malo no se puede hacer a la ligera”.



Como sostiene Takayama Kentei:



“El cielo nutre a todos los seres sin prejuicios, pues su misericordia es perfecta; está inminentemente libre de amor y de odio... si tu postura no es recta, no podrás tratar a todos con imparcialidad. Por eso se llama justicia a distinguir lo que se ha de hacer de lo que no se ha de hacer y ceñirse a lo correcto”.

No obstante, tal cosa, no siempre fue así. Cualquier método era válido para el logro de los fines propuestos, lo que justificaba una suerte de ética finalista, amparada o justificada en la lealtad y que, en la práctica, permitía casi cualquier estrategia por más cruel, feroz y siniestra que fuera. No obstante, en el *Hagakure* se afirmara “si uno gana de una forma sucia por haber querido ganar a toda costa, es peor que perder. La mayoría de la gente suele perder de forma sucia”, lo cual viene



a ratificar lo anterior. El objetivo de toda lucha, recuerda Musashi es ganar.

Desde la perspectiva noble, rectitud y valor van de la mano, mientras el honor sirve como culminación efectista del conjunto. Así, Nitobe recuerda en su obra que Confucio definió el valor, *yu*, poniéndolo en relación con la justicia: “saber lo que es justo y no hacerlo demuestra ausencia de valor” por eso llega a la conclusión, “el valor es hacer lo que es justo”.

La acometividad del samurái es legendaria: “cae siete veces, levántate ocho”, “si os rompen la espada, pelead con las manos, si os cortan las manos, empujad y derribad con el hombro y, si os cortan los hombros arrancad con la boca los cuellos de diez o quince enemigos de modo que:

“si uno se detiene firmemente pensando que no va a retroceder ni un solo paso, su fuerza será el doble”.



Es algo para lo que, nuevamente, es preciso “cultivar la valentía a diario” pues “la valentía no es otra cosa que aguantar el dolor apretando los dientes y sin pensar en lo que vendrá después”. Es una actitud que, en paralelo, implica otras “el bushido da especial importancia a la instantaneidad por lo que se debe avanzar de lleno sin desviar la mirada hacia los lados”.

Y es que las virtudes heroicas suponen la asunción de riesgos y sufrimientos personales en su concreción. Como sostenía Adachi Masahiro “el elemento psicológico es el dominio de la calma. El dominio de la calma es la mente imperturbable”. Consecuentemente, el bushido preconiza una suerte de imperturbabilidad semejante a la ataraxia estoica que garantice la ecuanimidad y ponderación en todo momento. No obstante, “solo las personas que han sufrido consiguen un espíritu sereno. Es mucho mejor tener bastantes infortunios y desgracias durante la juventud”.

La inmutabilidad es el fin pretendido, en palabras de Musashi: “cuando hayas llegado a dominar el Camino de la Estrategia,





podrás hacer que tu cuerpo sea como una roca y que ni diez mil asuntos puedan inmutarte”. Esta ecuanimidad es clave pues “en la estrategia es fundamental ver lo distante como si estuviera muy cerca, y por el contrario, distanciar lo cercano.

De hecho, permitir que las emociones afloren en público se consideraba una falta de virilidad. La calma en la manera de ser y la igualdad de ánimo, aún en las más difíciles circunstancias, eran altamente estimadas. “No pueden expresarse pensamientos de flaqueza ni en broma”. Así, “para un samurái es un deshonor prestar atención al hambre cuando su estómago está vacío”. Y es que “en el combate contra un rival no se valora el arrojo prematuro; se valora la contención calmada. Esta es la manera de superar a los enemigos”. Estamos ante una mentalidad heroica y por ende profundamente táctica, con todas sus consecuencias. Por eso, “las reflexiones han de durar el tiempo que duren siete respiraciones... las reflexiones sí son largas se pudren... el *bushi* ha de hacer las cosas con prontitud”. Este pensamiento reclama una impulsividad y una falta de meditación poco adecuada para cualquier líder de y opuesta al confucianismo.

Nitobe coincide en esa visión y afirma:

“El trípode que soportaba la armadura del bushido fue llamado *chi*, *jin* *yu*, respectivamente; sabiduría, bondad y valor. Un samurái era esencialmente un hombre de acción.

La ciencia se encontraba fuera del radio de acción de su actividad. De ella no sacaba utilidad más que en lo que se refería a la profesión de las armas”.

El término *bushi* asociado al militar, señalaba inicialmente algo opuesto a *bun*, literato. El propio *Hagakure* sostenía al respecto “las artes lo destruyen a uno. Sea cual fuere el arte que se practique, las personas que son expertas en el arte son artistas y no samuráis”. Pero esta obra es, recordémoslo,

precisamente una reacción frente a las nuevas funciones que han asumido los samuráis.

No obstante, la paulatina imposición del neoconfucianismo acabará por dar paso a una reedición oriental del discurso cervantino de *Las Armas y las Letras* por lo demás consecuente con la dirección del aparato del Estado que como casta habrán de afrontar a partir de la era Tokugawa.

Sin ir más lejos Musashi, ya en siglo xvii se adelantaba en sentido contrario a la reacción del *Hagakure*, recomendaba “no hacer nada inútil”. Por eso hablará del “doble camino de las artes y la guerra”, lo que se conoce como la filosofía del *Bunbu Ichi* [recordemos, *bun*, literato; *bu* militar] que reclama la armonía entre ciencia y conocimiento: “mantén tu espíritu abierto y libre de trabas; observa las cosas desde un punto de vista elevado. Cultiva tu cultura, engrandece tu sabiduría, para desarrollar tu espíritu. Pule con constancia tus conocimientos: aprende las reglas de la justicia social, cuida de distinguir entre el bien y el mal, estudia los Caminos de todas las artes y las técnicas una por una. Y así, cuando ningún hombre pueda engañarte, habrás realizado en la práctica la sabiduría de la estrategia.”

Igual propuesta sostiene Nakae Toju:

“el que ha dominado las artes culturales y las bases marciales sobre la base del humanitarismo y la justicia fundamentales es un hombre noble de muchos talentos, que abarca tanto la raíz como la rama. Es una persona que tiene flores y frutos”.

Esta postura será muy contestada desde el acerbo táctico que insistirá en actitudes militares y centradas en cuestiones tangibles; el propio Nitobe se suma a ella y critica la dedicación a las artes como parte o resultado de su formación, mientras resalta la poca preparación matemática del samurái, su sobriedad, su desprecio al comercio y la riqueza, así como la poca compatibilidad del bushido con el mundo de los negocios.



Como sostenía Takayama Kentei: “la ornamentación invita al derroche; la sencillez produce la frugalidad de manera natural. Cuando las personas son puras y sencillas en esencia, se abstienen de manera natural de hacer lo que no deben”. La humildad y la capacidad para aceptar las críticas se valora positivamente, por más que no sea común. Pero aun pudiendo ser esto así, deberá incorporar otras cualidades que atiendan a la dimensión holística del bushido, a su concepción como un modo integral. Así, “los *bushi* no podrán cumplir con su deber sino expresan valor y si en sus interiores no tienen un gran espíritu misericordioso.” La bondad equilibra el sistema, lo humaniza al tiempo que evita el despotismo. De este modo, la piedad no era un simple estado de la sensibilidad, sino que estaba reforzada por el estado de matar y de salvar”.

Es la generosidad samurái que puede ser tan extrema como la crueldad de la que es capaz para el logro de sus cometidos. Y es que “la amplitud del espíritu misericordioso no tiene límites y llega a todas las cosas. Todo se ha de hacer pensando en que se hace por el señor o por los descendientes. En esto consiste la gran misericordia. Si se castiga desde el espíritu misericordioso, será un acto infinitamente correcto”

El código social japonés se basa en cuatro conceptos clave: la armonía social (*wa*), el culto a la forma (*rei*), la verticalidad en las relaciones (*tata shakai*) y la dualidad entre tus deseos verdaderos y lo que se muestra al exterior (*tate shakai*).<sup>1</sup>

Las formas estilizadas de la cortesía samurái no eran simples indicadores de refinamiento y buena crianza, sino que formaban un lenguaje de poder explícito y directo. “Un *bushi* es admirable si es ante todo y sobre todo correcto en sus modales” ya que “la dignidad se encuentra en la modestia, en la serenidad de la conducta, en ser de pocas palabras, en los buenos modales, en la solemnidad de las maneras y en la luminosidad de la mirada penetrante cuando se aprietan los dientes. Todo esto es lo que

<sup>1</sup> “la armonía social o el concepto de wa”.



aparece hacia el exterior. Es decir, que los cimientos de uno mismo se encuentran en la pureza de espíritu”.

La cortesía supone una apuesta por la armonía y respeto a los sentimientos del prójimo en la más pura tradición japonesa y enlaza con el respeto al rito propio del confucionismo y que también se encuentra en el sustrato del *Hagakure*.

La disciplina espiritual de la etiqueta y la ceremonia no son más que simples vestimentas exteriores, y el rito y el protocolo ayudan a la interacción. El samurái daba expresión con ello la imagen de refinamiento y cultura aludida.

La etiqueta es la que regula las contiendas en el universo viril a cuya exaltación contribuye. En la etiqueta se inserta con naturalidad un código moral. Las buenas maneras no presuponen la obediencia a una voluntad ajena. El lenguaje es el eje de la etiqueta. Por eso “lo más importante de decir las cosas es no decirlas. Cuando uno se propone no decir algo, consigue arreglar el asunto sin una sola palabra. Y cuando sea inevitable tener que decir algo, lo mejor es decirlo con el menor número posible de palabras, y de manera que sea razonable y lógica”.

El samurái es como los espartanos, lacónico<sup>2</sup>, parco en palabras, “cuando debía hablar intentaba decir en una sola palabra lo que ocupaba diez palabras”. El propio Yukio Mishima en la proclama del fatídico día de su suicidio señalaba: “si las palabras se han corrompido es necesario ser fiel a la ética de los samuráis, actuar en silencio”.

Y es que la palabra de un samurái tenía un grado de seguridad y fiabilidad social mayor que cualquier otra, por eso se debía cuidar su empleo. “La palabra de un samurái es más sólida y firme que el metal” porque “nada puede durar mucho tiempo si no se tiene la verdad de su lado”. Es sagrada, decir y hacer es lo mismo.

---

<sup>2</sup> El territorio de Laconia pertenecía a Esparta. En la educación espartana, la *egogé* (ἄγωγή), insistía mucho en que los niños fuesen parcos en palabras y con cierta gracia.



Nitobe, cita el ideograma chino con el que se expresa sinceridad y que supone la confluencia entre palabra y perfección. “*bushi no ichi-gon*”, la palabra dada por un samurái era garantía de una afirmación. Se consideraba hasta de mal gusto jurar –algunos hasta lo consideraban hasta una derogación del honor– y el incumplimiento de la palabra dada podía llevar hasta la muerte (*ni-gon*, la doble palabra).

La mentira viene a ser todo lo que no es verdad –*makoto*– o todo lo que no es un hecho, *honto*. De modo que en ausencia de un mandato positivo contra la enunciación de una falsa afirmación, la mentira no era condenada como pecado, sino simplemente como debilidad y, como tal, considerada grandemente deshonrosa.

Claro que el sentido de lo que es verdad ha de interpretarse en términos culturales, circunscritos a lo que es el mundo japonés y sus complejidades y debe articularse junto a la cortesía como marco, lo cual produce como resultado todo un espectro a cerca de lo que es verdad o no.



#### EL INCIDENTE AKO COMO EXPRESIÓN DEL BUSHIDO

El héroe es siempre una propuesta, una encarnación física, la expresión plástica de unos ciertos ideales preexistentes. La condición de héroe proviene tanto de sus acciones como del valor que los demás les otorgan. Por ello la dimensión heroica varía en cada situación histórica dependiendo de los valores imperantes. El bushido cuenta con sus propios relatos y encarnaciones heroicas por marcadas.

Para que aparezca un héroe, el grupo del que surge ha de tener un grado de cohesión suficiente como para que existan unos valores reconocidos y comunes. Sin valores no hay héroe; sin valores compartidos, precisando más, no puede existir la

ejemplificación heroica. Primero son los valores y después el héroe.

Unos hechos reales ocurridos entre 1701 y 1703, ampliamente recogidos e incluso celebrados desde el primer momento como modélicos, ilustran ampliamente sobre el sentido del bushido a través de su dimensión heroica y permiten el debate sobre sus preceptos. El caso de Oishi Yoshio y sus 47 *ronin* es paradigmático en ese sentido; su popularidad viene a recoger la representatividad característica de la existencia de tal comunidad y lo marcado de los rasgos que representa así como su carácter extremo.

Los sucesos ocurridos en esa época comienzan con una disputa entre Kira Kozukenosuke Yoshinaka, maestro de protocolo en el shogunato y el señor Asano, daimio, que había sido comisionado por el shogun para entretener a los enviados de la familia imperial. Surgió una disputa entre ambos, presumiblemente porque Asano consideraba que las enseñanzas de Kira eran parte de su deber, mientras este esperaba una suerte de remuneración por ellas. Asano consideró que aquel le había insultado y le hirió con su sable atacándole con furia en el castillo del Shogun en Edo.

Tal hecho era de una gravedad extraordinaria como también lo era que hubiera fallado en su propósito (*fukaku*, incompetencia militar). El shogun le condenó a muerte por *seppuku* y disolvió su casa (o-*ie*), exonerando a Kira, lo cual era conforme a la ley *kenka ryoseibai*, ya aludida. Esto se produjo en menos de 24 horas y provocó la protesta de uno de los investigadores.

Sus vasallos, liderados por Oishi Kuranosuke Yoshio, el chambelán de la Casa, consideraron que la resolución era injusta, no porque su señor fuera inocente, sino porque no se había sancionado a Kira, que era quien había provocado la situación. Ante tal circunstancia, decidieron no suicidarse como

hubiera sido lo correcto para evitar la humillación, al objeto de poder vengarse. Por ello entregaron el castillo familiar sin ofrecer resistencia.

Al disolverse la Casa de Asano, sus vasallos se transformaron en *ronin*, samuráis sin amo. No obstante, Oishi emprendió negociaciones con el shogunato y trató de restituir la Casa a través del hermano del difunto líder. Sin embargo el *bakufu* no accedió por lo que sólo le quedaba ya vengar la afrenta.

Para evitar sospechas de su predecible propósito, fingió una conducta disoluta. Dilapidó toda su fortuna en el “*mundo flotante*” (*geishas* y alcohol) y se divorció comprando una joven concubina; de este modo también dificultaba cualquier represalia sobre el resto de su familia. Uno de los suyos hasta contrajo matrimonio con la hija del constructor de la mansión de Kira para obtener sus planos.

Hay una escena en la producción cinematográfica nipona de 1958 sobre la epopeya –desde el principio la historia pasó al teatro kabuki con gran éxito; se han hecho múltiples producciones, más o menos inspiradas– que resume el momento. En ella con luz de tarde y mientras un imperturbable Oishi y su hijo mayor se dedican a faenas agrícolas, su mujer, de la que se ha divorciado, y el resto de su familia abandonan el domicilio familiar, que han perdido por deudas. En un momento dado su hijo se incorpora y contempla con evidente tristeza la escena. Oishi, conmovido, le pregunta entonces, si quiere irse con la madre, si quiere vivir. Su hijo responde haciendo profesión de fe. Al mantenerlo consigo –como procede por ejemplaridad, pues es el líder– de facto, le condena a muerte.

La película es una exposición didáctica a cerca de lo que es el bushido, su práctica y los valores de los que hace prédica, realizada con una delicadeza y cuidado notorios.

A lo largo de año y medio aproximadamente preparan la venganza. Y en el segundo aniversario de la muerte de su señor 47 de ellos, asaltan la casa de Kira cogiendo completamente



desprevenidos a sus guardianes. Lo apresan y tratan de convencerle durante toda la noche de que se suicide; al negarse este le cortan la cabeza y marchan con ella al templo Sengakuji donde estaba enterrado su señor, entregándose después a la justicia. Esta, al cabo de 47 días les condenó a muerte por *seppuku*, excepto al más joven.

El hijo de Oishi fue el primero en suicidarse. Merece reseñarse que para la ocasión, ninguno de ellos compuso un poema especialmente notable (*haiku*, era preceptivo) ni tampoco, a juicio de los oficiales presentes, ejecutó un suicidio que resulte digno de especial mención. Fue un mero acto de trámite.

La epopeya de los 47 *ronin* es expresión de dos de los valores específicamente tratados *Gi*, justicia y *Chu*, lealtad; de hecho esta es conocida como *chu-shin-gura* (la historia de los vasallos leales) así como también ellos por el ya citado nombre de *gis-hi*, los hombres rectos. Ellos fueron considerados héroes por la comunidad samurái, esto es, una ejemplificación viviente de los valores samuráis, en un tiempo de transformación en el que buscaban sentido como clase social. Oishi demostró, por su capacidad de trascender la presión de los valores tácticos, su condición de líder estratégico. Y el shogunato al dictar su muerte, premiando el orden sobre cualquier otra consideración, permitió completar la historia.

La epopeya de los *Chusingura* es expresión de la fricción entre la Ley y el sentido del honor samurái. Sin embargo, no se atiene al canon fijado en el bushido por más que su apelación a la lealtad le permita trascender del mismo.

Tsunetomo, la critico expresamente en base a consideraciones tácticas. A su juicio, ellos debían ejecutar su venganza con inmediatez y no demorarla como habían hecho; incluso Kira, que ya era anciano, podía haber fallecido. El éxito no era relevante y sólo con la intención bastaba. Tampoco, a su juicio, debieron entregarse en Sengakuji, sino suicidarse sin más allí.





La posibilidad real de que fuesen perdonados y salvaran la vida, era innoble.

La insumisión de los 47 *ronin* ante el imperativo legal es una clara expresión de nostalgia por un pasado glorioso en un país que abandonaba definitivamente el feudalismo para sumirse en la modernidad. Una clase social ha asumido el poder y, al mismo tiempo, se ha quedado sin lo que era su función característica y definitoria, la militar, como consecuencia de la paz. Esta debe asumir nuevos cometidos, en una Administración llamada a limitar la violencia existente por más que sean precisamente sus miembros sus portadores.

#### A MODO DE RESUMEN

El bushido es una etnomentalidad que, por más que haya adquirido hasta un significado mítico, lejos de permanecer inalterada, ha experimentado todo un proceso de transformación a lo largo de la Historia. Durante el periodo Tokugawa se reformulará de nuevo con un mayor énfasis en la formación integral y de las dimensiones espirituales de la personalidad, aunque en detrimento de la gestión de la violencia. No es la cultura de la sociedad japonesa de entonces y menos aún de la actual por más que, como ideal, haya contribuido a ella.

Lo mismo ha pasado con los valores militares en Occidente y sin embargo, el *desideratum* de Calderón de la Barca sigue contribuyendo a su clara representación hoy. Es más, todos los valores, actitudes y comportamientos representados por el bushido se encuentran expresados en el texto de Calderón de la Barca porque unos y otros obedecen a un tipo ideal que, para mayor abundamiento y en tanto que tal, resulta trasponible a la sociedad general.

Este carácter ideal y la posibilidad de encuadramiento de grandes contingentes humanos a través suya ha motivado,

que tanto el bushido como los valores militares, hayan sido instrumentados tanto por el imperialismo como por los nacionalismos. No por casualidad, la primera película japonesa sobre los 47 *ronin* es de 1941.

Los valores preconizados por el bushido son comunes a las Fuerzas Armadas: honor, lealtad, rectitud, valor, benevolencia, cortesía, honestidad. Estos a su vez generan unas actitudes que también lo son: imperturbabilidad, laconismo, inmediatez, previsión, paciencia... si bien en los comportamientos como el referido a la muerte son sensiblemente diferentes por cuestiones de signo religioso y cultural que median en su aplicación.

Pero la instrumentación de la propia muerte, con toda su vistosidad y efectismo, es una cuestión metodológica que no tiene que ver ni con valores ni con actitudes sino con comportamientos que en Occidente no caben por contravenirse principios religiosos básicos.

De hecho y pese a su enorme visibilidad y centralidad práctica, la muerte —muestra extrema de voluntad y ejemplaridad— desde la perspectiva y conceptualmente, es un elemento periférico por más que estratégicamente sea capital en tanto que factor de legitimidad, así como por la consistencia y eficacia con que esta lógica dota a las acciones.

La idea de ser invulnerable por encontrarse ya muerto asociada a la lealtad como elemento de trascendencia y justificación, incide tanto en la acometividad como en la eficacia de la acción.

El ejemplo del vicealmirante Takijiro Onishi es definitivo, cometió *seppuku* tras la rendición del Japón para “expiar la responsabilidad que me toca en el fracaso para conseguir la victoria y disculparme por las almas de estos pilotos muertos en combate, así como con sus familias” y su Comando de Acción Especial (kamikaze) es un ejemplo altamente exitoso de tal concepto autolítico.

El bushido, que no se puede desentrañar del entorno cultural del que surge, como también lo es el estilo militar occidental, es una forma integral de vida, es un camino, una práctica, que se fundamenta en la internalización de valores a través de largos procesos de endoculturación y de su práctica hasta obsesiva, en todos los aspectos. Es algo más que una doctrina o una moral. No queda definido por una serie de virtudes o patrones de comportamiento de aplicación lineal, sino que es mucho más que eso y reclama una aproximación práctica omnicomprendensiva y étnica.

El honor samurái, no viene concedido de fuera, sino que surge de dentro, de la propia identidad, igual que la lealtad y la verdadera disciplina, y tiene en ella su principal juez por más que este haya de responder ante su comunidad por sus actos. Es una “postura interna” y una fuente de individualización que le confiere una suerte de individualismo honorable en una cultura de signo comunitarista.

El honor le va a permitir escapar legítimamente de cualquier norma y, aun, de su propio grupo de control. El *bushi* es así un guerrero y no propiamente un soldado porque los márgenes de actuación con que cuenta, tanto legales como consolidados a través de la costumbre, son mucho más amplios en términos de disciplina. Es, por naturaleza y por su capacidad de trascender al grupo del que forma parte en atención a sus convicciones internas, un líder.

Como en el siglo xvii escribiera Matsuo Basho: “*hierbas de verano, es cuanto queda de las visiones de los soldados*”.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Porras, José María, *El factor humano en la empresa*. Ediciones Deusto, 2000.  
Moral, Félix; Mateos, Araceli, *El cambio de las actitudes y los valores de los jóvenes: un estudio longitudinal*, Instituto de la Juventud, Madrid, 2002.



FEDERICO AZNAR FERNANDEZ-MONTESINOS

- Mishima, Yukio, *Lecciones espirituales para los jóvenes samuráis*. La Esfera de los libros.
- Cleary, Thomas, *La mente del samurái, Una antología del bushido*, Ed. EDAF 2009.
- Gerras, Stephen J. Wong, Leonard. *Changing minds in the Army: Why it is so difficult and what to do about it*, United States Army War College Press.
- Palacios, Isidro-Juan, *Introducción en Mishima, Yukio. Lecciones espirituales para los jóvenes samuráis*. La Esfera de los libros, Madrid, 2001.
- Ikegami, Eiko, *La domesticación del Samurái*, Ed. Anthropos, Madrid, 2012.
- Ejército del Aire, *Doctrina de Liderazgo y Valores*, 2015.
- Tsunetomo, Yamamoto, Hagakure en Hitoshi Oshima, *La vía del samurái*, Ed. La esfera de los libros, 2007.
- Ros, María, *Valores, actitudes y comportamiento: una nueva visita a un tema clásico en Ros y Gouveia (coord.)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- Mushashi, Miyamoto, *El Libro de los Cinco Anillos*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2004.
- Nitobe, Inazo, traducción del general Millán Astray, *El Bushido, el alma del Japón*, Gráficas Ibarra, 1940.
- Hernández Pachecho, Javier, *Oficial y caballero. El paradigma militar en una cultura posheroica*, Monografía 127, CESEDEN.
- Clements, Jonathan, *Los samuráis. Historia y leyenda de una casta guerrera*, Ed. Crítica.



APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA  
A LAS FUERZAS ARMADAS

Jesús Ignacio Martínez Paricio  
*Doctor en Sociología*

En las páginas que siguen desarrollo las principales líneas argumentales que caben extraer de los diferentes estudios realizados desde hace más de una década sobre las opiniones y actitudes de los integrantes de la carrera militar en España y en algunos países de la Unión Europea que de forma más directa pueden representar un referente comparativo.

En algunas ocasiones he realizado las investigaciones sociológicas que me han solicitado como director y en otras he participado como colaborador. En cualquier caso la mayoría de las encuestas las desarrollan anualmente diplomados en Estadística y Sociología de los ejércitos y son de uso oficial para fundamentar el proceso de toma de decisiones, son por tanto para uso interno de la organización y no se abren a investigadores sociales salvo que estos las soliciten.

He fijado mi atención, de manera especial y en este momento en los casos de Alemania, Francia, Italia, Portugal y Reino Unido. He podido comprobar en múltiples ocasiones la utilidad de las encuestas, a pesar de sus limitaciones. Los datos y números son importantes, pero también son insuficientes. Los números son más significativos cuando van en el mismo sentido que los comentarios de los militares. Además he tenido en cuenta otros tipos de datos e informaciones de carácter subjetivo.

Siempre que he podido he contrastado las conclusiones a que conduce el análisis con militares de los países citados. En ocasiones lo he realizado de manera oficial; en otras, las más, de

manera cómoda y en un clima de confianza y franqueza mutua. En ningún caso han sido comentarios *robados*. La confianza demostrada habría sido traicionada y la conversación habría durado poco, nada.

Reconozco la oportunidad que para mí, como analista, ha supuesto haber participado en la constitución de la *Red*, primero, y en la firma después de la *Carta de Klingenthal* (Estrasburgo). En los últimos años y durante una semana de gratificante vida claustral, en la *Maison du Directeur* de la antigua fábrica de armas blancas del siglo XVIII situada en Klingenthal, he tenido la oportunidad de conversar sobre todo con militares franceses y alemanes, de diferentes graduaciones y edades.

En esas semanas he coincidido con una lista larga de militares de diecisiete nacionalidades entre los que se encontraban también militares españoles venidos para la ocasión, o que estaban destinados en Estrasburgo. No ha sido el único lugar donde me he informado. Ocasión importante ha sido las reuniones de tutores de los cadetes de la Academia Militar de Saint-Cyr Coëtquidan. Allí coincidí con militares tutores de un amplio número de países.

#### CLIMA DE OPINIÓN ENTRE MILITARES EUROPEOS

La idea repetida, en la que coinciden todos los militares, es el desconcierto. Esta situación deriva del ejercicio diario de la profesión militar y surge de la acumulación de reformas que afectan a las partes consideradas esenciales de la misma. Algunos militares se consideran a sí mismos y por la fuerza de los hechos como óptimos gestores o directivos en medio de la falta de información, del desconcierto. Sin haber dado tiempo a comprobar los aciertos o los errores de las transformaciones realizadas, perciben que se les imponen permanentemente nuevos cambios, nuevas adaptaciones. Naturalmente saben

que es imprescindible adaptarse a los nuevos escenarios de crisis o conflictos y aceptan las consecuencias. Reconocen que de no adaptarse se habría llegado a una situación insostenible en los ejércitos.

Pero echan en falta que no se haya explicado con mas detalle las condiciones y requisitos del cambio y no tanto hacia los propios militares, como hacia el resto de la sociedad. La explicación habría sido más contundente si los políticos responsables hubieran aparecido explicando, junto a militares, los aspectos profesionales que suponían los cambios propuestos. Echan en falta mas información y transparencia.

Todos los encuestados se sienten afectados en algún aspecto de su vida profesional por las adaptaciones. En ocasiones anteriores los cambios afectaban a unos mas que a otros. Ahora, en este cambio de época, y en Fuerzas Armadas profesionales todos los militares de todos los empleos están implicados. Como se dirá más adelante y como conviene resaltar dada la insistencia que hacen los militares en este punto, las consecuencias de los cambios no terminan en la vida militar, afecta a la familiar y van más allá de las bases militares.

Todos consideran que las exigencias de los cambios en su profesión les afectan y les condiciona además tanto en su vida personal, como en la familiar. La mayoría reconoce que se produce una interacción en la que las exigencias de la una condicionan las obligaciones de la otra y viceversa.

Esto no es algo nuevo. Este tipo de problemas derivados de las adaptaciones orgánicas siempre afloraban en las conversaciones con y entre militares. Se asumían antes como una carga inherente a la profesión. La diferencia es que ahora aparece y es percibida como algo fundamental que es consecuencia del cambio permanente. De esta nueva percepción se derivan problemas nuevos que los gestores de los recursos humanos de los ejércitos deben considerar como prioritarios. Los militares son conscientes de que la opinión pública también ha cambiado

en relación con los asuntos de la seguridad, la defensa, los ejércitos y de ellos mismos derivado fundamentalmente por las misiones internacionales.

En unos casos el cambio se ha producido de manera favorable. Al comparar las opiniones públicas de diferentes países, en unos casos se ha reforzado el prestigio militar por el sentido y el resultado de las operaciones militares en el exterior. En otros no ha crecido, se ha estancado, o incluso ha disminuido pues para algunos ciudadanos concretos sus militares están al servicio de una organización internacional con la que no se identifican o se sigue percibiendo como ajena.

En cualquier caso las opiniones en la población civil distinguen entre operaciones de paz, valoradas siempre de forma positiva, y operaciones de combate donde predominan las dudas, al utilizar armas letales y poder producir muertos o heridos, en ese caso la opinión se divide y tiende a ser desfavorable. Como resumen final, la opinión favorable no está exenta de cierta indiferencia.

Cuando estos datos son presentados a los militares y se les pide una valoración de los mismos, de esa indiferencia, se muestran de acuerdo y no son pocos los que se muestran muy críticos. Consideran que son unos desconocidos en sus propias sociedades europeas, incluso en aquellas en las que tradicionalmente gozaron de un significativo prestigio. Una razón del anonimato que comienzan a percibir se debe a la reducción y concentración de unidades en unos pocos puntos geográficos. Es una consecuencia y no es la única del proceso de modernización de los ejércitos. Este hecho comienza a suponer la ausencia de lo militar en la vida cotidiana en muchas zonas. Su presencia había sido vista como normal por la mayoría de sus conciudadanos en determinadas áreas.

Les parece el resultado de un proceso de cambio dentro de la sociedad que no se puede parar. Le llamábamos al principio de este libro, de lo sólido a lo líquido y de lo líquido a lo gaseoso.



Sociedad “gaseosa”. No es fácil aceptar el desplazamiento social en el sistema de referencia de una sociedad que se rige por otros valores o unos valores que cambian. A los militares que tienen una fuerte cultura militar y un sólido código ético, les incomoda ver como algunos valores se disipan en esa sociedad líquida, pero reconocen que no tiene sentido ir en contra de la corriente. Tampoco podrían hacer mucho más. A fin de cuentas otras profesiones y otras instituciones han pasado por el mismo proceso.

El militar es un ciudadano más y es un servidor público. La interesada ignorancia de semejante evidencia es algo que molesta a los militares. La idea de que los militares son diferentes al resto de ciudadanos es una opinión que pertenece al mundo de los estereotipos y prejuicios. Es totalmente ajena a la realidad.

Por otro lado, comienzan a sentir la necesidad de reclamar la compensación por los desplazamientos forzados, cambios permanentes de destino o ausencia de domicilio por ejercicios y operaciones y pensar en esas posibilidades y recursos que les separan y diferencian no tanto del mundo de la empresa, como del mundo que componen los otros funcionarios del Estado. Los militares se reconocen pragmáticos y no pretenden lo imposible. Cuando hacen comparaciones siempre las hacen con las profesiones y ocupaciones que consideran de su mismo nivel, en este caso otros servidores públicos.

Crean que su formación para afrontar la complejidad técnica y el uso adecuado de unos sistemas de armas altamente tecnológicos y de material sofisticado requiere reconocimiento y equiparación. Las formas nuevas de hacer frente a las misiones, que van más allá de un campo de batalla cada vez más complejo e impredecible, la cooperación con militares de otros países y la colaboración con otros profesionales no militares y el trato con los civiles no puede ser responsabilidad de unos militares que no estén especialmente preparados para cualquier escenario,

misión o contingencia. La mayoría de las misiones se realizan entre poblaciones y para las poblaciones siendo éstas el centro de gravedad de las mismas. Es por ello que la palabra, el afecto, la comprensión, conocer la cultura local o la colaboración son aspectos que destacan los más experimentados en nuevas misiones.

Los tiempos actuales añaden dificultades nuevas y eso lleva a sugerir la necesidad de incluir en la nueva consideración de la profesión militar aspectos que antes habían permanecido en segundo plano. En este punto los militares requieren mas comunicación interna y añaden ejemplos de las campañas de información que protagonizan las empresas cuando quieren vender una nueva idea o proyecto entre sus empleados. Reclaman por ello mas información y transparencia. Destacan, no obstante, algunas innovaciones y creación de organismos y consejos que tienen encomendado el análisis de la nueva realidad influyente en la vida militar.

Muchos ejércitos europeos han creado, o ya los tenían, órganos de investigación sociológica y consulta semejantes. Sin embargo, se valora de forma positiva la posibilidad que tienen los militares de algunos países para poder expresar sus preocupaciones y que sean escuchadas por las autoridades correspondientes. Surgen críticas cuando reconocen que algunas de esas nuevas organizaciones, consejos de personal, comités etc, desempeñan un papel meramente formal. Las quejas se mantienen cuando consideran que sus peticiones parecen no tener respuesta.

Muchos coinciden en señalar que la vida militar se debe presentar de forma atractiva sin ocultar sus exigencias, ni la dureza del trabajo que conlleva. Sin contar que no solo se verán involucrados en operaciones de mantenimiento de la paz, sino en otras mucho más exigentes, que conllevará el empleo de sus capacidades militares y que les podrán poner en serio riesgo. Se reconoce el fracaso de esfuerzos publicitarios que mostraban

solamente el lado amable de la profesión y se concluye que la realidad siempre termina por imponerse.

Consideran que una adecuada gestión de las expectativas para evitar la frustración, junto con la mayor transparencia e información se convierten en la mejor y más eficaz herramienta del sistema. Si se produce un error de planteamiento en el sistema se contribuye a disminuir el potencial atractivo de la opción profesional militar para los candidatos. Se destaca que en contra de la publicidad amable, la acción, el cambio de destino, asumir el riesgo y la aventura es consustancial con una parte importante de los jóvenes interesados. Lo incómodo pero real es creíble y atractivo. Lo contrario crea dudas y estimula la desconfianza, el alejamiento.

En este punto, que no es el único, se produce una clara confrontación generacional entre los militares. La divergencia consiste en si lo militar tiene que adaptarse sin más a las normas y exigencias que impone la sociedad actual para no quedar al margen de la misma, o en si la profesión militar debe mantenerse fiel a unos principios y valores, a una ética militar, a una historia y una identidad de la que todos o la mayoría se sienten orgullosos. No todo lo pasado fue mejor, ni todo lo por venir supone gratificación sin cuento. No les supone ninguna novedad reconocer que también ahora se siguen dando una diversidad de razones por las que se quiere y se es militar.

Se reconoce que los argumentos para ser militar van desde el más concreto pragmatismo, hasta el voluntarioso altruismo y vocación de servicio a la sociedad, a la Patria. Tampoco faltan los que reconocen que son militares sin saber muy bien la razón por la que en su momento optaron por serlo, demasiado jóvenes quizá. También hay militares que reconocen, sin extrañarse, que descubrieron el verdadero sentido de la milicia, de su profesión pasados ya varios años de servicio en los ejércitos.

En las respuestas que miden la satisfacción e insatisfacción de los militares de los distintos ejércitos europeos se puede

observar una clara coincidencia. A pesar de las diferencias de cada país, la profesión militar presenta motivaciones cada vez más parecidas que explican las razones por las que se es militar. El tipo de trabajo, el espíritu de servicio, las relaciones que se establecen en los momentos de dificultad, el compañerismo y la cohesión en y entre los grupos, son argumentos que aparecen mencionados con mayor frecuencia como rasgos gratificantes de la vida militar. El sentido de pertenencia a una organización con una misión esencial es también considerado.

No hace tanto tiempo el factor positivo que solía ser más citado en esas encuestas era la seguridad en el empleo y en el progreso en la carrera y el contar con una pensión asegurada. Sin embargo las opiniones en este punto han cambiado y no son unánimes, ni tampoco tan favorables las respuestas. La seguridad que tanto se valoraba hace unos años ha dejado paso a la incertidumbre particularmente en los militares con contrato temporal o aquellos permanentes que no ven claras sus oportunidades de carrera profesional. Son razones que también tienen que ver con las condiciones del trabajo y con el impacto negativo del trabajo sobre la vida personal y familiar, y a veces las dificultades de conciliación familiar.

Muchos citan el desfase percibido y comprobado del desigual nivel retributivo en comparación con los funcionarios de su mismo o equivalente nivel sin que éstos sufran las duras condiciones de la vida militar. Otro grupo de razones críticas se refieren a la no proporcionalidad entre las exigencias y los riesgos de la vida militar y la retribución económica que se percibe.

Un caso especial es el caso de los militares con contrato temporal, no los permanentes, que no tienen garantías de que puedan continuar, aunque sea de otra forma en los ejércitos, después de los 45 años cumplidos. Mencionan la última exigencia de los soldados: quieren el compromiso de que se les facilite la conciliación familiar.

LA SITUACIÓN FAMILIAR COMO ELEMENTO DETERMINANTE

La familia de los militares ya no responde a la imagen tradicional que se podría tener en el pasado. En el caso de los militares más jóvenes las diferencias son notables cuando se compara con los militares de mayor graduación y mayor edad. El militar es un ciudadano más que responde a los rasgos de la sociedad de su momento. Como en el resto de la sociedad, los más jóvenes se caracterizan y se rigen por unas señas de identidad que cada vez son más diferentes entre sí. En su momento los divorcios comenzaron a ser más frecuentes en las Fuerzas Armadas. En muchos casos el motivo de la ruptura fue el aumento de la movilidad de los militares por cambio de ubicación de las unidades en caso de adaptaciones orgánicas y en otros muchos el obligado cambio de destino al producirse el ascenso o al finalizar el tiempo de destino estipulado. Ese fenómeno se incrementó cuando se generalizaron las operaciones en el exterior de seguridad internacional y los largos periodos de adiestramiento previo a su desarrollo.

Las estructuras familiares que están presentes en las sociedades modernas presentan formas diferentes y en esto los militares ya no son una excepción en absoluto. El militar que vive en una familia tradicional se ve acompañado por compañeros o compañeras divorciadas, que tienen la responsabilidad de atender a los hijos sin ayuda de su pareja, que conviven con parejas sin una regulación reconocida legalmente, o con parejas de militares homosexuales, lo que es normal en los ejércitos y no supone problema alguno. Son situaciones que resultan normales en la vida cotidiana de la población civil y que resultan igualmente normales en el mundo militar actual.

La reducción y concentración de unidades militares, las misiones en el exterior, los cursos de especialización, las maniobras o embarques prolongados crean una situación conflictiva en las familias de los militares sea cual sea la forma en la que

se presenten. Al coste afectivo que suponen estas separaciones continuas se suma la difícil gestión de los problemas cotidianos que se producen en la vida de las familias que tiene que asumir uno solo de los progenitores o de la pareja. Además, las indemnizaciones por comisión de servicio son consideradas por la mayoría como insuficientes por llevar años sin actualizarse.

#### ANTE LA OPINIÓN PÚBLICA Y LA PROPIA OPINIÓN

Las encuestas reconocen los cambios formales y también los cambios convencionales que se están produciendo en los ejércitos y entre los militares. En unos casos la opinión es favorable, en otros no tanto. La valoración por lo general es muy alta de las Fuerzas Armadas y de sus misiones y algo menor de la profesión militar. También suele ser alta la desviación típica de esa opinión. La medida estadística confirma que se mantienen las posturas encontradas al valorar el papel de la seguridad y defensa, lo militar y a los militares. La improbabilidad de enfrentamientos entre ejércitos tras el final de la Guerra Fría, la imprecisión de las amenazas que no son bien explicadas, la aparición de nuevos riesgos que buena parte de la población no reconoce y si lo hace no entiende que sea competencia de los ejércitos, son factores que terminan justificando el desinterés sobre estos asuntos por la mayor parte de los ciudadanos. La estabilización de la opinión positiva termina por crear indiferencia, como hemos mencionado, por todo lo que tienen que ver con la defensa y la seguridad. Los medios de comunicación se interesan por estas materias de manera muy concreta y coyuntural y solo cuando la noticia es negativa.

Los militares cumplen con sus obligaciones en misiones permanentes 24/7 los 365 días del año o en operaciones internacionales en condiciones que no son fáciles y tampoco

cómodas. A pesar del esfuerzo extraordinario no reciben la compensación intangible que les supondría el reconocimiento de sus conciudadanos a su servicio. “Gracias por vuestro servicio”, sería una frase muy reconocida y apreciada por los militares. La excepción suele ser el resultado de una intervención concreta, por las bajas sufridas en una operación o por un comportamiento excepcional o heroico. Las quejas de los militares ante el silencio informativo se producen porque se pierde una y otra vez la oportunidad para explicar el papel que desempeñan los ejércitos en el complejo escenario internacional y en el servicio diario en beneficio de la Seguridad.

También se destaca que un escándalo causado por unos pocos, o por una única persona y reprobado en cualquier caso por los propios militares termina ocultando el trabajo silencioso, ejemplar y continuado de la mayoría.

La queja se acompaña del argumento de indefensión pues no pueden acudir a la prensa, ni a los tribunales en defensa de su honor y tampoco se ven protegidos por las autoridades políticas responsables.

Es como si la heroicidad silenciosa y desapercibida debiera constituir lo que debe ser normal en la vida militar, como indica el verso de Calderón: “ni pedir, ni rehusar”.

Por el contrario, todo posible error resulta incomprensible e inaceptable por lo sociedad. Doble escala de medir en cuanto a otros grupos sociales. En esta excentricidad se considera al militar como un profesional que se debe guiar por un sistema de valores sin fisuras y sin posibilidad de debilidad alguna, la esencia de su misión así lo requiere. Un profesional excepcional, donde la lealtad, la fidelidad, el sentido del deber esta por encima de todo. Por ello la tabla de medir es tan estricta pero en algunos casos injusta.

La fidelización se considera objetivo central en la política de personal de los ejércitos. Se asume que no todos los que ingresan pueden concluir su vida laboral en las Fuerzas Armadas

pues tienen contratos temporales sucesivos. Los militares con contrato temporal asumen que al concluirlo, al cumplir los 45 años o antes por resolución del mismo, deben abandonar el servicio. También se entiende, pero socialmente no se acepta el abandono del servicio por parte del militar con contrato temporal. No obstante suelen ser militares que pueden tener como objetivo recibir una formación y especialización que les abra las puertas de un empleo en el sector privado, pero no representan la mayoría.

Sin embargo, el abandono del servicio al finalizar unos de los contratos temporales y sin deseo de renovarlo de militares que podrían permanecer en filas o incluso militares permanentes también surge. Se reconoce que el sector civil de la economía resulta más ventajoso para un profesional que tiene una formación, especialización, y han asumido un estilo de vida militar donde el compromiso, la lealtad y la responsabilidad esta por encima de todo. También sucede en militares de empleo de oficial o suboficial, que han demostrado valor, determinación y decisión en situaciones difíciles y en operaciones y que asumen la disciplina y el esfuerzo como algo consustancial con su trabajo y esto es muy valorado por las empresas.

Se reconoce que también se debería utilizar la táctica de proponer la *empleabilidad* del que haya sido militar. Recalcan la idea del reservista de especial disponibilidad, una vez que el militar abandona el servicio señalando que mediante este procedimiento recibe una remuneración hasta su edad de jubilación. Para estos reservistas que fueron militares no permanentes, pertenecer a las Fuerzas Armadas les resulta una forma más de reforzar su curriculum. Pero lo mas significativo es que la mayoría desearía continuar en las Fuerzas Armadas aunque fuera en puestos vacantes de personal laboral del Ministerio de Defensa.

Hay otro argumento que explica la rescisión del contrato sin renovarlo y que tiene que ver con la cada vez mayor dificultad



para acomodar la vida militar y familiar. Si la profesión militar supone nuevas exigencias, el trabajo de las mujeres de los militares, que en muchos casos supone el mayor sueldo que entra en la familia, aporta una dificultad añadida al no poder acompañar a su pareja a los nuevos destinos en distintas ciudades. La creciente movilidad de los militares supone para su pareja tener que renunciar al trabajo o asumir la separación temporal para mantener la estabilidad familiar.

Los cambios de destinos son muy frecuentes derivados del sistema de gestión de personal, de la carrera profesional y de cobertura de los destinos. En el caso de militares con hijos a su cargo la conciliación familiar resulta cada vez más difícil. A los costes de alojamiento, en determinados destinos están por encima de las indemnizaciones que perciben, se añaden las dificultades que supone la escolarización de los hijos y el cambio de colegios. A diferencia de los funcionarios públicos donde la movilidad suele incidir solamente en las categorías superiores y se produce por lo general en los primeros años de ejercicio profesional, en las Fuerzas Armadas la movilidad profesional afecta a todos los militares sin distinción. Es una movilidad que se mantiene a lo largo de toda su carrera. Una vez más se refuerza la sensación de agravio comparativo entre militares y funcionarios sin compensación alguna. Los funcionarios civiles tienen derecho de propiedad de su puesto de trabajo, los militares solo a su empleo, pero no al puesto de trabajo donde prestan servicio. Piensan que esa permanente movilidad no está reconocida.

Existe otra razón que justifica el abandono temprano del servicio y tiene que ver, entre los militares más interesados por la profesión, con una serie de razones que de manera contundente resumen como la reducción de las expectativas profesionales. Las dificultades de carácter estructural para continuar con una proyección de carrera profesional que se percibe imposible por múltiples circunstancias se añade a las

razones expuestas. La permanente evaluación y selección para cursos, destinos y ascensos es buena para la organización pero les crea una sensación de competencia con otros permanente.

Se da por supuesto que llegará un momento en que sea normal la entrada y salida de la organización militar que permita satisfacer las necesidades concretas de la organización o haga posible que el civil que lo desee se convierta en militar por un tiempo y por razones pragmáticamente personales.

Esto no será fácil en algunas funciones de la organización, pero sí en otras. El uso adecuado de reservistas voluntarios o de especial disponibilidad son un anticipo de lo que podría generalizarse en el futuro.

En el pasado prácticamente todos los militares que ingresaban en las Academias se quedaban hasta el final de su vida profesional porque la expectativa de llegar al empleo superior, sin incluir al de oficial general, eran razonables. Sin embargo, hoy en día la promoción a algunos empleos superiores se hace cada vez más difícil. En el pasado asegurar puestos a cada nueva promoción que llegaba a una determinada graduación, requería inventar funciones que terminaban siendo disfuncionales y poco o nada operativas. Las estructuras y los organigramas crecían sin incrementar la eficacia del conjunto. Pero eso se acabó hace mucho tiempo. En cada promoción ascienden al empleo superior los que son seleccionados dentro de las vacantes que se produzcan. La opción de carrera horizontal como en la función pública no se recoge en la Ley de la Carrera Militar.

Es por ello que pueden existir militares que teniendo grandes expectativas las ven frustradas precisamente por la dificultad en acceder a los puestos más relevantes o llegar a los empleos superiores de su escala, lo que se traduce en un incremento de los profesionalmente desanimados o frustrados en sus expectativas. Los que se consideran afectados por la finalización de contrato al cumplir los 45 años reclaman primero mantenerse por más tiempo, hasta los 55, o las compensaciones adecuadas

por dejar las Fuerzas Armadas, La reivindicación se repite con insistencia y es apoyada por algunos grupos políticos y sindicatos. En algunos casos la reclamación se plantea en términos de formación complementaria llevada a cabo dentro o fuera de las Fuerzas Armadas pero con cargo a los presupuestos, o en las instituciones de enseñanza civil para adecuar los conocimientos y especializaciones militares a la empresa civil. En algunos ejércitos como en los nuestros, existe la legislación para que el militar pase a desempeñar funciones adecuadas en la administración del Estado, reservando vacantes para ellos en los concursos que se publican. Esa situación considerada como privilegio da lugar a tensiones con sindicatos y otras organizaciones de defensa de los intereses de funcionarios y trabajadores civiles.

En cualquier caso, garantizar con recursos económicos la indemnización puntual y la remuneración mensual por el fin de contrato temporal forzoso de los militares o la salida compensada en el caso de los que se retiran de manera voluntaria supone costes añadidos en los presupuestos generales del Estado.

Existe el temor de que ante otras necesidades mayores, o con un mayor y más claro impacto y rentabilidad electoral se pueda acabar reduciendo ambas retribuciones a profesionales que han cumplido con su deber y han dejado el servicio. Los afectados, reales o potenciales reclaman que algo así no pueda ocurrir. Temen que las medidas de austeridad terminen por hacer más precaria la situación de unos profesionales que han visto reducidos sus sueldos. Militares que en la mayoría de los casos no pueden buscar el amparo de partidos políticos o de sindicatos, ni organizar o acudir a manifestaciones, ni solicitar el apoyo y la solidaridad de los compañeros en activo puesto que son derechos y libertades que ofrecen por el alto servicio para la seguridad y defensa de sus conciudadanos. La extendida existencia de estos temores se achaca a la incertidumbre que no se despeja.

Por otro lado consideran que el éxito en la vida civil suele estar relacionado con la especialización militar que se haya alcanzado durante los años de actividad. Tal como se cuentan en algunos casos y situaciones conocidas, no son los militares especialistas en alguna técnica los únicos que tienen asegurado un futuro civil. Tienen ventajas también los militares que han gestionado recursos de todo tipo, los que han tenido que tomar decisiones comprometidas en situaciones difíciles, los que han servido en organizaciones internacionales, en otros países, o en operaciones en el exterior colaborando con militares aliados de procedencia muy diversa.

#### LA MUJER EN LA PROFESIÓN MILITAR

La incorporación de la mujer a los ejércitos ha supuesto uno de los hechos más significativos que han marcado el inicio del nuevo ciclo en la organización militar. No hay excepción al destacar la novedad. El argumento oficial en todos los casos es el mismo. Fue una decisión requerida por la exigencia legal de establecer el principio de igualdad entre hombres y mujeres en todas las actividades de la sociedad, incluido el ámbito militar. Si la carrera militar es una profesión más no cabía mantener la discriminación excluyendo a las mujeres de la participación activa y voluntaria en ella. Se aceptan así el correlato de la premisa mayor. Cuando crece la confianza de los entrevistados aparece algún inconveniente derivado de su propia experiencia personal en las unidades, lo que puede pasar a hombres y mujeres.

En primer lugar surgen dudas y opiniones negativas respecto de la igualdad total para ocupar todos los destinos de la organización sin excepción. Se discutía en el pasado si debían excluirse de los puestos de mayor riesgo y vulnerabilidad. Se rechazaba con vehemencia la presencia de la mujer en determinadas unidades

especiales, las que implicaban el combate directo y un mayor peligro para la propia vida. Este es el argumento principal que se aducía para rechazar la plena igualdad en destinos pues pensaban que las bajas de mujeres de la Unidad afectarían el ánimo del resto de componentes. La intensidad del rechazo se diluye con el paso del tiempo, la experiencia y la convivencia en la rutina y en los momentos excepcionales en misiones en el exterior donde no ha habido diferencia alguna incluso en situaciones de grave riesgo.

A pesar del reconocimiento de la legalidad y de la igualdad de oportunidades el porcentaje de la mujer militar sigue siendo no muy grande aunque en España es el mayor de las Fuerzas Armadas de la OTAN. La mujer en los ejércitos de España puede ocupar cualquier puesto que desee sin límites y puede acceder a las Fuerzas Armadas sin restricciones. Otra cosa es que no sea una profesión muy demandada entre la mujer y por ello el porcentaje no sea elevado.

También se reconoce la escasa utilidad y falta de ética de la discriminación positiva a favor de las mujeres militares, ni tampoco les hace falta. Los críticos insisten que esa discriminación va contra el principio superior de la igualdad, y lo es, por eso no se aplica, salvo en casos muy contados y no dependientes de la autoridad militar. No son muchas las mujeres militares a las que se ha podido escuchar sobre este punto, no quieren ningún protagonismo, se sienten iguales en derechos y deberes que sus compañeros. Las que han opinado coinciden plenamente en rechazar el trato de favor. En algunos casos, no obstante, los militares varones se pueden ver postergados de ciertos destinos considerados como cómodos o donde la mujer puede desempeñar un papel especial. Se concluye que la decisión de las mujeres de ser militares corresponde a una decisión personal y en ningún caso forzada por las modas impuestas por la modernidad o el mimetismo.

El acuerdo es mayoritario entre militares, tanto varones como mujeres cuando se considera que la mujer militar tiene

problemas añadidos si trata de conciliar su profesión con la condición de esposa. Más todavía si es madre o pretende serlo. Queda por resolver de manera satisfactoria para todas las partes la situación de las mujeres militares embarazadas y la de quienes son madres con hijos menores propios o a su cargo.

Las situaciones se complican cuando esas mujeres tienen que ausentarse de su lugar de residencia. La conciliación familiar tanto para hombres como para mujeres resuelve el problema pero crea otro, el de los afectados por los beneficios de la conciliación familiar en destinos, puestos de trabajo y otros beneficios y la sobrecarga de trabajo y de servicios en otros sin compensación alguna, eso resquebraja la cohesión en las unidades.

Por otro lado las capacidades psíquicas y físicas de las mujeres militares siguen surgiendo de vez en cuando como tema de debate cuando se plantea la cuestión de su participación en acciones de máximo riesgo. Aunque los que aceptan a las mujeres en esas unidades operativas no perciben problema alguno. Apoyan su afirmación en casos determinados, señalando situaciones concretas donde las mujeres de su unidad estuvieron incluso por encima de sus compañeros varones. También se ponen ejemplos donde alguna mujer militar consiguió reducir la tensión de una situación que estaba a punto de estallar. Pero lo contrario también se pone de manifiesto.

#### QUEDA LA SATISFACCIÓN DEL DEBER CUMPLIDO

Tras un recorrido sobre opiniones se llega a conclusiones que se aceptan como definitivas. Conclusiones que no satisfacen, ni gustan a todos. Por razones de la lógica de la carrera militar en un nuevo escenario internacional los ejércitos comenzaron a plantearse su reconversión antes que se desencadenara la crisis económica. Los cambios se han acelerado en los últimos años. Han tenido que cambiar dentro de una tormenta de

cambios mayores que afecta a todas las sociedades. Se reconoce que el objetivo prioritario de cambios tan profundos es el de mantener y garantizar la capacidad operativa de cara a la protección de los intereses de cada nación como Estado soberano y a su misión principal que es la Seguridad de la sociedad. Esa obligación ineludible ha de verse acompañada en el tiempo con la defensa de los intereses colectivos, que son de todas y cada una de las naciones en las organizaciones internacionales en las que se participa. En la mayoría de los casos las alianzas en organizaciones internacionales de seguridad ayudan al cumplimiento de la misión principal, en algunos casos el principio de solidaridad aliada puede presentar exigencias que añadan dificultades a su cumplimiento.

Con mayor o menor agrado termina por aceptarse que las consecuencias de la reconversión, adaptación o transformación de las Fuerzas Armadas es algo que resulta inevitable y sobre todo imprescindible. Alcanzada esta conclusión se termina insistiendo en la necesidad de que se encuentren las necesarias compensaciones en función de los derechos adquiridos y los esfuerzos realizados a aquellos que puedan sufrir las consecuencias de la necesaria adaptación.

En los aspectos operativos, las experiencias demuestran que con las acciones conjuntas e integradas se alcanzan éxitos cada vez más importantes y satisfactorios. La organización de nuestras Fuerzas Armadas entregan la responsabilidad operativa, en todos los casos, al jefe del Estado Mayor de la Defensa. En cambio las dificultades aumentan cuando las decisiones y sus resultados tienen que ver con la gestión de recursos humanos y las políticas de empleo que en cada nación se aplican a unos profesionales peculiares, a unos servidores públicos especiales como son los militares.

Durante las comisiones de servicio en operaciones y cuarteles generales internacionales o conjuntos aparecen momentos en los que los participantes realizan comparaciones de manera

inevitable con militares de otros ejércitos. Hay que repetir la idea en la que se insiste una y otra vez. Se reconoce la situación de razonable desconcierto que originan las comparaciones. Se admira lo que otros tienen y se compara con las carencias propias, sin valorar lo que se tiene. El balance final tiende a compensarse y termina por dominar la sensatez. Aunque resulte incómoda, la realidad se impone. No son pocos los que al concluir la misión después de hacer el recorrido crítico de la misma terminan por sentirse muy satisfechos con lo que hacen, con el servicio que cumplen, con el deber cumplido.

Para el observador externo la pregunta que siempre parece quedar sin respuesta es por qué en estas situaciones y condiciones extremas los militares siguen cumpliendo de forma impecable con su deber. Solo cabe una respuesta. Mal que pese a determinados teóricos, hay que concluir que la profesión militar es algo más que una profesión es una vocación de servicio permanente que conlleva, caso único entre los servidores públicos, un juramento o promesa solemne de dar la vida en defensa de sus conciudadanos. La lealtad, el sentido del deber y el espíritu de sacrificio llevado si es preciso al extremo es lo que les caracteriza y eso está tan lejos del observador externo de la sociedad civil o sociedad en general que le desconcierta al no entenderlo.

Los propios militares dan por sentado que la carrera militar ha sido, es y seguirá siendo una profesión peculiar que no se podrá regir por las leyes del mercado laboral. Pero eso no impide la existencia de actitudes críticas que resaltan la posible y probable frustración de expectativas profesionales, las dificultades añadidas en cada reforma y las experiencias negativas que algunos han vivido y que son la base de la desconfianza de otros con respecto al proceso de modernización y transformación de las Fuerzas Armadas. Las reacciones a la incertidumbre y a la desconfianza son, en esencia de dos tipos: Asumir la situación de permanente cambio y adaptación sin plantearse abandonar



aceptando las consecuencias con lealtad y disciplina o no estar dispuesto a mantener la frustración de sus expectativas, buscando el momento oportuno para abandonar el servicio.

En cualquier caso, solo los principios y valores y un sólido código ético puede mantener la cohesión, la lealtad, la argamasa necesaria para una institución como las Fuerzas Armadas dentro de un cambio de época, donde la solidez de los valores militares parecen contraponerse con la liquidez de la sociedad y aun más su transformación en una sociedad “gaseosa” derivada de ese cambio.

Esos cambios sociales afectan y seguirán afectando, como hemos descrito en este capítulo, a los miembros de las Fuerzas Armadas que se verán inmersos, como el resto de la sociedad, por un lado en la 4ª Revolución industrial, la de la inteligencia artificial, la del internet de todo, la de la transformación digital y la revolución cuántica y por otro las 5ª y 6ª generación de medios móviles de comunicación (5G y 6G) que transformará aun más la sociedad y por ende las Fuerzas Armadas.



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE MARZO DE 2020



